ASCENSION

Sabrina Strong Series

LORELEI BELL

Ascensión

Lorelei Bell

Traducido por Gabriela Garcia Calderon

—Ascensión—

Escrito por Lorelei Bell
Copyright © 2018 Lorelei Bell
Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.
www.babelcube.com
Traducido por Gabriela Garcia Calderon
Diseño de portada © 2018 Melody Simmons
—Babelcube Books— y —Babelcube— son marcas registradas de Babelcube Inc.

ÍNDICE

Título

Derechos de Autor

Capítulo Uno

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO Tres

CAPÍTULO CuATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO Seis

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVe

CAPÍTULO DIeZ

CAPÍTULO ONCe

CAPÍTULO DOCe

CAPÍTULO TRECe

CAPÍTULO CATORCe

CAPÍTULO QUINCe

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETe

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVe

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNo

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRo

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTIsÉiS

CAPÍTULO VEINTISIETe

CAPÍTULO VEINTIOCHO

SOBRE LA autoRA

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?

CAPÍTULO UNO

La luna llena derramaba luz plateada a mi alrededor cuando llegué, con ocho minutos de retraso, a mi entrevista de trabajo con un vampiro. El señor Paduraru había aceptado amablemente reunirse conmigo en mi pueblito de Moonlight, en lugar de dar confusas indicaciones para llegar a algún lugar en la ciudad, a donde nunca había ido sola. Elegí un bar al que era fácil de llegar desde la autopista. The Saloon se encontraba en la esquina de Sunbank y la Ruta 30.

Normalmente, toma solamente diez minutos llegar en auto de mi casa al bar, salvo que un enorme tractor John Deere, que arrastraba maíz recién cosechado, ocupaba todo el camino, y tuve que seguirlo un largo trecho desde mi casa antes de girar hacia Sunbank.

El puesto al que estaba postulando no era un trabajo normal de oficina. El anuncio decía:

—Se necesita clarividente. Solamente deben postular candidatos serios—. Sentí desconfianza al leer el aviso, y tuve que leerlo cinco o seis veces antes de marcar el teléfono. Era larga distancia —código de área de Chicago— y me equivoqué antes de marcarlo bien.

Sí, estaba nerviosa por la entrevista. No sabía que era un vampiro hasta que hablé con él por teléfono, por supuesto. Cómo lo supe era una segunda naturaleza. A veces, todo lo que tenía que hacer era entrar a una casa en la que nunca antes había estado, y conocía la disposición del lugar; o, las emociones de las personas dentro de una habitación a veces me inundaban, y de vez en cuando, apenas con hablar con alguien por teléfono podía hacer una —lectura.

Así fue como supe que el señor Paduraru tenía colmillos, y bebía sangre.

Aunque por lo general solamente necesitaba tocar algo para una lectura, a veces llegaba como visiones. No hacía eso con frecuencia. Definitivamente no, si podía evitarlo. Ser clarividente a veces era horrible, sobre todo a nivel social. Desde muy chica, tuve que aprender a proteger mi mente contra esta habilidad, o esconder en el armario —literalmente— o perder la razón. Los guantes que siempre usaba eran mi única protección adicional. Soy clarividente de toque, lo que es muy poco común.

Al salir de mi camioneta, capté los demás vehículos en el lugar. Había siete autos —bueno, tres eran autos, los demás eran furgonetas. No había mucha gente, pero era lunes.

Negra y puntiaguda, mi sombra avanzaba delante de mí en el camino de grava a medida que me acercaba a The Saloon. Había cumplido 21 años cuatro

semanas antes, y solamente había estado ahí una vez. Vi un brillante Jaguar negro estacionado cerca del edificio. No podía ser de ninguna de las personas comunes y corrientes. Debía ser del señor Paduraru

Llena de curiosidad, lo busqué y me detuve a su lado, respiré un poco para tranquilizarme y cerré los ojos. De repente, mi mente me envió el destello de una imagen: *dos techos en punta cortan el cielo sobre el horizonte de Chicago*.

Vaya. Sentí un leve mareo cuando abrí los ojos.

Cuando la rotación se detuvo, una ola de energía me golpeó, total e inconcebiblemente salvaje y posiblemente carnívora. Una emoción complicada que, como humana, no podía apreciar en su totalidad. En realidad, no sabía de dónde venía.

Fue ahí que vi una sombra baja salir de una densa arboleda, alrededor del lado más lejano del edificio. Cuando salió de las sombras a la luz y la reconocí, me caí; apenas podía creer lo que estaba viendo. Grande y gris con cuatro patas y ojos amarillos que me miraban directamente, la criatura gruñó baja y amenazadora.

Con las llaves aún en la mano, me quedé inmóvil y miré mi entorno. Estaba sola. El lobo estaba entre la cantina y yo. Detrás de mí, y a unos 50 metros más allá de mi auto, los dos caminos que convergían no tenían mucho tráfico. La casa más cercana estaba muy lejos.

Sin advertencia, el lobo se lanzó contra mí.

Grité. Por un momento eterno, pensé que estaba muerta. Mis 21 años pasaron como una ráfaga ante mis ojos.

Grandes dientes puntiagudos tomaron mi brazo libre—el que sostenía para protegerme. Golpeé al animal con mi bolso, le pegué muy duro, y me soltó. Lo pateé, le di un golpe en la caja torácica, pero esto no lo desalentó. Por el pequeño salto que dio para mantenerse alejado de mi golpe, sentí que era un juego para él.

El lobo me arrebató el bolso y lo arrancó de mis manos, luego lo sacudió como si fuera un ser viviente. Lo echó a un lado, y volvió a gruñirme y a lanzarse sobre mí, sin soltar mi mano izquierda —que todavía se aferraba a las llaves. Automáticamente, verifiqué que algunas llaves sobresalían entre mis dedos, como un arma, cuando su boca se cerró y sujetó mi mano, con afilados dientes que arañaban mis dedos y nudillos a través de mis guantes.

Mi primera reacción había sido salir corriendo, pero después decidí luchar con todas mis fuerzas.

Mi mano estaba ahora atrapada dentro de la boca del animal, pero no la trituró, sino que la sujetó firmemente ahí mientras emitía un gruñido terrible en lo profundo de su garganta, y luego *jaló,* como si me fuera a llevar a algún sitio. Planté los pies, y me deslicé unos dos metros mientras me jalaba. El temor se

apoderó de mí temporalmente, y me dejó incapaz de comprender por qué este animal me había atacado, o qué quería.

Aunque tal vez había transcurrido un minuto mientras luchaba con esta bestia, me pregunté si alguien adentro habría escuchado mis gritos. Bueno, no. Para empezar, todos estaban viendo el partido de fútbol en la gran pantalla de televisión —podía oír sus bulliciosas aclamaciones hasta donde estaba.

Las llaves traquetearon en la boca del enorme lobo cuando reafirmó su apretón. Luego, la criatura se quejó repentinamente, como si hubiera mordido mal una de las llaves y la hubiera apuñalado, y me soltó. Mi mano se liberó del apretón que el animal estaba ejerciendo sobre mí y, con impulso, caí sentada. La afilada grava mordió y arañó mi trasero y piernas a través de mis medias de medias de nylon y mi blusa de algodón. Rodé sobre mis rodillas, gateé para pararme, pero el lobo me derribó desde atrás. Al momento siguiente, la horrible bestia estaba encima de mí, me empujó y me dejó sobre mis rodillas, la grava me acuchillaba, lo que me hizo volver a gritar. Tenía sujeta mi ropa y escuché que se rompió.

¿Por qué nadie en el bar podía oír mis gritos?

Logré ver que algo oscuro se movía a trompicones en los límites de mi campo visual, que llevó mi mirada a tres metros. Un renovado miedo resonó a través de mí.

Otro maldito lobo.

Grité, el corazón se me tambaleó como si se fuera a salir del pecho. El terror me dio la fuerza para impulsarme hacia mis pies, pero fue inútil. El segundo lobo saltó y derribó al otro con un gruñido feroz. Un aullido de dolor resonó a través de mí cuando mis rodillas y manos recibieron el peso combinado de las dos enormes bestias. Me derribaron en una ráfaga de pelaje, dientes y garras. Un ladrido agudo del primer lobo me dijo que su atacante lo había herido. Uno huyó, el otro lo persiguió; podía oír el confuso gruñido del perseguidor. Después, ya no hubo más sonidos.

El agujero en mis medias de medias de nylon me llegaba hasta el muslo, y estaba tan fuera de contexto que no era gracioso.

Jadeando y simplemente muy aliviada para preocuparme por lo que había pasado con los lobos (o mis medias de medias de nylon), retiré mi largo cabello oscuro de mi cara y traté de sacudirme.

Buscando mis llaves, arrastré los pies hacia mi auto. Un sonido hizo que volteara la cabeza hacia el edificio. Un hombre guapo con cabello negro, con una camisa verde suelta de botones y jeans, bajó corriendo las escaleras hacia mí. Estaba despeinada, con la ropa rota, con medias de medias de nylon agujereadas, y uno de los hombres más hermosos que había visto en mucho

tiempo se acercaba a toda prisa, una especie de piedad brillaba en sus ojos. Esperaba que fuera un paramédico que no estaba de guardia. Me cuidaría, seguramente.

—¡Nicolás!—, llamó a gritos, mientras se precipitaba hacia donde yo luchaba para pararme. Mis pies se sintieron como si tuviera patines amarrados, mis piernas se habían convertido en mangueras de caucho y caí contra el Jaguar.

—Señorita Strong, ¿está herida?—, me preguntó el hombre guapo mientras se precipitaba hacia mí —pensé que me había desmayado por unos segundos. De repente, una mano me agarró del brazo, y la otra me rodeó, sosteniéndome.

—¿Quién eres? ¿Cómo sabes quién soy?—., dije aturdida, tratando de no apoyarme mucho en él. Era apenas un poco más alto que mis 1.60 metros de estatura que en ese momento estaba afectada por mi caída. Su cabello negro y sus ojos oscuros contrastaban duramente con una complexión que parecía gris a la luz de la luna.

Maldita sea. ¡Vampiro!

—Señorita Strong, está——. Se detuvo y miró mi brazo. Me miró preocupado. —Está sangrando—. Su cara pasó por una alarmante metamorfosis de emociones. La preocupación se había desvanecido, ahora algo como una sonrisa malvada se dibujaba contra sus dientes, y sus colmillos salían. Pude ver que esta situación era más de lo que podía manejar, yo llena de sangre y él, un vampiro, y lo demás.

El guante de mi mano izquierda estaba desgarrado. Mis ojos se centraron en la pegajosa humedad. Sangre. *Mi* sangre. Relucía oscuramente en las luces elevadas del lugar. Elevando la mirada, el corazón se me torció con fuerza cuando vi que un lobo caminaba sin hacer ruido hacia nosotros desde las sombras. —¡Cuidado!—, grité y me aferré al vampiro más joven, que me agarraba y no me hubiera soltado, aunque hubiera podido hacer que mis primeras se movieran.

Este lobo se detuvo y gimoteó cuando nos miró con curiosidad. Una voluta de humo anuló al lobo y, en un momento, un hombre emergió del humo. Parecía de unos 30 años, en años humanos. Con un traje marrón oscuro que hacía juego expertamente con una camisa de seda marrón más claro y una corbata de seda verde y dorado, avanzó hacia nosotros, como si hubiera salido a dar un paseo. Enderezó su corbata, y luego se pasó los dedos por su apenas enmarañado cabello negro, y lo alisó mientras lo alejaba de su cara con forma de corazón. En ese punto, cuestioné mi propia cordura. Claramente, si le decía a un policía que un lobo acababa de atacarme, y que luego vi a otro lobo convertirse en hombre, simplemente me hubiera quitado las llaves y hubiera llamado a una paramédico. Probablemente, ese hubiera sido el mejor escenario, pero no había ningún

policía. Lamentablemente.

—¿Señorita Strong?—, la vez del nuevo hombre cargó el aire a nuestro alrededor —una magnífica voz suave como chocolate batido, y quise volver a escucharla.

—¿Señor Paduraru?—, *presumo.* Seguía temblorosa, tuve que tomar aire y mirar. Tenía ojos intensos —del tipo que tenían misterio. Oscuras cejas formaban un arco distintivo desde una nariz angosta, ligeramente ganchuda. Su mirada imperturbable era un poco inquietante. Hipnótica. Su pálida piel era casi opaca, pero me di cuenta de que sus mejillas tenían algo de rubor.

Inclinó su cabeza. —A su servicio. ¡Qué horrible momento! ¡Le ruego que nos perdone por no haber venido a rescatarla mucho antes!—, dijo con tono pesaroso mientras se me acercaba. Su reluciente mirada captó al otro vampiro detrás de mí. Como si algo telepático hubiera ocurrido entre ellos, el vampiro más joven se alejó de mí, agachó la cabeza, como dando paso a un monarca. —Cuando vimos que estaba retrasada, nos preocupamos. Salimos, la escuchamos gritar y vimos que estaba en problemas. Perdónenos.

—¿Y entonces se convirtió en lobo y lo ahuyentó?—, quería estar segura de que podía explicar fácilmente lo inexplicable.

—Así fue—. Sonrió con complicidad. —Parece que asume el impacto de todo esto bastante bien. Entiende lo que somos —¿Steve y yo?.

Asentí. —Vampiros—, dije simplemente. Sí, ciertamente sabía que los vampiros existían, Después de todo, mi madre era un vampiro.

—No hemos salido a la luz y mantuvimos nuestro anonimato durante siglos por nuestra propia seguridad—, explicó. —Pero empleamos a muchos humanos para muchas tareas. El trabajo para el que iba a entrevistarla paga muy bien, por cierto.

Asentí, casi incapaz de sacar mi mente del terror inducido unos pocos momentos antes por la idea de aceptar un trabajo para vampiros en la ciudad.

Se acercó de una manera líquida que pareció desafiar la gravedad, y el uso de sus pies. Creo que simplemente flotó hacia mí. Sentí el poder de sus ojos —una especie de cautiverio hipnótico. Una debilidad, o una profunda lasitud en abrumó, y me hundí. Como previendo esto, me tomó por los brazos, su subalterno me agarró desde atrás, y me sostuvieron entre los dos.

—Algo importante, señorita Strong. ¿El lobo la mordió?.

Con un esfuerzo confundido de quedarme de pie, gruñí débilmente:

—sí—, y temblorosamente levanté el brazo herido. Mi guante negro estaba hecho jirones y puesto a medias en mi mano, sangre oscura lo cubría.

—Agárrala bien—, dijo Paduraru, y escuché unos zapatos que se arrastraban en la grava mientras Steve me sostenía apoyada en él con sus brazos

a mi alrededor desde atrás. Si alguien hubiera llegado en ese momento, hubiera creído que los hombres me estaban abordando.

Sin embargo, los esfuerzos de los dos vampiros siguieron sin interrupciones. Solamente el ocasional sonido de un vehículo que avanzaba por la Ruta 30, o que se detenía en el cartel en la unión de los dos caminos, me hacían darme cuenta de que seguía consciente. Apenas.

Suavemente, y con cuidado, Paduraru me sacó el guante, un dedo a la vez.

—Steve está aquí solamente para asistirme esta noche—. Bueno, le tengo noticias al señor Paduraru. Por ese contacto tan cercano con su asistente, supe que lo que realmente me quería hacer era jalarme a los arbustos y besarme con pasión. La única fuerza que le impedía hacerlo era el poder que el señor Paduraru tenía sobre él. Yo seguía siendo de la antigua escuela, creía que en cuanto un vampiro entra en contacto físico con un humano, quedan irreversiblemente atrapados en una relación de cazador y presa. Si la fascinación del señor Paduraru no me hubiera paralizado, estaría gritando a todo pulmón de nuevo, tratando de escapar de este caos.

Con la mano descubierta, parecía que mis dedos se hubieran remojado en sangre. Una herida en la muñeca sangraba libremente. De repente, Steve arrebató mi mano y empezó a lamer mis dedos como su fueran las mejores alitas con salsa picante que hubiera probado.

Con sus colmillos hacia afuera, dijo:

—Carajo, ¡es deliciosa!.

Resoplé, sorprendida por sus colmillos, y sus palabras. Una aterradora sensación de hundirme vino hacia mí. Parecía que estaba a punto de convertirme en su bocadillo. Justo cuando me preguntaba cómo saldría de eso, la voz de Paduraru sacudió mis sentidos.

—¡Deja de saborearla!—, siseó Paduraru vehementemente.

De manera abrupta, Steve soltó mi mano, me soltó, se inclinó y retrocedió. Pude darme cuenta de que el señor Paduraru tenía definitivamente poder sobre Steve.

—Lo siento. Es tu humana—, murmuró Steve disculpándose, su voz tenía un tono algo celoso. Con la lengua hacia afuera, lamiendo sus propias manos de mi sangre, sus dientes y labios se habían quedado manchados de sangre. —Debes hacer algo, ¡o será una de *ellos* la próxima luna llena!—, casi le suplicó.

No sé qué quiso decir Steve, o qué iba a hacer Paduraru hasta que rápidamente acercó mi brazo y cubrió mi herida con su boca. Una alarma me recorrió como un relámpago cuando chupó —no un poquito, se aferró a mi brazo como una aspiradora a una alfombra. La sensación —de tenerlo— sorbiendo la sangre de mi herida hizo que mi cabeza girara repentinamente. Un sudor frío me

recorrió. Pequeños destellos se iluminaron por mis ojos, y me desvanecí.

En algún momento, me desperté. Lentamente, entendí que estaba tendida de espaldas, con la cabeza en el regazo de alguien. Las luces destellaban por las ventanas del auto.

Esa era mi visión, me di cuenta mientras aturdida recobré el sentido con la cabeza en el regazo del conductor, que iba con una mano en el volante y con la otra me tocaba relajantemente en la sien. Miré hacia arriba y me encontré con la cara de Paduraru mirándome.

Con una rapidez que me asombró, me enderecé y me senté en el asiento delantero de su Jaguar. Ahora nos mirábamos cautelosamente en la semioscuridad del interior de su auto, y las luces del tráfico cercano —estábamos en una vía de cuatro carriles.

—¿Cómo se siente, señorita Strong?—. La voz de Paduraru era amable. Recién ahí me di cuenta de que tenía un leve acento de Europa del Este. Posiblemente, había sido por la emoción de momentos antes que se me escapó ese detalle.

—Muy bien——. Un movimiento detrás de mí y a mi izquierda me hizo chillar, y salté y me sacudí contra la puerta del auto. Me golpeé la cabeza. Con los puños en alto, vi a Steve inclinado entre los asientos delanteros, con una botella negra en la mano, sus ojos resplandecían hacia mí y tenía una mueca en los labios.

Dejé salir un suspiro de alivio, aunque realmente no supe por qué me sentí aliviada. Parecía que dos vampiros me habían secuestrado. Pasaría un tiempo antes de que dejara de sentirme tan nerviosa. Steve bebió la botella de un tirón, se la llevó y me sonrió. Llenos de color rojo, tenía los colmillos salidos. Tuve que retirar la mirada rápidamente.

—Steve, mira si hay una caja de jugo en mi hielera por favor—, pidió Paduraru.

Steve desapareció de su lugar entre nuestros asientos, pero reapareció rápido con una caja de jugo. Me la entregó.

—Beba—, me dijo Paduraru. —Le ayudará a recuperarse.

Como su preocupación por mi estado físico me tranquilizó mucho, tomé el jugo, encontré la pajilla y luché para sacarla. Finalmente, logré meter la pajilla en el agujerito y sorbí jugo de uva bastante frío. El brazo derecho me dolía hasta las uñas. Aunque en realidad no podía examinar mi mano ni mi brazo, pues estaba bastante oscuro dentro del auto, noté un vendaje bien atado.

Agradecida, terminé de sorber la bebida, y miré por la ventana para ubicarme. —¿Dónde estamos?.

—Aurora, creo—. Paduraru forzó la vista, moviendo los ojos para mirar por

el espejo retrovisor.

—Sí, acabamos de pasar Aurora Toll Plaza—, acotó Steve, entre sorbos de la botella negra. La miré. La atravesaban letras rojas que la identificaban como *Real Red*. Era todo. No necesité mis habilidades como clarividente para saber que el contenido era sangre. No era de extrañar que pareciera un cachorro satisfecho perdido del pezón de su madre.

—¿Aurora?—, dije, mientras sentía que la ansiedad me rodeaba.

—Dígame, señorita Strong, ¿cómo sabía que los vampiros existen?—, preguntó Paduraru rápidamente antes de que pudiera hacer un comentario sobre la dirección en que íbamos.

No había hablado de esto en mucho tiempo, y tuve que ir lentamente. —Resulta que sé que mi madre es un vampiro.

Me miró interrogadoramente.

—¿Cómo es que su madre es un vampiro?—, preguntó amablemente. —Dígame que le hace pensar esto.

Di un profundo suspiro antes de sumergirme en la historia.

—Tenía diez años cuando mi madre desapareció. Era verano. Todos la buscaban, pensaban que se había ido al campo detrás de nuestra casa, para buscarme o a nuestro perro, y que se perdió —te puedes perder en un alto campo de maíz. De todos modos, nunca la encontraron, ni viva mi muerta, pero una noche, tal vez el tercer o cuarto día después de que se fue, me desperté pensando en ella. Salí de la cama, miré por la ventana y la vi en el patio trasero. Tampoco era un fantasma. Era sólida. La saludé, me devolvió el saludo. Como era verano y dejábamos las ventanas abiertas, la escuché decir que me quería. Y después se fue—. Levanté la mano y me sequé las lágrimas de los ojos automáticamente.

—Ya veo. Lo siento mucho—, dijo calladamente. —¿Hace cuánto pasó esto?.

—Hace once años.

—¿Cómo se llamaba?.

—Julia.

—¿Dice que desapareció?.

—Sí.

—Y, ¿está segura de que cuando la vio era de noche y que le habló?.

—Sí. No era un sueño ni nada parecido. Estaba ahí. Era real y de carne y hueso. No un fantasma—. En mi mente, podía verla parada en el patio, bajo la luz. Ese recuerdo trajo otro, un recuerdo más siniestro. Apretando los ojos, ahuyenté el recuerdo antes de que se instalara en mi mente, demasiado asustada para dejar que se quedara.

—No era de nuestros turnos—, dijo Paduraru, interrumpiendo abruptamente

mis pensamientos. Casi le dije —gracias— en voz alta por irrumpir así.

—¿Cómo dijo?—, solté finalmente, algo desorientada.

—Lo que quiero decir es que la Asociación Norteamericana de Vampiros no creó nuevos vampiros ese año, y sé con certeza que ninguno ha llegado a mi escritorio desde ese lado de mi jurisdicción. Me llevaré esa información; veré si puedo encontrarlo en nuestro sistema de cómputo. Si está ahí, la encontraremos.

—¿Puede estar incluida en la Asociación Europea de Vampiros?—, sugirió Steve.

—Sí, gracias. Puede ser—, dijo Paduraru distraídamente.

Me senté y traté de encontrarle sentido a lo que los hombres decían. Estaba algo confundida. —¿Asociación Norteamericana de Vampiros? ¿Asociación Europea de Vampiros?.

—Sí —eh— tenemos una extensa lista de todos los vampiros del mundo en nuestras bases de datos. Tenemos listas de cada vampiro, sea solitario o no—, aseguró.

—Bien—, dije lentamente. Esto sonaba realmente complicado. —Bueno, gracias—. Me estremecí con el pensamiento de mi finalmente se podría ubicar a mi madre, y que se verificara que la vi. Les había dicho a muy pocos que vi a mi madre. Mi hermano me dijo que había estado sonámbula —no soy sonámbula. La única otra persona a la que le conté esto fue mi mejor amiga, Jeanie Woodbine. Si mi madre era un vampiro (estaba segura de que era así), ¿quién más que los vampiros sabrían su paradero? —E-eso parece maravilloso. S—si puede hacer eso—. Tartamudeé, hice una pausa y tomé aire temblorosamente, apreté los dedos contra mis ojos y lo dejé salir. Tenía que sacar toda esta charla sobre mi madre. Tenía que hacerlo que me llevara a de vuelta a casa. —Ahora, si pudiera dar la vuelta a su auto en algún lugar y llevarme a mi auto, donde lo dejé, realmente se lo agradecería.

La cabeza de Paduraru se volteó hacia mí y dijo:

—No, señorita Strong. No creo que sea posible—. Antes de que pudiera protesta, dijo:

—Anda a dormir ya, Sabrina.

Mis párpados cayeron. Luché contra este mandato, pero era demasiado fuerte. Lo último que escuché fue a Steve decir:

—Su sangre es dulce.

—Lo noté—, dijo Nicolás, su voz resonó en mi cabeza.

—No eres lo suficientemente fuerte para mantenerla a salvo. Necesita un ——

——amo. Sí.

CAPÍTULO DOS

Cuando volví en mí, escuché voces. Sabía a quién pertenecía una de las voces.

—Está descansando ahora. Estará lista para viajar cuando despierte—, esa voz profunda y aterciopelada hablaba en tono calmado y tranquilizador. Lo recordé. Su nombre era Nicolas Padauru. De alguna manera, toda la situación se me hacía conocida. Como un sueño medio olvidado, o una visión.

—¿Has dispuesto que alguien la lleve a casa?—, preguntó la otra voz masculina. Una voz más profunda que la de Nicolas, más autoritaria, resonó agradablemente. Relajante, pero a la vez imponente. Formidable. Me gusto ese sonido.

Esforzándome por salir del efecto aletargado en el que había estado, me encontré boca abajo, mirando un techo de color mora. Sabía que no era mi techo, por supuesto, pero al mismo tiempo lo encontré visualmente relajante.

Haciendo un inventario, sabía que estaba en un dormitorio —el dormitorio de Nicolas Paduraru. Mi brazo izquierdo estaba un poco adormecido, casi como si alguien lo hubiera inyectado con Novocaína. Al menos, ya no me dolía insoportablemente. Entonces recordé que un lobo me había mordido, y que Nicolas me chupó el brazo —me chupó la sangre.

Tomó mi brazo en su gran boca y mordió ... sangre caliente... dos graciosas marcas rojas, después.

Estaba sedada y tranquila y eso me parecía raro. Debía haber querido saltar y lanzarme fuera de ahí. Razoné que estaba pasando por una seducción de vampiro, tiesa.

Gradualmente, asimilé lo que tenía a mi alrededor. Las paredes eran color arándano, y contrastada con buen gusto con muebles oscuros y el techo mora. No había ventanas.

El señor Paduraru, o Nicolas —imagino, pues estaba en su dormitorio, que tenía el derecho de tutearlo— estaba parado frente al espejo de un tocador, pero no era un espejo. No veía su reflejo, pero había alguien ahí, hablando. Concluí que era un televisor de pantalla plana. Pero me di cuenta de la cosa más extraña del mundo; Nicolas hablaba *con* la persona que estaba ahí, y esa persona le contestaba. ¿Estaba alucinando todo?

Cubierto con una lujosa bata de terciopelo azul oscuro, Nicolas parecía que estaba listo para ir a la cama, o que se había levantado en la noche. Una parte de mí se preguntaba qué hora era, y que necesitaba salir de ahí. De repente, recordé que no había llegado conduciendo. Nicolas me había llevado. *Grandioso.*

¿Ahora qué?

Miré a mi alrededor. Estaba encima de una cama hecha. Seguía con la ropa puesta, mi vestido estaba estirado hasta mis muslos, en la manera más recatada posible —pero eso no significaba nada. Hasta donde podía notar, mi ropa interior y mis medias (a través de los agujeros), seguían en su lugar. Tranquilizador, pero aun así, estaba en su habitación. Mucho que pensar al respecto (mi mente ya estaba ahí).

Me empezó a doler el brazo. Me dolía en la parte de la mordida, o tal vez un poco más arriba. Estaba demasiado cansada como para decir exactamente.

Aturdida, como si alguien me hubiera golpeado con una almohada de 50 kilos, me moví para sentarme. Incapaz de sostener la cabeza, caí para atrás. Nicolas miró sobre su hombre hacia mí, pero rápidamente se dio la vuelta.

—Está despierta—, Nicolas le anunció a la imagen en la pantalla.

—Dame novedades de su recuperación. Lamento no haber podido conocerla hoy. Mañana en la noche estará mejor—, dijo el hombre en la pantalla. Vi que tenía cabello largo y rubio y oscuras cejas sobre increíbles ojos azules. Pensé que parecía una estrella de rock, o tal vez un dios.

—Sí, señor—, Nicolas dijo con una reverencia. Tenía en la mano un control remoto de televisor y señaló la pantalla. La imagen de hombre en el televisor se desvaneció de repente, y en su lugar, apreció un espejo. El espejo reflejaba ahora la imagen de Nicolas. Tomé nota de eso. ¿Por qué todos pensaban que los vampiros no tenían reflejo? Eso era una tontería. Eran macizos, ¿no es cierto?

Sonriente, Nicolas se volteó y me miró. Se había duchado. Su pelo seguía húmedo y engominado hacia atrás. Podía oler el perfume de su jabón, caliente y aromático; un aroma bastante rico que me pareció intoxicante.

Avanzó hacia la cama. —¿Cómo estás?—. Su voz era suave, de alcoba.

—Bien. Debo ir a casa—. Quería que entendiera que no quería estar ahí más tiempo del necesario. pero también necesitaba encargarme de muchas cosas personales inmediatamente.

Una vez más, traté de levantarme, pero un hechizo mareado me regresó a echarme sobre mi espalda.

—Descanse un momento, señorita Strong; ha perdido una abundante cantidad de sangre.

Dímelo a mí.

Me di cuenta de que seguía teniendo un agradable brillo sonrosado, gracias a la sangre que le había suministrado. Mi mayor temor era que el aviso de empleo que había respondido fuera un engaño, y que yo era su portadora de sangre en adelante, demasiado alborotada en su seducción de vampiro para que le importara una u otra cosa.

—Déjeme ver el brazo—, dijo, mientras se me acercaba. Renuente, dejé que tomara mi mano y brazo con dedos fríos y que sacara el vendaje con cuidado. Ahora, los dos examinamos la mordida. Estaba roja y fea, pero la piel ya no estaba rota. Casi parecía curada. Encontré donde los dientes del lobo habían lastimado su antebrazo, pero no estaba tan mal como esperaba. Es más, parecía como si hubieran pasado dos días desde la mordedura, casi toda cubierta con una costra, apenas unos puntos que seguían curándose con un poco de tejido de cicatriz. No podía haber pasado tanto tiempo, ¿no es así?

—¿Hace cuánto estoy acá?—, pregunté con sospecha. Mi estómago se agitó ante el pensamiento de que me había convertido en su víctima, retenida ahí para cuando fuera que necesitara saciar sus ganas de sangre.

—Varias horas—, dijo.

—Parece——, me interrumpió.

—Tomará tiempo para que sanes, Sabrina. Si quieres, te brindaré sin problema un poco de mi sangre, y se curará completamente, en cuestión de momentos—, ofreció. La oferta me descolocó.

—Gracias, creo que paso—, contesté. —¿Me iré a casa en algún momento? ¿O no?.

—Sí, por supuesto. Has pasado por mucho esta noche—, dijo. —Entiendes que no puedo permitir que te fueras a casa en tu condición. Tenía que asegurarme de que la herida se curara con mi ayuda—. Aún sosteniendo mi brazo, y como un doctor que estaba a punto de darme un diagnóstico devastador, siguió. —Debes saber —es decir, temo que te haya mordido un hombre lobo.

—¿Un qué?.

—Un hombre lobo. Saqué todo el veneno que pude—, siguió cínicamente:

—tomé el veneno por ti.

Fruncí el ceño. —¿Veneno?.

—Sí. No me afectará, mi sangre la contrarrestará. Pero si no lo hubiera hecho así, definitivamente te hubieras convertido en una persona lobo en la siguiente luna llena.

—¿Persona lobo?—. Éramos políticamente correctos, supuse. —Pero como sacaste el veneno, ¿no pasará?.

—No soy muy optimista sobre lo que ocurrirá la próxima luna llena. Tal vez solamente te sientas un poco diferente; posiblemente escucharás mejor y tus sentidos estarán aumentados.

—¿Y si no actuaste suficientemente rápido?—. Tragué secamente. Toda la idea de convertirme en persona lobo no me cayó bien. Ya había pasado por tiempos difíciles, caramba, con la muerte de mi padre y todo. Merecía un recorrido suave por un rato. Quería tener citas. ¿Cómo iba a tener citas si debía

preocuparme por convertirme en una bestia incontrolable cada mes? Junto con el otro visitante mensual, me convertiría en una perra lobo.

—Como dije, no sé si lo saqué todo. La única manera de sacarlo totalmente es que bebas algo de mi sangre—. *Yish.*

—¿No me ofreciste tu sangre hace un momento?.

—Sí.

—Y la rechacé, ¿cierto?.

—Sí.

—Pues, no creo que tome ese camino—, dije, mientras soltaba mi mano.

—Muy bien—, jadeó ligeramente, dándose por vencido. —Solamente quería ofrecerte todo lo que podía.

—Bueno, así ha sido, así que—.

—Debo preguntarte otra cosa—, dijo, con el ceño fruncido mientras me miraba atentamente.

—¿Qué?.

—¿Cómo te hiciste la otra marca en el interior de tu brazo?—. Señaló a la parte interior de mi codo de ese mismo brazo.

Sabía a qué se refería y no tuve que mirar. Me mordí el labio inferior. Había partes de mi vida que era un gran signo de interrogación. Por ejemplo, esa cicatriz dentro de mi codo era uno. Realmente no sabía con certeza de dónde venía. Hacía tiempo había concluido que debía ser un sueño —o una pesadilla. Era demasiado improbable y aterrador para aceptarlo como real. Recuerdo haber encontrado las dos marcas ahí —casi del tamaño de borradores de lápiz—, poco tiempo después de la desaparición de mi madre.

—E—en realidad, no sé—, respondí lentamente. —Creo que tenía diez años cuando la noté.

—¿Puedo?.

—¿Qué?.

—Tratar algo. No te lastimaré.

¿Dónde había oído eso antes? —Bueno—, cedí.

Tomó mi brazo con una mano fría, y tocó mi extraña cicatriz con los fríos dedos de la otra mano. Yo miraba y me preguntaba qué planeaba.

—¿Sientes algo?.

—No realmente. Solamente tu tacto.

—Déjame intentar algo—. Dobló mi brazo hacia abajo, su cara iba hacia allá, sus ojos me miraban. Me puse tensa. —No te asustes, Sabrina. No te voy a morder.

—No puedo evitarlo. Estoy—.

—No te asustes—. Su voz era embriagante, y no pude evitar relajarme.

El roce de sus dientes sobre mi brazo se sintió tibio. De repente, una punzada exactamente en el lugar de la cicatriz me tomó por sorpresa.

Sobresaltada, aullé y salté, y saqué mi brazo de un jalón.

—¿Dolió?.

—¡Sí!—, refunfuñé, mientras sostenía mi brazo protectoramente sobre la antigua cicatriz.

Retrocedió y me miró con algo de sospecha. —¿Estás segura de que no sabes cómo te hiciste esa cicatriz?.

—¡Sí! ¡Estoy segura!—. Era mentira, al menos en parte. Había luchado con admitírmelo, como si guardara un secreto sucio.

—Piensa, Sabrina. Debe haber algo, algo de hace mucho tiempo. Aunque creas que no es nada, o que fue solamente un sueño. ¿Alguna vez alguien se te acercó de noche mientras dormías?.

Lo miré boquiabierta, los escalofríos subían y bajaban por mi columna. El recuerdo me inundó. —Recuerdo algo exactamente así.

—¿Y cuál fue la naturaleza de su llamado?.

—¡No sé!—. Irritada por su pregunta como si me estuviera acusando de algo sucio, o malo, mi voz subió de volumen. Pensar que alguien pudo meterse en mi habitación de noche mientras algunos de mis padres, o los dos, estaban en casa era indignante.

—¿Lo recuerdas cuando mordió tu brazo, ahí?.

Incapaz de hablar, asentí. Las lágrimas asomaron a mis ojos. ¿Cómo sabe esto? ¿Fue él? ¿Estuvo en mi habitación esa noche? Pero yo sabía que no había sido él, a menos que hubiera tenido el cabello mucho más largo, y también recordaba el acento. Era francés. *¿Por qué recuerdo esto ahora?* El acento de Nicolas era de Europa del Este.

—Sabrina—, dijo suavemente, casi sabiamente. —Te marcó un vampiro amo.

Horrorizada, me cubrí la cara, pero no pude evitar jadear de desesperación.

Nicolas asintió. —Solamente otro amo puede anularlo mordiéndote.

Lo miré sobresaltada. —Es una broma, ¿verdad?.

—No bromeo—. Sus profundos ojos nunca soltaron los míos, la seducción de vampiro estaba funcionando conmigo. Tuve que forzar mis párpados a cerrarse para romper esa seducción. —Es uno de los puntos más dulces. No es una mordida común y corriente—, siguió. —Sentiste dolor cuando mi aliento la tocó, lo que significa que ningún otro vampiro puede reclamarte, salvo otro amo. Yo no soy amo. Pero Tremayne, él sí lo es.

—¿Tremayne?.

—Sí, lo conocerás pronto. Mañana en la noche, posiblemente.

—¿Con él hablabas, eso con el espejo?—, pregunté, llevando una mano hacia su espejo en el tocador.

Sonrió severamente. —Sí, él. Es nuestro sistema de comunicación. Ingenioso, ¿no te parece?.

—Sí, bueno. ¿Tremayne también es vampiro?—. Era guapo, fuera lo que fuera.

—Sí. ¿Todavía quieres el trabajo?.

—¿El trabajo de clarividente? Debo pensarlo—, dije. En verdad, tenía que pensarlo. —Ahora, bueno, debo usar—pues...—, anuncié, y me moví para incorporarme; descubrí que, si me movía lentamente, podía superar el vértigo.

—Por supuesto—. Se inclinó hacia mí, me tomó la mano. Lentamente, balanceé las piernas al lado de la cama, y planté mis pies en el grueso afelpado de su alfombra. Asimilé su habitación, y la encontré cómoda, con colores cálidos y oscuros; la alfombra tenía un hermoso color vino, los muebles eran nogal. El edredón era una mezcla de buen gusto de estos colores en patrones diagonales y salpicaduras que armonizaban con la decoración del dormitorio. Claro, debí haber captado todo con mis poderes de clarividente, pero mientras pensaba por qué nada venía a mí —su mente fusionada con la mía me mantuvo sedada y mi ojo interior no hubiera funcionado con todo eso.

—Por aquí—, dijo, mientras me entregaba mis zapatos y mi bolso. —Tuviste una noche larga.

Eso se quedaba corto. Me desplacé por el pasillo a media luz, pero no tuve problemas para encontrar mi camino.

—Al final del pasillo, a tu izquierda—, señaló. —Tómate tu tiempo.

Me dirigí rápidamente a la puerta de la izquierda. Su baño era grande, con azulejos negros y blancos, con un jacuzzi a su propio nivel y una gran ducha al otro lado de la habitación. Agradecida, usé las instalaciones y deseché las medias rotas en un basurero de acero inoxidable que se abría con una palanca para el pie. Con el agua caliente cayendo, miré mi reflejo y quedé impactada. Mi cabello era una desgracia.

Mientras me lavaba y me peinaba, pensé en lo que Nicolas me había revelado sobre el cuco de mi niñez. ¿Por qué, después de todos estos años, no me di cuenta? Tuve que reconocer que había sido real, y que quienquiera que fuera —y la sensación era imprecisa— tenía todo que ver con la desaparición de mi madre. Quería encontrarlo. Hacer preguntas.

Y después, matarlo.

No había nada más que pudiera hacer sobre el estado de mi vestido, así que emergí del baño, con los zapatos puestos, lista para enfrentar a quienquiera que estuviera en ese apartamento —había otra persona con nosotros, lo supe sin

mucho esfuerzo.

Humano, no vampiro. Gracias a Dios.

Nicolas apareció al final del pasillo.

—Lo papeles que debes llenar están en la sala de estar.

—¿Papeles?.

—Todo para el trabajo, toda la información sobre las Torres Tremayne está ahí también.

—Oh. El trabajo. Gracias—, dije, apretando mi bolso frente a mí.

—¿No querrás algo de comer antes de ir casa?—, ofreció.

—Oh, no te molestes—, dije. Quería irme a casa, y sabía que él debía ir a su estado de dormir de vampiro.

—Casi amanece—, dijo, como si leyera mis pensamientos. —Debo regenerarme—, agregó, como para asegurarse de que entendía. Asentí. —Pero Toby se encargará de ti.

—¿Toby?.

—Mi sirviente humano.

—Oh—, dije. Toby, su vástago —alguien que haría sus encargos durante el día, mientras dormía, alguien que lo cuidaría.

—Ven—, dio, y me guio por el pasillo. —¿Toby?—. Nicolas llamó mientras avanzaba por el corredor; su bata era lo suficientemente larga como para rozar la alfombra color vino bajo sus pies.

Salimos a un espacio abierto. Delante de mí, pesadas cortinas negras de pared a pared colgaban a lo largo de tres metros, interrumpidas por una gran columna. El resto del apartamento se abría a un área habitable de colores cálidos y una chimenea dispuesta en un rincón. Apiñados, había un sillón y dos sillas hechos de gamuza color chocolate. Cruzaba el área habitable y la cocina una barra de desayuno en un ángulo con el resto del apartamento don altas sillas negras a ese lado de la habitación.

En el centro de la zona de la cocina, estaba un joven flaco como un espantapájaros con una camisa color malva y pantalones negros. Calculé que media cerca de 1.80 m, posiblemente de 18 o 19 años, pero parecía mayor. Se volvió a nosotros, sacudió su cabello largo hasta los hombros para sacarlo de sus ojos azules. Pensé que eso le daba un aire andrógino. Honestamente, de haberlo visto en la calle, hubiera tenido que mirar bien para asegurarse si era hombre o mujer.

—¿Sí, Nicolas?—, dijo el muchacho, con una voz agradable, de volumen mediano. Un dedo ágil apartó de sus ojos el largo flequillo. Noté que su pelo no era rubio natural: ya tenía que pintarse las raíces.

—Sabrina, te presento a Toby Hunt. Toby, te presento a Sabrina Strong—,

nos presentó, con las manos metidas en los bolsillos de su bata.

Nos echamos un vistazo e intercambiamos saludos. Luego, incómodos de mirarnos, volvimos la mirada a Nicolas. —Toby se encargará de tus necesidades, hoy—, dijo Nicolas.

—Gracias—, respondí, tratando de ocultar mi leve incomodidad de que me dejaran al cuidado de otro extraño. Toby era uno o dos años menor que yo.

—Bueno, me voy a dormir.

—Bien—, dijo Toby. —Que duermas bien.

—Y buenos días para ti—. Nicolas luego se volteó hacia mí. —¿Espero verte esta noche, Sabrina?.

—¿Esta noche?—. No sé por qué eso me impactó.

—Sí. Después de que llenes los papeles, debemos ingresarte al sistema—, explicó. —Regresaré para recogerte. Te llamaré para decirte cuándo. Oh, dale mi número, Toby.

—Por supuesto, Nicolas—, contestó Toby.

No había firmado nada, así que todavía podía retractarme. Seguía sin decidirme.

—Tremayne está emocionado de que te unas a nosotros, Sabrina. Está dispuesto a darte un generoso bono de inicio de mil dólares—, informó Nicolas.

Mi boca se abrió. Resté varias cuentas que colgaban en una pizarra que iba a poder pagar.

—Bueno, buen día—. Nicolas giró y desapareció por el pasillo.

Luego de medio minuto de silencio, dije:

—Bonito lugar.

—Gracias—, dijo Toby mientras vertía algo en un vaso. —¿Le puedo ofrecer desayuno, señorita Strong?—, preguntó, mientras traía un vaso alto de jugo de naranja en una pequeña bandeja. —¿Le gustaría cereal? Puedo agregarle avena. ¿O huevos?—. Puso el vaso delante de mí.

Puse mi bolso en una silla cercana, y busqué mis guantes. —Oh, no te molestes—, dije levemente distraída. —Y dime Sabrina.

Sonriendo, dijo:

—No hay ningún problema, Sabrina. Puedes decirme Toby.

—Bien, huevos está bien—, acepté. Tenía hambre, y como estaba casi a una hora de casa, supe que no podría mantener a raya mi hambre mucho tiempo más. Obviamente, Toby estaba cómodo en la cocina.

—Debes tomar eso, por cierto—. Señaló el vaso de jugo.

Obedecí. Sabroso, frío y sin pulpa, lo tomé de un tirón.

—¿Trabajas para Nicolas?—, pregunté mientras cocinaba los huevos.

Con la espátula en la mano, Toby se dio una media vuelta para mirarme a

través de una cortina de hilo de oro y caramelo, y me lanzó una mirada que hizo que mi cara se sonrojara levemente. Sobre todo, con las siguientes palabras, pronunciadas de una manera que tuve que descifrar.

—Lo que sea que necesita que haga, yo hago—. Eso podía incluir muchas cosas. También lo estaba leyendo un poco. Como ya no tenía la seducción a Nicolas, empezaba a recuperar las cosas. Me di cuenta de eso, y tuve que empezar a bloquearlo, lo mejor que pude, mientras Toby iba entre la estufa y la nevera.

Protectoramente, llevé las manos al mentón, aferrada una a la otra, y observé el resto de la propiedad. Detrás de las cortinas negras debían estar las ventanas por las exuberantes varias plantas que crecían a todo lo largo. La higuera, las enredaderas colgantes y los helechos se veían saludables. Me pregunté en qué piso estaríamos, y cuál sería la vista. ¿Vería el horizonte de Chicago o el lago Michigan?

Después de unos momentos, Toby trajo dos platos iguales, negros y cuadrados, a la barra del desayuno. En uno estaban mis huevos con una ramita de perejil a un costado y rodajas de naranja al otro lado —desplegadas, nada menos. Había colocado una cereza marrasquino en el centro. Linda presentación. Parecía como si hubiera tenido todo listo con anticipación; cortar y acomodar una naranja así tomaba tiempo, pues no había membranas en los trozos de naranja. Este chico era un chef.

—Debes estar tomando clases de cocina—, dije, mientras tomaba un tenedor con la mano descubierta. Los cubiertos que iban por el lavavajillas no me daban mucho para leer. Tuve una fugaz imagen de él en una clase de cocina.

—A decir verdad, es así. Universidad de Chicago—, me informó alegremente.

—El café está listo. ¿Quieres?.

—Muero por un sorbo de café—. Cerré los ojos. —Perdón, eso se me salió.

Con una mueca, Toby vertió café en una taza negra cuadrada. —No te preocupes. Nadie ha *muerto* por mi café—. Reí nerviosamente mientras él ponía la taza de café con azúcar y crema a juego en una pequeña fuente negra delante de mí.

—No. Estoy segura—, dije, sintiendo que bromeaba conmigo. Volví a buscar mis guantes. Empezaba a tomar cosas que él manejaba.

—Eres súper sensible—, dijo, cambiando el tema. Levanté la vista hacia él mientras echaba dos cucharaditas de azúcar al café.

—Sí. Y tú eres el-—oh, lo siento, ¿debo decir la palabra vástago?.

—Tal vez debería explicarte nuestra relación—. El rubor volvió a subir a mis mejillas. —Oh, ¡una mujer que todavía se sonroja! Me gusta eso—. Logró la

reacción que estaba buscando. Sí, todavía me sonrojaba. No era una mujer mundana en el sentido de la palabra. Había vivido en el campo toda mi vida, y lo prefería antes que cualquier ciudad y las hastiadas personas que vivían ahí. Vampiros y vástagos incluidos.

—En realidad, no es algo que me importe—, dije, mientras vertía un poco de crema en el café, y la veía arremolinarse y subir. Se lo había puesto fácil —poder molestarme. Ya había dejado de retroceder a los rincones así. *¡Maldita sea!*

—No, en realidad no me importa contarte. Prefiero que entiendas nuestra relación y no que la asumas. Soy el esclavo humano de Nick'. O, si prefieres la palabra es *vástago*—. No podía decidir si estaba orgulloso de este hecho o algo disgustado con él mismo.

Asintiendo, di golpecitos suaves a mis labios con la servilleta de tela. Las rodajas de naranja estaban jugosas. —Correcto—, dijo. —Quiero decir, bueno, es lo que pensé—. ¿Sonaba tan estúpida como me sentía?

—¿Lo pensaste?—, dijo, con aire petulante, sus largas manos extendidas en la encimera.

—Mira—, empecé algo exasperada. —Anoche me mordió un lobo —ah, un hombre lobo. Es la única razón por la que estoy aquí esta mañana. No tenía ganas de estar aquí, para empezar, y me gustaría ir a casa. ¿Está bien?—. ¿Por qué debía cumplir con los requisitos de este vástago? No era la amante de Nicolas ni *nada*.

—Lo sé, entiendo totalmente—. Inclinándose hacia adelante, llevó sus antebrazos a la encimera y enlazó sus dedos. Noté sus uñas arregladas. —Estaba aquí cuando te trajo—. Su mirada pasó a mi brazo. —¿Cómo está?.

Levanté el brazo herido para mostrarle. —No perfecto—. Revisé la herida. Cubría una gran parte de mi muñeca, y era fácil identificarla como mordida de un perro grande, o en mi caso, un hombre lobo. —Pero, viviré—. No iba a discutir sobre mi otra cicatriz —nunca más— con nadie, si podía evitarlo.

—Nick te dio un regalo—, dijo, retirando la mirada de mí y a través de la habitación hacia el pasillo donde estaba el dormitorio de Nicolas. —Sacó el veneno del hombre lobo—. Sus ojos se fijaron rápidamente en mí. —La sangre de vampiro anula el veneno de lobo, ¿sabías? Es más—, —se enderezó, volvió a poner las manos en la encimera— —la sangre de vampiro cura casi todo, desde heridas a enfermedades.

—Me ofreció su sangre, pero la rechacé—, afirmé inexpresiva.

—Oh—. Rápidamente, señaló hacia el plato. —¿Terminaste?.

Asentí, mientras agarraba la taza de café con las dos manos.

Retiró los platos de mi desayuno y con paso tranquilo llegó al lavavajillas

donde los metió rápidamente. Antes de que pudiera moverme de la mesa de desayuno, tuve una visión de un Toby diferente y mucho más joven. Todo se me vino en rápidos destellos: un adolescente de quien los adultos abusaban, con drogas, con agujas en el brazo, alguien arremetía contra él por detrás, mientras él gritaba. Me di cuenta demasiado tarde de que esas visiones salían de la taza que estaba agarrando y que venían hacia mí.

Bajé la taza con un solo movimiento, la solté, dejé ir todas esas aterradoras. *¡Carajo! ¿Dónde están mis guantes?*

Sorprendido por el ruido de la taza, dio un respingo en el lavavajillas y me miró.

—Lo siento—, dije. Tenía derramado café por mi mano y un charco se esparcía por la encimera. Recién ahí lo sentí quemar, las visiones habían atrapado completamente mi atención unos segundos antes.

—¿Estás bien?—. Me llevó dos toallas negras —eran demasiado bonitas para echarlas a perder con café. Oh, vamos, ¿qué me importaba? Me dio una y limpió la encimera con la otra. —¿Te quemaste?—, me preguntó con voz preocupada. Miró mi mano. Le vio roja y gruñó sorprendido. Ya había hecho cosas así antes —muchos peores todavía.

—Estoy bien—, murmuré, avergonzada. Saqué mis manos, evitando el contacto de piel a piel con él cuando trató de alcanzarme. No quería otra visión más de fuerte de nada más sobre él. Era suficiente. No me atrevía a permitir que Toby supiera que yo sabía de su pasado. Eso asustaba a la gente. No sabía lo que Nicolas le había dicho. En tal caso, Nicolas tampoco sabía qué clase de clarividente era yo.

Toby se encogió de hombros y dejó las toallas, luego las arrojó al lavadero.

Caramba, ¿dónde están mis guantes? Miré alrededor. —Toby, Nicolas dijo que mis cosas estaban por ahí, sabes dónde?—. Le pregunté tan educadamente como pude, tratando de ocultar mis nervios. En realidad, estaba muerta de pánico; el corazón acelerado, la cabeza me punzaba. Los guantes no desvanecerían las visiones que tenía, pero evitarían otras. De verdad, me hubiera gustado que no fuera él quien me llevara a casa, pero tenía los guantes puestos, y mis escudos estaban listos para protegerme de sus emociones. Estaría bien. Solamente que no sería un viaje cómodo a casa.

—Sobre el sillón—, dijo, mientras raspaba la sartén encima del basurero, y después la metió en el lavavajillas también.

Mientras Toby iba y venía por la cocina, encontré mi chaqueta acomodada sobre el sillón —no la había visto cuando entré en la habitación un rato antes. Dentro del bolsillo encontré mis guantes. El derecho estaba muy roto. Me di cuenta de que alguien los había lavado. Me los puse agradecida. La tela me

ayudaría a protegerme de todas las emociones residuales que salían de todas las superficies que tocaba.

Toby salió de la cocina con largos pasos de sus largas piernas. Tomó un control remoto y lo dirigió hacia las cortinas. Como si fuera magia, las cortinas se deslizaron lentamente. Brillantes luces entraron a la habitación como un enorme reflector. Con las manos en la cintura, se me quedó mirando un momento. —Parece un día precioso.

—Sé que va a parecer estúpido, pero ¿dónde estamos exactamente?—, pregunté.

—¿Dónde?—. Mientras volteaba, se agachó hacia una mesa con tablero de vidrio, tomó una gran regadera roja y empezó a regar sus plantas.

—Sé que estoy en Chicago, pero ¿dónde está esto?.

—Torres Tremayne, por supuesto.

—He oído hablar de eso—, asentí.

Toby caminó alrededor de las plantas mientras iba regándolas. —Esta es la central de vampiros, por si no te has dado cuenta—. Me lanzó una rápida mirada mientras regaba una planta de jade del tamaño de un arbusto. —Trabajamos y vivimos aquí, en el lado norte.

¿Lado norte de Chicago?.

—No, Torre Norte. Hay dos torres, Norte y Sur. La Torre Sur es el lado humano.

—Entonces, las Torres Tremayne es donde los vampiros viven y trabajan. Ya veo—. Asentí. —¿Qué clase de trabajo hacen?.

—Oh, muchas cosas. Tenemos el hotel, suites y condominios para humanos y vampiros. Está Tremayne Air, su línea de ropa, y todo lo demás que fabrica, como Real Red.

—¿Real Red?.

Dejó lo que estaba haciendo para mirarme. —Sangre embotellada, por supuesto.

—¿Humana?.

Moviéndose entre las plantas, Toby probó la tierra de los helechos de Boston que crecían tan frondosos antes de administrar el agua. Era lo suficientemente alto como para no tener que usar un escalón para alcanzarlos. Hizo una pausa para mirarme. —¿Qué?.

—Real Red. ¿Es sangre humana?—

—Es 100 % humana. Entregada por donantes, por supuesto.

Hice una mueca y me paré de puntas para echar un vistazo por la ventana y contemplar las porciones superiores de oscuros rascacielos grises, contra el cielo azul de fondo. Me acerqué más a la ventana.

—Nunca ha estado tan arriba de un edificio.

—¿De verdad? Bueno, mira—, dijo y deshizo el pestillo para abrí la puerta de vidrio. —Echa un vistazo, y no te caigas.

Sintiendo que me estaba provocando para ver si me asustaban las alturas —no es así— salí con cuidado al balcón. Los rascacielos llenaron mi visión, debajo de nosotros discurría un río. Grandes barcos se deslizaban por su superficie.

—¿Es ese el río Chicago?—, pregunté.

—Sí.

—¿El que pintan de verde el día de San Patricio?—

—Sí. Estábamos a una cuadra de la Magnificent Mile. El Edificio Wrigley y Tribune Tower nos rodeaban—. Asentí, me sentía como una turista mientras él señalaba varios puntos de interés.

Estaba a punto de preguntar en qué piso estábamos cuando mi pie golpeó algo inesperadamente. Miré hacia abajo. Soga. Mucha soga en un ajustado rollo —como la que suponía que usaban los escaladores. Vi los sujetadores que tal vez usen para engancharse cuando suben. Pero qué hacía ahí, no tenía idea.

—¿Para qué es la soga?—, pregunté mientras las señalaba.

—¡Oh!—, dijo, parecía apenas alarmado. Se recuperó de lo que fuera que le causó mi observación. —Están trabajando en las ventanas. En fin, los trabajadores las dejaron—. Se encogió de hombros.

Era suficiente vértigo para mí, así que regresé a la relativa seguridad de la habitación. Me puse mi abrigo, trataba de hacerle ver que quería irme. Los dientes del lobo habían roto mi abrigo, lo que salvó mi vestido de quedar totalmente destrozado. De otro lado, mi vestido casi no tenía daños (lo supe gracias al espejo del baño). Pensaba que toda la parte de atrás estaba rota, pero no era el caso.

—¿Estás lista?—, preguntó, mientras daba zancadas hacia un clóset. Se puso una boina negra y una chaqueta de corduroy marrón. Parecía algo beatnik, pero le quedaba bien.

—Sí—, dije, mientras avanzaba hacia la puerta.

Tintinearon llaves cuando salimos. Toby giró la cerradura, volteó y miró algo. Lanzó un beso volado y luego hizo una ola con el dedo.

Miré y vi una cámara colocada al otro lado del pasillo, dirigida a la puerta.

—¿Nos están viendo?—, pregunté, incrédula.

—Sí, hay más de mil cámaras en las Torres Tremayne—. Se rio y avanzó. Lo seguí, y me di cuenta de que se estaba divirtiendo a expensas de quien quiera que tuviera el tedioso trabajo de ver los pasillos todo el día.

Mientras íbamos al ascensor, Toby me pidió que recitara mi número de teléfono y pensé en mentir. Me di una patada. Seis meses antes, después de la

muerte de mi padre, mi hermano y yo quedamos con una considerable herencia —yo recibí la casa, así que lo que recibió mi hermano en efectivo fue más. Mi porción disminuía. Tuve que pagar impuestos sobre la propiedad, después de todo. Tuve que comprar propano para el invierno —y eso no era para nada barato. Si no conseguía pronto un trabajo que pagara bien, debía evaluar vender la vieja casa de campo. No quería hacerlo. Le di a Toby mi teléfono y él lo marcó en su Blackberry. Todos los papeles relacionados con el trabajo estaban en un sobre grande que yo tenía en la mano, y les echaría un vistazo al llegar a casa.

—¿Qué altura tienen las Torres Tremayne?—. Pregunté mientras bajábamos.

—Noventa y siete pisos. El de arriba es un condominio para el señor y la señora Tremayne, por supuesto—, hizo una pausa e hizo un algo increíblemente sexy con la boca mientras evaluaba sus siguientes palabras. —La señora Tremayne ya no está con nosotros.

—Oh, lo siento.

—La asesinaron—, respondió en tono bajo que parecía ligeramente a chisme. —Supe que la dispararon con un tornillo en el corazón.

Aspiré. —¡No es broma! ¡Qué terrible!.

—Letitia era vampiro, por cierto. Igual que el señor Tremayne.

No nos cruzamos con nadie en el pasillo, las puertas se abrieron siseando y entramos a un garaje enorme. Lo encontré frío y húmedo, a pesar de la iluminación elevada. Sonó un pito y se abrió un Scion rojo con alfombra negra encima. Elegante, con interior marrón. En cuanto empezamos a movernos, presionó su reproductor de discos compactos y surgió algo con guitarra y un ritmo saltarín.

Salimos del garaje suavemente y paramos en una pequeña construcción, con tamaño apenas para que persona se parara o sentara adentro. Era obviamente un puesto de control. Había una puerta a unos cuatro metros que bloqueaba nuestra salida, con una barricada de 1.50 m entre la salida y la entrada. La ventana de Toby se deslizó hacia abajo, y saludó al hombre en la pequeña entrada. Mientras la reja se abría electrónicamente, ambos intercambiaron detalles, y luego salimos al tráfico y el ruido.

Una línea ininterrumpida de altos edificios se elevaba a nuestro alrededor, y el tráfico rugía delante de nosotros. Hora punta. Todo lo que veía era autos a nuestro alrededor, y las luces de tráfico delante de nosotros hasta donde podían ver mis ojos. *¿Cómo pueden vivir así un día sí y otro también?*

Giró a la izquierda en Michigan Avenue, luego a la autopista Stevenson y condujo por una zona enredada de puentes y salidas, luego por el puente que cruza el río. Me volteé para mirar por encima de él por la ventana del conductor.

Unos espectaculares picos gemelos se alzaban en lo alto del cielo, mi mirada subía y subía hasta que encontró cumbres increíblemente afiladas entre los demás rascacielos.

—¿Vives con alguien?—, preguntó, tal vez tratando de hacer conversación o averiguando.

—No. Vivo en casa de mi padre, pero ahora estoy sola. Mi padre acaba de morir, y mi madre ha estado, pues —perdida— desde que tenía diez años—. De nuevo, un dolor agudo apareció en las tripas cuando lo dije. No era fácil para mí hablar de la muerte de mi padre, todavía era muy reciente. Tenía que mantenerme en firme control para no estallar en llanto. No tener padres era duro a tan corta edad. Esperaba que mi padre falleciera cuando yo tuviera más de 60 años, no ahora como veinteañera.

Vi a Toby sacudirse ligeramente, como si la noticia lo sorprendiera. —Oh, lo siento—, dijo, y se volvió a mirarme. —Entonces, tenemos algo en común.

—¿Sí?—, dije, sorprendida.

—Sí, también soy huérfano. Casi toda mi vida.

—Lo siento—, dije.

—Mi madre era adicta al crac. Me colocaron con una familia cuando murió. A los ocho, diez y doce años, me escapé. Seguí escapando hasta que dejaron de buscarme.

—Vaya—. Con el codo apoyado en el borde de la ventana, incliné el mentón contra mi puño. —Es realmente triste, y terrible—. Reprimí las imágenes que emanaban de él. De verdad, no quería saber más.

Se encogió de hombros. —Terminé en las calles, así como lo había hecho mi madre. Cuando lo tienes en tu sistema, no te puedes deshacer de eso.

—Y entonces Nicolas me encontró—, siguió, el tono de su voz cambió ligeramente. —Me acogió, me limpió. Sangre de vampiro. El máximo nivel—. Su sonrisa se amplió.

Eso me detuvo. —¿Quieres decir que tienes su sangre?—

—Sí. Era la única manera en que me pudo limpiar de las drogas. Fue una limpieza drástica—, explicó. —Tomó mi sangre, no mucho, pero suficiente para ponerme bien, y luego me dieron la suya, para reemplazar la que sacaron.

Quería dejar de pensar en beber sangre. —Creía que la sangre era vomitiva, que si tomas mucho la rechazas y te hace vomitar.

—No la sangre de vampiro—, dijo, sonriendo. —Es decadentemente dulce.

El resto del camino, me esforcé por bloquear sus emociones, y todo lo demás que emanaba de él. Fácil, como aguantar la respiración bajo el agua.

CAPÍTULO TRES

Me apoyé distraídamente en mi bañera de burbujas y agua caliente. No podía evitar que revolotearan las imágenes de mi noche —lo que recordaba. Dejé que mi mente volara, sabía muy bien que me acosarían más tarde si no les permitía que aparecieran ahora.

Nicolas me llamaría esa noche. Esperaba que firmara con Torres Tremayne. Debía averiguar más sobre este trabajo antes de descartarlo —dijo que pagaba —espléndidamente—. Debía admitir que tenía curiosidad.

De un lado, temía cometer un error. De otro lado, mi cuenta de ahorros había bajado de los 55,000 que me quedaban de mi padre a casi 2,000. Las interminables cuentas la habían consumido. Por supuesto, no ayudaba que no tuviera trabajo. Este trabajo era la oportunidad que prácticamente me había caído del cielo.

Pero, ¿trabajar para vampiros? ¿En Chicago?

Mi mente trajo la imagen del hombre guapo en el espejo que funcionaba como monitor en el dormitorio de Nicolas. ¿Era Tremayne? Estaba segura de eso. Mi corazón tronaba con el simple pensamiento de ese atractivo vampiro con los ojos tan azules —eran profundos, como un océano.

Emergí del agua caliente, con olor a lavanda, tomé mi toalla. Fue ahí cuando pensé en algo más oscuro. La *otra* marca de mordedura. La que asociaba directamente con mi recuerdo del extraño de cabello oscuro al lado de mi cama a mis diez años. Me estremecí de repente. Nicolas me había dicho que me había mordido un vampiro amo. No quería creerle. Pero, ¿qué otra explicación había? El hombre que llegó una noche, hace mucho tiempo, era un vampiro. Me marcó como su propiedad. ¿Por qué?

Ahora examinaba ambas mordeduras en mi brazo. Curiosamente, la cicatriz más antigua estaba roja, hinchada —casi como si fuera reciente. Sorprendida, me pregunté qué le había hecho Nicolas a mi antigua cicatriz para que se viera así.

Mientras me vestía, pensé en los asuntos más urgentes que debía resolver. Como comida. Mi refrigerador estaba vacío, me sentí tentada a limpiarla. Mí lógica era que, si le ponía comida, no notaría la mugre. Así que las compras de comida eran lo primero de mi lista, y ver o llamar a mi mejor amiga, Jeanie Woodbine. Lo que tenía que decirle no era algo de lo que se pudiera hablar abiertamente. Podíamos comer juntas, y podía ponerla al corriente. Tenía que sacar esto de mi pecho y Jeanie era el único otro ser humano a quien le podía contar esto.

Pensé en Constance, la esposa de mi hermano, y mi inmediata necesidad de dinero. No quería sacar nada de mis ahorros, o de la cuenta, que tenía poco. Constance tenía una tienda de antigüedades, en el centro de Moonlight. Mi trabajo era ayudar con la caja registradora, poner artículos nuevos, limpiar o cualquier cosa que se necesitara, y me pagaba por las horas que trabajaba —salario mínimo, por supuesto. Estaba contenta con el dinero, pero era medio tiempo y no alcanzaba para pagar las cuentas. Era el día en que normalmente iba a la tienda, así que seguro me estaría buscando. Compraría comida con el dinero que recibiera.

Pero de verdad necesitaba hablar primero con Jeanie. Ella trabajaba en el único otro banco del pueblo —el banco donde no tenía cuenta.

El día azul era el clima típico de mediados de octubre en el norte de Illinois. Las hojas luminosas de anaranjado, oro y carmesí captaron mis ojos a lo largo de la ruta, mientras dorados campos de maíz envolvían mis alrededores hasta donde me llegaba la vista. Halloween estaba a la vuelta de la esquina, lo anunciaban las decoraciones en las ventanas y las calabazas talladas en las entradas de las casas mientras conducía hacia el pueblo. Mi ánimo estaba alegre. Me estaba faltando emoción los últimos meses, desde el funeral. Tuve que examinar por qué estaba sintiéndome así después de lo que había ocurrido la noche anterior. No podía entenderlo —a menos, posiblemente, que fuera la oferta de trabajo. El único bueno que había tenido —jamás. Un trabajo que pudiera poner fin a mis preocupaciones sobre mi futuro. *No debí haberlo rechazado*. Había estado en agitación antes, pero ahora estaba más inclinada a tomar el trabajo. sin importar que involucrara trabajar para vampiros.

Diez minutos después, mientras revivía la noche anterior en mi mente, de nuevo —entre mis pensamientos de cuenta o preocupaciones de dinero— me detuve en el único semáforo de Moonlight. Paraba el tráfico en la Ruta 30 y Main. El First National Bank era un imponente edificio de ladrillos (para un pueblo rural de este tamaño), de cuatro pisos, color arena —el único edificio de cuatro pisos en todo Moonlight— en la misma esquina del semáforo. Cuando la luz cambió, alguien desocupó un lugar en diagonal al lado del banco, y estacioné suavemente. Como la tienda de Constance estaba al frente, podía dejar mi Jeep ahí todo el día. No teníamos parquímetros en Moonlight.

La hora en el banco decía 9:14, y la temperatura era de agradables y frescos 16°C. Un viento frío hizo que me pusiera la capucha de mi sudadera. Ya fuera del Jeep, di algunas zancadas hacia la puerta del banco, y me golpeó el olor a dinero. Jeanie era cajera. Le gustaba vestirse elegante. El trabajo le sentaba bien. Sus labios arqueados se estiraron en una gran sonrisa cuando me vio. Jeanie tenía una personalidad chispeante que acompañaba sus brillantes ojos azules y su

cabello corto, rubio natural. Era bonita. Me hizo un guiño sobre la cabeza de una pequeña señora canosa a la que estaba atendiendo. Me paré en el mostrador alto, hice como si estuviera llenando una ficha de depósito para poder ponerme en la fila. Había estado pensando mientras iba a hablar con Jeanie que debía cambiar mi cuenta a su banco.

Me puse en la fila detrás de un hombre rubio, alto y de anchos hombros que usaba jeans, una camisa de franela, con las mangas enrolladas hasta los abultados antebrazos, botas de trabajo que había visto mejores días, y la consabida cadena de billetera. Su pelo rubio ondulado estaba amarrado en una larga cola. Medía 1.80, y nadie lo confundiría con una mujer. Tenía los musculosos brazos cubiertos con tatuajes. Logré leer que trabajaba en una empresa de construcción. Tuve una breve visión de él poniendo ladrillos. Cuando me acerqué, detecté pesado almizcle a su alrededor. Curiosamente, pensé que lo conocía de algo. Pero su cara no me era conocida.

—Hola, Frank. ¿En qué te puedo ayudar hoy?—, preguntó Jeanie abiertamente.

El hombre al que llamó Frank avanzó hacia ella.

—Hola, Jeanie, necesito retirar algo de dinero de mi cuenta. Voy a hacer un viajecito—. Le sonrió. Sus dientes eran grandes, gruesos y sorprendentemente blancos. Inclinó un codo en el mostrador, giró el cuerpo a medias y apoyó una pierna sobre la otra como si fuera a ordenar una cerveza en su bar favorito. —Me lo llevo en billetes de 50 y de 20, si no hay problema.

—Ningún problema—, contestó Jeanie. —Te lo tendré en un segundo—. Mientras los dedos de Jeanie digitaban algo, intercambiaron comentarios. En un momento, ella contaba el dinero. Todo se redujo a 2,069 dólares, sin monedas. Una suma grande. No se me ocurrió qué necesitaba alguien para viajar con tanto dinero. Tal vez no creía en las tarjetas de crédito.

Jeanie le dijo que con eso cerraba la cuenta. Él asintió. —Sí—, dijo, despreocupado.

Luego le preguntó a dónde iba, y él respondió que al este. Traté de bloquearlo, era muy fácil de leer. Sabía que se transportaba con una Harley y que iba al oeste, no al este. Vi, con mi ojo interior, la costa de California, que es diferente de la costa este —lo sabía por los viajes que había hecho con mi papá.

Gran Sur. Su afirmación de que iba al este era mentira. Me pregunté por qué le mentiría a Jeanie, a quien parecía conocer.

—Gracias. Nos vemos después—, dijo Frank, mientras metía el dinero en la enorme billetera con una cadena. Se balanceó con la cabeza gacha. Dio un paso hacia mí, miró hacia arriba y nuestros ojos se encontraron. Hubo un impacto inicial de reconocimiento entre nosotros. Mi pulso se aceleró y me apoyé en el

mostrador. Sabía que venía la visión.

Estaba oscuro y callado cuando la mujer apareció en el estacionamiento. Se le acercó en silencio, primero. Como sintió su temor, se acercó a ella a grandes pasos. Excitado por el olor, no pudo evitar morderla...

Evité el resto de la visión; los momentos de la noche anterior venían a mí en un ángulo diferente —el recuerdo del lobo— y era difícil leer las emociones desde un nivel humano.

Los cautelosos ojos azul zafiro miraron hacia abajo y luego arriba, rápidamente hacia mí. Una sonrisa curvó sus grandes labios. —Perdón, señorita —, dijo con tono educado, y pasó a mi lado. Se quedó algo del pesado almizcle, y no era loción para después de afeitar.

Avanzando hacia Jeanie, volteé la cabeza para ver su avance. Su cabeza giró hacia mí. Volvió a sonreír. *Grandioso. Ahora cree que estoy interesada.*

Un escalofrío me recorrió la espalda. En el mismo momento, me di cuenta de que era el hombre lobo que me había atacado en la noche —no había duda al respecto. Volteé y me sujeté del mostrador frente a la ventanilla de Jeanie antes de caerme.

—Brie, ¿estás bien?—, Jeanie preguntó, con la voz preocupada. Eso me sacó de las horribles imágenes que se repetían del ataque del lobo que se había alojado en mi cabeza. Lo sacudí y miré a Jeanie a través de su mostrador. Ella estaba con un traje sastre que parecía hecho a la medida de su abundante pecho. No solamente resaltaba el color de sus brillantes ojos azules, también mostraba algo de escote, de una manera que le quedaba bien.

—Estoy bien. Ahora—. Me incliné todo lo que pude en su ventanilla sin atraer miradas suspicaces de que estuviera asaltando el banco. —¿Conoces a ese tipo?—. Pinché un pulgar sobre mi hombro hacia la entrada.

—¡Claro! Lo veo mucho en The Saloon y en Trails End—, me informó, con una brillante sonrisa. —¿Qué sucede?—. Sus cejas perfectamente depiladas se encontraron, con preocupación. —¿Viste algo?.

—Oh, nunca me creerías.

Hizo un sonido nada femenino con los labios. —Brie, soy yo—, dijo en voz baja. —Nunca has tenido secretos conmigo.

—Cierto. Pero no salgas con él esta noche, hagas lo que hagas.

—No tenía la intención, pero ¿por qué?.

—No aquí—, susurré, con la esperanza de no haber llamado la atención a mi torpe acción. —De todas maneras, tengo buenas noticias reales. ¡Tal vez tenga ese trabajo de clarividente!—, anuncié.

—Vaya, ¿en serio?—. Con los brazos apoyados en el mostrador, brilló alegremente.

—Voy a trabajar para Torres Tremayne, en Chicago. Si quiero el trabajo, es mío.

—¡No me digas!—, dijo, con los ojos totalmente abiertos. Miró alrededor rápidamente. A su jefe Bob Haticker, no se le veía por ningún lado. A varios metros, un cajero a atendía por la ventanilla para autos. Otra mujer en otra ventanilla atendía al único otro cliente del blanco.

—Respondí al anuncio para el clarividente—, expliqué.

—¡No! ¿De verdad?.

Asentí; la víspera le había contado brevemente del anuncio. —Me ofreció un bono de inicio de mil.

—Oh, tenemos que hablar. ¿Almuerzo? ¿Once y media?.

—Por supuesto—. Empecé a alejarme.

—¿Subway?.

—¿Dónde más?.

Después de despedirnos, salí a la calle y eché un vistazo al cartel de la tienda de mi cuñada, *Antigüedades y artículos de colección Moonlight*, en diagonal desde el banco. Crucé la calle con la luz del semáforo, y troté a la entrada de la tienda de Constance. Vi hacia adentro, más allá de las diversas antigüedades, casas de pájaro y artesanías que había puesto en la entrada, a través de la gran ventana. El edificio, como la mayoría en el centro de Moonlight, se construyó entre mediados y fines del siglo XIX. Era la tienda original, y luego la tienda de comestibles local, con un congelador de carnes en la parte de atrás. Habían llevado el congelador de carnes adelante para usar como vitrina.

Constance había ido de un lugar pequeño a otro, antes de mudarse finalmente a este sitio más grande, desocupado por mucho tiempo. Su negocio estaba en auge, ahora que justo en una ruta muy transitada, y además ella lo publicitaba mucho. La vieja tienda era lo suficientemente grande como para permitirle tener antigüedades más grandes que antes. El techo de cinco metros dejó sitio suficiente para que mi hermano y algunos amigos construyeran una repisa sólida alrededor de la tienda para exhibir varias antigüedades grandes que no se vendían muy rápido. Usaron madera de tres establos diferentes para las paredes —perfecto para mostrar antigüedades y artesanías.

Entré y sonó la campana de la vaca. Constance estaba en su mostrador de forma de herradura (había estado en una antigua taberna), con un cliente. El cálido aroma de las velas y mezcla de flores secas me invadió al entrar y escuchar los saludos.

—¡Oye, chica!—, saludó Constance mientras anotaba la venta. —¡Llegaron los nuevos Boyd!—, dijo por encima de su hombro.

—¡Qué bien!—. Junté mis enguantadas manos las froté para mostrar mi entusiasmo. Tenía puestos mis guantes blancos de algodón para el trabajo. Tenía otro par de guantes, por si se ensuciaban. Además, tenía guantes descartables para la caja registradora. Se pensaría que no necesitaba usar guantes para desenvolver artículos nuevos como osos de peluche o velas. Pero era increíble la cantidad de pensamientos exasperados que captaba —minuciosamente— de esos artículos. Una vez toqué un oso antiguo de apariencia inocente con las manos descubiertas, y supe que el ultimo niño que lo había tocado le había arrancado la cabeza. Su madre lo había cosido, por supuesto, pero la imagen se quedó conmigo todo el día. No me gustaba encontrarme con esas imágenes ni ninguna emoción residual de las cosas que tocaba en la tienda. Las antigüedades cargaban muchos recuerdos y emociones residuales.

Pasé por la exhibición de los osos Boyd, no podía esperar a agregar los recién llegados. Constance tenía ahora una gran habitación atrás como almacén. Su tienda anterior siempre estaba atiborrada, casi no teníamos espacio para movernos.

Encontré las cajas recién llegadas y las abrí. A Constance le gustaba cómo usaba varios juguetes y algunos otros artículos decorativos para adornar la exhibición. Como Halloween estaba tan cerca, usaba mucho negro y anaranjado, calabazas y sombreros de brujas, esqueletos para decorar. Ella me había dejado que usara mi imaginación, solamente agregaba unas cuantas sugerencias aquí y allá. Lo hacía maravillosamente, tenía facilidad para decorar que solamente podía admirar.

—¿Y?—, dijo Constance desde la puerta. Levanté la cabeza, interrumpí el alegre acto de desenvolver los paquetes. Constance tenía una taza de café. El aroma a avellana flotó sobre mí, y también quise beber.

—¿Y.... qué?—, pregunté, mientras trataba de tener una cara inexpresiva y me acercaba al mostrador donde estaban la cafetera y las tazas. Vertí café en mi taza y agregué crema y azúcar. Lo volví —imbebible—, como diría mi hermano.

—¿Fuiste a tu entrevista de trabajo? ¿Cómo te fue?.

—¡Tengo trabajo!—, quería que la información fluyera poco a poco.

—¿Sí? ¿De qué? ¿Con quién, cuánto te pagan?—, me punzó con su voz sexy, ligeramente ronca. Constance era un poco más alta que yo. Grueso cabello rubio ondulado dispuesto de tal manera que parecía que el sol le caía debajo de los fluorescentes. Lo tenía amarrado en un moño. Estaba sexy, y me pregunté si me enseñaría cómo peinarme así —como si pudiera lograrlo con un pelo liso y delgado que se negaba a enroscarse, sin importar cuánta espuma le aplicara. Me imaginé que iba a un costoso salón de belleza —caro, donde servían vino y tocaban exótica música de fondo— al que iba cada seis semanas sin excepción.

Aprendí a tenerle cariño en algún momento, después de que se llevó a mi hermano seis años antes. Pero en verdad, ella era la mejor para él, y yo la quería.

—Voy a trabajar en Chicago.

Me hizo un gesto con la mano para que le contara más.

—Todavía no tengo todos los detalles. Voy a ir esta noche, a que me den más información, hacer un recorrido, todo eso.

—Oh, querida, ¡es grandioso!—. Puso su taza de café a un lado y me abrazó. Le devolví el abrazo. Estaba triste por mí desde el funeral, yo lo sabía sin que me lo dijera. Me había dado horas en la tienda después, porque sabía que estaba sin trabajo. —¿De qué se trata?—, me preguntó, mientras volvía a tomar su taza de café.

Esa era la parte complicada. No sabía exactamente los detalles del trabajo y no podía decirle que iba a trabajar para vampiros en la ciudad. No importaba hacía cuánto tiempo conocía a Constance, podía manejar hasta cierto punto. Tuve que recurrir a la mentira creativa.

—En realidad, vamos a negociar los detalles esta noche. Anoche estuve —ah— en una entrevista para un trabajo con las Torres Tremayne.

Sus ojos azul oscuro se abrieron como platos y se retiró la taza de los labios. —¿Torres Tremayne? ¿De verdad?.

—Sí—, dije, tratando de ocultar mis pensamientos contradictorios, y sorbí un poco de café.

—Anda, vamos. Tienes que saber más—. Su voz estaba entrecortada y emocionada mientras vertía más café en su taza.

—Bueno, voy a usar mis habilidades de clarividente, pero eso es todo lo que sé—, expliqué.

—Pero ¿haciendo qué exactamente?.

Sonó la campana que estaba sobre la puerta. Eso me salvó de tener que adornar más. Me podría poner en un aprieto se me permitían seguir.

—¿Con? Con, ¿estás adentro?—. La voz de Randy, mi hermano, se acercaba mientras avanzaba hacia la habitación trasera. —Te encontré. Hola, Brie—, saludó, apareciendo por un gran edredón que colgaba sobre la puerta de la oficina/almacén.

—Hola—, dije.

—¿Qué haces aquí? Pensé que estabas de hombre de la basura—, dijo Constance con una risita. Mi hermano trabajaba para el condado en mantenimiento de caminos. Mayormente, cortaba zanjas durante el verano, paleaba nieve en invierno, rellenaba baches entre uno y otro. Constance se volteó hacia él. Me incliné sobre el mostrador, sorbiendo mi café. *Sabía* que Randy iba a decir algo importante. Sentía sus emociones, y se desbordaban.

Su mirada atormentada revoloteaba entre Constance y yo, dudando. Con las manos en la cintura, parecía alguien que se había encontrado con algo malo o perturbador.

—Desembucha—, dijo Constance, inclinando la cadera. Se había llevado un brazo al medio; en su mano libre apoyaba el codo de la otra mano mientras sorbía su café. No tenía idea de lo que Randy iba a decir. Aunque no podía leerle la mente, podía sentir sus emociones, y eran casi tangibles.

—Bien, bien puedo contarles a las dos. Antes de que lo empiecen a oír por todo el pueblo. Han encontrado un cuerpo en Howard Road.

Constance dejó escapar un jadeo agudo. Yo también, pero no fue tan fuerte. Ambas lo miramos boquiabiertas.

Con las manos extendidas, con un gesto nos dijo que no nos emocionáramos:

—No lo han identificado todavía. Todo lo que sabemos con certeza es que es una mujer. Tienen al forense del condado, y la mitad de la policía del condado está buscando en cada brizna de hierba. Si alguien quisiera robar el banco, saldría librado—. Se rio sombríamente de su propia broma. A veces, mi hermano se animaba de verdad, y a veces adornaba las cosas. Ahora estaba haciendo las dos cosas.

—Bob me trajo para hablar con ustedes, y se fue a buscar a su esposa en la peluquería para contarle también. Quería estar seguro de que estaban a salvo, y advertirles que no vayan a ningún sitio ni hagan nada solas. Sobre todo, de noche —. Me miró en la última parte. Culpable. Si supiera lo que me había ocurrido la noche anterior. Me tuvo pensando en hombres lobo y el hombre en el banco que se iba de viaje con 2,000 dólares en la billetera.

—¿Qué quieres decir?—, preguntó Constance, poniendo en palabras mi pensamiento.

—Que no vayan a ningún sitio después del trabajo. Oscurece temprano ahora, y saben que ha habido mutilaciones de ganado... Quiero que estén seguras.

—Pero, debo hacer compras. ¡No tenemos comida!.

—Cierra temprano—, sugirió él.

—¡Cierra temprano! ¡Tendría que cerrar a las cuatro!.

—Así es. No quiero que nada les pase a ustedes—. Sus ojos se deslizaron hacia mí. —Brie, de verdad deberías evaluar quedarte con nosotros. Hasta que esto se resuelva. Están diciendo que es una persona que quiere hacerse pasar como animales que atacan ganado. No dicen qué loco actuaría así—. Hizo una pausa y miró alrededor —como si hubiera mucha gente en la habitación con nosotros— y bajó la voz, aunque no había nadie más en la tienda en ese

momento. —Caramba, hasta podría ser alguien del pueblo.

—¿Del pueblo?—, repitió Constance. —¿Por qué crees eso?.

—Solamente digo que nunca conoces realmente a los demás, ¿no crees?.

Sí, nunca se sabe.

—¿Exactamente dónde estaba el cadáver?—, pregunté.

Me miró. —En la zanja. Parcialmente cubierto con una lona azul —parecía que lo habían movido con la lona. No quise cortar por encima. Saqué la podadora, traté de moverlo, y —¡mierda! ¡Miré bien!—. Con la cara verdosa, tragó antes de seguir. —Perdí el desayuno, es lo que les diré. Llamé al 911 inmediatamente después—. Empezó a ir de un lado a otro por donde estaba despejado y pasó la mano por su grueso pelo marrón. Nunca lo había visto así, salvo cuando nos dijeron que mi papá había tenido un ataque al corazón mientras volaba su Cessna 172 Skyhawk, y que se había estrellado en un campo en Wisconsin.

Constance lanzó un gimoteo medio enojada mientras se acercó a tranquilizarlo con golpecitos en la espalda. Se miraron con preocupación.

En todos sus años de trabajar para el condado, mi hermano nos contaba de los animales muertos que encontraba solamente para darnos asco. Esto era demasiado para él —algo con lo que nadie quiere cruzarse es con un cadáver *humano*.

—Bueno, ya me voy. Bob me espera. Solamente vine para contarles esto.

Constance besó a Randy en la mejilla. Me escabullí de la oficina y pasé a la tienda para dejarlos que tuvieran un momento privado. Después de uno o dos minutos, se despidió de mí y salió del lugar. Algo me dijo que se tomaría una cerveza en el almuerzo. Y tal vez algo más fuerte en la noche, al llegar a casa.

No me gustaban las cosas que me aparecían en la cabeza. Muy probablemente, mi trabajo (el que me habían ofrecido) me haría salir de casa por la noche. Aunque era fuera del pueblo, no me sentía segura, no en la ciudad con los disparos y la delincuencia, por no mencionar conducir por el tráfico de locos. Oh, vamos, iba a trabajar con vampiros, como si *eso* fuera seguro. La noticia de mi hermano perforó mi alegre momento anterior.

Con la taza de café en la mano, Constance dijo:

—Sé que no tenemos mucho espacio—, empezó, —pero eres bienvenida a quedarte esta noche.

—Gracias, pero probablemente vaya a tener un horario algo raro. Como dije, debo ir esta noche, hay cosas de las que me debo encargar. Tal vez me hagan empezar ya.

—¿Estás segura?—, dijo, con las cejas juntas. —A las niñas les encantará que te quedaras a dormir.

—Sí, también me encantaría, pero estaré bien. Además, van a venir por mí —. El estómago se me movió ante la idea de estar de nuevo con Nicolas en su auto —y esta vez, estaría sola con él.

—Bueno, pero sabes que siempre tienes un lugar con nosotros—, me aseguró. —Nos preocupamos por ti, por estar sola en esa casa.

Le volví a agradecer. Era la misma oferta que me había dado cuando mi papá murió. Randy había dicho que, si quería, podía quedarme con ellos. Sugirieron que vendiera la casa, que me quedara hasta tener un lugar para mí. Yo no quería vender la casa. Además, el mercado inmobiliario estaba muy mal.

Pasé el resto de la mañana poniendo precios a los osos Boyd, acomodándolos en poses caprichosas. Esta labor me distrajo de todo el asunto de mutilaciones de ganado, personas asesinadas en la oscuridad y trabajar con vampiros. No podía esperar a contarle todo a Jeanie.

A las 11:25 caminé hacia el centro, a lo largo de la congestionada vía principal de Moonlight, pasé por el único otro bar del pueblo, Trails End, y el único dentista y clínica de quiropráctico estaban en la última parte de la cuadra que debía cruzar después del estacionamiento. La emoción estallaba dentro de mí, corrí hacia Subway la última media cuadra.

Jeanie ya estaba armando su emparedado cuando me puse en fila con ella. Solamente había otras dos personas en el lugar —exactamente por eso nos gustaba llegar temprano.

En cinco minutos ya teníamos nuestros almuerzos y nos deslizamos a una mesa cerrada.

—Bueno—, lanzó Jeanie mientras sacaba el envoltorio de papel de su comida, —cuéntame de la entrevista de trabajo. ¿Cómo te fue?—. Su pantalón azul claro hacía que sus ojos fueran más azules. Estaba especialmente linda ese día, pensé.

—Dios, me he estado aguantando toda la mañana. ¡Te tengo que contar antes de explotar!—, jadeé, mientras absorbía el aroma de las cebollas rojas y el atún sobre trigo entero. —Voy a trabajar en Torres Tremayne, en Chicago. Si quiero el trabajo, es mío.

—¡Es grandioso!—, dijo, sus grandes ojos le saltaban.

—El tipo que me contrata—, me incliné hacia adelante y susurré, —es un vampiro.

—¿QUÉ?—, resopló muy alto. Las dos miramos alrededor. Nadie nos miraba, así que seguí.

—Se llama Nicolas Paduraru. Trabaja en Torres Tremayne, en Chicago. Su jefe es un——, y moví la boca para decir la palabra *vampiro*. Sus ojos se agrandaron de nuevo. Jeanie era la única persona a quien había contado que mi

mamá era un vampiro —y ella me creyó. Increíble, pero también me creyó cuando le conté que había un fantasma en el granero de sus padres (supe que era un conserje del siglo XIX que se había ahorcado). Me creyó porque sabía la historia, y nunca me la había contado hasta que le dije que vi al fantasma. Se asustó mucho cuando le conté. Así que sabía que no estaba inventando esto del vampiro.

—¡No puede ser! ¿Conociste a Tremayne?.

—No, no estaba—, dije rápidamente, haciendo un gesto de que bajara la voz. —Pero lo vi en un monitor de comunicaciones de ida y vuelta. Créeme, ¡es guapísimo!.

Jeanie sorbió su bebida, tragó y entonces dijo:

—Vas a aceptar, ¿verdad? ¿El trabajo?.

—Sería tonta si no aceptara. Pero no estoy segura de qué quieren que haga. Porque —¿*vampiros?*—.

—Eres clarividente. ¿Por qué no ganar dinero trabajando para otro?—. Tenía razón.

—Pasó otra cosa anoche. Te lo tengo que contar.

—Bueno—, dijo, mientras se limpiaba la salsa de los labios junto con su lápiz de labios rosado.

Miré alrededor de todo el lugar, vi que no había nadie cerca y pasé a contarle lo del ataque del lobo. Le conté cómo Nicolas había succionado el veneno y terminé con:

—Me desperté en la cama de Nicolas.

—¡No jodas!—. Hizo un sonido sugerente.

—Oye, no me hizo nada.

—No estés tan segura—. Hizo un sonido provocador y contoneó sus cejas.

Moví los ojos con exasperación. —Todavía tenía la ropa puesta.

—Eso nunca ha detenido a un hombre. ¿Es lindo?.

—Guapo. Probablemente de 30 años, en edad humana—. Le di algunos chismes sobre Nicolas y su vástago, Toby.

Tras varios momentos de devorar la comida, le conté del cuerpo que mi hermano halló en una zanja.

—¡No!—, casi escupió su bebida. —¿De verdad?.

—Sí—. Hice una pausa y nos miramos con complicidad.

—¿Crees que es esa mujer Cole?.

—¿Conoces a otra persona que esté perdida?—, pregunté.

—Escuché que estaba teniendo un amorcito.

La miré boquiabierta. —¿Como sabes?.

Antes de que pudiera contestar, las puertas se abrieron. Tres hombres

entraron. Todos nos saludaron, y les devolvimos el saludo. Uno era Mark, el hermano de Jeanie. Uno de sus cinco hermanos, casi dos años mayor que nosotros. Medía 1.85 m, tenía cabello rubio dorado que finalmente había dejado crecer y seguía soltero. Bien cómodo con jeans apretados, sucio por su trabajo en la fábrica de escaleras que estaba cerca, sus bronceados brazos y cara daban la impresión de que se ganaba la vida trabajando al aire libre. Le encantaba tomar sol, pasaba los fines de semana en la piscina de sus padres. Los otros dos eran compañeros de trabajo. Me había gustado cuando estaba en quinto grado. Había fantaseado con la idea de invitarlo a salir, ahora que había terminado con Jack. Pero no tenía el ego suficientemente grande como para eso. Apenas me miraba ahora.

—¿Cómo sabes que Dee Dee engañaba a su esposo?—, susurré por encima de la mesa.

Sorbió su bebida, sacudió la cabeza. —No puedo decir—— y tomó un papa de la pila de papas con queso cheddar. Se la metió en la boca, la mordió ruidosamente como si no le hubiera preguntado nada.

—¿La habrá matado su esposo?—, la insté, pero vi que no estaba nada comunicativa.

Levantó su emparedado con las dos manos. —En verdad, no quiero discutir esto ahora. Hablemos de lo que ocurrió después de que conociste a Nicolas. ¿Estás segura de que no...?—, e hizo el movimiento de morder con la boca, y entendí totalmente lo que quería decir mientras mordía la carne. A las dos nos encantaban la ficción de vampiros, películas y cualquier cosa sobre vampiros. Sacamos connotaciones sexuales de que un vampiro nos mordiera de la películas y libros, nos preguntábamos si era verdad que podías tener un orgasmo.

—No. No hizo nada—. Ahora era mi turno de mirar alrededor. Su hermano seguía preparando su emparedado, y no había nadie sentado cerca de nosotras. —Solamente el hombre lobo.

—¿Hombre lobo?.

—Sí, y creo que sé quién era. Lo conocí en su forma humana en tu banco esta mañana.

Me miró sin entender.

—Pista: retiró 2,000 dólares de su cuenta.

La boca de Jeanie se abrió totalmente, lo que fue desagradable, e inmediatamente se cubrió con una servilleta. Se limpió la boca, luego tragó. —¿Frank?—. preguntó.

Asentí.

—¿Te refieres a Frank Lundeen?.

—Sí.

—Oh, ¡vamos!—

—Te digo que era él. ¡Estoy segura!.

—No digo que Frank no sea un lobo en persona, pero ¿*hombre lobo?* ¿Cómo sabes?.

—Esta mañana en el banco; tuve una visión del ángulo del lobo —de él.

—¿Qué?—. Jadeó.

—¡Shhh!.

—Bueno, puedo explicar eso—, dijo simplemente. —Frank tiene un lobo de mascota.

Hice una pausa y dije:

—¡Eso es ilegal! Y no, ¡era *él*!—

Se encogió de hombros.

—¿Hace cuánto lo conoces?—, pregunté.

—Cerca de un año—, dijo. —Es cliente habitual en The Saloon. ¡Y carajo! Estábamos hablando de ti, ¡no de mí!—, se quejó brevemente, y dio una gran mordida a su emparedado. Se salió la salsa y una albóndiga saltó al papel delante de ella. No sé cómo ella no se llenó de salsa, pero no pasó. Ni un puntito. Debe haber sido su lado italiano.

—¿Cómo te libraste del —pues— del hombre lobo?—, Jeanie preguntó en voz baja.

—Nicolas se convirtió en lobo justo a tiempo para perseguirlo—, dije con una pausa para mirarla significativamente. —Mis medias de nylon quedaron destrozadas.

Jeanie rompió a reír, pero se cubrió la boca con una servilleta. Lanzó una mirada a su hermano y sus amigos. Tenían las piernas colgadas de sus sitios habituales cerca de la puerta, y reían por alguna broma entre ellos.

—¿Todavía te duele? ¿Puedo ver?.

—Acá—. Me levanté la manga, me bajé el guante y le mostré la mordida. Se había curado muchísimo desde la mañana. Ahora eran marcas rojas. En verdad, parecía como si la mordida tuviera una semana.

—Parece curado—, expresó. —¿Esto significa que te convertirán en un hombre lobo con la luna llena?—. Sonreía, pero no sé por qué Jeanie pensaba que era gracioso.

—No sé—, dije, con la voz seria.

—¿Qué pasa con eso?—, preguntó señalando mi cicatriz antigua. Miré hacia abajo, asombrada de que la *otra* marca de mordida —la que ahora sabía que era una mordida de vampiro— estaba roja y un poco hinchada. Además, me daba algo de comezón.

—Pues, no sé. Yo—.

Jeanie dobló la muñeca para mirar su reloj. —Oh, mierda. ¡Mira qué hora es!.

—Tienes diez minutos—, dije. Yo no tenía hora de regresar, pero ella debía volver a su trabajo.

Engullimos nuestra comida. En ocho minutos habíamos terminado y salimos del lugar. Yo quería saber más de Lundeen, y esperé hasta que salimos antes de preguntar:

—Bien, entonces, ¿cómo conociste a este Frank Lundeen?.

—Lo conocí en The Saloon. Se ofreció a llevarme en su Harley—, admitió. Sabía de su gusto por hombres con Harleys. Ninguna otra moto lograba eso. Su hermano Chad tenía una. Esa era su adicción, supuse. Recordé haberla visto saltar a la parte de atrás de la moto de Chad y pasar zumbando por la carretera, el distintivo sonido silencioso que se podía oír al menos a medio kilómetro. Regresaba horas después. Yo me iba a casa desolada y un poco celosa.

Un camionero hizo sonar su bocina, nos interrumpió. Jeanie lo conocía y saludó. El conductor era su hermano menor, Brian, que trabajaba con su padre transportando grano a los elevadores.

—¿Cuándo empiezas?—, me preguntó.

—Bueno, todavía no es oficial. Debo llenar unos papeles. Me reúno con Nicolas esta noche de nuevo.

Nos detuvimos en la esquina donde el semáforo tenía el tránsito detenido para que ella pudiera cruzar la congestionada intersección para volver al banco. Ahí nos separaríamos.

—Tienes una tarea—, dijo, sus lentes de sol centellearon con la luz del sol otoñal.

—¿Cuál?.

—Quiero un informe total en la mañana—. Cuando me paré y la vi ir de un lado a otro por la calle, un ruidoso camión de reparto pasó retumbando y en un momento, Jeanie estaba dentro del banco. De repente, tuve la sobrecogedora sensación de que era la última vez que la vería.

Esa tarde, ya en casa, sonó el teléfono. Me lancé a contestar, con la esperanza de que fuera Jeanie, pero no parecía el timbrado de Jeanie —por lo general *sabía*. Esta vez supe que la voz del otro lado sería Nicolas.

—¿Hola?.

—¿Sabrina?—. La voz calmada de Nicolas viajó por la línea telefónica, entró directamente a mi cerebro y casi me derritió como helado al sol. Me desplomé en la silla más cercana.

—¿Sí?—. Mi brazo, el que tenía la mordida de vampiro, me picaba y tuve que cambiar de manos para rascarme.

—Me alegra haberte encontrado en casa. ¿Podemos hablar?—, preguntó.

—Claro—, dije, y anoté el hecho que aún había luz de día.

—Voy a tu casa, en un ratito, ¿me puedes decir cómo llego?.

El pánico se alzó sobre mí. Cambié de mano y de oreja en el teléfono.

—¿Sabrina?—, dijo, con voz algo preocupada.

—Sí, aquí estoy—, dije, rascando mi cicatriz. Me di cuenta de que estaba rascándome otra vez, paré y me bajé la manga.

—Espero sinceramente que todo esté bien—, afirmó con su acento distintivo y su modo de hablar de algún siglo anterior. —Espero que no hayas cambiado de idea de trabajar con nosotros. ¿Te puedo ofrecer mi más absoluta disculpa por cualquier conducta inadecuada mía, o si mi vástago se te agravió de alguna manera?.

—Oh, no. De verdad—, lo interrumpí. —Tienes que explicarme ese trabajo.

—Por supuesto. Por eso es que voy a recogerte, ¿estás de acuerdo?.

—¿A qué hora estarás aquí?—. Creo que empecé a hiperventilarme en algún momento; no estaba ni cerca de estar lista para ir a ninguna parte.

—El sol todavía no se pone—, dijo. —Pero estoy como a una hora de camino. ¿Te parece en dos horas? Eso te dará bastante tiempo para estar lista.

—Bueno——, fui evasiva, —primero debo comer algo.

—Te invito a cenar, ¿te parece bien?.

Resoplé, hice el sonido como de un caballo. Avergonzada, detuve el sonido. —¿Cenar?—, dije tratando de no parecer muy esperanzada de comer con él. Era negocios, después de todo. No esperaba que me invitara a cenar, pero me lo estaba ofreciendo. ¿Por qué no?

—Sí, a menos que estés ocupada, por supuesto.

¿Quién está ocupado una noche entre semana? Sobre todo, porque había terminado con mi novio no hacía mucho.

—No, para nada—. Le di indicaciones a mi casa desde la cabina del peaje.

Decidí ponerme mis pantalones de vestir grises, un simple suéter blanco y, como mi chaqueta negra estaba destrozada, debía usar la otra, que era marrón. No la usaba a menos que no tuviera más remedio. Las noches de octubre podían ponerse muy frías. Usaría guantes negros, tenía varios pares.

Miré el reloj de la pared. Casi 4:40. Examiné mi casa. Si Martha Stewart hubiera entrado en ese momento, probablemente hubiera tirado y revuelto todo. Pensaría que como no tenía que limpiar el desorden de nadie, sería muy fácil. No era cierto. Mientras se decía que mi madre podía tener el piso del baño y la cocina tan limpios que se podía comer en el suelo (en todos mis recuerdos, nadie había puesto nuestra mejor vajilla en el suelo), yo era un desastre. Corrí para recoger cosas, saqué un poco de polvo superficial. Doblé la manta blanca y

negra que hice a los 13 años. Se veía bien en un sillón marrón.

Para cuando escuché el sonido de llantas en la grava frente a la casa, estaba vestida y todo se veía presentable. No me maquillé demasiado, ni me peiné muy complicado. Quería proyectar una imagen de persona de negocios. Me vi en el gran espejo en el comedor sobre la cómoda.

Ahí fue cuando la antigua cicatriz me volvió a picar. *¿Por qué me pica así?*

CAPÍTULO CUATRO

Esperé que tocara la puerta y avancé hacia allá. Respiré hondo y abrí para ver el casi 1.80 m de la figura oscura de Nicolas Paduraru parada en la entrada. Su aroma me golpeó. Tuve que sujetarme para evitar el recuerdo de la noche anterior, y la sensación de seducción. En ese momento, no parecía tan fuerte como la víspera.

—Hola, señor Paduraru. ¿O puedo decir Nicolas?.

—Me gusta que me digas Nicolas—, dijo sonriendo. —Se te ve bien, por cierto—. Sus ojos me recorrieron de manera hambrienta.

—Entra, Nicolas—. Me alejé de la puerta, con la esperanza de que fuera invitación suficiente para que un vampiro entrara a mi casa.

Dio un paso tentativo hacia adentro. —¿Estás sola en casa?—. Usaba un traje azul oscuro del mismo corte y clase del que tenía la noche anterior.

—Sí, estoy sola. Mi padre murió en un accidente de avión hace seis meses. No estoy casada, ni tengo niños corriendo por todos lados, como puedes ver.

Entró, mirando por todas partes. Me hizo pensar en mi gata que dejé entrar una vez. Había mirado todo, había dado algunos pasos, se paraba para oler todo. Nicolas no olía las cosas, pero me daba cuenta de que estaba fuera de su elemento. Tal vez estaba husmeando un poco pero no era obvio.

—Y sabemos de tu madre, por supuesto—, dijo y se paró en el centro del comedor, cerca de la cómoda, mientras seguía mirando alrededor. —¿Hace cuánto dijiste que desapareció?.

—Hace once años.

—¿Cuál era su nombre?.

—Julia.

—Te aseguro, Sabrina, veré si la puedo encontrar en nuestro sistema de cómputo. Si está ahí, la encontraremos.

—Te agradezco mucho el gesto.

—Encantado. Sabrás que—, empezó a decir vacilante, —es muy probable que tu vampiro fuera quien se la llevó.

Aparté la vista. —Lo sé, lo he pensado.

Se dio la vuelta, su mirada recorrió la habitación. Las fotos en la cómoda captaron su atención, fue hacia allá, y tomó una. Estaba mi padre, la última foto que se le tomó (no sabíamos que así sería), en un picnic en el jardín de atrás. Tenía lentes oscuros de estilo aviador, y una gorra de béisbol.

—Mi papá—, dije.

La regresó a su sitio con un movimiento de cabeza. —Era un hombre agradable.

—Gracias—, dije, y lo vi escoger otro retrato. Uno de mi madre.

—¿Tu madre?—, preguntó, pasó el dedo por el borde inferior del marco, casi con reverencia. —La bebé, ¿eres tú?—. Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Sí, soy yo—, confirmé. Mamá me cargaba, yo tenía un año. Ella tenía un pañuelo azul alrededor de la cabeza, pantalones cortos y una camiseta blanca y roja. —Es mi foto favorita de ella —de nosotras, juntas—, dije, sonriendo, sintiéndome un poco emotiva.

—Veo un cierto parecido—. Me sonrió. Por primera vez desde que lo conocí, lo miré bien. Tenía presencia. Si no fuera un vampiro, estaba segura de que lo sentiría.

—¿Está bien si me llevo esta foto?—, preguntó. —Ayudaría mucho para encontrar a tu madre, si es un vampiro. Muchas veces, cuando un nuevo vampiro asciende, toma otro nombre. Con una foto, sería más fácil.

—Oh. Claro, siempre que me la devuelvas.

—Te garantizo, tendrás la foto de vuelta en cuanto haya terminado—, dijo, y metió la foto de mi madre en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Ahora, ¿firmaste y completaste los papeles que te di?.

—Oh, sí—. En realidad, tuve tiempo para llenarlos mientras esperaba. Tomé el sobre y se lo entregué.

Abrió el sobre, examine el contenido. —Bien, bien—, asintió.

Se alejó del escritorio. La piel de Nicolas estaba más pálida que bajo la tenue iluminación de su apartamento. Sus ojos eran del color de chocolate amargo, y contra esa piel tan blanca, se le veía aterrador. Aterrador como vampiro.

Nicolas volteó la cara hacia mí otra vez. —Terminaremos esto en la cena—, anunció.

Señaló al espejo. —Tienes reflejo.

Se volteó y miró al espejo. —Ah, sí—. Enderezó su corbata; la imagen enderezó su corbata también. —Es un mito, uno de muchos—, dijo a manera de explicación. —Otro mito es que dormimos en ataúdes —en verdad, nunca dormimos. Nuestro pelo y uñas *sí* crecen—. Se pasó los dedos por el pelo, examinándolo como para ver si necesitaba un recorte.

—Entonces, ¿para qué me necesitas? Tienes todo este poder sobrenatural. ¿Para qué me necesitas?.

Se rio levemente. —Nos sobrestimas, y subestimas tu propio valor.

—Pero, no sé si esto va a funcionar—. Lo había pensado todo el día. Sabía que al menos tenía que probar. Si seguía viva al final, tendría el trabajo —mi

broma del día.

—Estoy seguro de que saldrá bien—, dijo y echó un vistazo a su reloj. —Tengo una reserva. ¿Por qué no seguimos esta conversación en el auto?.

Caminamos hacia la puerta.

—¿Te mencioné que estoy autorizado a ofrecerte un bono de mil dólares por tu firma?—, dijo. Yo jalé mi bolso y abrigo de la parte de atrás de la silla y avancé a la puerta con él.

—Sí, me dijiste—, contesté. Metí la llave en el cerrojo. Estaba parado a mi lado. No pude evitar sentir su aroma individual. No, no la colonia, sino él. Aroma acre de vampiro. Era todo lo que podía hacer para no caer en sus brazos.

—Además de los beneficios habituales—, siguió, como si no se diera cuenta de lo que me estaba haciendo.

—¿Beneficios?—. ¿Había beneficios? —¿Como cuáles?—, pregunté, tratando de esconder mi incapacidad de entablar una conversación.

Sostuvo la puerta para que pasara. —Creo que habrá un auto para tu uso, y tu propio lugar para estacionar, y algunas otras cosas.

—Pues, genial—. Cerré la puerta de adelante y bajé hasta llegar a su lado junto a su Jaguar. Abrió la puerta del auto cuando llegué a donde estaba. Brillaba como recién salido de la tienda bajo la luz incandescente del jardín, y la luna llena que asomaba sobre el granero. Me abrió la puerta del pasajero. Me doblé para entrar en ese suave asiento de cuero, y sentí el maravilloso aroma. *Oh, me puedo acostumbrar a esto.*

Se deslizó por el lado del conductor y cerró la puerta. Encendió el Jaguar, hizo el cambio y manejó suavemente de vuelta hacia el camino de grava. El olor de hojas al fuego entró por la ventana. Me imaginé que la señora Bench, que vivía al frente, había estado rastrillando sus hojas en la tarde. Siempre hacía eso en otoño, y luego las quemaba. Me parecía algo relajante. Una de esos recuerdos reciclados que me ayudaban a aferrarme a este lugar.

Estuve callada un rato, tratando de concentrarme en el ahora, sintiendo el nuevo auto y los nuevos olores, sintiéndome rodeada de lujo, al lado de Nicolas. Decidí que su olor era de clavo de olor.

—¿A dónde vamos a cenar?—, pregunté con la voz algo delgada. Dijo que tenía reservas —supuse que en un restaurante normal. Uno que servía comida normal para humanos, no un revoltijo de tipos de sangre.

—Es cinco estrellas—, dijo, mientras sonaba música suave. No lo había visto tocar ningún botón, pero vi su pulgar apretar algo en el volante. El elegante sonido de violines y cellos —un cuarteto— llenaba el auto. Posiblemente, una composición de Bach. Dejé que mis ojos regresaran al camino de grava delante de mí, mi estómago hacía unos terribles sonidos. A los pocos minutos,

estábamos en una carretera. No paró porque tenía un pase. Esperaba que ese fuera uno de los beneficios que mencionó —no tener que pagar peaje.

—¿Sería muy personal preguntarte cuántos años tienes, en años de vampiro?.

—No me importa decirte mi edad. He sido vampiro desde hace 648 años.

Vaya, dije con los labios. —¿Y hace cuánto tiempo que vives aquí?.

—He vivido en Estados Unidos unos 200 años ya.

—¿De dónde eres originalmente?—, quise saber.

—Nací en Petrovgrad, Yugoslavia—, dijo.

—Pensé que había detectado un acento.

—Sí. Mi madre era rumana, mi padre húngaro—. Se quedó callado y luego preguntó:

—¿entiendo que tu padre estaba en un avión que se estrelló?—, preguntó con empatía genuina, pensé. No creía que a los vampiros les importábamos los humanos.

—No, era el *píloto* del avión —y tuvo un ataque al corazón, y se estrelló. Cayó en un campo—— me interrumpí.

—Lo siento mucho—, dijo. —¿Tu padre volaba el avión como negocio?.

—Sí. Llevaba desde pasajeros a equipo médico. Una vez llevó un corazón de un hospital en Chicago hasta Nueva Orleans —sin cobrar.

Él asentía. —Eso fue bueno, lo que hizo.

—Sí. En su último vuelo, iba a recoger pasajeros en Milwaukee, así que no había nadie a bordo cuando se estrelló.

—Eso hubiera sido más trágico—, dijo. Asentí. —Debes haber estado muy orgullosa de él.

—Sí—. Casi no pude pronunciar la palabra. Sentí como un bulto en la garganta con el dolor de la pérdida aún reciente. Eso me sorprendió. Pensaba que estaba bien, de vuelta en la rutina normal ya sin llorar a la mitad de algo. Pero mejoraba un poco cada día.

—Y lo extrañas mucho—, afirmó, mirándome. —Lo puedo notar.

—A los dos.

Me acomodé en el asiento, escuchando la música que había puesto.

Durante el recorrido hubo algunos intentos de hablar. y antes de que me diera cuenta, pasamos los intercambios hacia Aurora. Después, las luces y la extensión de la ciudad llenaron mi visión. Iba muy poco a la ciudad. No tenía razones para ir. Cuando estaba en la secundaria, había ido a un partido aburrido, y el museo de arte, y no podía esperar a regresar a casa y sacarme la mugre de la ciudad. Todo el concreto, la contaminación y los altos edificios se veían formidables, y atestaban el horizonte. Las personas eran descorteses y tenían la

mirada dura y nunca miraban a los ojos. No había razón para que regresara a ese lugar. Yo era feliz con un cielo libre, verde césped, campos de maíz y frejol, y algunas casas con árboles apiñados todos los días. Aburrido, sin duda, pero sin complicaciones.

Por supuesto eso fue antes de saber que existían vampiros en esta ciudad. Toda mi vida supe que era diferente. Ahora, sabía que mi vida cambiaría para siempre a partir de esa noche.

Miré el panorama que se extendía ante mí. Las luces envolvían el horizonte mientras nos acercábamos. Los carteles bordeaban los lados de la carretera, anunciaban todo desde licor a seguros a viviendas y todo lo que hay en el medio. El tráfico nos detenía, y empecé a sentirme un poco claustrofóbica.

—¿Estás bien, Sabrina? Pareces nerviosa—, la voz de Nicolas salió del vacío. Y me sentí devuelta a la situación actual.

—¿Me puedes culpar? Voy a estar rodeada de vampiros.

Se rio. Decidí reír también.

—Sabrina, te quiero asegurar que estarás a salvo. Ya no cazamos humanos.

—¿No?.

—No. Hay leyes vigentes.

—¿Leyes? ¿De quién?.

—De vampiro—. Sacudió la cabeza. —Esas son las cosas de las que quisiera hablar contigo esta noche. Tal vez, si me das el gusto un ratito, ¿hasta que lleguemos a la cena?.

—Claro.

—Tal vez alivie un poco tu tensión con algo de historia. En los viejos tiempos, cazar nuestra comida era una tarea abrumadora —sin mencionar evitar que nos atraparan. Muchos no sobrevivieron. Se sacrificó innecesariamente a muchos humanos que se creía eran vampiros—, explicó. —Ahora tenemos nuestros propios donantes humanos. Nos aseguramos de que roten semana a semana, para que no tomemos mucha sangre de ellos. Se les paga bien, también tienen beneficios. Hemos aprendido a manejar nuestra hambre, para que nuestros donantes sigan buscándonos.

—Mmm. Donantes felices—, murmuré, pero no creo que me escuchara. O tal vez me ignoró.

—Y también tenemos nuestras bebidas de sangre—, prosiguió. —Algunas son humanas y otras mezclas se sangre humana y animal. Aplaca nuestras necesidades. Pero seguimos necesitando la de verdad. Ayuda a calmar la necesidad que tenemos, hasta que podemos alimentarnos adecuadamente.

—Eso parece... conveniente—, dije, jalando nerviosamente mis guantes. —¿Como lo que Steve tomó anoche?—. Pensé unos segundos.

—Sí, nosotros lo fabricamos.

—Quieres decir que puedes hacer que te lo lleven, como en un restaurante y nadie sabe qué estás tomando en realidad —salvo quien lo sirve.

—Sí.

—Este sitio a donde me estás llevando, ¿tienen esta sangre en botella?.

Se rio mucho con eso. —Oh, sí. En verdad, hay de muchos tipos. Está Real Red —es la que prefiero, y otros nombres como Old Coffin, Organic Red y Crawl.

Hice una mueca con eso. —Crawl. Sí, eso realmente moja el apetito, estoy segura.

Los dos reímos.

—Creo que lo llamaron así por las bromas.

Nuestra conversación ligera después de eso. Después de que Nicolas salió del peaje, viajamos en tráfico de dos sentidos, parábamos en los semáforos casi en cada cuadra, aunque Nicolas conducía como si no le importara. ni cuando un taxi le impidió el pase. Los rascacielos se elevaban sobre nosotros; sus imponentes masas se cernían en el cielo nocturno, las ventanas eran como pequeñas balizas de luz contra la oscuridad, formas enormes. La ciudad era diferente de noche, me di cuenta. En verdad, me pareció hermosa, todas las luces brillaban por todas partes.

Cuando cruzamos el río Chicago, miré por la ventana y vi las Torres Tremayne reflejadas en el agua, crecían del suelo a puntas afiladas como grandes colmillos blancos.

Oh Dios, lo logré.

Antes de darme cuenta, Nicolas entró en un estacionamiento, bajó su ventana y mostró al vigilante algo como una identificación. La puerta subió y el auto entró por una rampa y siguió hasta el garaje. Pasamos al lado de muchos autos costosos antes de que entrara en el espacio con su nombre.

Con el maletín en la mano, me abrió la puerta. Me deslicé hacia afuera, y él nos escoltó hasta el elevador. Sacó una llave tarjeta y la insertó en una ranura especial. Las puertas del elevador se abrieron. Entramos y subimos al piso principal. Las puertas se abrieron en un patio interior. Ante nosotros había una pared de 3.50 metros de mármol negro, por el costado se deslizaba agua. En notorio contraste con el mármol negro, las palabras TORRES TREMAYNE estaban en blanco, arregladas para que las dos T rojas estuvieran cerca, superpuestas, ligeramente curvas y con punta en los extremos. Y entonces me di cuenta de que eran comillos rojos. Bien, astuto.

—Por acá—. Nicolas hizo un gesto, me dirigió a la caída de agua, y entramos a Placeres Terrenales. Iluminado con lucecitas de Navidad colocadas a

través de árboles —no veía si eran árboles reales o de plástico —y otra caída de agua más pequeña a un lado entre varias plantas frondosas daban al lugar una calidad de paraíso.

—Señor Paduraru—, dijo suavemente la anfitriona con modesta timidez. Su grácil forma acomodada en un vestido negro que tenía cuello algo escotado, el dobladillo colgaba en una línea puntiaguda alrededor de sus pantorrillas; parecía que buscaba un aspecto gótico. Sobre todo, con el cabello rojo y morado, cortado más largo adelante que atrás. —¿A su invitada la gustaría un menú normal?—. le preguntó y miró hacia abajo, y luego levantó la mirada hacia mí, arrogante, como si no fuera digna de lamer sus zapatos.

—Sí—. Aparentemente, Nicolas no encontró nada malo en su actitud. Tal vez le pagaban para actuar así con los humanos.

Con largas y delgadas piernas, la anfitriona salió de su puesto y nos guio dentro del establecimiento. La seguimos a través de un salón con iluminación tenue, luego por adornadas puertas francesas que se quedaron abiertas, bajamos dos escalones y pasamos a otro comedor poco iluminado y ricamente decorado. Los manteles eran carmesí, que contrastaban con servilletas negras de lino y aros de bronce. El suelo era colorido, pero me pareció que adentro era oscuro como un teatro. No esperaba una iluminación brillante, pero tampoco que estuviera tan oscuro.

Nicolas no tuvo problemas con sortear la oscuridad, y lo dejé que me guiara con su mano que tocaba levemente mi brazo o mi espalda. Ese toque ligero me estremeció un poco. Al principio, me pregunté qué me pasaba. Por supuesto, no había estado con nadie en meses, pero no estaba *tan* desesperada. Dejé a mi primer y único novio serio por mujeriego. Sin embargo, cuando nos sentamos, lo sentí. Las feromonas de vampiro de Nicolas se le desbordaban, y me llenaban con una sensación calmada pero llena de deseo. ¿Qué tan injusto era esto?

Estábamos en nuestra mesa. Una vela ardía cálidamente en un globo de vidrio dorado al centro. Daba suficiente iluminación para ver la mesa y para vernos, y nada más. La anfitriona colocó el menú frente a mí y empezó a colocar uno delante de Nicolas. Él levantó la mano. —No lo necesito, sé lo que voy a pedir—, dijo, pero no la miró. En cambio, me miró directamente.

—Muy bien. Su mesero estará con ustedes en un momento.

En cuanto se deslizó para irse, otra mujer con un corto vestido rojo se abalanzó, colocó vasos de agua en la mesa. —Hola, seré su mesera esta noche. Mi nombre es Pam—¡Oh! Hola, Nicolas.

—Buenas noches, Pam—, respondió Nicolas.

Ella colocó un menú de vino y bebidas delante de mí. —¿Le gustaría beber algo mientras decide?—, su voz alta, ligeramente dulce traspasó todos los otros

sonidos del restaurante que nos rodeaban. La miré y me di cuenta de que me lo había preguntado a mí. Su vestido permitía verle el escote, mientras un corto mandil blanco ceñía su delgada cintura, que la hacía ver menos como mesera y más como una bailarina. Mi mirada fue a Nicolas. Él la miró y luego su mirada se volvió a encontrar con la mía.

—Denos unos momentos para que la dama decida.

—Muy bien. Volveré en unos segundos—, dijo con esa voz empalagosa.

Al tomar el menú, Jeanie vino a mi mente y quedé en blanco. Sabía que estaba a punto de tener una visión. Estas visiones por lo general duraban apenas unos segundos. Pero para la persona que me veía cuando las tenía sabía que me estaba ocurriendo algo raro. Jeanie me dijo una vez:

—Es como ver a alguien con un hechizo, como un leve episodio epiléptico —. Ponía los ojos en blanco, y no estaba ahí. Era otra persona. Sí, algo así — estaba en otro lado.

Trataba de jalar la cara de Jeanie cuando sentí que algo me invadía —dentro de mi cerebro.

De repente, como una burbuja que se revienta, la visión se había ido.

—¿Sabrina?—, dijo Nicolas. —¿Sabrina? ¿Estás bien?—. Su voz entró y salió de manera rara y su mano se puso sobre la mía. El escalofrío de su mano me golpeó como si hubieran colocado una hielera. Al mismo momento, un cambio o una onda de tiempo me hizo sentir mareada mientras trataba de sujetar mi alrededor.

Parpadeé, y me encontré de vuelta en el oscuro restaurante. Me di cuenta de que la gente había cambiado alrededor; no estaba donde había estado la última vez que miré a mi alrededor. En mi visión, Jeanie estaba en el estacionamiento. Se volteó porque sintió un ruido detrás de ella, con el teléfono en la mano. Reconocí el lugar —Moonlight's Market, la tienda de comestibles del pueblo.

—¿Sabrina?.

—¿Qué?—, contesté irritada.

—¿Estás bien?—. Unos ojos sombríos me devolvieron la mirada. Su rostro no tenía ninguna emoción. Luego, su expresión en blanco se reacomodó. Con las cejas enarcadas, todas las líneas duras, marcadas a la luz ámbar de la vela, desaparecieron casi a la vez.

—Estoy bien—. Avergonzada, puse mi atención en el menú que tenía muchas opciones. Un restaurante —uno caro— con una lista separada de vinos. Doce dólares por una copa, más un pago por botella. *¡Vaya!* Cinco estrellas, había dicho. Eran precios de cinco estrellas, con toda seguridad.

—Elige lo que quieras—, dijo. —Tengo crédito ilimitado aquí.

—¿De verdad?—, pregunté, mirándolo sobre el menú.

—Sí.

—Te deben pagar muy bien—, observé.

—Es más que adecuado—, dijo, casi con engreimiento.

—No me has dicho cuánto me van a pagar por este trabajo—, dije con aire casual mientras estudiaba el menú.

Metió la mano en un bolsillo del abrigo y sacó un bolígrafo y una chequera. —Casi me olvido del bono de entrada—, dijo con una sonrisa tiesa mientras escribía un cheque. Me lo entregó, lo tomé con mano temblorosa.

—Vaya—, respiré mirando los ceros. Mil dólares completos. Esto sería útil. Estaba contratada. Ya no tenía sentido decir que no al trabajo.

Nicolas sacaba algo de su maletín. Parecía una pequeña computadora plateada. La abrió. —Tal vez esto te ayude a entender quiénes somos, en Torres Tremayne. Esto es para anunciar los hoteles y las suites, más que nada—. Apretó un botón y me la entregó. Un video empezó en la pequeña pantalla y sonó la música. Mostraba el horizonte de Chicago con las torres Sears, ahora Willis, y todos los demás altos edificios contra un azul lago Michigan. El sol resplandecía sobre el agua. Botes, y otras embarcaciones marinas se mecían en las oscuras aguas azules. El cielo era azul celeste, con pocas nubes esponjosas. Un típico día de verano en Chicago.

Nicolas se paró. —Mientras ves el video, debo dejarte por unos momentos —. Hizo una reverencia y se alejó caminando. No sabía a dónde iba, pero la voz de video volvió a atraer mi atención a la pantalla.

—La línea costera de Chicago se ha vuelto más dramática—, una voz femenina se dejaba oír sobre la música. La cámara recorría de hacia arriba y a los lados, hasta que llegaba a dos puntiagudos prístinos capiteles blancos. —Torres Tremayne, ubicadas en el río Chicago y en el corazón del Chicago Loop. Su fácil acceso desde el aeropuerto O'Hare las coloca como las habitaciones y suites de lujo más buscadas en todo el mundo. Su diseño le ha valido muchos prestigiosos premios, y también el uso de energía solar y materiales reciclados.

—Bjorn Tremayne, propietario y presidente de Torres Tremayne, lo ha convertido en el máximo destino para quienes prefieren la noche y huyen del sol —, se vanagloriaba la mujer con su voz energética.

Me quedé mirando boquiabierta la pantalla mientras pasaba la vista de las torres y luego volvía a un hombre muy alto con dorado cabello ondulado y oscuros ojos azules. Vestido con jeans azul claro y camisa vaquera con las mangas enrolladas. Largos antebrazos encordados de músculos, que cruzaba delante de él. Un collar de turquesas rodeaba su cuello. Su piel era entre blanquecina y opaca, y aun así me parecía asombroso. Amplios hombros, cintura estrecha; parecía una celebridad de Hollywood. No podía quitarle la visa de

encima.

—Bienvenidos a Torres Tremayne—, su voz profunda y líquida resonó a través de mí. —Ven y disfruta del lugar más seguro en todo Estados Unidos. Relájate sin preocupaciones, sin molestias. Donantes disponibles según pedido. Te invito. ¡Bienvenidos a Torres Tremayne!.

Cuando el video se alejó de él, quise retroceder. Su voz me había intoxicado, igual que todo su aspecto. Como si me hubiera mirado directo a los ojos desde el video y me hubiera hipnotizado.

—...Torres Tremayne son bien conocidas por su seguridad de primera en las torres Norte y Sur—, la voz de la mujer interrumpió mi pequeña fantasía. —Hay más de mil cámaras que funcionan las 24 horas del día, siete días a la semana a cargo de un personal y un equipo que actualmente suman centenares.

Antes de darme cuenta, el video terminó, Nicolas regresó a la mesa. Tenía el rostro vulpino a media sombra mientras apagaba el video en la computadora, y la colocaba en su maletín, que cerró con un chasquido.

—¿Qué te parece?—, preguntó.

—Fue... interesante—, dije con total honestidad. —¿El del video es el señor Tremayne?.

—Sí.

Antes de poder decir algo inarticulado, la mesera volvió a tomar nuestra orden, y para darme una de sus miradas más ácidas, como si me odiara. En realidad, no sabía por qué. ¿Creería que esto era una cita?

Dejando de lado esta pequeña distracción, fui con la langosta, ordené la ensalada con aderezo francés y arroz, sin papas. La mesera sugirió un vino. Algo del valle de Napa, y algo que no pude pronunciar —ni después de que ella lo dijera. Como estaba muy arrogante, elegí lo contrario. Opté por un champán ligeramente dulce (decía —ligeramente dulce— en el menú de vinos). Había aprendido de Jeanie, cuando estás con alguien que te dice que el cielo es el límite, vas por la comida y la bebida más cara, y comes como si nunca más fueras a comer. No podía esperar a ver qué ordenada Nicolas —o cómo.

La mesera se volvió a Nicolas. —¿Y tú, Nicolas?.

—Tomaré el Real Red—, dijo suavemente, como si estuviera ordenando el mejor vino de la casa.

Vi la expresión de la mesera. Una sonrisa apretada, con los labios rojos hacia arriba dijo:

—Lo que desees, Nicolas—. Hizo una pausa. Nicolas la miró.

—¿Qué pasa?.

Me lanzó una mirada extrañamente nerviosa, y luego volvió a mirar a Nicolas. —¿Más tarde esta noche? ¿Tu apartamento?.

—Eh...—. Nicolas me lanzó una mirada. —Esta noche no. Estoy... trabajando.

Con un jadeo, me arranchó el menú y se fue. Tan rápido, en verdad, que pensé que simplemente se desvaneció.

—¿Es tu novia o algo así?.

—No—, dijo contundentemente.

—¿De verdad? Porque parecía muy molesta contigo y celosa de mí.

Los ojos de Nicolas tenían un tono extraño. Apartó la mirada de mí, luego regresó a mi rostro.

—Además de mis necesidades, no reviste ningún interés para mí—. Sus dedos tamborileaban ausentes en la mesa.

—Lo siento, no era mi intención curiosear—, dije, tocando los cubiertos y sacándolos del aro de la servilleta.

—Es una donante humana. A veces—, agregó, mirando distraídamente su celular.

—Tuya, ¿no?—. Ni siquiera sé por qué me importaba.

—Eh... sí. Una de mis donantes frecuentes—. Respiró cansadamente. —Ella, como los demás, se pone ligeramente celosa de los otros, o de cualquier humano que está a mi alcance. Son absurdas, estas emociones humanas.

—Pero yo no soy donante, ¿verdad?—. Hice una pausa suficiente para enderezar mi servilleta de lino negro. —No quiero donarte mi sangre, ni a los demás.

—No temas, Sabrina. Eres súper sensible. No estás en el mismo nivel que un donante, ni ninguno de los demás humanos que trabajan para nosotros. Eres más especial.

—Especial. ¿Porque soy súper sensible?.

—Eso, sí. Pero también porque eres mi pupila.

—¿Pupila?—, repetí. —¿Eso qué quiere decir?.

—Eres mi responsabilidad mientras estés aquí, en las Torres Tremayne. Vives bajo mi jurisdicción—, explicó pacientemente. —Superviso un radio de 150 kilómetros. Estás dentro de esa área. Por lo tanto, eres mi pupila—. Hizo una pausa. —Es difícil para ti entender pues no conoces nuestro mundo, nuestros códigos y leyes —todavía. No conoces nuestros modos. Por eso, debo aconsejarte en todo mientras estés conmigo, o entre otros como yo. Debes hacer como te diga que hagas, o—.

—¿O?—, estaba recelosa. No me había encantado precisamente lo que me dijo, como si ahora le perteneciera, o algo tan del siglo XVIII. Mi tatarabuela había sido una sirvienta no remunerada. Sentía que esto era así. Trabajaba para ellos, entonces les *pertenecía*.

—Eres mi responsabilidad, Sabrina. Cada vez que estés en las Torres Tremayne, o en una tarea, deberás recordar que nuestras reglas también se aplican a ti, y que tu presencia aquí requiere sumo cuidado. ¿Me dejé entender?.

—Sí, claro como el agua—. No me gustaba *nada* esta situación. —¿Estoy en peligro, me refiero, si voy por ahí sin ti? No iba a ser el caso, pero si hubiera un incendio o algo así, debo estar preparada.

—Hay algunas cosas que te ayudarán a que no te conviertas en una víctima involuntaria.

—Bien—, dije, dudosa, mientras me inclinaba hacia adelante para escuchar todas sus palabras.

—Nunca camines delante de un vampiro.

—¿Por qué?—. Había caminado delante de él cuando entramos al restaurante esa noche.

—El vampiro se convertirá automáticamente en el perseguidor. El hecho de que camines delante de nosotros puede despertar centros de hambre. Debes pensar en ti como una presa, y nosotros los carnívoros, si eso ayuda.

Repentinamente, la piel se me erizó. Me había imaginado que habría algunos peligros al trabajar con vampiros. Pero esto era aterrador.

—¿Lo que me dices es que el vampiro detrás de mí querrá mi sangre?.

—Eso, sí, o ——, hizo una pausa, cerró los ojos brevemente, luego parpadeó y abrió esas oscuras piscinas de obsidiana. Su voz bajó hasta llegar a un seductor susurro:

—Nuestros deseos sexuales son iguales. Es más, son necesidades duales para nosotros. Todo vampiro que crea que aceptas sus avances te perseguirá. Nos gobiernan poderosas fuerzas primitivas que no se pueden ignorar ni negar. Una vez metidos en esto del perseguidor, no nos pueden detener fácilmente.

—Quieres decir que me pueden violar, ¿o llevarse mi sangre contra mi voluntad?.

—Créeme, Sabrina—, dijo suavemente, su voz era intoxicante:

—se necesita muy poco esfuerzo hacerte *creer* que quieres que te muerdan. Una vez que te muerdan, tus centros de placer ya no lo pueden rechazar más. Nuestras feromonas están diseñadas para encender tus deseos humanos, y dependiendo del vampiro, de lo bien que pueda controlarlo, puede volverte cansada, lánguida, para que pueda avanzar a su placer. O para algunos vampiros, simplemente una mirada puede hacerte sentir como si te hubiera hecho el amorcito sin siquiera tocarte.

Solté mi afilado cuchillo y lo dejé caer en la mesa, lo que constituyó el punto de exclamación de mi noche. Lo miré fijamente. Su explicación me tomó como una mano fría alrededor de mi cuello.

—Algo más que debes recordar —y esto es muy importante— no nos mires directamente a los ojos. El contacto visual te vuelve extremadamente vulnerable. Es además una invitación para la seducción.

Me di cuenta de que lo estaba mirando directo a los ojos, así que retiré la vista. Esto no iba a ser fácil. —Bien. Nada de contacto visual y *te* seguiré de ahora en adelante—. Levanté los ojos. Me di cuenta de que mi mirada tenía voracidad propia.

—Te presentaremos a los demás, a su debido tiempo. Mi —eh— aroma estará en ti, y lo demás sabrán que eres mi humana.

—Espera—, dije. —¿Qué te hace pensar que aceptaré este trabajo? Entrar a este edificio suena peligroso.

—Paga 50,000 al año. Más bonos. Como el que te di—, me recordó.

Casi me atoro. —Esa es una oferta que casi no puedo rechazar—, susurré. Miré de reojo al cheque, que seguía en la mesa. Lo metí en mi bolso.

—Exactamente—. Sonrió.

La mesera regresó deslizándose, cargando nuestra comida —bueno, la mía. Colocó delicadamente la copa de Nicolas en un tapete de papel de encaje. La copa era de vidrio oscuro —mejor no ver lo que contenía. —Tu Real Red, Nicholas—, dijo suavemente, casi como si hubiera abierto su propia vena para llenarla. Vino hasta mí y sirvió mi ensalada y langosta y todas las guarniciones, junto con el champán, y nos dejó solos. Sí, era bueno que yo no tuviera que darle la propina.

Moría de hambre, así que empecé a comer, mientras Nicolas probaba su bebida, y la dejó a un lado, su mano cubrió el borde de la mesa. Iba a tomar algo de tiempo acostumbrarse, saber que estaba cenando con un vampiro. De todas mis fantasías de conocer alguna vez a un vampiro, nunca había previsto esto.

Estuvimos callados, disfrutando nuestras respectivas comidas. Decidí hacer algunas preguntas más.

—Ya que supervisas mi distrito—, empecé:

—¿qué hay del hombre lobo de anoche? ¿Qué crees que fue eso?.

—Eso fue muy perturbador—, dijo, sus ojos tenían una expresión muy perpleja. —Los hombres lobo no suele actuar así. No muerden humanos, no para convertir más. Lo que me preocupa más es quien te mordió anoche pudo haber sido uno apartado —un lobo solitario, como ellos mismos se llaman.

—¿Un lobo solitario?—. Recordé la cara de Lundeen cuando los dos nos reconocimos. ¿Era un lobo solitario? Me retracté de decirle que pensaba saber quién era. ¿Qué podría hacer? El daño ya estaba hecho, ¿no es cierto?

—Sí, todos pertenecen a un grupo. Si no es así, probablemente los han alejado por un crimen muy grave. Los hombres lobo no atacan humanos a menos

que los provoquen. Hasta donde sé, no lo provocaste, ¿cierto?.

—No, yo——, los ojos se me desenfocaron. Sentí que se venía una visión no deseada.

Dolor... oscuridad... sangre... ¿a dónde la lleva?

Alguien tomó mi mano firmemente. Mis ojos se abrieron rápidamente.

—¡Sabrina!—. Sentí su mente que se fusionaba con la mía. Estaba ahí conmigo —una fría ondulación viperina que a ninguno le parecía agradable, ni desagradable.

Ahora nos mirábamos.

—¿Estás teniendo una visión?.

—*Estaba*—, lo corregí, fastidiada. —Hasta que me sacaste.

—Lo siento, Sabrina. ¿Me la quieres contar?.

—Creo que vi a Jeanie—, dije, con los ojos brevemente cerrados, pero he perdido contacto con ella. Sacudí la cabeza. —Se fue.

—¿Jeanie?—, preguntó.

—Mi mejor amiga, Jeanie Woodbine—, expliqué.

—Ya veo. ¿Cuál era tu visión?—, quiso saber, su voz sonaba algo intrigada.

—Vi breves chispazos—, dije, con los puños cerrados de frustración. —Era confuso.

—Tómate tu tiempo—, dijo.

Respirando a través de mi boca, cerré los ojos. —En realidad, no lo puedo sacar. Solamente que estaba en un estacionamiento, en la tienda local—. Abrí los ojos. —No la puedo recuperar. Viene cuando menos lo espero. Luego —puf— desaparece. Tengo poco control sobre las visiones.

Nicolas me estudió un momento. —Lo creas o no, entiendo lo importante que las amistades son para los humanos. ¿Han sido amigas mucho tiempo?.

—Sí, casi toda mi vida. Somos muy cercanas.

—¿Tiene celular?—. Sacó el suyo.

—¡Sí!—, me emocionó que se le ocurriera.

—A ver, marcaré—, se ofreció.

Apretó los números mientras yo se los decía, y me entregó el teléfono.

Mientras esperaba que la llamada se conectara, sorbió su trago.

La línea estaba ocupada, me contestó su buzón de voz. No quise dejar un mensaje. Corté, y le devolví el teléfono. —Supongo que está bien.

—Entonces, ¿tal vez fue una falsa alarma?.

Hice un sonido de duda, pero lo descarté.

—¿Tal vez podemos volver a nuestro asunto?—, sugirió, mientras regresaba el teléfono al bolsillo de su abrigo.

—Ciertamente—. Asentí, llevando mi copa de vino a mis labios.

—Asesinaron a una de los nuestros recientemente—, dijo. —Estamos seguros de que fue alguien de adentro.

—Lo lamento—. Sus ambiciosos ojos eran hipnóticos, sabía que si los miraba mucho rato quedaría vulnerable a su seducción, lo que me aterraba y me excitaba. Tuve que desviar los ojos a mi plato de comida. Realmente debía recordar no mirarlo directamente a los ojos.

—¿Qué decías?—, perdí el ritmo de mis ideas.

—Alguien está matando a los nuestros.

—Oh. Lo siento—. No sabía que los vampiros pudieran guardar luto, amar, o sentir las emociones más tiernas. Pero pensé que era lo que había que decir que esperaría que me dijeran en esas circunstancias.

—Es —o era— la pareja de Tremayne de toda la vida. Su nombre era Letitia. Fue un golpe terrible para Tremayne—. Una mirada sombría inundó su cara. Desvió la mirada para otro lado, miró a nuestra mesera —de la que tomaba sangre ocasionalmente— recorrer la habitación a una mesa distante.

—Toby lo mencionó—, dije, y clavé los dientes en la langosta, luego remojé un trozo en un platito con salsa de mantequilla caliente. Estaba demasiado bueno como para desperdiciarlo, y estaba mejor caliente.

Una mirada de preocupación le cruzó la cara. —¿De verdad?.

—Sí, esta mañana—, dije, mientras pinchaba otro trozo de langosta. Tal vez debí dejar los platos a un lado para escuchar, pero me moría de hambre. Sentía como si no hubiera comido en dos días. No había disfrutado de una langosta en años. Deslicé el tenedor em mi boca, retuve el trozo enmantequillado en la lengua, cerré los ojos y sonreí. Además de delicioso, pensé que esto era lo más cerca del cielo que estaría nunca. Me pregunté por ratos si tendrían un mousse de chocolate decente.

—Tremayne te necesita, Sabrina—, dijo Nicolas, con una voz cada vez más profunda, que me hizo buscar su oscura mirada. Una mirada severa reemplazó la triste de hacía apenas unos momentos.

—¿Me necesita?—, repliqué, y seguí disfrutando de mi comida.

—Sí. Serás parte de su círculo interno, que me incluye y a algunos otros que son extremadamente leales a Tremayne. Podrías decir que no somos diferentes a los investigadores, pues analizamos algunos problemas relacionados con las razas sobrenaturales. Este es nuestro primer asesinato —en este siglo—, explicó con la mueca de una sonrisa.

—Bien—. Me imaginé que habría que tener astucia y agilidad para matar a un vampiro. Mi suposición es que otro vampiro podría hacerlo.

—Sí, boquiabiertos—, se apresuró a decir. —Necesitamos que nos ayudes a encontrar al asesino. Lo que haremos es que visites algunos lugares donde,

digamos, ocurren estos desafortunados altercados. Que leas una habitación, o en algunos casos, que toques algún objeto que pueda haber dejado, como el arma asesina, por ejemplo, o algo que se haya encontrado en el cuerpo, que tengas una buena lectura—, explicó con detalle.

Asentí mientras me recorrió un escalofrío —como una aguda sensación de emoción, pero también de temor. —Me puede tomar pocos minutos leer una habitación, o toda una casa. O recoger emociones. Puedo tener una imagen de la persona que tomó el arma asesina —¿asumo que eso es lo que quieres?.

—Precisamente.

Pero ¿yo realmente quería hacer esto? Había una buena razón por la que usaba guantes. Toda mi vida había evitado tocar las cosas de otras personas. Ir de un momento a otro y tocar objetos a propósito no era lo que más me interesaba. Sobre todo, si esa persona había cometido un asesinato.

—Veo que te molesta—, dijo. —Te aseguro que no debes hacer más que eso, en este aspecto de tu trabajo.

—Me molesta, pero no de la manera que crees. Nunca he tocado adrede nada que pensara podría darme una sobrecarga sináptica desde que me di cuenta de lo que podían hacerme. Me podría mandar al hospital.

—Entiendo—, dijo, y se llevó su copa a los labios. —Te aseguro que puedes superar eso—. Dio un sorbo. Lo observé poner una servilleta en sus labios; sus colmillos se habían deslizado hacia afuera. Sentí mariposas en el estómago. Recordé la noche anterior, cómo tomó mi sangre sin morderme. Una parte de mí quería experimentar eso —que me mordiera. Sabía vagamente cómo me sentiría. No era como pensar permitir que un hombre me besara. Esto iba más allá de besarse o acariciarse. Conocía las sensaciones de una mordida de vampiro, que me llevarían más allá de lo que me el puro sexo me hubiera llevado jamás. Todo me parecía tan oscuramente atrayente y bastante aterrador en sentido literal. Había soñado con que alguien me hiciera justamente eso. Pero la cara en mis sueños no era la de Nicolas, era otra —un vampiro exóticamente atractivo, con grandes ojos y labios grandes. Me pregunté —ahora que estaba en la central de vampiros— ¿lo conocería alguna vez?

—¿Sabrina?—. Su voz me hizo volver al presente.

—¿Cómo superas esto?—. Tuve que desviar mi mirada de vuelta a mi plato rápidamente. Mis pensamientos acelerados de permitir que un vampiro me mordiera eran un poco desconcertantes, tal vez un poco aberrante. Está bien, tal vez muy aberrantes. Me aclaré la garganta, intentando poner mis locas ideas en ese agujero oscuro donde los guardaba.

—Un poco de manipulación de memoria. Fundir la mente de un vampiro con la tuya. Es simple, no duele y estarás bien después, te lo garantizo—. Bajó

su copa.

Lo miré fijamente. —¿No es eso lo que acabas de hacerme?.

—Sí, como ilustración—. Sonrió. —Sin embargo, algunos también podemos manipular tu memoria también. Algunos podemos leer tus recuerdos, tan fácil como si tu cerebro fuera un video.

—¿De verdad?.

—Sí. Todos tenemos nuestras propias habilidades especiales. Algunos somos mejores en una cosa o en otra. Yo soy muy bueno en alterar la mente al punto que no solamente puedo borrar un recuerdo, sino que puedo inventar uno nuevo.

Los vellos de mi nuca se erizaron. Me di cuenta de lo peligroso que era. Con esa capacidad, podía alterar la mente y, ¿quién sería el más sabio?

—¿Qué se necesita? ¿Hay que tocar a las personas?.

—Oh, sí. También deberé morderlas, si realmente quiero reinventar cosas en su cabeza.

—Debes ser un éxito en las fiestas—, solté abruptamente sin pensar.

Se rio entre dientes, y me lanzó una mirada ligeramente avergonzada. —Ha habido tiempos en que alteré la mente de la gente —digamos— en nobles o importantes puestos del Gobierno.

—¿Los tabloides saben de ti?.

Rio siniestramente. —Ya basta de mí—. Juntó sus manos y las frotó como para generar calor. —Tenemos la que podría ser el arma asesina.

—¿El arma asesina?—. Sabía que no sería una pistola, por supuesto. —¿Qué es? ¿Una estaca de madera?.

—En realidad, un tornillo—, dijo, y deslizó sus dedos hacia abajo de su copa descuidadamente. —Nadie lo ha tocado. Pedí que nuestros trabajadores no tocaran nada hasta que llegáramos allá.

Lamiéndome los labios, tuve que regresar los ojos al plato.

—¿Quieres decir que algo ocurrió? ¿Hoy?.

—Sí. Sucedió cerca, pero no a uno de los nuestros. Posiblemente un vampiro solitario que sigue rondando los cementerios de noche. Hubiera encontrado protección con nosotros, de haber buscado nuestro sitio en internet.

—¿Tienen un sitio en internet?—, pregunté, incrédula.

—Sí.

—Debe estar bien escondido entonces—, dije. —Nunca lo he encontrado.

—Es un enlace de las Torres Tremayne, en realidad—, me informó.

—¿Cómo sabes que el vampiro es un hombre, al que le dispararon?—, pregunté. —¿No se vuelven polvo al morir?.

—No—, dijo. —Esa es otra mentira—. Bueno, estaba reaprendiendo todo

esa noche. —Hemos esparcido esas mentiras, para ayudar a protegernos, en verdad—. Hizo una pausa. y luego agregó:

—Solamente el sol puede destruir el cuerpo, casi inmediatamente—excepto con algunos vampiros más viejos— y si decapitan el cuerpo.

—Entonces, tienen un vampiro asesinado, y quieren que use mis habilidades con el —¿qué era?.

—El tornillo de una ballesta.

—¿Y vamos a ir esta noche?.

—Tremayne me ha autorizado a llevarte a este lugar esta noche, el más reciente. Si te parece bien.

—¿Tengo cobertura? ¿Si tengo que ir al hospital?.

Levantó las cejas. —¿No confías en que pueda mantenerte a salvo?.

—P-p-pues—, dudé.

—Durante tu trabajo con nosotros, estás cubierta al 100 %, a partir de esta noche. Solamente debemos hacerte entrar en el sistema.

—¿Sistema?.

—Sistema de cómputo. Todos están ahí. Todos los humanos y todos los vampiros, ya sea que vivan o trabajen aquí, o estén bajo la soberanía, están en el sistema. Facilita mucho el rastreo de las personas.

—Ya veo—. *¿Gran Hermano Vampiro?*

—Además, señorita Strong, debo aconsejarle que no debe contarle a nadie de tus asuntos con nosotros, o que trabajas con vampiros—. Siguió rápidamente. —A tu amiga no le debes decir exactamente qué haces o para quién trabajas. ¿Entendido?—. *Ayyy.*

—Sí, por supuesto—, dije con un movimiento brusco de cabeza. Sería difícil no decirle a la gente que gano suficiente dinero como para quedarme en cada de mi padre. —¿Qué pongo en mi formulario de impuestos?.

—Consultora.

Terminamos de comer, Nicolas acomodó una tarjeta de crédito en una carpetita negra que nuestra mesera dejó al borde de la mesa. Se la llevó rápidamente, y regresó bastante rápido con la tarjeta. Él la guardó en su abrigo, y salimos del lugar.

Cruzamos el patio abierto, nos dirigimos a un lugar con tres elevadores. Lo vi sacar la misma tarjeta de antes y meterla en una ranura al lado de las puertas del medio. Era la única manera de llamar a este elevador, Los otros tenían botones, pero este no. Obviamente, no todos tenían acceso a este elevador. Las puertas se abrieron. Entramos y volvimos a nuestros lugares, uno frente al otro.

—¿A dónde ahora?—. Lo vi elegir un botón en el panel que decía nivel C.

—Bajamos a Datos y Personal. Deben hacerte tu credencial—, dijo

mientras el elevador bajaba.

CAPÍTULO CINCO

Mis rodillas se doblaron cuando nos detuvimos. Las puertas se abrieron en el nivel C. Descubrí que estaba *debajo* del garaje. No lo entendía, pero todo a su tiempo. Fuimos por un pasillo que al final se abrió en una zona con una habitación de cristal en una zona central con cientos de computadoras. Un ejército miraba estas computadoras, o se movía por la habitación con documentos, con aspecto tenso.

—Este es el cuarto de vigilancia—, Nicolas empujó su mano hacia la habitación revestida de cristal. Como una pecera gigante, las personas estaban sentadas mirando los monitores. Casi todos parecían aburridos, con cara de zombies. Entonces vi el tono de su piel. Algunos eran vampiros, otros eran humanos. Trabajaban bastante bien, lado a lado, pensé.

—¿Aquí ven lo que está en todas esas cámaras?—, pregunté.

—Sí—, me respondió. —Por aquí—. Me dirigió por el ancho pasillo que separaba el cuarto de vigilancia de las oficinas. Algunas oficinas tenían puertas de madera, en tanto otras tenían grandes ventanas y puertas de vidrio.

Una mujer de mediana edad con anteojos acomodados al final de su naricita estaba sentada detrás del mostrador en Datos y Personal. Los anteojos tenían una cadena decorativa que le daba la vuelta a su cuello.

—Oh. Hola, Nicolas—, dijo alegremente, y le lanzó apenas una mirada breve. Luego me miró: ¿alguien nuevo?.

—Sí, Sally, te presento a Sabrina Strong, y estos son sus papeles, acá está todo lo que necesitas—, respondió Nicolas, y le entregó los formularios que había llenado.

—Sally te ingresará en el sistema, te hará una identificación y te entregará las llaves que necesitas para venir y recorrer por acá—. Las palabras de Nicolas iban dirigidas a mí y me volteé hacia él; me di cuenta de que me dejaba sola. —Llevaré el resto a quienes lo necesitan para ahorrar tiempo.

Le agradecí y sonreí a la mujer —me alegró ver que era humana.

Resultó que Sally era eficiente. Grandes ojos y labios carmesí ocupaban casi toda su cara. Su pelo negro azabache —sabía que era teñido, debía acercarse a los 60— estaba peinado en suaves rizos alrededor de su cara. Sus dedos volaban sobre el teclado de su computadora, hacían clic y se movían por todos lados. Tuvo toda mi información en la computadora a los pocos momentos de mi llegada.

Cuando terminó, me tomó una foto, como para la licencia de conducir

(aunque esta vez el resultado fue medio decente porque me pidió que sonriera). Cuando la credencial salió de la máquina de laminado, lo encajó en una larga cinta roja que debía usar alrededor del cuello, y colocó dos llaves en el mostrador. Me dijo que la verde de plástico (como la que había usado Nicolas) era para el elevador y para acceder a otros lugares de las torres. La otra llave era para el baño.

—¿Para el baño?—, pregunté. —¿Por qué necesito una llave para el baño?.

Sally me lanzó la mirada más divertida por encima de sus anteojos y dijo:

—Usarás el baño de humanos, y si no los cerramos con llave, los vampiros los usan.

—¿Para qué?—, insistí.

—Cariño, de verdad, no es algo que quieras saber.

Abrí los ojos. —Bien, creo que no.

—Los vampiros tienen su propio baño—, me explicó dulcemente mientras reunía los papeles, los apiló y los unió con una grapa.

—No sabía que usaban el baño—, dije, e inmediatamente me sentí muy tonta por decirlo hasta que Sally me sonrió.

—Te sorprenderías, querida. Me repito que debo encontrar otro trabajo, pero la paga y los beneficios, son muy buenos. Además, tres semanas de vacaciones, mi propio estacionamiento gratis —en esta ciudad, ¿quién puede superar eso?.

Sonreí. —Sí—. No sabía cuánto ganaba Sally, pero probablemente yo ganaba más, y tenía beneficios. Yo no sabía nada de vacaciones. Tal vez debí preguntar. Recordé el cheque en mi bolso y tomé nota mental de ir al banco al día siguiente.

Tomé mi nueva identificación y me la pasé sobre la cabeza, me aseguré de que quedara bien. Tomé las dos llaves, levanté la dorada y dije:

—Baño—. Levanté la verde de plástico. —Elevador.

Sally parpadeó. —Eso mismo, cariño. Buena suerte.

—Gracias, Sally. Espero volver a encontrarme contigo.

—Oh, así será. En dos semanas, te entregaré tu cheque. Se lo entrego a todos. No pediste depósito automático, ¿no?.

—Claro. Te veré en unas semanas, supongo—. Nos despedimos. Había hecho una buena amiga humana esa noche.

Escuché dos voces de hombre —una a la que estaba acostumbrada— y volteé para ver a Nicolas hablando y riendo con un hombre rubio. Ambos se pararon a unos metros de mí.

—Y acá está. Sabrina Strong, él es Andrew Morkel, jefe del Departamento del Equipo de Donantes, y también dirige el Equipo Sanguíneo—, presentó

Nicolas.

Morkel me devolvió una mirada azul profundo. —Gusto de conocerte, Sabrina—, dijo con bastante simpatía. Le extendí una mano enguantada, y no me disculpé. Nunca me disculpaba. La gente se mostrada intrigada, naturalmente, pero explicar las razones me producía más problemas. Los dejaba asumir que me encantaba usar guantes elegantes. No pareció notar mis guantes —o hizo como si no importara— y tomó mi mano de manera caballerosa sin apretarla muy fuerte. Antes de que me estrechara la mano supe que no era vampiro. Su piel tenía un agradable tono bronceado que una persona blanca solamente podía lograr en un salón de bronceado en esa época del año. Me pregunté si no lo hacía para destacar en un nido de vampiros. Su cabello era color arena con algunas canas en las sienes, me di cuenta en ese momento, que lo hacían parecer rubio. Pequeñas patas de gallo salían de los bordes de sus ojos, calculé que estaría cerca de los 40 años. Era guapo de manera general; nada que destacara realmente, salvo que sus orejas eran puntiagudas. Bien. No era vampiro y definitivamente no era humano. Esto dejó mi mente nadando con posibilidades.

—Sabrina ha firmado como consultora—, dijo Nicolas, y su voz sonaba orgullosa.

—Maravilloso, maravilloso—, dijo, y la conversación se estancó repentinamente.

—Nivel ocho—, Nicolas agregó.

—Ya veo—. Morkel me devolvió la sonrisa, con los ojos brillantes. No estaba segura de por qué Nicolas había agregado esa última parte como si mi —nivel— fuera de alguna manera importante para él, pero tal vez lo era.

—Bueno, espero que lo que te di te ayude—, Morkel dijo. —Buenas noches, y encantado de conocerla, señorita Strong.

—Igualmente—, respondí. Morkel se alejó caminando y pasó por otra puerta, al final del pasillo.

Me volteé para mirar a Nicolas. —Bien. ¿Qué era?—, pregunté.

—Un ser feérico. Un duende—, agregó lo último por mi cara de confusión. Supongo que quería ver mi reacción. Su sonrisa fue suficientemente amplia como para mostrar dientes disparejos pero blancos, y mientras se frotaba las manos, explicó:

—Tenemos un equipo de duendes que manejan el Grupo de Donantes, el hospital y también el Equipo Sanguíneo.

—Qué es el Equipo Sanguíneo?.

—Se —eh— especializan en el aspecto sanguíneo de nuestra vida. Somos alérgicos a su sangre, así que son buenos doctores y enfermeras.

—Es bueno saber que contratan minorías.

Ignorando mi respuesta ingeniosa, caminó por el pasillo conmigo detrás. Pasamos al lado de las puertas de algunas puertas y nos detuvimos en la del medio. Entramos a una zona abierta y me vi en un laberinto de anodinos cubículos marrones. Logré escuchar voces de hombre, en algún lugar de los cubículos.

—Bien, parece que mis socios están—, dijo Nicolas, y fue hacia el cubículo más grande, y dejó su maletín en el escritorio. Su oficina estaba limpia, funcional, con dos sillas de cuero negro puestas en un ángulo frente al escritorio. Detrás del escritorio había un gabinete negro de cinco cajones, un gran mapa de Chicago, y un estrecho librero lleno de libros estaba en la esquina.

—¿Heath? ¿Leif?—. Nicolas habló con una voz baja, como si estuviera dirigiéndose a mí.

Las voces en un cubículo cercano se callaron.

—¿Qué?—, dijo una vez de hombre a mi derecha.

—He traído a la señorita Strong para que la conozcan—, dijo Nicolas.

—Bien, ahí voy—. Capté el acento británico.

Un movimiento detrás de mí me hizo voltear hacia los recién llegados. No los había oído, pero sentí que estaban ahí repentinamente, detrás de mí y me volteé rápidamente, y recordé que Nicolas había dicho algo sobre vampiros que acechaban detrás de mí eran los cazadores.

—Leif, Heath, ella es Sabrina Strong—, Nicolas presentó. y arrastró las erres esta vez. —Sabrina, son Leif y Heath Sufferden.

Me encontré viendo doble. Gemelos. Supuse que tenían unos 20 años cuando se convirtieron. Uno iba vestido de negro, el único color —una corbata dorada— me jaló el ojo hacia él. Unos anteojos se posaban a medio camino de su nariz. Me miró por sobre los bordes.

El otro gemelo tenía unos jeans caros, y un suéter de cuello alto negro debajo de un abrigo deportivo marrón. Su cabello ondeado, rubio oscuro era un poco más largo que el de su hermano, se abría por la mitad y le tocaba los hombros. Sus ojos marrones y sus labios provocativos eran sus rasgos más peligrosos; hubieran podido estar en las portadas de libros de romance, así de espléndidos eran.

Extendí la mano. Los dos me miraron, sonriendo.

Retrocedí la mano. ¿Los vampiros no dan la mano?—, pregunté.

—Es un acto de intimidad—, Nicolas explicó rápidamente. —El toque de un vampiro actúa en el centro de placer del cerebro humano. El nuestro desencadenaría fácilmente tus receptores de placer.

—No tenía idea—, dije, retrocediendo. —Gracias por la advertencia—. Me volví a Nicolas. —¿Aunque esté con los guantes puestos?—, levanté la mano.

—Hasta sin tocarte, un vampiro puede darte una ráfaga erótica, cariño—, dijo el de los lentes. Me absorbió completamente y sentí como si me hubiera hecho el amorcito con los ojos. —Por supuesto, se necesita ser un vampiro muy viejo para hacerlo con el pensamiento—. *Sí, ¡gracias a Dios!*

—Sí, Tremayne—, dijo el otro, los dos rieron sombríamente. —A Tremayne le gustará—, agregó Heath.

—Le gustan jóvenes—. Leif volvió a mirarme. Quería patearlo, luego correr como un gran pollo. Me quedé ahí mordiéndome el labio interior y aguanté el maltrato.

—¿A quién no?—, coincidió su hermano, también mirándome.

—¿Podemos volver a nuestros asuntos, ya?—, preguntó Nicolas, parecía ligeramente molesto.

—Por supuesto, Nicolas. Lo que quieras. Solamente admiramos tu buen gusto en aves.

¿Aves? No entendí esa jerga británica para nada.

Leif me lanzó una amplia sonrisa, y dejó ver un pequeño colmillo. El corazón se me sacudió repentinamente.

Cuando alcanzaba algo en su escritorio, Nicolas me rozó. Tuve una visión repentina. Retrocedí. No sabía qué me había atrapado.

Un mar de lápidas llenó mi visión mientras la luz plateada de la luna iluminada la tumba más grande que había visto jamás. La luz de la luna brillaba en cientos de marcadores de tumbas, cruces y sepulcros que seguían y seguían, más allá de sombría distancia.

—¿Qué pasa?—, la voz entró en mi cabeza, y como si alguien hubiera apagado la luz en una habitación, la visión se fue. Una pequeña visión.

Regresé al presente, y sentí la cabeza extrañamente vacía, hasta que me puse al tanto de las cosas. La habitación nadó unos segundos más y luego se acomodó.

Tomando mi cabeza, dije:

—No sé. Una visión —de tumbas.

—¿Qué?—. Nicolas se puso delante de mí, con la cabeza inclinada para mirar mi cara.

El mareo se fue, parpadeé. —En algún lugar—parecía un cementerio—. Me encogí de hombros.

—Cementerio Graceland. Por supuesto—. Nicolas miró a los gemelos. —Creo que mejor se van antes de que llegue una llamada furiosa de U.I.V. No les gusta cuando nos entretenemos.

—Bien—, dijo Leif, mientras se iba.

—Gracioso. Al cementerio—, susurró Heath mientras lo siguió y salieron

del cubículo de Nicolas. —Nada como divertirse en tumbas otra vez, ¿eh, hermano?.

—Habla por ti—, dijo Leif mientras caminaban por el pasillo y desaparecieron de mi vista. —Yo conduzco.

—Siempre conduces—, se quejó Heath.

—Bien, si quieres conducir, adelante, He tenido bastante de tus quejas esta noche.

Veinte minutos luego, Nicolas cruzó la estrecha vía del Cementerio Graceland. Luces azules centelleaban a la distancia. No eran las luces rojas, azules y blancas de los autos de la policía. Estaban más lejos y apenas se veían. Nos acercamos a los autos estacionados —un sedán oscuro relucía a la luz de la luna, un deportivo rojo, y lo que me pareció un auto fúnebre, también estacionado a lo largo de la estrecha vía.

—¿Es la policía?—, pregunté mientras Nicolas conducía calmadamente hacia los autos estacionados.

—No—, dijo. —No, es la U.I.V..

—¿La qué?.

—Unidad de Investigación de Vampiros—, respondió.

—¿Tienen su propia división de investigación?—, pregunté incrédula.

—No la manejamos nosotros, sino los demonios. No podemos esperar que la policía humana se encargue de esto—, dijo.

Los demonios investigan la muerte de un vampiro. Naturalmente. ¿En qué estaba pensando?

—¿Y hay un cuerpo de vampiro por acá?—, pregunté, tratando de entender.

—Ahí está—. Miró hacia donde yo estaba.

—¿Y lo mató un —qué?—, estaba algo confundida.

—Un tornillo.

—¿Qué es un tornillo, exactamente?.

Se detuvo lentamente y estacionó el Jaguar. —Pronto lo verás. Pero es un pequeño lanzador de flechas de una ballesta.

Alguien caminaba hacia nosotros en la luz de las luces delanteras. Una nube de vapor lo envolvió mientras se avanzaba pesadamente hacia nosotros. Al comienzo pensé que tal vez fumaba en pipa, pero no se veía nada parecido en su boca o en su mano. Daba vueltas en espiral alrededor de su cabeza y alrededor de todo su cuerpo. Extraño.

—Veo que ya metieron el cuerpo en una bolsa—. Nicolas bajó la ventana mientras el hombre del humo —o tal vez una bruma— se acercaba. El frío aire de la noche se apoderó del calor dentro del auto. Me alegró haber llevado mi abrigo, y me subí las solapas del cuello. Entonces me di cuenta de que el

demonio no estaba emanando humo, sino que probablemente su cuerpo estaba muy caliente, y el aire más frío a su alrededor producía el vapor. Interesante. *Recuérdame no tocarlo.*

—Paduraru—, dijo el hombre con una profunda voz cavernosa.

—Crimmins—, Nicolas respondió estoicamente. —Veo que tienes todo bajo control por acá.

—Como siempre—, dijo Crimmins mientras se agachó un poco, metió la cabeza por la ventana y me miró de cerca. Me honró con una sonrisa nada amistosa. Todos los dientes con forma de bloque, parecía más una mueca, y no le llegaban a los ojos. No me gustó mucho. —¿Una neófita?.

—No. Humana. Es Sabrina Strong, nuestra nueva súper sensible—, me presentó Nicolas.

—Encantado de conocerla—, dijo con fuerte acento de Chicago. —Wang acaba de soltar el cuerpo—, Crimmins dijo a Nicolas, mientras retrocedía y asentía en la dirección de la carroza fúnebre. Vi a una corpulenta mujer oriental que firmaba algo en una libreta. Su grueso torso parpadeaba continuamente en azul.

—Bien—. Nicolas abrió la puerta para salir del auto. —Parece que te puedes ir a casa, Crimmins, pues el muerto era un vampiro, no un humano—. Se deleitó al decirle eso, casi como si quisiera librarse de él.

Crimmins hizo un sonido ininteligible y se fue con paso airado, cojeando notoriamente, en dirección opuesta a la escena del crimen y hacia el sedán oscuro, con la niebla ondulando alrededor de su cuerpo contra las luces azules.

Escuché otras dos puertas cerrarse detrás de nosotros. Volteé y vi a dos hombres dando zancadas. Los reconocí por su corte de cabello y contextura similar; Leif y Heath se nos unían. Nicolas les dijo algo, pero se perdió con el portazo. Me quedé dentro del auto, esperando hasta que me necesitaran. Sus voces eran muy bajas como para oír lo que se decían entre ellos. Luego, Nicolas hizo un movimiento hacia mí. Salí y caminé hacia ellos.

Cuando me uní, vi a la carroza fúnebre irse a toda velocidad. La mujer caminó sin prisa hacia nosotros. Era mucho más baja que los demás — probablemente 1.50.

—¿El chofer lo llevará a las torres?—, Nicolas le preguntó.

—¿Ahí quieres que vaya?—, preguntó, parecía exasperada con su ligero acento. —Creí que habías dicho que era un solitario—. Le entregó un grueso tablero y un bolígrafo. Él los tomó, firmó y los devolvió.

—Así es, pero Tremayne se encargará de sus restos—, dijo Nicolas secamente.

—Bueno, está bien—. Wang sacó su celular, presionó un número y habló:

—Dice que lo lleven al lugar de Tremayne... sí. Bien, bien, bien—. Cortó la llamada. —Eso es para mí. Yo terminé acá, a menos que quieras una autopsia.

—No. Dijiste que murió por el tornillo, y nos quedamos con eso—, dijo Nicolas.

—Bien—. Levantó una manito. —Mi trabajo acá ha terminado—. Se dio la vuelta y avanzó con dificultad con sus piernitas hasta su auto, estacionado adelante de la fila

En un momento, el auto de Wang siguió a los otros dos —Crimmins y la carroza fúnebre— por el camino. Ahora estábamos los cuatro parados en el cementerio. A pesar de mi abrigo, me estaba congelando. Los vampiros actuaban como si fuera una noche de verano.

—¿Tienen el arma?—, preguntó Nicolas a los hermanos.

—Por supuesto, Nicolas—, dijo Leif con una mueca. —¿Crees que la hubiéramos dejado a simple vista?—. Un gran sobre apareció en sus manos. Vi la palabra EVIDENCIA en grandes letras. Leif me entregó algo. Parcialmente envuelto en un pañuelo, vi una estrecha punta del tornillo. —Acá tienes, hermosa. Haz lo tuyo—. Lo desenvolverlo, con mucho cuidado de no tocarlo.

—¿Este es el tornillo?—. Le lancé una mirada llena de duda, sin estar muy segura de querer hacer esto.

—Sí—, contestó Nicolas.

Vacilé, miré el afilado objeto que parecía una flecha muy corta.

Nicolas puso una mano tranquilizadora en mi hombro. —Vas a estar bien. No permitiré que nada te pase.

Lo miré a los ojos; tenían una luz sobrenatural. Me asustó eso. Un leve pánico me recorrió, al comienzo. Luego me llegó una calma relajante. Supe entonces que estaba entrando en mi mente para controlarla. Sentí una seductora invasión que no podía controlar y que, que Dios me perdone, no quería controlar.

Sin turbación, me volteé hacia Leif, y me saqué un guante. Entonces, tomé el tornillo. A menudo, cada vez que tocaba algo que había usado otra persona, había esta duda, este vacío de tiempo donde simplemente esperaba que sucediera. Como cuando entras en un elevador y la puerta se cierra, puedes prever arranque del movimiento antes de que suceda. Era parecido. La expectativa me abrumó unos segundos. Entonces supe al tomar el arma que algo me iba a golpear, y que me iba a golpear fuerte.

Lancé un gemido ——¡Uh!—. A la vez, sentí calor y luego frío, no sabía si seguía parada o si estaba echada en el suelo; inclinada sobre alguien, o si me había desmayado completamente. Todo lo que vi fue la visión. Todo mi ser era la visión. Lo único que sabía, tenía que deshacerme de esto en menos de un segundo, y mis labios y lengua se movieron tan rápido como pude hacerlos

moverse, mi voz se volvió ronca, el aliento se me iba. No pude deshacerme lo suficientemente rápido.

—Oh, Dios... un gato... un gato negro..

Gato negro... mujerballestatornillosangre... ¡NO! Tornillo... viene, viene hacia mí... ¡Sangre! Ohdiossangre... rojoconazul, rojoconazul... ¡Demasiada sangre! Demasiada... gatonegromujersangre....

CAPÍTULO SEIS

—No la has mordido, así que no te la puedes adjudicar.

Dos voces masculinas iban y venían flotando, como si alguien estuviera jugando con el volumen de un televisor o una radio. Me esforcé para escuchar; quería decirle a alguien que subiera el volumen.

—¿Puedo recordarte que es mi pupila?—, dijo secamente la voz más lejana.

—¿Tú crees que es la sibila?—, preguntó la otra voz, que había bajado un grado. Sentí que el tema parecía casi tabú, por la manera en que casi susurró la pregunta.

—No tengo idea—. Sabía que ese era Nicolas.

—Es muy buena clarividente—. Esta voz dentro de mi cabeza, y también arriba —de alguna manera— al mismo tiempo.

—Incuestionablemente—, llegó la respuesta.

Hubo un largo silencio, y entonces el que estaba arriba de mí volvió a hablar.

—Tu aroma no es lo suficientemente fuerte con ella como para bloquear a otro vampiro, compañero. ¡Maldita sea! ¡Me estoy aguantando para no saltar sobre ella en este momento!.

Esto me sacudió y me despertó, pero mantuve los ojos cerrados. Dedos helados tocaron mis sienes, noté en este momento. Parecían grandes cabezas de borrador. Y frías. Al mismo tiempo, entendí que esta voz era de Leif, y seguía viniendo de encima de mí —y de dentro de mi cabeza. Imaginé mi cabeza en su regazo.

—Está despierta—, anunció Leif. Su tacto helado se retiró, y esa leve presión, de la que no había sido consciente hasta ese momento, me dejó.

Mis ojos se abrieron y lo miré a la cara, que se cernía sobre la mía. Mi cabeza *estaba* en su regazo. Mierda.

—Hola, amorcito—, dijo Leif, y esbozó una sonrisa traviesa. Sus manos mecían mi cabeza, miró hacia abajo sobre el borde de sus anteojos y avanzamos por un tramo oscuro de la carretera.

Estaba en el asiento trasero de un auto. Con Leif. Y me daba cuenta de que le estaba gustando *mucho* dónde estaba con respecto a él. Su dominio sobre mí era demasiado evidente, y estaba rompiendo al menos dos reglas de tocar —o que me tocaran— un vampiro, y de mirarlo a los ojos. En la reducida luz de la carretera supe que la oscuridad eclipsaba los iris azules.

Se inclinó y susurró:

—Ha pasado mucho tiempo desde que tuve un ave en esta posición comprometedora—. Aunque su voz estaba saturada de diversión mientras su sonrisa crecía, capté el vistazo de un colmillo en la estela roja de las luces traseras mientras pasaba bramando.

Al límite de mi resistencia, chasqueé y mi mano se levantó hasta su cara. Pero antes de que pudiera hacer contacto o acercarme, su mano tomó mi muñeca y la hizo girar.

Nos miramos.

—No, ah, no—, sonrió juguetonamente. —Juega bien o no juegues, amorcito.

—¡Vete al infierno!—, rugí y luché para sentarme.

La mano agarraba mi hombro me hizo bajar fácilmente. Con una sonrisa irritantemente superior en su lugar, sus resplandecientes ojos me miraron como antorchas moribundas sobre sus anteojos. Este era un vampiro con el que no quería estar sola —podía leer la lujuria en sus ojos. Esas reglas de las que Nicolas me había advertido aparecieron en mi mente. El corazón me retumbó en el pecho y mi estómago se tambaleó.

—Déjame levantarme—, dije entre los dientes apretados.

Rio disimuladamente, pero no me soltó.

—Es suficiente, Leif—, advirtió Nicolas.

—No hasta que digas ‘por favor, hermoso, amorcito’—, se burló Leif, y una risita se le escapó.

—¡Déjame levantar! ¡Por favor!—, seguía apretando los dientes, pero estaba más cerca de las lágrimas de rabia. Eso era estúpido. Odiaba que mis emociones —rabia y miedo— estuvieran tan juntas entre sí.

—Muy bien, amorcito—. Me soltó, aún con una risita.

Me levanté, me alejé tanto como me fue posible al rincón del asiento trasero. Estábamos, por supuesto, en el asiento trasero del Jaguar de Nicolas. Nicolas conducía. Su silueta negra contra las luces traseras rojas del vehículo delante de nosotros, y el suave azul de su tablero le iluminaba la cara.

Rojo. *Sangre*.

Mi cerebro se aferró a esto por alguna razón, el rojo aparecía en mi mente, como si lo fuera a inundar para siempre. Sacudí la cabeza para aclararla. Me incliné hacia adelante, me apreté la cabeza. Tuve un infernal dolor de cabeza repentinamente. Ahora sabía que Leif estaba ahí para impedir que cayera en trance más profundo. Pero el precio de fundir su mente con la mía era como una resaca tras una larga noche de borrachera —no es que nunca haya hecho algo así (y en ese momento ni lo quería por cómo sentía la cabeza). Esto era lo peor que había sentido en toda mi vida después de una visión.

—¿Como te sientes, amorcito?—, Leif preguntó como si no supiera. Quería restregármelo. Decidí que era un imbécil sádico.

—Como la mierda. Gracias por preocuparte—, musité amargamente.

—Cuando quieras—. Se rio disimuladamente. —Sé qué te curaría.

—Leif—, el mismo tono de advertencia llegó del asiento delantero. —Compórtate.

—Estoy tratando, pero esto me tiene alborotado. Debo ir y tomar algo, o no puedo prometer que controlaré mis actos—. Le creí. No quería estar a su lado un momento más. Sabía de lo que era capaz, sin leerlo.

—Bien, anda pues—. dijo Nicolas, y me invadió el alivio.

Las ventanas traseras al lado de Leif se bajaron completas. El golpe de viento frío mientras íbamos a más de cien kilómetros por hora me enredó el cabello.

—Bien, si insistes—, dijo Leif por encima del ruido de la carretera. —Te veo luego, amorcito—. Se inclinó ligeramente hacia mí y movió las cejas lascivamente. Luego, como si estuviera hecho de papel, salió por la ventana y se fue.

Miré el espacio que había ocupado, ahora vacío, y la ventana abierta como si fuera una aspiradora gigante que lo había succionado.

La ventana volvió a subir. El pelo se me acomodó alrededor de mi cara y rápidamente lo saqué de mi cara con sacudidas.

—¿Qué demonios pasó?—, pregunté, realmente perpleja.

—Leif tuvo que irse, felizmente—, dijo Nicolas, exasperado.

—¿Por la ventana? Salió por la —.

—Ventana. Sí. Lo hace muy bien. También le gusta salir por la ventana del techo, pero en este auto no hay.

Creo que me quedé mirando la ventana como diez segundos antes de volver a ver a Nicolas, que seguía conduciendo.

—¿Estarías más cómoda adelante?—, me preguntó.

—Si, creo que sí—. Con algo de esfuerzo, y el menor quejido posible, trepé sobre la consola entre los asientos delanteros. Me acomodé y en puse el cinturón de seguridad.

—Discúlpame, pero Leif es bueno con la fusión de mentes. No me quedó más opción que usarlo cuando parecía que casi te perdíamos.

Reflexioné un poco. —¿Dije algo útil?.

—¿No recuerdas?.

—No, no mucho. Pero... recuerdo algo sobre mucha sangre.

—Sí. Algo sobre mucha sangre—, repitió.

—¿Eso fue todo?.

—No. Viste muchas cosas. Lo que viste no lo pudiste poner en palabras lo suficientemente rápido. Hubiera sido imposible interpretar lo que veías, porque tu mente trabaja mucho más rápido. Lamentablemente, no estábamos preparados para extraer las imágenes. Posiblemente, así será como debamos proceder contigo, cuando tengas una visión, o una lectura.

—¿Qué?.

Aspiró y soltó antes de contestar. —La próxima vez que leas algo, no importa qué sea, alguno de nosotros deberá fusionar su mente con la tuya.

—Oh, mi cabeza—, gemí, mientras tomaba mi cabeza que palpitaba. —Duele como si alguien me golpeara con un martillo.

Se rio. *No es gracioso.* —Cederá. Y es mejor que permitir que caigas en un profundo trance donde nadie puede llegar a ti en horas, o más.

—Sí, tampoco es divertido para mí—, gemí.

—Preferimos tenerte un tiempo. Hay historias de clarividentes muy expertos, no diferentes a ti, que se volvieron locos por las cosas que ven.

—Sí, lo sé—, dije. —¿Por qué crees que uso guantes?—. Levanté una mano con guante y me di cuenta de que no tenía puesto el otro guante. Antes de que pudiera empezar a quejarme por haberlo perdido, Nicolas lo levantó, lo sacó de algún lugar.

Sentí que mis emociones se disparaban hacia el alivio, lo tomé y deslicé mi mano. —Debo decirte, sigo sin estar segura de este trabajo. Temo que acabaré en un asilo de lunáticos después de esto.

Nicolas rio entre dientes.

—No es gracioso.

—No, no lo es. Pero te aseguro que eso no ocurrirá, no en tanto alguno de nosotros esté contigo.

Suspiré y me senté. Me quedé mirando los oscuros contornos y luces a la distancia mientras avanzábamos. Recordé que había otras cosas que quería preguntarle. Cosas que Leif mencionó, pero también me había estado preguntando, antes de esto.

—¿Nicolas?.

—¿Hmm?—. Me miró.

—¿Qué es la sibila? Escuché a Leif preguntarte si era la sibila.

—Es una antigua leyenda griega.

—Bueno, ¿cuál es la leyenda?—. Exhaló una respiración algo molesta, pero sabía que me daría gusto.

—La sibila era una poderosa vidente que descendía de una ninfa y un pastor. Sus poderes se derivaban de Apolo.

—¿Y?—. Estaba segura de que había un ‘y’ en todo esto.

Suspiró como si todo el asunto le molestara de alguna manera. —Usará el anillo místico que tiene los poderes que le permiten caminar entre vampiros sin que la conviertan en una sierva.

Fruncí el ceño. —No puedo ser yo—, dije. —No tengo anillos—. No tendría sentido que usara anillos, nadie los vería.

—Sé que no eres tú. No te afectaría nuestra seducción.

—¿Ni un poquito?.

—No. Además, estás ya pasaste la plenitud de tu vida.

—Me haces sentir vieja—, renegué.

—Debes entender, esta leyenda empezó cuando las chicas se casaban en cuanto empezaban a menstruar. A los 11 o 12 años.

—Bien—, dije lentamente. —¿Por qué? ¿Qué sentido tiene encontrarla?.

Su boca se torció en una sonrisa malvada. —El maestro elegido debe aparearse con ella.

—Oh-h-h—. Me sonrojé. —Oh—, repetí, mordí el interior de mi labio inferior. —¿Dices que los vampiros pueden aparearse con mujeres?.

—No. Solamente los maestros pueden—. Se encogió de hombros. Vi un indicio de colmillo y tuve que retirar la vista.

—Entiendo—. Me invadió el alivio. Posiblemente, toda su charla sobre las necesidades duales de un vampiro, y toda la idea de que un vampiro *podía* aparearse con una humana era simplemente demasiado para aceptarlo.

—No le tengo mucha fe a la antigua leyenda griega—, dijo, en un jadeo.

—¿Y Tremayne?.

—No estoy seguro—, dijo, dubitativo. —Aunque ha estado adquiriendo una serie de videntes en los últimos 200 años—. Frunció el ceño con esta idea.

Lista para avanzar, dije:

—Escuché otra cosa que dijiste antes de que me levantara —tú y Leif.

—¿Qué fue?—. preguntó.

—Leif decía que tu aroma en mí no era suficientemente fuerte para bloquear a otros vampiros —sobre todo él.

—Es verdad, me temo. Es por eso que debemos tener cuidado, cuando no estés conmigo, pues otro vampiro puede tratar de reclamarte.

—Pero me dijiste cómo evitar que me cazaran—, discutí.

Su mano se aferró al volante. —Cierto. Sin embargo, algunos seguimos las reglas y otros no. No te equivoques, Sabrina, tienes que tener mucho cuidado cuando estés con otros vampiros, además de mí. Nunca los mires directamente a los ojos, y nunca los dejes seguirte.

—Lo sé, lo sé. Pero dijiste que era contra sus leyes—.

—Los que no obedecen nuestras reglas son considerados solitarios.

—Entonces, ¿qué es Leif? Quería morderme —y otras cosas— pude sentirlo.

—No lo hubiera hecho.

—Claro.

—No mientras yo estuviera cerca.

Gruñí al oír eso. Me imaginé que era como quienes iban a alta velocidad, o se pasaban las luces rojas. En tanto no los atraparan, ¿qué diferencia había?

Vi carteles que indicaban que nos acercábamos a la salida. Todavía tenía preguntas —millones.

—Explícame lo del grupo de donantes. ¿Por qué lo hacen? ¿Dejar que un vampiro los muerda?.

—Se les paga bien, tienen un buen paquete de beneficios. Además, está la atracción agregada es que tienen un orgasmo.

—Vaya. Paquete de beneficios—, dije, asintiendo, conteniendo el aliento. Nicolas me dirigió una mirada. Una sonrisa onduló sus labios cuando vio que estaba bromeando con él. —¿Cómo funciona? ¿Qué tiene que hacer un vampiro para obtener su comida?—. ¿O un polvo?

—Un vampiro que no tiene donantes personales puede llamar al grupo de donante, y se le envía uno. Todo se hace en una habitación privada, a veces en nuestras suites. Nunca se hace al descubierto. El grupo de donantes también garantiza que el donante no se vuelve propiedad del vampiro, a menos que haya un acuerdo mutuo. Sin embargo, algunos preferimos nuestros donantes privados propios, y no los compartimos con nadie—, explicó.

—Vaya—, resoplé. —Como una entrega de pizzas.

Se rio. Me gustaba su risa, en parte tortuosa y algo malvada.

—Algo así, sí.

—Parece que los vampiros han trabajado en eso de los donantes con mucho detalle.

—Sí, así es.

—Entonces, ¿tendrían relaciones sexuales con un donante, también?.

—Solamente si las dos partes están de acuerdo.

—¿Me hubieras mordido anoche?—, pregunté, quería saberlo porque me había molestado todo el día. —O sea, si la oportunidad se presentaba.

Cambió ligeramente. —¿Contra tu voluntad? No. No te hubiera mordido. Eso se consideraría cazar. Lo que está en contra de la ley de vampiros.

Bendita sea la ley de vampiros.

—¿Y qué hay de... lo otro?—, pregunté tímidamente. Quería saber qué planes tenía para mí. Podía pasármela preguntándome si iba a intentar ponerme en una situación comprometedora en su oficina, o un sillón —o el asiento trasero

de su Jaguar —en algún momento.

—¿Lo otro? ¿Quieres decir sexo?.

—Sí—. *¿Qué más había?*

Mirando hacia adelante, dijo:

—Sí, te deseo, Sabrina. Quiero ambas cosas de ti.

Sentí eso hasta lo más hondo. Su respuesta. pronunciada con su profunda voz etérea arrojó una descarga de deseo a través de mí. Una punzada abajo que no estaba antes me tomó por sorpresa. Emanó feromonas de vampiro y yo las estaba absorbiendo como si me faltara el oxígeno.

—Antes de hacerlo, debo pedir autorización.

—¿Autorización? ¿A quién?.

—A Tremayne. Es mi dueño, mi soberano. No puedo tomar donante, ni tener relaciones sexuales con nadie a menos que sea un donante registrado, y que *además* él me autorice. Por supuesto, si me autoriza, deberás cambiar tu tarjeta de donante.

—Qué... estructurado—, dije, tratando de sonar como si todo el asunto no me hiciera sentir tremendamente incómoda. —¿Y tengo opinión en todo esto?—. ¿Empezaba a hacer calor en el auto? ¿O había elevado mis hormonas a un grado máximo?

—Sí. Por supuesto. A menos que tenga todo tu consentimiento, no te obligaría.

—No tendrías que obligarme—, dije. —Tienes esa seducción de vampiro que habla por ti.

—De nuevo, no estamos autorizados a aprovechar nuestra ventaja.

Claro. En fin.

—Entonces, aclaremos esto, cada vez que quieras morder a alguien o tener relaciones sexuales con esa persona, ¿debes preguntarle a Tremayne?.

—Solamente si no estás en el grupo de donantes, o una de mis donantes frecuentes.

—Claro. ¿Le vas a preguntar?.

La luz cambió, y giró. Cruzamos el paso elevado y estábamos en dos carriles, con dirección a los caminos rurales a mi casa. Llegaríamos en diez minutos o menos.

Nicolas suspiró pesadamente. —No iba a tener esta conversación contigo esta noche—. Sonaba brusco. Había molestado a un vampiro. Bien por mí.

—¿Cuándo ibas a tenerla?—, pregunté acaloradamente. Esto me perturbaba realmente. Ya no era solamente una trabajadora. Era objeto de sus deseos. Grandioso. Probablemente hubiera recibido bien sus avances, si hubieran ocurrido tras dos semanas, digamos. Pero ahora que sabía que estaba en su lista

de donantes deseables, me incomodaba, teniendo en cuenta que era mi jefe.

—Quería estar seguro de que te sintieras más cómoda conmigo—, dijo, finalmente.

—Bien. Cambio de tema—, dije abruptamente. —¿Cuándo conoceré a Tremayne? ¿Lo conoceré? ¿Es como el mago de Oz?.

—Conocerás a Tremayne, pronto. Ha estado de luto, los últimos días, pero me pedirá que te presente con él pronto.

—¿Luto?—, pregunté.

—Sí. Su compañera de toda la vida fue asesinada en su apartamento, hace poco. Ha estado de luto.

—Oh, verdad, me dijiste eso.

—Quiere respuestas y es ahí donde entras tú.

—¿Yo?.

Giró hacia Ram Road, que nos llevaría a Sonata Road, donde vivía. —Quiere que hagas una lectura del apartamento, y tal vez del tornillo que la mató.

—¿Me dices que él mismo me llevará?.

—Sí—. Parecía ligeramente agitado por esto.

—¿Y eso es malo porque...?.

—No sé si me permitirá acompañarte.

CAPÍTULO SIETE

Una luna ámbar adornaba el cielo nocturno como una fuerza etérea cuando Nicolas llegó a mi calle. Los rescoldos de hojas que la señora Bench había quemado brillaban siniestramente. Me pregunté si ella estaría viéndolas.

Me pareció ver una sombra, pero era muy grande para ser ella. Y muy rápida. Solamente sabía que su esposo había muerto cuando yo era chica, y no sabía más de la vecina. Había ido al funeral de mi padre. Recordaba sus manos frías, con bultos y venas azules que tomaban las mías (yo con guantes, por supuesto), y que me decía que debía ir a verla *pronto*. Fui a verla porque lo hizo ver importante. En ese momento supe que también tenía algo.

Era una bruja que preparaba pociones y leía cartas.

—¿Quién era?.

Salté con la voz de Nicolas, arrojada de vuelta al aquí y ahora.

—Oh, eh, no sé—, respondí, volviéndome en mi asiento. —La señora Bench debe tener visitas esta noche—. No había pensado que, con su visión de vampiro, Nicolas probablemente podría ver suficientemente bien como para identificar a la persona en el jardín de la señora Bench. Yo estaba muy cansada como para tener una lectura. No me parecía que hubiera alguna amenaza, así que lo ignoré y me di la vuelta.

Cuando nos detuvimos en mi casa, me di cuenta de que estaba agotada por esa noche. Me asombré de que no hubiera resultado peor, considerando todo.

Salí del Jaguar, vi la luna llena, y la imagen de hombre lobo pasó por mi mente. Me preguntaba si estaba suelto esa noche, y posiblemente no había tenido una buena noche.

Por supuesto, seguía preocupada por Jeanie, y las visiones que había tenido con ella.

—Te hará bien dormir—, sugirió Nicolas mientras me acompañaba al pórtico.

—Sí—, suspiré. La luz de la entrada de mi casa me ayudó a avanzar sin caerme. Las llaves tintinearon cuando las saqué de mi bolso, luego se cayeron.

—Lo siento—, me disculpé cuando Nicolas se agachó a recogerlas.

Avanzó despacio para abrir mi puerta. Puso la llave en la cerradura, se detuvo y retrocedió, con la palma de la mano hacia arriba. —Creo que te dejaré abrir el pestillo—. Miró mis llaves. —La plata de tu llavero—, dijo. —Quema un poco.

—¿De verdad?—. Las examiné, luego vi el corazón de plata que colgaba de

mi llavero. De plata. Un regalo de cumpleaños de Jeanie, tenías grabadas con las palabras *Amigas para siempre*. Probablemente me había salvado del hombre lobo la noche anterior cuando las metí en su boca. Recordaba cómo se había quejado y me había soltado. Nicolas tampoco la pudo tocar. Algo sobre vampiros destacó. No podían tocar plata. Por eso había visto tantas joyas de oro esa noche.

—Toma—, dijo, y me volteé. Me entregó algo pequeño que entró en mi mano. —Tuyo. Estás en nuestro plan 'familiar'—. Sostenía un celular. —Si alguna vez tienes que llamarme, estoy en marcado rápido.

—¿Mi propio celular? Vaya, gracias—, dije sintiendo una oleada de emoción. —¿Es uno de los beneficios?.

—Sí, así es.

—Gracias—, dije.

—Duerme un poco, Sabrina. Buenas noches—. Retrocedió, como si supiera que, de haber entrado, no hubiera podido controlar sus acciones. No podía esperar eso tampoco.

Sus zapatos dieron contra los escalones cuando se fue. Apoyada contra el marco de la puerta, lo vi entrar a su Jaguar y encenderlo. Salió de la entrada de mi casa, las luces traseras rojas parpadearon cuando volteó por el camino de grava. Hizo sonar la bocina y lo despedí con la mano. Esperaba que no hubiera despertado a la señora Bench. Aunque estaba despierta. Estaba segura de que, quien fuera que estaba en el patio cuando llegamos, la estaba visitando. Y también estaba segura de que era un hombre. Era raro que mi habilidad no me lo relevara. Solamente vi su silueta contra la luz del jardín.

Cerré la puerta, pasé el cerrojo, apagué las luces de las escaleras y fui a mi cama. La cabeza me latía con todos los acontecimientos del día. Me di cuenta de que simplemente ya no podía pensar más en eso.

Me lavé la cara, me apliqué crema, me desvestí y me puse pijama melón de manga larga. Estaría bien para una noche tan fría. Ya estaba medio dormida cuando me deslicé entre las sábanas. En poco tiempo me dejé llevar.

Algo me despertó. Mis ojos se abrieron, mi adrenalina estaba cargada. Escuché un ruido suave cerca. Mis ojos voltearon a la ventana.

Había alguien afuera. Una oscura silueta con forma de hombre en mi ventana me alarmó. De un salto, me senté sobre la cama, con las mantas apretadas, me pareció escuchar un aleteo —de alas grandes.

¿Qué está pasando?

Cuando parpadeé, nada bloqueaba el rectángulo de luz del poste de afuera. ¿Lo había soñado? ¿Otra vez? ¿Qué lo provocaba? Era tal vez la cuarta vez seguida esa semana que me despertaba pensando que había oído a alguien en el techo sobre el cual se cerraba mi ventana.

Aún tiesa, escuché. Esperé. Nada se movió.

Con un pinchazo de temor, estaba segura de haber visto —y oído— alguien afuera de mi ventana. ¿Era el vampiro que me había marcado hacía años, que venía a buscarme?

Estaba arriba, sin teléfono. El teléfono de la casa estaba abajo. Pero ¿a quién llamaría? La policía no podría hacer nada si era un vampiro.

No tenía a nadie. Salvo al vampiro, Nicolas, que juró que sería mi protector.

Oh, ¡qué tonta! Recordé el celular. Debía llamar a Nicolas, recordé que estaba en discado rápido en mi celular nuevo.

El celular. ¿Dónde lo había puesto? Entré en pánico, casi hiperventilándome. Rápidamente, aplasté esas emociones invasivas e inútiles para poder pensar.

Repasé mis movimientos y recordé que había dejado el teléfono en el muro del baño cuando me lavé la cara. Vaya un lugar tonto para ponerlo, pero tenía tanto sueño que no pensé en llevarlo al dormitorio. Afortunadamente, el baño estaba al frente de mi dormitorio por el pasillo. Sin prender la luz, salí de la cama, metí los pies en mis abrigadas pantuflas y avancé tan silenciosamente como pude para recuperar mi teléfono del baño.

No había escuchado nada más en esos momentos que me tomó avanzar por el oscuro pasillo y tomar mi teléfono y escabullirme de nuevo en mi dormitorio.

Los dedos me temblaban mientras recorría el menú y presioné el discado rápido de Nicolas. Esperaba que todavía tuviera batería —debía pedirle un cargador al día siguiente. Me sentí aliviada cuando lo escuché timbrar y luego su voz.

—¿Sí?.

—Nicolas!—, susurré. —Soy yo, Sabrina.

—Sí, lo sé. ¿Qué pasa?—, preguntó rápidamente.

—Creo que hay alguien afuera de mi casa, ¿puedes venir?—. Miré los números rojos de mi reloj. Decían 4:08 am. ¿Podría venir a mi casa, investigar, ahuyentar a quien fuera y luego volver a la ciudad antes de que saliera el sol? Rápidamente, calculé que el sol saldría a entre las 6.30 y las 7:00 am.

—¿Dónde estás ahora?.

—Arriba en mi habitación.

—¿Tu puerta tiene cerrojo?.

—Sí.

—Ponlo. Llegaré en un momento.

—Ya lo hice. Espera ——, su línea se quedó en silencio. ¿Cómo sabría cuando llegara? ¿Vendría en su auto o volaría? Recordé cómo Leif salió del auto por la ventana y desapareció en un instante.

Temblando, con las piernas enroscadas en mi pecho, estaba muerta de miedo. Me era difícil pensar bien en estas circunstancias, y me mecí un poco, di largas respiraciones hasta que me calmé.

Un oscuro recuerdo llegó sin que lo quisiera. No había pensado en eso desde que era chica. Con una mueca, cerré los puños y apreté los ojos, mientras luchaba con el miedo de que este recuerdo se hubiera metido en mí de cuando era niña.

Pero era adulta ahora, no una niña. Pero estaba sola en la casa. El sonido de afuera, si lo escuché de verdad, probablemente era un ruido nocturno habitual. Al estar sola, cualquier sonido parecía como si algo quisiera entrar. Aun así, no podía echarme estando tan asustada, sin saber con certeza.

Un vampiro no podría entrar a una casa a menos que lo inviten, recordé. Pero lo he *habían* invitado once años antes. ¿La invitación seguía en pie?

No había oído nada desde el sonido inicial que me despertó. Mi dormitorio tenía dos ventanas. Una miraba al sur, la otra al este. Había visto la sombra en la ventana este, donde la luz del poste iluminaba todo lo que se movía.

Me acerqué a la ventana, mirando con miedo, esperando que quien quiera que hubiera estado ahí se hubiera ido. Mi papá había puestas esas ventanas hacía cinco años, y se deslizaban para abrirse sin hacer ruido. Miré a mi alrededor, no vi nada en el techo del pórtico. Abrí la ventana y agucé el oído. Logrando controlar mi temor, escudriñé el jardín lo mejor que pude. El antepecho de la ventana estaba prácticamente al ras del techo. El frío me tomó por sorpresa y tomé mi camisón mientras miraba tan lejos como podía hacia los altos árboles de grandes hojas en el jardín, y luego al otro lado de la calle, a la casa de la señora Bench. Su casa estaba a oscuras. Las hojas de sus grandes arces se habían vuelto doradas amarillentas y se agitaban en la suave brisa. Podía sentir el vago olor de su pila de hojas quemadas. Todos los demás sonidos nocturnos, como grillos y búhos, estaban extrañamente en silencio.

Algo pasó zumbando frente a la ventana abierta, y me sobresaltó. Gritando, retrocedí.

Alguien me tomó por los brazos. —No te asustes—, dijo la voz conocida. —Estoy aquí.

Levanté la vista a la cara de Nicolas, me tenía tomada de cerca.

Cuando me recuperé, pregunté:

—¿Cómo llegaste? No escuché tu auto.

—No necesito auto si quiero llegar a algún lugar muy rápido.

—¿Volaste, como Leif?—, logré articular, sentía que las rodillas me fallarían en cualquier momento.

—Sí—, dijo. —¿Dónde está el intruso?.

—No sé. No ha habido ruidos desde hace un rato.

—¿Intentó entrar por la puerta?.

—No, pero estaba aquí. Sé que vi su sombra en la ventana—. Señalé la ventana a través de la cual había venido. Simplemente con decirlo se renovaron mis temores.

—¿Estás segura?—. Nicolas tomó mis manos en las suyas. Estaban más calientes que las mías, extrañamente. Besó las yemas de mis dedos. Lo miré, me sentía definitivamente menos asustada. Por supuesto. Su magnetismo me sostuvo.

—Sí—. Asentí, las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

—No temas, mi niña, aquí estoy—, Nicolas me tranquilizó, me dio un cálido y reconfortante abrazo. —Daré una mirada alrededor—, dijo, alejándome de este íntimo abrazo. —Estarás a salvo adentro—. Notó el estado de mi ropa, se sacó el abrigo y lo ciñó alrededor de mis hombros. Me hizo sentar en mi silla de leer, al lado de mi cama.

Murmuré un agradecimiento, y lo vi salir zumbando por la ventana. Levanté los pies, me abracé las rodillas, tratando de entrar en calor con su abrigo, pero de todas maneras temblé. Tenía que recuperar mi bata, me cubriría mejor, pensé. Pero olí el increíble aroma de su abrigo, y no pude desprenderme de él y más bien lo jalé hacia mis pulmones. ¿Era raro que me calmara así?

En pocos momentos, Nicolas regresó, olía al fresco de afuera. —No vi nada fuera de lo ordinario. Pero algo ha estado acá—, dijo. —Capté su olor.

—¿Vampiro?.

—Sí.

—¿No entró?.

—No. Y si hubiera sido invitado, no hubiera necesitado entrar a la fuerza, como me dijiste—. Su sonrisa era seca. —Ahora estás sola. Me aseguré de eso.

Sola. Con él. En mi habitación, y yo solamente tenía mi pijama puesta. Vaya, ¿podía esto ser más melodramático?

Sin preámbulo, me levantó y me llevó sin esfuerzo a la cama. Nicolas no era el vampiro de mis sueños; lo supe desde la noche en que lo conocí. Tenía la esperanza de que *fuera*. Era apuesto, del tipo de John Stamos.

Cuando Nicolas me posó sobre mis arrugadas sábanas y mantas, su abrigo se deslizó por mis hombros. Lo tomó y lo colocó cuidadosamente en mi silla. Tenía puesta la camisa celeste, y recién ahora me di cuenta de que no tenía corbata. Los dos botones de arriba de su camisa estaban abiertos, como si hubiera estado relajándose cuando lo llamé. Pero noté algo oscuro que tenía untado en el cuello; capté una visión a la luz que entraba por mi ventana desde afuera. ¿Sangre?

Mi salvador era un vampiro que chupaba sangre, y probablemente eso era lo que estaba haciendo cuando lo llamé. Reprimí mi deseo para llevar eso a mi atención. Por lo general, sangre en el cuello de un hombre significaba que se había cortado al afeitarse. De otro lado, un vampiro con sangre en el cuello tenía un significado completamente diferente.

—Lamento estar hecha una peste—, me disculpé, y deslicé mis helados pies debajo de las mantas, me llevé las rodillas al pecho, y las abracé.

—No eres una peste—, dijo con una risita. Se acomodó en el borde de la cama, mi lado. Tomó las mantas, las subió hasta mi cuello. Temblé al mirarlo, dejé salir pequeños jadeos nerviosos. No pasaba por alto los matices eróticos de tenerlo en mi habitación. me pregunté qué pasaría, pues lo había invitado —y no se iba.

—Estás helada—, dijo, con la cara parcialmente en la sombra, la otra mitad brillaba en la oscuridad a la luz inclinada que entraba por la ventana. Su pálida piel destacaba contra su pelo, ojos y cejas, todo negro.

Me incliné para encender la luz. Me detuvo con su voz. —No. Déjala apagada... por ahora.

Retiré mi mano, la puse encima de las mantas y lo miré.

—Eres una tentación para mí, Sabrina—. Su voz era baja, vibraba en mis oídos casi como lo haría un cello. Calmada, tranquila, y aun así con la promesa de algo maravillosamente emocionante, y algo retorcido escondido debajo de la belleza de esta criatura de otro mundo, aquí en mi habitación. Apenas podía creer que esto me estaba ocurriendo. Pero así era. O era extremadamente afortunada o era extremadamente estúpida. De una u otra manera, tendría una experiencia que no olvidaría pronto.

Sus helados dedos recorrieron mi ceja, alejaron de mis mejillas mechones de cabello. Esos mismos dedos se deslizaron por mi mejilla al costado de mi cuello, e hicieron una pausa en el pulso de la yugular. Cerré los ojos. ¿Estaba usando su seducción de vampiro?

Soltó el aliento.

Abrí los ojos y lo encontré estudiándome en la oscuridad, sus manos se deslizaban por el borde mi bata a los lazos del cuello. Los desató, y dejó el material al descubierto, con mi cuello y la parte superior de mi cuello abiertos para él. Me quedé sin aliento.

—¿Vas a besarme?.

—Sí—. Se inclinó hacia mí. —No te muevas—, susurró. Su aliento se deslizó por mi piel mientras su cabeza se inclinó hacia abajo, y de alguna manera no solamente me quedé quieta, sino que contuve el aliento.

La cara pasó sobre mí... pelo largo, ondulado caía... Vi su cara, en

contraste con su pelo cuando me mordió en el brazo...Pensé que era el hombre más elegante que había visto.

Emití un jadeo cuando los recuerdos trajeron cosas que no recordaba mientras los labios de Nicolas me besaban el pecho, apuntando a un lado de mi cuello. El pulso se me aceleró. Mis labios dejaron salir un gemido. Repentinamente, deseé sus labios rojos en los míos. Quería sentirlos. Quería sentir sus dientes horadar mi piel. Sabía lo que me haría. Lo sabía porque había ocurrido antes. Hace mucho, mucho tiempo. Pero era muy chica para saber por qué me había sentido como me había sentido, y no pude hacer nada —en ese momento.

Estaba cerca. Sabía que solamente necesitaba su mordida y flotaría en un éxtasis prohibido que nunca podría alcanzar con un humano. Lo quería. Estaba *tan* cerca, y a la vez tan esquivo, como tratar de tocar el ala de una mariposa, solamente para que se desintegrara antes de poder tomarla.

Con el deseo a flor de piel hasta que no lo pude soportar, deslicé una mano fuera de las mantas, lo tomé por la camisa y lo *jalé* hacia mí. Mi invitación era la respuesta que estaba esperando. Sus labios cubrieron los míos de una manera exigente, me presionaron de vuelta a las almohadas. Tembló sobre mí cuando sus labios se sujetaron a los míos ansiosos. Sus colmillos crecieron al tocar mis labios, fríos y duros. Una oleada de deseo me recorrió.

Gemí dentro de su boca de vampiro antes de que su lengua llenara la mía, y entró y salió rápidamente; obviamente, el ritmo me transmitió lo que podría pasar si seguíamos con esto. Deslicé los dedos por su clavícula, blanca como el mármol, luego se deslizaron por su nuca, sentí el vello de su cuello. Iba a explotar si algo no ocurría pronto. Como si leyera mis pensamientos, sus manos se deslizaron por debajo de las mantas, recorrieron mi muslo, sus uñas me arañaban la piel, me dio escalofríos. Luego, su mano se deslizó entre mis piernas, y rozaron mi pubis, me presionó ahí, lo que me hizo temblar.

Me arqueé hacia su contacto, indecentemente. Sabiendo que sus dedos se deslizarían entre mi ropa interior y mi piel y me tocaría y acariciaría en lugares que apenas había tocado antes. Se agachó en la cama a mi lado, atrajo mis piernas hasta que tuvo una de sus piernas entra las mías, controlándome, sus labios seguían reclamando los míos. Una sensación de hambrienta urgencia me excitó cuando sus labios bajaron por mi garganta, los colmillos blancos y afilados rasguñaron mi piel. Sus labios, luego su lengua me recorrieron ardientemente, luego el cuello. Su dedo se deslizó dentro de mí, yo temblé incontrolablemente.

Gemí con la exquisita sensación de sus dedos acariciándome hacia adentro y hacia afuera.

Con un repentino gruñido, dejó de besarme y de tocarme y de inclinarse sobre mí. En un momento estaba conmigo, al siguiente estaba al otro lado de la habitación. Su repentina ausencia me llenó de pánico.

—¿Nicolas?.

—¡No!—

Sacudida abrupta y groseramente por la euforia que era casi mía, me incorporé sobre los codos para mirarlo asombrada. ¿Qué había pasado? ¿Por qué se detuvo?

—Te ruego que me perdones, Sabrina—, dijo, su voz había perdido parte de su suavidad anterior. Más dura. Áspera. Se notaba que estaba terriblemente fastidiado.

—¿Por qué?—, dije. —Estábamos disfrutando—.

—¡NO!—, rugió, interrumpiéndome. Salté. Sus ojos estaban rojos, y en los siguientes segundos, pasaron a su negrura habitual.

—No—, su voz se volvió más suave cuando recuperó el control. —No. No he pedido permiso para hacerte mía—. Murmuró una sarta de palabras que sabía que estaban en su idioma cuando miró el techo. Lanzó su oscura mirada de vuelta a mí. —Te deseo, *dulceaţă*. Pero no puedo ignorar nuestras leyes.

Me mordí el labio superior, lo miré, lo vi recomponiéndose. Casi me había mordido. Yo también lo había querido, y ahora luché contra lo último de su seducción. Era confuso. ¿Todo era sobre él? ¿No lo había querido yo también? Entonces me di cuenta de que la parte interior del brazo me quemaba. Rápidamente, saqué mi brazo para examinarlo, pero no podía ver en la oscuridad. Lo cubrí con la otra mano. Lo sentí caliente al tacto, hasta quemaba.

—Está cerca—, susurró Nicolas ásperamente. Sus labios estaban carmesí contra los blancos colmillos, que lentamente retrocedieron. —Su marca está en ti, encontrará la manera de llamarte, pronto.

—Pero estuvo aquí—, dije, el temor enlazaba mis palabras.

Con el deseo ardiendo en los ojos, dijo:

—Detesto ser quien te informe, pero Tremayne captó tu aroma en mí y está más que terriblemente interesado en conocerte. Tienes más de qué estar preocupada, no solamente del que estuvo en tu ventana esta noche.

Petrificada de espanto por lo que acababa de revelarme, me apoyé en las almohadas, temblando.

—Debo irme, ahora que estás segura en tu casa—, se burló, luego tomó su abrigo de la silla y se lo puso.

—Gracias por venir en mi rescate—. No quería que se fuera, pero no se me ocurría nada para que se quedara. Sabía a dónde iba a llevar. *¿Estoy demente?*

—¿Puedo ofrecerte mis más profundas disculpas por mi conducta

inadecuada?—, dijo a borbotones. Se abotonó el abrigo, asintió hacia mí. —Adieu, Sabrina. Cierra bien tu ventana, a menos que quieras atraer a *tu* amo.

Congelada con pavor y asombro, me apoyé en las almohadas, temblando. No de frío, sino por lo que sabía que casi ocurre y a dónde hubiera llevado.

CAPÍTULO OCHO

Todo lo que me había ocurrido en las 48 horas anteriores, y todas las preocupaciones que me asaltaron, se precipitaron sobre mí cuando abrí los ojos a la mañana siguiente. Caminé pesadamente al baño y me ocupé de mis necesidades inmediatas. Me até una suave bata de felpa, bajé las escaleras a tropezones, preguntándome irritada por qué no había pasado mi habitación a la planta baja para no tener que subir estas escaleras todas las noches, para casi caer por las escaleras por la mañana.

Podía llevar todos los muebles de mi habitación a la antigua oficina de mi padre; era suficientemente grande. Yo no necesitaba la oficina, a fin de cuentas. Lo había estado pensando un tiempo; un mes después de la muerte de mi padre. Ahora se había convertido en una idea agobiante. Había un baño completo en la planta baja, había sido el baño original cuando nos mudamos. Luego agregamos el de arriba. Pensé que, si le invitaba a Randy una rica cena, y tal vez a algunos amigos suyos (tal vez Mark, hermano de Jeanie, podría venir también si ofrecía su cerveza favorita), probablemente podría hacer que llevaran todos los muebles de mi habitación en un día, y que las cosas estuvieran como yo quería sin mucho problema. Tal vez con mi cheque podía comprar una bonita alfombra nueva, pintar las paredes y colgar nuevas cortinas. Hacer que fuera mi habitación.

Arrastré los pies a la cocina, fui directo a la cafetera. Mientras el café se hacía, pegué la cabeza al refrigerador e hice muecas. Una tostada era mi única elección para el desayuno.

Mientras mordisqueaba un trozo de tostada con mantequilla y canela, eché un vistazo por la ventana hacia el nuevo día, y vi lo que parecía una boina negra en la cabeza rubia que se sentaba en el columpio del pórtico.

Asustada, casi me atoré con el trozo de tostada que tenía en la boca. Miré hacia la entrada, vi un auto rojo cereza. Un vástago. El auto de Toby. Y si no me equivocaba, lo que estaba viendo era la parte de atrás de la cabeza de Toby. Oí su voz hablando tan suavemente como si hablara con un niño, o—más probablemente— a uno de los gatos del granero.

Con el aroma del café reavivándome, fui hacia la puerta, la saqué el cerrojo y la abrí. Con los brazos alrededor de mi cuerpo para mantener el calor, salí. Sentía el sol calentito en mis pies con pantuflas cuando me fui al borde del pórtico.

Toby me miró desde el columpio. Tenía dos gatos en su regazo. Uno era la gata madre tricolor, el otro era uno de sus gatitos, negro con marcas anaranjadas.

pecho blanco y dos patas blancas. Lo había llamado Halloween por obvias razones.

—¿Toby? No sabía que estabas aquí—, dije.

—Hola—, dijo. —Nicolas me pidió que te trajera esto—. Me entregó una bolsa de plástico.

Le tomé y miré adentro. Encontré el cargador del teléfono, todavía en su caja.

—¡Oh! Gracias—. Me agaché para acariciar a la gata mamá que estaba en su regazo. —Acabo de levantarme—, dije con un bostezo. —¿Quieres entrar y tomar café?.

—Suena bien—. Tomó a la gata, que se había enroscado en su regazo, y la posó delicadamente en el suelo. Halloween saltó de la banca y empezó a estirarse.

—¿Hace cuánto estás acá?—, le pregunté cuando se levantó.

—No sé. Tal vez eran las 6:30 cuando me estacioné—, dijo, y me siguió adentro. Cerré la puerta.

—Dios, debes tener hambre.

—En realidad, no. Comí algo en el camino. Estoy bien—. Se paró dentro de la cocina y olió. —Pero el café huele bien.

—Avellana. Mi favorito—, le dije, y saqué dos tazas de un árbol de tazas. —Tengo crema y azúcar, si quieres.

—Azúcar nomás—, dijo, mientras sus ojos recorrían mis formas brevemente.

—Bien—, dije, y me miré. —No esperaba compañía.

—Si te molesta, puedo salir y esperar hasta que estés presentable.

—Solamente si a ti te incomoda—, le dije. No sabía cómo decirle que me sentía más como una hermana suya.

—En lo más mínimo—, replicó. Me miró directo a los ojos, ya no a mis formas. Supongo que no era su tipo.

—Bueno, supongo que estamos bien, entonces—. Me volteé y miré el café. Seguía goteando en la jarra, así que me volví a voltear, me incliné sobre la encimera y crucé los brazos sobre mí. Bueno, cohibida. Seguía siendo un hombre, después de todo. Me esforcé en proteger a Toby, recordé todas sus emociones que me habían llegado la mañana anterior. Todavía no me había puesto los guantes —no los necesitaba en mi casa. Pero ahora lo estaba evaluando.

—¿Nicolas te contó lo que ocurrió anoche?—, pregunté, vi que el café estaba hecho.

—No. Me dijo que te trajera el cargador.

—Bueno, Nicolas me trajo a casa anoche—. Me volteé y vertí café. Pusimos el azúcar en nuestras tazas por turnos.

—Se fue, me metí en mi cama. Más tarde, un ruido me despertó. Había alguien afuera—. Agregué crema a mi café con la mano temblorosa, y revolví. Me acerqué a la mesa y me senté sin poder creer lo que realmente pasó la noche anterior.

—¿De verdad?—. Se inclinó sobre la encimera, su mirada recorrió la cocina. Me di cuenta de que no se había afeitado, su barba incipiente le daba un aire andrógino. Parecía un poco más alto que el día anterior, pero tal vez eran solamente ideas mías. También tenía ojeras, en su cara blanca como la leche. Tampoco las noté la noche anterior.

—Usé el discado rápido de mi celular, y llegó en cinco minutos—, Me levanté, pero por la expresión distraída en la cara de Toby, me preguntaba por qué le constaba esto, como si fuera mi amigo. Me pasó por la mente que no era mi amigo, y que tal vez todo lo que le decía lo hacía odiarme en silencio porque Nicolas había ido a mi casa la noche anterior; lo miré. Recordé la sangre en el cuello de Nicolas. ¿Quién lo había mordido antes de que llegara a mi casa? ¿Toby? Esos oscuros círculos me indicaban que había perdido algo de sangre.

Entonces, me cuestioné por qué Nicolas había enviado a Toby con el cargador, cuando otra persona me lo hubiera podido llevar después. Mi suspicacia estaba en alerta. Había tomado la bolsa con la caja del cargador, había sentido que *algo* salía de Toby. Un pequeño *algo*. Pero era importante. Se dispararon las alarmas.

—Sí, puede moverse muy rápido cuando quiere—. Sorbió otro poco de café. —Este café está muy bueno.

—Gracias—, dije, y crucé las piernas. Un escalofrío me recorrió. Estaba aquí con un objetivo, eso lo *sabía*. ¿Qué quería?

Tal vez quería saber qué tan bueno era mi toque de clarividente. Estaba con el alma en vilo. Era raro que alguien estuviera interesado en mis habilidades, en lugar de asustarse.

Sorbí café pensativamente por un momento, considerando a dónde llevaría la visita de Toby. Quería saber qué tramaba. Por qué había ido a mi casa. Podía simplemente esperar a que se fuera y tocar su taza para tener una visión. Podría o no decirme qué tramaba. Pero lo dejé hablar y ver si algo se le escapaba.

Miré el reloj y recordé a Jeanie. Ya estaría en el trabajo. —Discúlpame, necesito hacer una llamada.

—Claro—, dijo. Salí de la habitación.

El teléfono de la oficina tomaba los mensajes. La luz no parpadeaba. Eso me desconcertó. Jeanie ya me hubiera llamado para ese momento.

Esto me iba a tener intranquila hasta que pudiera hablar con ella. Marqué el teléfono de su trabajo, con la esperanza de saber al menos que estaba bien. Una mujer de voz ligeramente ronca contestó. No reconocí la voz, ni su nombre cuando lo dijo.

—Hola, soy Sabrina Strong; ¿podría hablar con Jeanie, por favor?.

—Me temo que no está—. El estómago se me cayó al piso. —¿Cómo que no está? ¿Quién es?.

—Es Laura Hill—, dijo, y se me vino la imagen de una mujer de mediana edad canosa y con anteojos. —Eres su amiga, ¿no es cierto?.

—Sí. ¿Qué ocurre? ¿Por qué no ha ido?—. Pregunté con la mano en el estómago porque me dolía de la preocupación. Mi mente reprodujo esas visiones de la noche anterior. Había visto a Jeanie en el estacionamiento de la tienda de comestibles. Algo la hizo voltearse, y dejó caer su teléfono —de esa parte estaba segura. El resto era borroso.

—En realidad, no sabemos. La hemos llamado y dejado un mensaje. No ha contestado—, dijo con un tono impreciso.

Una sensación enfermiza me cayó de golpe. Las visiones de la noche anterior regresaron más claras que nunca. Las rodillas se me doblaron, y por poco alcancé a sentarme en la gran silla de roble de mi papá. La silla rechinó muy fuerte cuando me arrojé.

—Llamamos a la casa de sus padres, para estar seguros de que no pasaba nada —como un accidente. Su madre dijo que no había llegado a casa—, dijo la mujer.

—Oh—, dije, y me aferré al auricular como si estuviera vivo y estuviera tratando de soltarse de mi mano. Temblaba. —Ya veo—, logré carraspear.

—Como dije, no hemos sabido nada desde que llamamos.

—Bien—, dije con un hilito de voz. —Gracias —eh —, Laura.

—De nada, linda.

Colgué el auricular y me tomé la cabeza. Mis emociones afloraron y se me hizo difícil dejarla a un lado.

—¿Qué pasa?—, preguntó Toby tranquilamente. Sorprendida, levanté la vista y lo encontré hundido en la amplia entrada de mi sala de estar, con una pierna enganchada sobre la otra, mientras sorbía su café. Parecía algo preocupado, pero no mucho.

—Mi amiga no ha ido a trabajar hoy, nunca llegó a su casa—. Entrecerró los ojos, y una esquina de su boca se dobló en una mueca, sus dientes brillaron, y eso fue todo. No lo entendí.

—¿Te refieres a que está perdida?—. Su voz no reflejaba genuina preocupación. Era una pregunta solamente. Tal vez como otros, asumió que

Jeanie había salido con alguien y se quedaron a pasar la noche juntos. Jeanie no estaba saliendo con nadie, y ella no pasaba la noche afuera. No era así. Lo de la noche anterior era otra cosa. Algo le había pasado en el estacionamiento. Ahora estaba segura de eso.

—No sé exactamente—. No iba a volver a discutir mis visiones de la noche anterior, no con él, ni siquiera para mí. Me habían golpeado cuando hablé con Laura, un momento antes. No me gusto que se vieran tan claras, después de los hechos. No me sentó bien.

Un pensamiento súbito me golpeó. Por supuesto. La seducción del vampiro contuvo mis visiones, la noche anterior. Además, cada vez que tenía una visión, Nicolas la interrumpía. Me salió un jadeo, y logré tragar la burbuja de horror que me atravesó. *Pude haberla salvado.*

—Lo lamento—, dijo Toby con su suave voz. No confiaba en él. Su intento sintético de parecer preocupado se echó a perder. No era mi amigo. Se dispararon las campanadas de alerta. Lamentablemente, a lo largo de mi vida había aprendido a no confiar en las personas.

—No sé qué ——, se me apagó la voz. La visión se apoderó y, como siempre, me consumió. Con los ojos desenfocados, me incliné hacia adelante. *El auto. Por supuesto. Todavía estaría ahí.*

—¿Sabrina? ¿Estás bien?—. La voz de Toby llegó de algún lugar más cerca de mí —en realidad, justo frente a mí. Mi visión se aclaró y miré la cara de Toby; se estaba arrodillando delante de mí. Tenía ojos azul oscuro, pero parecían inyectados en sangre. También noté que se había pintado las raíces del pelo. Debió haberlo hecho el día anterior. Perdí la noción del tiempo —un minuto, tal vez dos. Qué fácil se había acercado a mí mientras estuve ausente. Hubiera podido hacerme cualquier cosa mientras tuve mi mini visión. Pudo haber rebuscado entre mis cosas personales —algo así.

—¿Qué?—, dije. Mi cerebro y mi visión seguían revueltos.

—Jeanie. ¿No puedes tratar de encontrarla con tus habilidades de clarividente?.

Me detuve y sostuve el aliento. Una ola de algo oscuro emanó de él y tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerlo. Estaba muy cerca de mí. Sus ojeras hacían que pareciera un poco psicótico.

Me paré abruptamente, me apoyé en la silla y el escritorio. Él también se levantó, mirándome. —Ah, gracias por traerme el cargador del celular, Toby. Fuiste muy amable—. Entré rígidamente al comedor, esforzándome por parecer casual cuando puse la mesa entre él y yo, para poner tanta distancia entre nosotros como fuera posible. —Hay algo que tengo que hacer, si no te importa, tengo que ir a vestirme.

—¿Estás segura de que no quieres que me quede un rato?.

—No. Tengo muchas cosas que hacer hoy, así que....

Veinte minutos después, conducía hacia el sur en Sunbank Road hacia Moonlight. Toby se fue de mi casa —me di cuenta de repente— y yo cerré la puerta antes de ir a vestirme. No sé qué tramaba Toby, pero era algo significativo. Como si hubiera tramado algo, o era parte de algo, y de alguna manera yo me interponía en que todo funcionara para él.

Temí que, si tenía toda la visión frente a él, hubiera estado fuera de juego y me hubiera quedado muy vulnerable. Ya en esos pocos momentos en que estuve ausente, él había visto lo que quería ver —y de alguna manera, yo también.

Después de que se fue, traté de encontrar la taza que había usado. No me sorprendió no encontrarla. Era astuto para temer mis habilidades. Deseaba que no hubiera sido tan cuidadoso, pero que se llevara su taza me dijo que debía tener cuidado adicional cuando estuviera cerca de él.

Al pasar The Saloon, llegué a una señal de alto en la intersección de la Ruta 30. A juzgar por los autos en el estacionamiento de Moonlight's Market, los negocios estaban como siempre. Mi corazón me latió con furia dentro del pecho cuando giré en el estacionamiento y traté de ubicar el Malibu plateado de Jeanie.

Cuando vi un auto plateado estacionado a mitad de camino de regreso, sola, el corazón me empezó a latir profundamente con terror. Me dirigí al fondo del estacionamiento. Estaba segura de que era su auto; sus licencias eran personalizadas, decían CUTE 1.

Mi indecisión me irritó cuando me detuve al lado del auto de Jeanie. Quería sentir alivio por haberlo encontrado, pero no podía. Había tenido varias visiones la noche anterior. Recordaba que había sangre en algunas. No sabía sangre de quién. Mía, pensé en ese momento. Pero ahora no estaba tan segura cuando di una vuelta, y miré el maletero. Algo oscuro lo había golpeado. Parecía una letra V. No sabía qué era eso.

La visión que tuve en la noche en las Torres Tremayne se repetía ahora en claro contraste con el aire de normalidad que me rodeaba.

El celular cayó de su mano cuando Jeanie se volteó, sobresaltada...

Tuve que descansar la cabeza en el apoyo para la cabeza, ver esto me había derribado. Me enfermó saber que *había* visto esto en mis visiones la noche anterior, y lo había ignorado.

No. No lo había ignorado. Hice lo único que había podido hacer. La llamé. Me dio ocupado, lo que significaba que estaba hablando por teléfono y que todo estaba bien. Después, por supuesto, me contestó el correo de voz y le había dejado un mensaje. Entre esas llamadas, algo la había ocurrido a Jeanie. ¿Estaba viendo algo del futuro? ¿O ya había ocurrido?

Algo vibró contra mi cadera. Asombrada, miré hacia abajo —mi celular estaba vibrando. Lo saqué y vi el número —el de la madre de Jeanie. Eso me asombró hasta que recordé que había intentado comunicarme con la señora Woodbine algunas veces mientras conducía y la línea había sonado ocupada. Debió haber visto mi número en la lista de llamadas perdidas. Supe de inmediato que esperaba que Jeanie estuviera bien y conmigo. Deseé firmemente que hubiera sido así.

—Hola, ¿señora Woodbine?—, dije, temblorosa.

—¿Sabrina? ¿Tienes celular nuevo? ¿Está Jeanie contigo?—, la mujer me chapurreó en el oído, sin aliento.

—No, señora Woodbine—. Tuve que tragar un bulto en mi garganta. Ahora sabía cómo se sentía ser portador de malas noticias. Aunque en realidad no sabía qué había pasado con Jeanie, sabía que no era bueno. —También he estado tratando de localizarla, pero sé dónde está su auto.

—¿Dónde?.

—En el estacionamiento del supermercado.

—Quédate ahí, ya voy—, me contestó, y colgó.

Salí de mi Jeep, me acerqué al Malibu y miré adentro. Vi el bolso y el celular de Jeanie en el asiento delantero. Era curioso. Regresé a mi Jeep y me senté con la puerta abierta, esperando. Cerca de diez minutos después, un Explorer rojo y dorado dio vuelta por la esquina, y entró volando al estacionamiento. El polvo del camino de grava por el que pasó formó una nube gris amarillenta. Ni había estacionado bien cuando se lanzó por la puerta abierta. Esperé que el polvo se disipara antes de ir a su encuentro.

Con jeans desteñidos que mostraban la forma de sus delgadas piernas y un abrigo, la grácil mujer se me acercó. No había visto a la señora Woodbine desde el funeral de mi padre. Entonces, estaba con los ojos llorosos. Pero ahora estaba muy diferente. Desconsolada más que con ojos llorosos, pasó corriendo por mi lado y se paró delante del auto de Jeanie. Lo miró como si esperara que lanzara a su hija de algún lugar misterioso, como un gastado acto de magia.

—¿Cómo supiste que estaba acá?—, me preguntó, cuando se volteó para mirarme. Pendientes turquesas y plateados atraparon la luz del sol, igual que su reloj a juego.

Apreté los labios. Si la señora Woodbine no sabía qué podía hacer después de tantos años, ciertamente no iba a ayudarla esta vez.

—Oh—, dijo suavemente, cuando se dio cuenta. —Ya. ¿Acabas de llegar?.

—Hace un rato, antes de que me llamara—, dije.

—Llamé a la policía—, me informó, mirando alrededor como si esperara que aparecieran por el camino en ese momento. —¡Dijeron que no se le puede

considerar como persona perdida antes de 24 horas!—. La frustración llenó su voz mientras subía los brazos y los dejó caer con un fuerte golpe a sus costados. —¿Lo puedes *creer*?—. Lanzó un breve gimoteo, sacudió la cabeza como so tratara de no seguir y luego dejó escapar un torrente exasperado. —Escuché que encontraron un cuerpo en una zanja cerca de Fairfield Farm—. Su boca tembló y lágrimas contenidas inundaron sus ojos. *Mierda.* Miré para otro lado. No me podía desmoronar ahora.

—No es Jeanie—, dije tan calmadamente como pude. Encontraron ese cuerpo ayer.

—¿Qué?.

—Que no es Jeanie, señora Woodbine. Créame—. Estaba segura de que Jeanie seguía viva, pero no sabía dónde estaba, y eso me frustraba muchísimo.

—Oh, eso lo sé. ¿Trataste de abrir la puerta?—, preguntó, con su voz otra vez normal.

—No. No me pareció——. Avanzó y abrió la puerta delantera del Malibu.

—¿No está cerrada? ¡Y su bolso está ahí!—. Parecía escandalizada, se volteó para darme una mirada de completo asombro; con los ojos abiertos y la boca inestable.

—Voy a intentar una lectura—, le dije, acercándome al auto. —No toque el bolso.

Me miró con cara de terror y asombro.

Con una pausa, me pregunté si era lo correcto. ¿Y si apenas tenía una visión de Jeanie saliendo del auto? Me había convencido de haber visto algo. Si no era así, intentaría con su teléfono.

—Puedo desmayarme—, le informé. —¿Podría prepararse para atraparme?.

—Oh... claro—. La señora Woodbine metió su celular en el bolsillo. —¿Dónde me pongo?.

—Párese detrás de mí, lista para atraparme—, le respondí.

—Bien. Esto es pura confianza. Tú caes y yo te atrapo—. Se puso en posición. Me di cuenta de que en realidad no esperaba que yo *viera* algo. Estaba contenta por eso, porque sin importar lo que viera, sabía que los involucrados no eran humanos. De eso estaba muy segura.

Me saqué el guante, hice una pausa y tomé el asa del bolso azul. Esperaba tener una lectura solamente de Jeanie —lo último que vio o sintió.

Cerrando los ojos, deslicé mis dedos por debajo del asa y sentí su peso en la mano —pesado, como cualquier bolso de mujer. Todo estaba intacto. No faltaba nada. Eso era fácil. La visión que esperaba tomó unos segundos. Llegó como una pequeña ola.

La oscuridad rodeaba las luces del estacionamiento, por encima. El cartel

de Moonlight's Market brillaba con letras rojas contra el ladrillo. La tienda estaba abierta, pero no muy llena.

—Noche—, dije, aún de pie, pero sintiendo un temblor.

Sonidos de pisadas desde atrás hicieron que Jeanie volteara. —¿Quién está ahí? Oh, ¡mierda!— En un instante ocurrió todo; hubo una riña...

—Hay alguien aquí—, dije. —En el estacionamiento con ella. Jeanie volteó hacia él.

Había alguien, pero no era quien la había agarrado. Alguien se paró delante de ella. Su cara brillaba fantasmalmente blanca—

—¡Puedo ver sus rasgos!—, dije, frustrada. —Está todo borroso. Pelo negro...—. *enroscado alrededor de la cara banca, caía en onda hasta los hombros. Parecía que alguien hubiera puesto una peluca a un maniquí sin rasgos.*

Jadeando, aguanté, trataba de leer antes de que todo se volviera negro.

Su boca, bordeada con terribles colmillos, se acercaban más y más. Un dolor punzante en el cuello llegó agudo e inesperado, y no pude evitar que me traspasara. No, el vampiro no la mordió por delante, me di cuenta de que fue por detrás.

La boca del vampiro soltó a Jeanie. El —o la— que estaba delante hundió dos dedos afilados en la sangre de su garganta. Luego se volteó e hizo la marca en el maletero de su auto.

El olor acre del amoniaco me hizo volver. No sé cuánto tiempo estuve desconectada, pero me encontré tendida de espaldas, mirando el cielo azul hasta que la cara de la señora Woodbine fue visible.

—¿Estás bien?—. La voz de la señora Woodbine me sacó de la oscuridad.

—Vaya—, dijo, la cabeza me daba vueltas. Me dio otra dosis de sales y retiré su mano. —¿De dónde sacó esa cosa apestosa?.

—Lo usamos en el hospital. Siempre lo cargo—. Se lo puso en la nariz. Apenas parpadeó, sus ojos se humedecieron apenas. —Funciona como un hechizo.

—¿Dije algo?.

—Algunas cosas, sobre todo, gritaste.

—¿De verdad?—. Sentí un poco de frío al levantarme.

—¿Qué viste?—, preguntó ansiosamente.

Sabiendo bien que no podría decirle la verdad a la señora Woodbine, pero sin poder pensar nada mejor que decirle, le mentí:

—No pude captar bien.

CAPÍTULO NUEVE

Había estado en casa una hora, pensando en lo ocurrido esa mañana, cuando sonó mi celular y tuve que buscarlo.

—¿Hola?.

—Sabrina—, dijo Nicolas, arrastrando las erres. No lo dijo como pregunta, pues sabía que solamente podía ser yo quien contestara este teléfono.

—¿Nicolas?—. El alivio me inundó al oír su voz. Era la mitad de la tarde. ¿En qué estaba?

—¿Estás bien? Acabo de levantarme, y recién me entero de la desaparición de tu amiga Jeanie. Toby me contó.

—Estoy——. Tuve que dejar salir una exhalación exasperada primero, luego pensar en cómo me sentía. Por supuesto que estaba devastada, con el estómago revuelto. —Estoy un poco menos que bien—, dije, finalmente. Había querido llamarlo antes, pero no quise molestar su sueño. Encontré alivio de hablar con él, pero no estaba segura de qué decirle.

—Toby dijo que tuviste una visión cuando estaba ahí. ¿Era sobre Jeanie?.

—Sí, vi a la persona que la secuestró—. Desde esa mañana, había tenido tiempo de aclarar las cosas. Era el vampiro solitario. *Mi* vampiro. El que me había mordido 11 años antes, me imaginé. El cabello. Era todo lo que sabía.

—¿Lo viste?—, preguntó, y de repente pareció inseguro.

Caminaba alrededor de la mesa del comedor mientras hablaba. —¿Conoces a algún vampiro cuyo nombre empiece con V?.

Hubo una larga pausa.

—¿Nicolas? ¿Estás ahí?.

—Sabrina, debemos hablar. En un momento, voy a enviar a uno de los gemelos para que te traiga.

~*~

Estaba vestida con pantalones grises y una camiseta tejida a juego, me miraba al espejo sobre la cómoda cuando escuché un auto en la entrada —escuché el distintivo crujido de grava y un motor. Luces delanteras destellaron a través de las ventanas, hacia el comedor. Solamente me faltaba ponerme el lápiz de labios —ciruela clara. Me hacía parecer un poco mayor.

Los fuertes golpes en la puerta de tela metálica me sobresaltaron y casi arrastro el lápiz de labios hasta la nariz. Tapé el lápiz de labios y me puse mis

tacones. Tomé mi abrigo negro y fui hacia la puerta. Abrí la puerta con mi mano libre mientras deslizaba un brazo por la manga.

Encendí las luces del pórtico, para mostrar que esperaba compañía, y dejé entrar el joven y guapo vampiro. Estaba vestido con una chaqueta gris, una camiseta negra y de su cuello colgaba una cadena, que terminaba en un corazón. Parecía una estrella de rock, pensé. No usaba anteojos. Pero seguía sin estar segura.

—¿Heath o Leif?—, pregunté, entornando los ojos.

—Heath. ¿Estás lista?—, me preguntó. Me encantaba su acento.

—Sí—, mientras deslizaba el brazo por la otra manga del abrigo.

Retrocedió, sostuvo la puerta de tela metálica mientras yo jalaba la puerta cerrada. Cerré con llave y ambos bajamos corriendo los escalones de madera.

Tenía un auto precioso, por supuesto. Un Eclipse granate. Lo que mi hermano hubiera llamado un 'auto de nena'. Empezaba a ver un patrón. Todos estos vampiros tenían autos nuevos. Debían ser beneficios del trabajo.

—Lindo auto—, dije. Lancé una mirada a su rostro (evitando sus ojos). Me tranquilizaba que Heath pareciera normal de manera humana, salvo por el cutis tan blanco, por supuesto.

—Gracias—, dijo. —Viene con el trabajo.

—Eso imaginé—, contesté. —Tú y tu hermano son de Inglaterra, ¿verdad?.

Me miró. —¿El acento te dio una pista?.

Me reí. —Sí, es un acento interesante. ¿De qué parte de Inglaterra son?.

—Orgullosamente de Liverpool.

—¿De verdad?—, dije. —¿Como los Beatles?.

Me lanzó una mirada sorprendida mientras conducía a la salida de la entrada de mi casa. —¿Conoces a los Cuatro de Liverpool?.

—Claro, mi papá tenía sus discos, después pasó a los CD. ¿Así que son de la misma ciudad?.

—Misma ciudad, misma época. Es más, en ese tiempo éramos ardientes admiradores de los Beatles.

—Oh, ¡vaya! ¿Fueron a verlos?.

—¡Por supuesto!—. Apretó un botón y el sonido surgió de sus parlantes. Apareció la voz de los Beatles cantando —Ticket to Ride.

—Íbamos a los lugares a donde atraían multitudes enormes—, habló por encima de la música. —The Cavern, lugares así. Era grandioso verlos en el escenario, haciendo bromas. Antes de que se volvieran respetables—. Él rio y yo reí por lo bajo.

—Me parece genial que puedas decir que los viste en ese tiempo. Debe haber sido loco.

—Loco. Demente. Las chicas se volvían locas por ellos, se desmayaban, les lanzaban notas —y otras cosas. Los muchachos nos dejamos crecer el pelo y cantábamos 'yeah, yeah, yeah', con la esperanza de atraer a las aves.

—Bien, ¿eso significa qué?.

—¿Qué? Oh, ¿te refieres a las aves? Sí, son las chicas.

Volví a reír. Mi humor había dado un giro.

Hablamos de los Beatles un rato, mientras disfrutábamos de la música. Él recordó esos tiempos, cuando corría por todos lados con su hermano. Yo estaba asombrada y quería saber más.

—¿Te volviste vampiro por ese tiempo?—, pregunté.

—Justo ahí. Sí.

—¿Puedes recordarlo?—, pregunté con cuidado.

—Salimos con dos aves——, hizo una pausa, frunció el ceño. —No recuerdo sus nombres, pero estábamos en una casa en el campo, y fue un fin de semana salvaje de bebida, droga, rock and roll y sexo.

—Oh. ¿Como una orgía?.

Se rio entre dientes al llegar a la caseta de peaje. —Eso exactamente, ¡sí!—

—¿Y ahí ocurrió? ¿Los convirtieron?.

—Debe haber sido ahí. No tengo recuerdo de quién me mordió. Ocurre, cuando haces cosas como las que hacíamos. Tratar de ser geniales. Lo pagamos, creo—. Sonó desanimado de repente.

—Oye, lo lamento. No tenía intenciones de deprimirte.

—Oh, no. Mírame. Tengo 21 años para siempre. ¿Podría ser mejor?.

—Cierto.

—Me gustaría recordar el nombre de las avecitas. Ahora me va a perseguir.

Disfrutando la música, miré por la ventana al cielo nocturno, azul oscuro, y me di cuenta del disco plateado a medio camino en mitad del cielo.

—Nicolas me contó de tu amiga—, dijo, y aceleró para pasar un remolque.

—¿Jeanie?.

—Sí. Qué desastre—, dijo. Esto me recordó algo que quería preguntar.

—Heath, ¿conoces algún vampiro cuyo nombre empiece con V?.

—¿No será Vasyl?—, preguntó con voz algo alarmada.

—Bueno, no sé. ¿Por qué?.

—¡Es un radical libre!—

—¿Un qué?.

—Está chiflado. Loco, eso—. Se le escapó un siseo mientras sacudía la cabeza.

—¿Un vampiro que está loco?.

—Eso dije, ¿no?.

—Maravilloso, Un vampiro lunático ha secuestrado a mi amiga.

Nuestros ojos se encontraron. Los suyos eran como ojos de gato cuando las luces de los otros autos los iluminaban. Me recordó rápidamente lo que era. Me di cuenta de que era fácil olvidar que era un vampiro mientras hablábamos. Volteé la cabeza rápidamente, recordando la regla número uno.

—Nicolas sabrá qué hacer—, aseguró. No le gustó la canción que siguió:

—El día anterior—, apretó el botón, y sonó —All My Loving.

—Me preocupo nomás—, logré articular finalmente.

—¿De conocer a Tremayne?—. Se inclinó y bajó el volumen de la música.

—¿Tremayne?—, dije, asombrada. Ahora mi mente regresó a lo que Nicolas me había dicho la noche anterior (después de que casi me muerde), que Tremayne *quería* conocerme. Me encontré atrapada dentro de una telenovela surrealista, donde los vampiros querían meter en la cama a la nueva clarividente de la oficina.

—Sí, te llevo a conocerlo—, dijo Heath, sonriendo.

El estómago se me apretó con la idea de conocer al vampiro amo tan guapo, alto y rubio que había visto en ese video.

—Sí, ahora eres parte de nuestro pequeño círculo—, dijo orgullosamente. —Tremayne quiere darte la bienvenida a su redil—. Heath parecía ser parte del clero, como si fuera a unirme a su iglesia, y no a un extraño trabajo donde mis jefes eran vampiros.

—Soy clarividente—, dije. —No tengo los mismos poderes que ustedes.

—Cierto—, dijo sonriendo. —Pero tienes poderes que nosotros no tenemos. Eres muy importante para nosotros y, créeme, Tremayne te cuidará. No dejará que nada te ocurra. Si hay un hombre lobo o un vampiro solitario cerca de ti, Tremayne pondrá algo para vigilarte, durante el día *y la* noche.

—¿De verdad?.

—Sí, de verdad.

Estábamos en la ruta del peaje, no quería saber a qué velocidad íbamos, pero era *muy* rápido. Sus reflejos eran mucho más rápidos y más agudos que el de un humano, y cambiábamos de carril, nos escabullíamos entre autos a una velocidad alarmante. En algún punto, tuve que cerrar los ojos cuando maniobró el auto y nos puso delante de un remolque —que hizo sonar su bocina. Nicolas no había conducido así noche anterior. No pensé que iba a sobrevivir a esto. Pero en poco tiempo, estábamos en el centro de Chicago —y avanzábamos a una velocidad calmada, comparativamente.

Al cruzar el puente del río Chicago, miré el reflejo de las luces de los altos edificios que brillaban en su negra superficie. Las cumbres de las torres, cortaban el cielo nocturno. En dos minutos, giró y paramos en la caseta de

entrada. Heath saludó al hombre que estaba adentro, le mostró su identificación y cuando me miró, le mostré la mía. La puerta se levantó.

Entramos al garaje. Estaba poco iluminado por luces en el techo que me dieron un repentino presagio. No podía ver mucho más allá de los conos de luces. Me hablaron. Algo no estaba bien. Aunque habíamos pasado por seguridad, tuve una sensación extraña. El estómago se me tensó —como si algo estuviera a punto de pasar. Me tomó por sorpresa.

Heath se quedó en silencio, como si también sintiera algo. Tal vez también sintió ese conocimiento sobrenatural. Me miró.

—¿Qué pasa?—, preguntó.

—No-no sé. Es solamente——, sacudí la cabeza para aclararla. Un montón de cosas se me vinieron a la misma vez, y tuve que exhalar con la misma visión de la noche anterior: Sangre, un gato negro merodeaba —en este exacto mismo lugar— y tal vez también una mujer. No lo entendía.

—¿Todo bien?—, su voz me sacó de mi intensa ensoñación.

—No. En realidad, no—, dije, finalmente.

—¿Nerviosa por conocer a Tremayne?.

—Sí, supongo—, dije, riendo entre dientes y tratando de disipar su preocupación.

—Eso se puede entender. Créeme—. Se inclinó hacia mí y habló en voz baja —A veces, también me da miedo—. Sabía que estaba tratando de hacerme sentir mejor. Salimos de su auto al mismo tiempo.

Tensa, pensando en conocer a Tremayne, no estaba preparada para lo que vino a continuación.

Cuando me agaché para tomar mi bolso de dentro del auto, escuché *shhhunk*. Heath jadeó notoriamente. Me enderecé lo suficientemente rápido como para verlo sacudirse y luego caer.

Sangre. A chorros. La camisa azul se volvió morada con un diseño de estrellas.

Corrí al otro lado del auto donde se había desplomado. Una mancha oscura salía de su pecho hacia la camisa negra, un tornillo se asomaba por ahí. Me había equivocado. No era una camisa azul, era negra. Pero había sangre.

—¡Oh, Dios!—, di un alarido.

—¡Oh, mierda! ¡Maldición! ¡Oh, mierda!—. Heath escupió, sacudió las piernas, con obvio dolor —y aun así, había recibido el tornillo más como vampiro, para nada como humano, pues seguía consciente y hablando —y seguía diciendo groserías. Me paré como una tonta, incapaz de moverme o hacer algo útil (como marcar 911, porque no estaba acostumbrada a tener celular conmigo).

—¡Agáchate!—, gruñó.

Me dejé caer. Agazapada delante de su auto, miré llena de miedo al oscuro garaje, y vi el apagado brillo de otros autos frente a nosotros. Un ruido hizo cambiar mi atención. Escuché el zapato de alguien raspar el piso de cemento en algún lugar, cerca. Luego, un ruido diferente, como un pequeño pito llevó a atención a Heath, que estaba apoyado contra su auto. Con el celular en la mano, habló rápidamente:

—Manda a alguien al garaje, me han dado... sí... oh, mierda, ¡estoy herido! —. Gruñó, jadeó, luego dejó salir otra serie de groserías.

La adrenalina me hacía temblar, me envolví con mis brazos, traté de sacar la imagen de la camisa ensangrentada de Heath de mi cabeza, pero no lo logré. Me hizo recordar la mordida del lobo, la sangre en mi guante negro que resplandecía oscuro y grueso. Me dejé caer sentada, con los pies estirados delante de mí. Mi espalda estaba apoyada en el parachoques, puntitos blancos nadaban por mi visión. Opté por echarme en el cemento frío antes de desmayarme. Respiraba, me concentraba en eso y no en la sangre. Seguía tragando, trataba de no vomitar, consciente del frío piso de concreto debajo de mí. Vi un escarabajo negro que se escabullía por el piso de cemento a lo largo de la pared, hacia una sombra oscura. Quería ser él —escapar.

En pocos momentos, una ráfaga de pasos que avanzaban por el concreto llegó a mis oídos.

Las voces gritaron:

—¿Dónde están?.

—¡C-Dos!—, dijo Heath, y tosió fuertemente.

Escuché más rasguños y golpes por el cemento. Luego, algo como una gran expulsión de aire, y un estrépito de algo que caía con un breve eco. Una mujer gritó una grosería. Hubo más gritos desordenados a nuestro alrededor. Me quedé inmóvil cuando otro fuerte alarido llegó a mis oídos. Parecía más un gato callejero, dispuesto a pelear. Escuché carne golpeando carne. Más alaridos. Luego nada.

Las pisadas se acercaron.

—¡Sabrina! ¡Heath!—, llamó Nicolas. El alivio me inundó con el sonido de su voz.

—¡Aquí!—, grité, pero salió más como un sollozo. Pensé que tal vez Heath había perdido la conciencia porque no se movía ni decía nada.

—Maldición, ¡por acá!—, gritó Heath.

Me esforcé para levantarme del frío cemento, y miré sobre la capota del auto, a través de las ventanas. Nicolas y Leif corrían hacia nosotros. Me puse de pie y me arrojé emotiva a los brazos protectores de Nicolas. Enterré la cara en su pecho. Sus feromonas me calmaron casi en un instante.

—¿Hermano? ¿Así que trataste de detener un tornillo con tu cuerpo? Se ha intentado. no funciona bien, me temo—, dijo Leif.

—¡Estoy muriendo y hablas tonterías!—, renegó Heath.

—¡No seas tonto!—, replicó Leif. —Si te hubiera dado en el corazón, y estarías muerto. Ahora, estate quieto, lo voy a sacar.

—¡Va a doler!—, Heath bramó.

—Probablemente más que doler, pero tiene que salir a menos que quieras caminar así.

—Anda y hazlo rápido.

Escuché a Heath gruñir cuando imaginé a Leif tomando el tornillo en su mano y jalándolo con fuerza de vampiro. Heath gruñó de alivio. Siguieron muchos jadeos. Luego más groserías.

—¿Ves?—, dijo Nicolas. Levanté la vista y lo vi hablando en un Bluetooth. Su voz vibró en mis oídos. —Estamos en el garaje—, Nicolas habló calmadamente. —Sí, un tornillo.

—¿Lo sacaste?—, preguntó Nicolas a Leif.

—Sí, salió—, respondió Leif, y Nicolas lo repitió al celular.

—Leif, ¿cómo se llamaban las dos avecitas que nos llevaron a esa casa?—, preguntó. Heath.

—¿Qué casa? ¿Qué avecitas?.

—Esas, cuando nos convirtieron. ¿Cómo se llamaban?.

—Oh, eso. Astrid y Jane. ¿Por qué?.

—Me molestaba no poder recordar sus nombres, nada más.

—Qué estúpido—, dijo Leif. —Toma, bebe. Te ayudará hasta que llegue el Equipo Sanguíneo—. No sabía qué le ofrecía Leif a su hermano, y de verdad que no quise saber. Mi nariz captó el pesado olor metálico de la sangre, y me dio náuseas. Volteé la nariz hacia el abrigo de Nicolas e inhalé su aroma. *Ahh, mejor.*

Voces confusas y gritos ahogados me hicieron voltear. Vi a una mujer que tenía por el cuello a otra mujer de piel oscura. Ambas estaban arregladas y eran musculosas. Largas hebras de cabello negro bajaban en una gruesa cola por la espalda de la mujer negra. No podía ver la cara de la otra mujer, pero era rubia y probablemente una vampiro pues había levantado a la otra del suelo. Tres hombres con camisa blanca y placas de seguridad llegaron hasta las mujeres. Pero retrocedieron. Hablaron por radios.

—La ballesta ha vuelto—, dijo la rubia, con un tirón de la cabeza en dirección general. Los hombres con radios corrieron en la dirección que ella les indicó. —Iba a recargar.

La rubia empujó a su prisionera hacia nosotros. —¡Atrapé a nuestra asesina!—, dijo entre dientes apretados, notoriamente orgullosa. Ahí vi los

colmillos.

—Con calma, Darla—, tranquilizó Nicolas. Y cuando volví a mirar, la vampiro —a la que Nicolas había llamado Darla— había movido la cara hacia el cuello de la mujer, la nariz le temblaba como si la oliera. —Hay que llevarla viva a interrogarla—, dijo Nicolas con voz autoritaria. —Mantenla retenida hasta que la podamos detener.

Darla miró con desdén, con una mueca tan aterradora que tuve que retirar la mirada. —No te preocupes, lindura—, Darla volvió a gruñir. —Vivirás para ver llegar a mañana. Mañana en la noche ya es otra cosa—. Los ojos de la prisionera miraron por todos lados. No luchaba. Debe haber estado bajo la seducción de Darla.

—¿Sí?—, Nicolas volvió a hablar, pero no con nosotros. Otra vez estaba al teléfono.

—¿Cuál es la situación?—, preguntó una voz profunda por teléfono. Ya conocía bien esa voz. Lo conocería pronto y el estómago se me tensó ante la idea.

—A Heath le lanzaron un tornillo—, contestó Nicolas.

—¿Cómo está?—, la pregunta llegó de manera calmada, calculada, y se respondió de la misma manera.

—Vivo. Pero necesita sangre.

—¿Tienen al que lo hizo?.

—Sí, la tenemos. Está bajo control, y pronto la llevaremos un cuarto de interrogación—, aseguró Nicolas.

—Muy bien. ¿Dónde está la señorita Strong?—. Cuando dijo mi nombre, su voz vibró a través de mí, como si hubiera llegado por toda la conexión telefónica hasta mí.

—Acá, conmigo—, respondió Nicolas. —Está bien, ilesa.

—¡Excelente! Cuando hayas asegurado a la prisionera, baja. Trae a la señorita Strong.

—Por supuesto.

Cuando la conversación telefónica terminó, dos mujeres irrumpieron en el garaje, ambas con batas verde oliva y pantalones a juego, y zapatos blancos de gruesa suela. Una tenía una bolsa negra. Su largo cabello negro estaba atado en una cola. La otra era pelirroja y las dos tenían orejas puntiagudas. Duendes. Esto no me debió sorprender, pero me sorprendió.

—¿Dónde está la entrada?—, preguntó ansiosamente la del pelo negro.

—A la derecha del centro—, dijo Leif. —Le he dado un poco de mi sangre —.

—Tiene que ser humana para recuperar la que perdió—, dijo bruscamente,

y sacó una bolsa de sangre, como las que usan en los hospitales. Habló en voz baja cuando la embutió en la boca de Heath. —Le duele mucho, y solamente tengo dos—. Se volteó a su compañera. —Janet—.

—Voy——, dijo la pelirroja, y luego habló rápidamente a un micrófono en su cuello. —Necesitamos dos donantes del grupo. ¡Rápido! Mándalo al garaje, C-Dos.

—Tengo que sacarte de acá—, dijo Nicolas, y me sacó del lugar de los hechos. Salí gustosa.

Delante de nosotros, los dos hombres de seguridad que había visto antes tenían a la casi asesina de vampiros bajo control. Tenía las manos atadas atrás de su espalda, pero no luchaba. Darla caminaba detrás del grupo, con cara molesta.

Me volví hacia Nicolas. —¿Qué van a hacerle?.

—La llevan a interrogar—, dijo tranquilamente.

Llevaron a la atacante al elevador. Las puertas se cerraron.

—¿Y después?—, quise saber.

—Determinaremos si es una verdadera amenaza, si ha estado matando a los nuestros.

Llegamos a los elevadores y tuvimos que esperar que regresaran.

—¿Y qué pasará si es?.

Nicolas me miró bruscamente. Su pausa me puso ansiosa.

—La reacondicionarán—, dijo finalmente.

—¿Reacondicionarán? ¿A qué te refieres?.

No me respondió de inmediato. Volvió la mirada al lugar donde seguían trabajando en Heath.

—Su memoria será alterada.

CAPÍTULO DIEZ

Salimos del elevador a una alfombra lujosa, rojo oscuro con zigzagueantes diseños dorados y viñedos entremezclados en los bordes. Las paredes estaban cubiertas en modelos similares y colores hasta la mitad. El resto era rojo hasta el techo. Luces de teatro indirectas recorrían los lados del ancho pasillo, y emanaban las luces necesarias para mis ojos humanos.

—¿Ibas a hablarme de ese vampiro, Vasyl?—. Traté de ser firme, pero lo hice muy mal. Sobre todo, cuando los ojos de Nicolas estaban encendidos cuando volvió a mirarme.

—¿De dónde sacaste el nombre?.

—Heath. Le pregunté si conocía un vampiro cuyo nombre empezara con V.

—Luego, te lo contaré luego—, dijo apresuradamente, como si el tema fuera muy delicado —o irritante.

El elevador volvió a sonar. Las puertas se deslizaron casi sin hacer ruido, y vimos salir a Leif y Darla como si estuvieran en una pasarela. Ahora que veía a Darla completa —sin que tuviera sujeta a una mujer— vi que llevaba su corto pelo rubio con mechones y con puntas. No muchas mujeres lucían así. Los rasgos de Darla eran conmovedoramente hermosos. Y peligrosos, pues era un vampiro. Imaginaba que era probable que a los hombres no les importaría que los mordiera —donde fuera. Tenía una camiseta rosada debajo de una chaqueta de cuero negro que permitía una desinhibida vista de su escote, y una micro minifalda que combinaba, con medias de red, botas de cuero. Parecía que había salido de la portada de *Glamour Magazine*. Obviamente no tenía problema de hacer ostentación.

—Darla, ella es Sabrina—, presentó Nicolas. Recordé no extender la mano. Esta vez, era más por autopreservación que algo relacionado con etiqueta entre vampiros y humanos.

Darla se deslizó escaleras abajo como si no tuviera huesos. No me hubiera podido mover así ni asistiendo a la escuela de modelos y hubiera pagado un millón de dólares. Aunque no era hombre, encontré su belleza intoxicante, y vi sus ojos absolutamente verdes, como los de un gato. Simplemente no podía dejar de verlos. Me estaba hechizando mientras me miraba directamente a los ojos.

Mierda. Soy t-a-a-n estúpida. Mirar a los ojos de vampiro era el error fatal número uno, y si no dejaba de hacerlo, iba a servirle de cena alguna noche. Con tarjeta de donante o no.

—Sabrina—, respiré ronca. Su mirada se alejó de mí y pasó a Nicolas, y su

seducción se levantó, como una sábana fría. No pensé que Nicolas se dio cuenta de que me había encandilado. Miré a Nicolas. No. No lo notó. —Encantada de conocerte. ¿Has venido a la reunión?—. Su mirada volvió a mí. Rápidamente desvié los ojos a su ropa, evitando sus ojos a toda costa.

—Sí, y encantada de conocerte también—, dije. —Me encanta tu tenida. ¿Compras en línea? Me encanta el color—. Me di cuenta de que estaba divagando y me callé cuando vi las miradas de Nicolas y Leif.

—Ah, sí, está acá para conocer a Tremayne—, Nicolas respondió por mí.

—Encantador—, ronroneó. Sonriendo, reveló una punta de afilados colmillos a lo largo de su boca roja. Era una sonrisa salvaje, artera. —Tremayne la encontrará deliciosa, creo—. El tono de su voz estaba entre arteramente dulce y lascivo, sonreía deliciosamente cuando miró a Leif, y luego intercambiaron miradas de deseo.

A su vez, la mano de Leif se deslizó por su espalda, luego se inclinó y la besó en el cuello. Ella respondió como si le hubieran enviado una descarga de corriente eléctrica por su columna hacia su libido. Vi los labios de él moverse, pero no logré escuchar lo que dijo —pero ella sí. Darla se retorció con su abrazo, con lo ojos medio cerrados, llevó una pierna a la cintura de él, entrepierna con entrepierna, cuando él la besó en la boca.

Bien, que alguien me avise cuando termine el programa porno.

—Que estés bien, amorcito—, recomendó Leif, lo suficientemente alto como para que lo escuchara, con sus ojos posados en los míos.

Los dos caminaron tranquilamente hacia nosotros y se pararon al lado de Nicolas. —Supe que ibas a traer al neófito, Steve, al redil esta noche—, preguntó Leif.

¿Steve? ¿El mismo Steve de la primera noche? Quise preguntar, pero no tuve oportunidad.

—Escuchaste bien. Será mi subalterno, con la bendición de Tremayne—. La sonrisa de Nicolas se puso tiesa. Vi que la mandíbula hacía esfuerzos.

—Qué suerte—, Darla hizo una mueca.

—Lindo—, dijo Leif. —¿Dónde lo encontraste?.

—Lo encontré en un callejón. alimentándose de una persona sin hogar, cerca de Grant Park—. Me sentí incómoda, como si hubiera estado escuchando una conversación que no debía oír. Cuándo se me iba a meter en la cabeza que eran vampiros, y hablaban de cosas horribles delante de mí, sin importar que yo fuera una recién llegada a su mundo. Miré para otro lado, simplemente quería caminar por el pasillo y no volver nunca. No vi ningún cartel de salida.

Nicolas movió la mano:

—¿Vamos?—. Sus ojos captaron los míos, y vio mi vacilación de seguir por

este camino hacia lo que podría ser mi perdición.

De alguna manera, su pose de espera y las otras miradas expectantes me hicieron avanzar. La involuntaria novata humana. *Qué pintoresca, y deliciosa,* imaginé que pensaban de mí.

Avanzamos varios pasos, siguiendo la curva del pasillo. Un panel de ventanas de pared a pared miraba a dos pisos escalonados. En el espacio directamente abajo, había personas sentadas en mesas redondas, como una cafetería, que disfrutaban su comida.

Otro nivel más abajo estaba lo que parecía una sala de billar, con los habituales videojuegos colocados a lo largo de las paredes. Un enorme televisor de plasma colgaba del techo y había mesas de pool sin usar en ese momento.

Nos alejamos del muro de ventanas, el pasillo se curvaba a la derecha, se bifurcaba a la izquierda. Seguimos derecho y entramos a un largo pasillo con columnas de mármol a los lados. Otros vampiros estaban en lo suyo. Me di cuenta de que eran vampiros por el tono de su piel: entre lechoso y ceniciento. Vi que las mujeres usaban bonitos trajes o vestidos diseñados para la oficina. Los hombres usaban trajes que parecían caros. Aunque tenía mi mejor tenida, me sentí mal vestida. Me pregunté a dónde iban y qué hacían ahí. Todos parecían preocupados, y no me vieron, pues era la única humana.

Delante de nosotros se alzaban unas escaleras de mármol negro que terminaban en una puerta de doble hoja que estaba abierta. El lugar no parecía una oficina —o lo que fuera que fuera— sino un palacio italiano. Había esperado oficinas sosas, con cubículos grises y feos escritorios grises son personas tensas agachadas sobre computadoras, tipeando, sujetando teléfonos en los hombros, con máquinas e impresoras que no paraban.

Agradablemente sorprendida, me pregunté cómo sería el resto de este palacio subterráneo. ¿Entraría a una habitación llena de muebles de estilo victoriano? ¿Habría vampiros colocados encima, que se alimentaban de sus lascivos anfitriones? ¿Una escena de una pintura de Goya tal vez? Sabía por el hecho de no poder leer que la seducción de Nicolas estaba sobre mí, y me pregunté por qué. ¿O era simplemente que los vampiros no podían evitar aprovechar su ventaja cada vez que había un humano cerca?

Con el pulso acelerado y el estómago dando vueltas, avancé inestablemente. Nuestros pasos sonaron en el piso de mármol hasta que llegamos a dos puertas blancas en un marco arqueado que bloqueaba un santuario interior. Al costado había un escritorio blanco, curvo con una computadora de pantalla plana. No había recepcionista. Las puertas blancas se interrumpían por dos grandes T torcidas —más largas que mi antebrazo. Recordé haberlas visto el día anterior y que lo interpreté como colmillos. Estaban dispuestas de tal manera que cada T

estaba en cada lado de la separación. Nicolas sacó una tarjeta llave, la pasó por el mecanismo de cierre. Zumbó y las puertas se abrieron lentamente como un elevador. Ya estaba impresionada, pero estaba a punto de ser bombardeada por algo más intrigante y bizarro de lo que mi fértil imaginación podría soñar.

Lo primero que vieron mis ojos fue rojo. Pasó un rato antes de que me acostumbrara totalmente. Era como mirar por un tubo después de haber estado sometida a cuadrados. Superficies lisas y sin absolutamente ningún ángulo recto nos dieron la bienvenida a medida que avanzamos a través de un tubo largo y liso. La superficie por la que caminamos era lo único plano. La luz carmesí era indirecta, lazada seductoramente contra paredes curvas y lo que servía como techo. Lo comparó con caminar en una pieza de arte moderno, o una de esas habitaciones divertida en la casa de la risa —pero en realidad no era tan divertido porque me mareó un poco. Me tomó unos momentos darme cuenta de que la superficie era banca y que la luz la teñía.

Pronto entramos a una habitación elíptica con una zona de asientos más abajo. Los vampiros bajaron los escalones a un nivel principal. Más allá de este nivel estaba la zona inferior. El asiento en este foso era un sillón continuo que se curvaba alrededor de la pared. Cojines carmesí y la alfombra roja eran la única interrupción permitida al esquema de color blanco de la habitación —aumentado por la iluminación roja también.

Más allá de los asientos, en el nivel principal, había un mostrador blanco o estación de trabajo. Había varias computadoras de pantalla plana alineadas a lo largo de un escritorio en forma de herradura. En el punto más lejano colgaba un enorme televisor de pantalla plana —un monstruo de plasma— y vi personas, más grandes que en la vida real, corriendo por la pantalla en un pasillo oscuro. Desentrañé el misterio de la escena y me di cuenta de que no era un programa de televisión. Mostraba la locura que habíamos dejado atrás hacía unos momentos, en el garaje. Me vi, revolviéndome en los brazos de Nicolas. Grabada y reproducida para nuestro placer.

Mis camaradas vampiros se habían detenido en lo alto de la escalera, esperando. Me paré asimilando el lugar, pero sobre todo viendo lo que estaba en la pantalla. La escena cambió. Ahora, dos hombres con camisa blanca llevaban a la mujer afroamericana a una habitación. Tenía que ser la mujer que le disparó a Heath. Alguien se paró afuera de la puerta para vigilar.

De repente, la pantalla se volvió negra. *Fin.*

Acomodado detrás del escritorio había una silla blanca de cuero, de respaldar alto, a espaldas de la habitación. Tuve que suponer que la persona sentada solamente podía ser el misterioso señor Tremayne.

Nicolas, Darla, Leif y yo nos paramos delante de la zona más baja. Nadie

tosió ni dijo una palabra. Simplemente esperamos.

La silla de cuero se volteó, y reveló lentamente al vampiro amo. Tenía pelo rubio grueso y ondulado, partido al medio; le caía suelto debajo de los hombros. Lo inspeccioné con más detalle, y sin darme cuenta, me encontré mirando llamativos ojos azul verdoso. También me contempló. No había duda al respecto: estaba terriblemente interesado en mí, pues su mirada sin parpadear me recorrió de arriba abajo. A la distancia, pensé que debía tener algo más de 30 años. Tenía los ojos más impresionantes que había visto, y la larga nariz aguileña en su rostro parecía noble. Sonreía placenteramente, con aplomo, cuando se inclinó en su silla, las manos apretando el mostrador.

Mi mente cubrió lo poco que sabía del hombre antes de responder a su anuncio. Tremayne estuvo en el centro de atención mientras su singularmente inusual edificio estaba en obras. La controversia en torno a Tremayne era que nadie sabía de dónde había salido; ni cómo o dónde había obtenido su dinero, pero que valía miles de millones. Y como todos saben, el dinero tiene voz en los mecanismos de gobierno de la ciudad, y finalmente se salió con la suya. La construcción en las Torres Tremayne empezó dos años antes. Los toques finales seguían en curso, hasta donde sabía. No se permitían cámaras de noticieros dentro del edificio más allá de la recepción después de su inauguración. Los medios insistían con el hecho de que el edificio tenía menos ventanas que cualquier rascacielos, ninguna barra y les daba curiosidad el diseño. Obviamente, no sabían de los vampiros que ahora vivían y trabajaban ahí.

La otra curiosidad sobre el señor Tremayne era que casi no se le veía, y —como había señalado— nadie tenía fotos de él. Obviamente, el señor Tremayne era tímido ante cámaras o, como vampiro, su imagen no aparecía en la filmación —a menos que él quisiera aparecer.

Una rara vibración de energía fluía a través de mí. Estaba totalmente alerta.

—*Carpe noctem*—, saludó el vampiro grande. Su voz era profunda, sonora y agradable. De alguna manera, compensaba su tosca contextura. De haber sido humano, hubiera podido jugar en la NFL, o ser luchador. Aunque estaba sentado, tuve que calcular que el vampiro medía más de 1.80 m, y posiblemente pesaba más de 120 kilos bien musculosos. No era que parecía fornido, pero tenía hombros anchos y pecho de aspecto pesado. Rellenaba la camisa granate. La corbata de seda negra debe haber sido una adición de último momento. Se notaba que estaba anudada apresuradamente, colgaba algo torcida. Sonreí para mis adentros.

—*Carpe noctem*—, dijo el coro de los demás. Los vampiros a mi lado se arrodillaron —los oí antes de ver el movimiento con el rabillo del ojo— como una sincronizada guardia militar que chasqueaba ante un comando silencioso.

Eso me impresionó, pero al mismo tiempo me confundía no saber qué hacer. Bajé una rodilla e incliné la cabeza. A donde fueres...

—Nicolas, Leif, Darla. Bien hecho—. Las erres eran suaves, como un acento británico que me hizo pensar al comienzo que era británico. Pero su inflexión y dónde ponía el acento a las palabras era diferente. Aunque su voz era profunda, hablaba en tono inocuo, agradable. Los demás se alzaron por obediencia, e hice lo mismo. Su mirada azul verdosa asimiló a todos.

Entonces, esas salpicaduras de océano cayeron sobre mí. Su sonrisa creció cuando se levantaba —y siguió levantándose. Tuve que repensar mi primera suposición —era imposiblemente alto, tal vez 2.10 m, con un pecho poderoso, como si hubiera enarbolado un sable en algún momento de su pasado distante, o como si hubiera sido cazador, o cargado un enorme pellejo sobre sus hombros cuando era humano. Como muerto viviente, tal vez era el vampiro más grande que había visto. Hasta sin sus poderes sobrehumanos, podía arrojar a cualquiera al otro lado de habitación.

—Nicolas, haz las presentaciones, por favor—, pidió Tremayne.

—Claro—. Nicolas se volvió hacia mí. —Bjorn Tremayne, te presento a la señorita Strong.

—¿Cómo está?—, Tremayne se paró del escritorio fácilmente, como deslizándose. Con gracia, líquido y extraño. Nunca hubiera esperado tanta gracia de un hombre de su tamaño y su contextura. Pero recordé rápidamente que los vampiros no siempre se movían como nosotros. Con las piernas enfundadas agradablemente en cómodos pantalones negros, caminó alrededor y se inclinó sobre su ultramoderno escritorio.

—Hola—, respondí, sintiendo que era la persona más interesante de la habitación.

—Por favor, acérquese—. Sus palabras fluyeron hacia mí como una cuerda en cámara lenta, me rodearon como un lazo y me hicieron avanzar. No me di cuenta de que mis pies se habían movido, pero de repente estaba a un metro de él, estirando la cabeza hacia atrás para verlo. Era por lo menos un metro más alto que yo.

Pero eso no era ni la mitad de lo que pasaba. Una extraña sensación enroscaba mi mordida de vampiro, luego se convirtió en otra cosa. Mi libido tuvo un brusco despertar. Fue repentino, inesperado, no bien recibido, pues no era ni el momento ni el lugar —además, era un completo extraño.

Me di cuenta de que era incapaz de moverme, no podía hacer nada más que mirarlo fijamente esos profundos ojos azules. Esto era diferente a cómo Nicolas había usado su seducción de vampiro conmigo. Podía sentir su mente de vampiro tocar la mía. Ligeramente. Casi como un cepillo, como si pasara sus

dedos por mi mejilla lleno de admiración. No era exactamente desagradable, pero tampoco era lo más cómodo. Emocionante, pero al mismo tiempo un escalofrío de peligro me recorrió: si podía hacer esto sin tocarme ni beber mi sangre, ¿de qué más era capaz?

—Bienvenida a mi morada, como si lo fuera—, dijo Tremayne, y extendió la mano para indicar su extraña oficina. —Déjeme presentarle a Dante Badheart, mi mago—. Dirigió una mirada a alguien parado frente a nosotros, en el nivel principal, en sombra parcial.

Miré y vi un hombre vestido completamente de negro. Dio un paso adelante, lo que permitió que le diera la luz. Su abrigo de gamuza azul rodeaba sus brazos y su pecho. Su camiseta tenía un gran emblema —dos remolinos entrecruzados, dorado sobre negro. Pantalones negros de jean metidos dentro de botines negros de gamuza, de estilo mocasín. Una orgullosa nariz y altos pómulos estaban dispuestos en un rostro angular que parecía tener 30 años, al menos. Sus ojos eran de un color muy inusual que solamente puedo describir como gris ahumado.

Era guapo, pensé, y el único otro humano en la habitación, y eso me hizo sentir ligeramente más cómoda.

—Dante, ella es la señorita Strong—, presentó Tremayne.

Dante posó sus ojos ahumados en mí. Tenían un hechizo salvaje. No se movió hacia mí con la mano extendida, me hizo un leve movimiento de cabeza. Pelo liso, negro azabache, lustroso con luz de fuego le caía por su cintura hasta los muslos. Lo llevaba partido a la mitad.

Intercambiamos saludos. Como no me extendió la mano, yo tampoco.

Tenía una suave voz sonora. Su boca era ancha y estaba enmarcada por un bigote como Fumanchú. Su piel de color canela mostraba su ascendencia de nativo estadounidense. Pero el nombre Dante me llamó la atención. Me pregunté cómo habría terminado con el nombre de un poeta italiano del siglo XIII.

—¿Un mago?—, dije. —¿Magia?.

—Prefiero la palabra chamán—, dijo, y una sonrisa ligeramente torcida dobló sus labios.

—¡Perfecto!—, resonó la voz de Tremayne. —Mi alianza ya está completa. Tengo mi mago y mi vidente.

Lo miré interrogadoramente.

La mirada de Tremayne pasó a mí. Una sonrisa maliciosa marcó arrugas en su rostro sin fallos. —El gobierno de un vampiro amo está determinado por quienes tiene a su lado, señorita Strong—, explicó pacientemente. —Es usted mi última adición, y como tal vez seamos el blanco de un asesino de vampiros, estoy seguro de que nos ayudará a descubrir a esa persona—. Tremayne

entrelazó largos dedos y vi un anillo de oro con un intrincado tejido en su dedo medio.

—Bien, pero sin presiones, ¿verdad?—. Mi broma pasó sobre la cabeza de todos. Salvo Dante, cuyo resoplido capté mientras ocultaba su cara en su largo cabello.

—¡Pero la atrapamos!—, protestó Darla.

Ignorándola, Tremayne siguió:

—Ahora Nathan, Devin y Bryan están revisando las entradas, incluidos los drenajes. Vean cómo entró.

—Debe haber encontrado otro modo además de la entrada—, expuso Nicolas. —La hubieran visto, con seguridad.

—Gato—, solté, recordando la visión que había tenido.

La atención de todos pasó a mí.

—Lo vi—, dije casi demasiado rápidamente. —Anoche, cuando toqué el tornillo, vi a un gato convertirse en mujer. No lo entendí.

—No. No tenía sentido—, Leif estuvo de acuerdo, con los ojos refulgiendo de mí a Tremayne. —Pero lo dijo. Asombroso.

—La mujer puede convertirse en gato—, expliqué. —Pudo entrar, pasar por los guardias como un gato, y se volvió a convertir en mujer.

—Cambia—, agregó Dante con voz neutral.

—Por supuesto—, dijo Tremayne, con cara pensativa. —Pero ¿cómo hizo con la ropa y el arma adentro?.

Nadie habló. Nos mirábamos.

—Nicolas, quiero que la interrogues, o fundas tu mente con la suya si se niega a responder. Averigua quién la ayudó. Obviamente, de alguna manera la ballesta y su ropa estaban dentro para que las usara.

—¿No creerá que ella es quien ha matado a nuestros hermanos?—. Sonaba desalentado.

—No. La manera de operar está toda mal—, dijo Tremayne. —De haber sido ella, no hubiera fallado. Vi la repetición en la cinta—, siguió. —Falló por centímetros. A todos los vampiros los matado con tiros a corta distancia. A pocos metros. no muchos metros. Esto es un desorden.

—Sí, por supuesto, señor—. Nicolas se inclinó. Cuando se levantó, sus ojos no miraron a Tremayne, sino que encontró los míos. Alguna oscura emoción le cruzó la cara, y desapareció en un instante.

—Además, en los ataques, las víctimas siempre estaban solas. No hubo testigos—, siguió Tremayne. —No, creo que la han sembrado. El verdadero asesino nos quiere desviar de su huella.

Todos intercambiamos miradas pensativas. Todos menos Nicolas, cuyos

ojos quedaron vacíos por un momento, sin mirar nada.

—Darla y Leif te acompañarán a interrogar a nuestra aspirante a atacante. También me gustaría que Dante fuera—, dijo Tremayne. —Y una vez hecho eso, alteren su memoria, como siempre. Luego, que la sigan.

—¿Quién?—, preguntó Nicolas.

—Quiero que Darla la siga. Tal vez Leif debe ir, por si acaso. Usen cualquier método para seguirla, en tanto no los vea—. Tremayne se alejó del escritorio y se paró. —Quiero saber a dónde va, qué hace, y a quién ve a lo largo del camino.

—Iré—, se ofreció Dante, y dio un paso adelante. —Si vuelve a cambiar, estoy más que calificado para seguirla.

—Excelente idea—, dijo Tremayne. —Sin embargo, tengo otros planes para ti.

Miré a Nicolas. Una mirada fría, me retiró la vista. Como si hubiera hecho algo malo. Pero ¿qué? Solamente había dicho que la mujer cambiaba de aspecto. ¿No me pagaban para eso?

Hubo una ligera pausa en acciones y palabras. Luego Tremayne dijo:

—Creo que ya podemos empezar el rito de sangre. Sé que el neófito ha esperado un rato—. *¿Rito de sangre? Qué asco.*

Volvió su atención a mí y dijo:

—Sabrina, creo que debes pararte al lado de Dante, por favor—. Llevó su mano hacia Dante.

Así lo hice y fui hacia él. Aliviada, me paré al lado de Dante, mirando al autocrático vampiro. Me di cuenta de que me había liberado de sus poderes. Su atención estaba en otra cosa. Se volteó ligeramente y se dobló hacia el mostrador detrás de él.

—Que entre el iniciado—, habló a un intercomunicador.

—Sí, señor—, fue la respuesta que llegó.

Vi que Leif y Darla se habían adelantado al mismo nivel que Dante y yo. Con los brazos envolviéndose mutuamente, se mordisquearon cariñosos. Parecían emocionados por lo que fuera que iba a suceder. Formamos un semicírculo escalonado alrededor del piso principal, mirando a la zona de asientos.

Nicolas entró a la zona de los asientos. Retiró su abrigo, lo dobló ordenada y metódicamente, y lo colocó en el sillón que se enrollaba alrededor del foso. Hizo que mi mente saltara a la noche anterior, cuando estuvo conmigo. Una oleada de culpa me azotó y acomodé la cara para que no mostrara que estaba teniendo lascivos pensamientos sobre Nicolas.

Al mismo momento, un grupo diferente de puertas —no las había visto— a

un lado, se deslizaron y se abrieron con ese sonido característico. Mi suposición era correcta. Steve de la primera noche —a quien se le hizo muy difícil contener sus ganas de mi sangre— estaba vestido en pantalones negros y camisa blanca, con anchas mangas, abierta hasta la mitad del pecho y ajustadas alrededor de la cintura. En el momento, estaba algo confundida sobre por qué estaba vestido así, como si fuera a una Feria del Renacimiento. Traté de encontrarle sentido con lo que había oído, y, por supuesto con vampiros cuyas emociones no podía leer —además de que estaban extremadamente emocionados por esto. Sobre todo Darla, que por cierto seguía mordisqueando a Leif, y Leif tuvo que sostener su ondulado cuerpo varias veces.

Steve subió al borde de las escaleras y se inclinó totalmente, ambas rodillas en el suelo, la cabeza tocaba el suelo, mostrando obediencia al vampiro amo. Los recordé diciendo que era un neófito. Recordé que Crimmins me dijo así y que Nicolas lo había corregido.

La habitación estaba inmóvil. Podía ver que algo significativo y posiblemente terrible estaba a punto de pasarle a Steve. Estaba asombrada de que mis habilidades de clarividente funcionaran en ese momento, pero me di cuenta de que la atención de ningún vampiro estaba en mí.

—Te doy la bienvenida a mi reino. Por favor, baja—. Tremayne invitó.

Steve bajó al foso, y se volvió a inclinar. —Mi señor—, dijo Steve. —Te solicito que me des un pase seguro y que mis días eternos estén libres de culpa, dolor y temor, y de que viva mi vida para obedecerte a ti y solamente a ti.

Mis ojos captaron la mueca de la cara de Tremayne. Me imaginé que las palabras deben haberse dicho cientos de veces, tal vez miles —posiblemente un millón de veces— a Tremayne, pero obviamente le daba gran satisfacción oírlas.

—¿Quién es tu señor?—, preguntó Tremayne.

—Mi señor, no lo sé. No vino por mí, y me desperté en un apartamento, abandonado en el sótano una noche, con hambre y solo. Dame refugio, mi señor —. Esta última palabra la dijo con un susurro ronco. Me di cuenta de que temblaba ligeramente, sus largos mechones se agitaban contra su blanca camisa.

Tremayne había asumido una postura relajada, con los brazos cruzados y una pierna sobre la otra, inclinado sobre su escritorio. Vi los zapatos de Tremayne. Eran botas de vaquero de piel de serpiente, teñidas de gris.

—¿Quién te encontró?—, preguntó Tremayne. Entendí que estas preguntas eran parte del rito. Obviamente Steve debía convertirse en parte de esta guarida, o nido de vampiros, y debía pasar por estos movimientos y palabras.

—Nicolas.

—Si es así, Nicolas, di sí. Si no, di no—, dijo Tremayne, casi sonaba aburrido.

—Sí. Yo lo encontré acechando a una mujer en un callejón negro como un animal hambriento. Lo llevé a mi confianza. En este punto, soy su auspiciador.

—¿Aceptas ser su señor?—, preguntó Tremayne.

—Sí—, Nicolas respondió mientras se enrolló las mangas de su camisa. Luego, aflojó su corbata y desabotonó el primer botón. Esas curiosas acciones de desvestirse me tenían algo preocupada y un poco confundida.

—Iniciado, ¿honrarás y obedecerás las reglas y seguirás las órdenes mías o de Nicolas?.

—Así lo haré—, dijo Steve, sin moverse un centímetro de su posición inclinada.

—Muy bien. Como Nicolas te ha aconsejado en las reglas y leyes de mi estado, te doy la bienvenida al grupo—. Hizo una pausa. —¿Nicolas?—. Tremayne hizo un gesto hacia Steve. —Puedes tomarlo como tu subalterno.

—Párate—, ordenó Nicolas. Steve se paró con la cabeza ligeramente inclinada.

Nicolas se movió y se paró detrás de Steve y lentamente, casi con reverencia, le jaló el cuello de su ropa. No sabía qué esperar, pero sabía que no sería bueno. Cuando ocurrió, mi estómago se sacudió al ver la cabeza de Nicolas ir hacia atrás, mandíbulas abiertas y colmillos afuera. La mano de Dante se aferró fuertemente a la mía cuando miré para otro lado, y me cubrí los ojos con la otra mano. Antes de poder bloquear completamente, vi los colmillos de Nicolas apuntar al cuello de Steve desde atrás. No pude ahogar el horrible gruñido de dolor de Steve, aparejado con un terrible gruñido que salió de Nicolas.

Apagué un grito y miré para otro lado. Dante jaló mi mano contra su hombro, de manera protectora, me hizo un escudo, como un padre protegería a un niño para no ver una escena tenebrosa en una película. No pude expresarle cómo agradecí que estuviera parado a mi lado. Obviamente, él había visto este mismo rito antes —posiblemente muchas veces— y no le molestaba.

Cuando la mano de Dante soltó la mía y sacó la otra mano de mi cabeza, robé una mirada. Nicolas se alejaba casualmente de Steve, y limpiaba sus labios con un pañuelo negro. Steve estaba tumbado en el suelo. Parecía muerto. El pánico me recorrió. Entonces vi contraerse los dedos de su mano extendida, y gimió.

—Nicolas, ¿aceptas intercambiar sangre con Steve?.

—No—, Nicolas dijo de una manera que pareció que fuera repugnante.

El movimiento de Tremayne hacia el intercomunicador fue lento. Se inclinó y dijo:

—Que venga el Equipo Sanguíneo.

Las mismas puertas se abrieron y entraron varias personas. Tres, con el mismo uniforme verde olivo que habían acudido a ayudar a Heath, convergieron en el área al lado del vampiro en el piso. Noté un remolino rojo en las mangas de este equipo médico. Era como un emblema, decidí, Otros dos, un hombre y una mujer, estaban vestidos casualmente, veinteañeros parados mientras los tres asistentes se agacharon hacia el vampiro que estaba en el piso.

—Tomó una generosa cantidad de acá—, rugió la mujer del pelo rojo. Me di cuenta de que había estado con Heath apenas momentos antes. Recordé su cara menuda.

—¿Nicolas?—. El hombre de cabello rubio lo miró. Lo reconocí de la noche anterior. Andrew Morkel, jefe del Grupo de Donantes. Ya no estaba con traje. Usaba el mismo uniforme verde olivo de los otros dos. Andrew intercambió miradas con Nicolas.

—Rápido, necesitamos a uno de ustedes ¡ya!—

El edicto de Morkel hizo mover a uno de los dos humanos. El hombre ya tenía la manga enrollada. Se arrodilló y presionó la muñeca en la boca de Steve. La enfermera duende pegó un puño de presión en el donante, y le puso un estetoscopio. El enfermero alzó la cabeza de Steve. Steve apretó la muñeca como un perro rabioso. Tuve que volver a retirar la vista, recordé cómo Steve había lamido sangre lascivamente de mis labios la primera noche.

—Nicolas, me asombras, como siempre. Sabías cuándo parar, a tiempo. Dos donantes no lo hubieran revivido, me temo—, Tremayne dijo casualmente, con el cuerpo inclinado contra el escritorio y los brazos cruzados sobre su pecho.

—Me emocionó la sangre... antes—, dijo Nicolas a manera de explicación.

La voz de Tremayne sacó mi atención de lo que pasaba en el foso. El Equipo Sanguíneo había levantado a Steve, que podía caminar inestablemente con ayuda de Andrew Morkel.

—Todo esto se va a limpiar—, dijo Tremayne casi como una manera de alejar la atención de todos de Steve y el Equipo Sanguíneo. —Mientras tanto, llevaré a nuestra clarividente al apartamento de Letitia. Me gustaría ver si logra una lectura—. Sacando la melena de sus ojos, hizo una pausa y miró a todos. Cuando nadie se movía, dijo:

—Bueno, tienen sus órdenes, vayan.

Dante dejó mi lado cuando los demás se voltearon. Nicolas me lanzó una última mirada, su rostro imposible de leer cuando se unió a los demás. Todos salieron de la habitación, y me dejaron sola con el poderoso magnate vampiro.

CAPÍTULO ONCE

—¿Está lista, señorita Strong?.

Lo miré. Tremayne se había alejado de su escritorio. Se bajó las mangas de la camisa y se ajustó los botones en las muñecas.

—¿A dónde vamos?—, pregunté con el corazón acelerado. Me sentía como un conejo atrapado.

—La voy a llevar al apartamento de Letitia.

La confusión debe haber aparecido en mis rasgos, porque agregó:

—Letitia Westgate era mi pareja. Le dispararon la otra noche con un tornillo.

—Oh. Cierto, lo lamento—, agregué, y lo vi subir las escaleras hacia mí, con piernas largas y fuertes. Se paró unos diez metros frente a mí, y llevé la cabeza atrás y atrás. Dios, era alto. Una mujer podía lastimarse el cuello al tratar de besarlo.

—Gracias—. La cara de Tremayne era imposible de leer. No podía saber si estaba molesto, contento o simplemente fastidiado.

—¿Quiere que lea su apartamento ahora?.

—Sí. Debimos haberlo hecho anoche, pero estuve... indispuesto. Había cremado el cuerpo de Letitia el día anterior. Tuve que ver la cremación para asegurarme de que se hiciera correctamente. Por eso no pude reunirme con usted.

—Ya veo. Por supuesto—. Desvié mi mirada, tratando de no arrugar la nariz ante lo que había dicho, y sin mirarlo directamente a los ojos. —¿Cuánto tiempo estuvieron... pues, juntos?—, pregunté porque me pareció lo correcto.

—Pues 881 años, y dos meses—. Movió su ancha mano. —Algo por ahí.

—Es mucho tiempo.

—Sí. Fue como un golpe aplastante. Yo descubrí su cuerpo—, siguió, su mirada fue al extremo de la habitación. —Me tomará un tiempo recuperarme de la pérdida—. No lo oí decir que la quería en tantas palabras, pero tal vez para los vampiros era un poco diferente.

—Tomará mis elevadores privados—. Fue hacia las puertas del elevador, empotradas ligeramente en la pared iluminadas con luz roja.

Se deslizó con esa puerta flexible, y ya estaba al otro lado de la habitación antes de que lo alcanzara. Creo que mi duda venía más por el hecho de que no quería estar atrapada con este poderoso vampiro en un elevador, tras no haber tenido problemas en mostrar su seducción a unos seis metros. Un cubículo de

dos por dos metros era el *último* lugar en el que quería estar encerrada con él. Como humano, me hubiera intimidado. Que fuera un vampiro lo hacía mil veces peor.

—¿Cómo está el brazo?—, preguntó, mientras deslizaba una tarjeta llave por un panel en la pared.

Parpadeé y tal vez se notó que no sabía de qué hablaba.

—Supe que la mordió un hombre lobo.

—Oh, ah, sí. Estoy bien, gracias—, dije, y levanté ligeramente el brazo. Dejé salir una exhalación frustrada, con la esperanza de que no escuchara. ¿Por qué actuaba como si fuera mi primer día de secundaria? *Dios, Sabrina. Compórtate.*

Respiré hondo, armándome de valor ante mis nervios, o pánico —lo que fuera—y salimos del elevador. No había luces rojas acá. Las puertas del elevador se cerraron.

Tragué, traté de no pensar tanto sobre estar atrapada con ese monumento de vampiro grande e increíble. Se me adelantó y presionó uno de los muchos botones del panel.

Me apreté contra la pared, y tomé la barra de cromo como apoyo —y por puro miedo. De otro lado, el poderoso y atractivo vampiro se inclinó contra la pared opuesta, tratando de parecer inofensivo mientras doblaba los brazos y enganchó una pierna contra la otra, lo que levantó la pierna de su pantalón y dejó al descubierto sus botas de piel de serpiente.

Por alguna razón, mi miedo disminuyó. ¿Coincidencia? No lo creo. Las feromonas de vampiro tenían que ser muy fuertes en una habitación tan cerrada.

Aparte de su imponente aura, su aroma llenaba el pequeño espacio. Caliente. Silvestre, con un toque de profundo almizcle. Invocaba pensamientos de caminatas en el bosque. Tuve una visión repentina de Tremayne de la mano con una mujer sin rostro, el sol proyectaba sombras a lo largo del piso del bosque lleno de narcisos amarillos. Reían, luego él la tomó y la hizo girar en sus brazos cuando cayeron como amantes, en el océano de flores amarillas, y seguían riendo.

Decidí que me había enviado esa placentera imagen para ahuyentar mis aterradas ideas sobre él.

Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos. Estaba tratando de calmarme. Pero era suficiente. Debía encontrar una manera de sacarlo de mi cabeza. Simplemente era muy fuerte para mí. Tal vez debía salir a buscar una cruz de plata y usarla.

Levanté la vista y vi una disposición de símbolos repetidos, o runas, a lo largo del borde de la pared del elevador en un panel continuo. No sabía qué eran,

o qué representaban, pero reconocí dos. No había pensado que estos símbolos significaban algo. Era la primera que les dedicaba mi atención, sin otras cosas a mi alrededor.

—¿Qué son esos símbolos?—, pregunté, señalando hacia arriba.

Tremayne miró hacia arriba.

—Ah, sí. Sí. Esas son antiguas runas de vampiro—, dijo.

—No sabía que los vampiros tenían un idioma antiguo.

Hizo un sonido de burla. —Algunos vampiros no lo saben. De todas maneras, fueron redescubiertas recientemente—, explicó y señaló una. —Esta representa sangre—. Señaló el extraño remolino que terminaba en lo que parecía una gota roja.

—Como en las mangas de la ropa de los duendes que atendieron a Heath—, dije.

—Sí. Es el Equipo Sanguíneo—, dijo. —Y este representa a la bestia—. Señaló los dos remolinos entrecruzados. El símbolo que Dante tenía en su camiseta.

—¿Bestia?.

—Sí, los que cambian de aspecto y los hombres lobo caen en este símbolo.

—¿Dante cambia de aspecto?.

—Sí, entre otras cosas.

—¿Y yo soy su vidente?.

—Sí.

—¿Qué haremos, después de resolver el misterio de quién ha estado matando vampiros?.

—No me diga que le preocupa quedarse sin trabajo, señorita Strong—. Su semblante serio se diluyó en una sonrisa al volver a encorvarse contra la pared del elevador.

—Bueno, en verdad, no sé qué pensar—, contesté.

Se sacó el pelo de los ojos. —Solamente debes saber que estás en una fuerza de élite—.

—¿De vampiros, magos y los que cambian de aspecto?.

—Algo así—, sonrió, y me miró con esos ojos increíbles. Advertí que eran del color del océano, definitivamente un bello azul verdoso. ¿Por qué tenía que ser tan guapo? Su rostro curtido y las patas de gallo alrededor de sus ojos —ahora más evidentes con la luz del elevador— no lo hacían menos atractivo a mis ojos. No me parecía un hombre viejo. Tal vez, maduro era la palabra que buscaba. Me di cuenta de que había sido alguien que estuvo expuesto al sol y tal vez al mar, cuando estaba vivo. *¿Vikingo?* Era difícil determinar su edad exacta en años humanos, pero parecía casi cuarentón. Algunos que pasan mucho tiempo

al sol y los elementos parecen mucho más viejos de lo que son. Le eché 38 años, tal vez. Su pelo rubio —ahora bajo pura luz blanca— era amarillo y abundantemente grueso, con entradas cerca de las sienes. Vi que tenía patillas algo largas para la moda y que sus oscuras cejas eran más oscuras, casi marrones.

Notó mi mirada sobre él y tuve que desviarla al piso.

—Nicolas me informa que su amiga desapareció.

—Sí.

—Corríjame si me equivoco, pero ¿creo tuvo una extraña visión?.

—Sí—, susurré, al borde de las lágrimas.

—Cuando tuvo esa visión, ¿estaban su amiga y este vampiro?—, fue cuidadoso con sus palabras.

—Sí. Pero—.

—Pero ¿qué?.

—No pude ver su cara. Fue raro—. Nos quedamos callados un momento, pensando.

Tremayne interrumpió el silencio con una nueva pregunta. —Nicolas me informa que la mordió Vasyl cuando era chica.

—Sí.

Sus ojos se enfocaron en algún punto por encima de mi cabeza, como pensando. —Interesante—. Su mirada bajó hacia mí. —Me pregunto si...—, su voz se apagó.

—¿Qué?.

—No—, sacudió la cabeza. —No importa.

—¿Por qué me eligió? Tenía diez años. ¿Qué quiere de mí?—. Mi voz había subido un poco de volumen. Me temblaban las manos y las deslicé detrás de la espalda.

—Eso lo debe explicar Vasyl, si alguna vez tiene la oportunidad. La marcó, y eso es *muy* antiguo.

—¿Quién es?—, inquirí.

—Un amo solitario. No se ajusta a nuestras nuevas leyes de vampiros—. Aspiró aire y lo dejó salir, y casi creó un remolino. —Va por todos lados—. Sus ojos se clavaron en mí. —Me llama a mí o a Nicolas en cuanto se le acerque. ¿Entiende?.

—Claro, pero se llevó a Jeanie—, dije algo agitada. —Usted debe saber a dónde se la llevó.

—No, no lo sé. Lo siento—. Volvió a cruzar los brazos.

La desesperanza me invadió, bajé la mirada. Jeanie estaba en problemas, y todo por mí. Tenía que buscar una manera de saber dónde estaba. Si Vasyl me

estaba cazando a mí, ¿por qué sigue a Jeanie? Y luego dejó esa pista con la sangre en su maletero —la letra V. Tal vez estaba loco y quería jugar algún juego terrible conmigo.

No podía odiarlo más. Primero mi madre, y ahora mi mejor amiga.

El elevador paró lenta y cómodamente en piso 97. Las puertas se deslizaron para abrirse a un pasillo tenue y corto, Ningún sonido nos anunció. Eso era raro.

—Llegamos. Estos son los penthouses de Letitia y mío—, explicó.

Penthouses. En plural. Entonces, vivían separados. Nos detuvimos en el corto pasillo. Dos puertas, una frente a la otra. Eran como cualquier otra puerta, con picaportes de bronce en lugar de cerraduras redondas. Un pequeño panel al lado de cada puerta tenía una lucecita roja al lado de una ranura. Volteó hacia la derecha del pasillo y quedó frente a la puerta. Me paré detrás de él. Era la primera vez que veía toda su espalda —o que la notaba. Tenía un agradable trasero. Llevaba los pantalones ceñidos, y no eran de ninguna marca que reconocí. El logo en el bolsillo de atrás eran dos T torcidas —el logo de Tremayne. Tremayne tenía su propia línea de ropa. Toby había dicho que Tremayne tenía varios negocios. Era todo un emprendedor.

Desvié mi mirada, avergonzada de estar admirando el trasero de un vampiro.

De su bolsillo trasero sacó una tarjeta de plástico y la insertó en la ranura al lado de la puerta. Un clic y un pequeño zumbido, se abrió la puerta. Un agradable perfume me rodeó. Abrió totalmente la puerta y me invitó a entrar. Lo rodeé y me di la vuelta para que no estuviera directamente detrás de mí —en pose de caza. Se volvió a un panel y presionó varios números en una secuencia. Presumo que desactivó la alarma.

Hora del espectáculo.

He caminado por muchos lugares que nunca había visto antes y sentido que una ola de Conocimiento me llegaba, sin que yo lo pidiera. No lo puedo explicar, simplemente *supe* la disposición de todo el apartamento de inmediato, aunque nunca antes había estado ahí. Era como una segunda naturaleza. De chica, pensaba que todos podían hacer esto. Pero obviamente no.

—Mi esperanza es que pueda tener una lectura de sus cosas, sin tener que recurrir a tocar el tornillo que encontramos en su cuerpo—, Tremayne explicó.

Apenas escuché lo que dijo mientras me ubicaba. Cerré los ojos. Sabía el camino al balcón —donde me dijo que Letitia había perecido— a través de su habitación. En el momento en que nos paramos en la gran habitación renovada con marrones y cremas, alfombra de pared a pared tan gruesa como piel de oveja. Había espejos por todas las paredes —otra broma de vampiros. En un rincón alejado había un piano. con butacas doradas.

—¿Señorita Strong?.

Con la mano, le indiqué que no dijera nada más. Entendió lo que estaba pasando y se quedó callado. Bien.

Abrí los ojos. —La cocina está a la derecha—, dije señalando. —Letitia tenía un gusto exquisito, por cierto. También tenía una gran colección de perros de cerámica que guardaba en objetos de vidrio, en una habitación fuera de la cocina.

Una sonrisa apareció en los labios de Tremayne. —Una colección tonta—, dijo, levantando los hombros. —Pero la mimaba.

Sonreí, lo sabía. —Le gustaba el bulldog, decía que le hacía acordar a usted.

Lanzó una risa aguda. No se esperaba eso.

Entré en la habitación. Un gentío de personalidades se vertió sobre mí como si me hubiera inundado una ola de voces, música, caras y conversaciones, todo a la vez, de un momento reciente. *La inauguración de las Torres Tremayne—ahh, sí.* Vi personas en tenida de noche, bebían, hablaban y reían. Sus imágenes estaban sobreimpuestas de manera acuosa en los entornos existentes. Reconocí personas famosas. Cerré los ojos y logré ver algunas caras individuales.

—Elton John tocó el piano—, dije, señalando hacia el gran piano. —Oh—, dije, cuando aparecieron más caras ante mi vista. —Parece que vinieron muchos políticos, actores y artistas.

—La fiesta de lanzamiento de las Torres—. Asintió, con los ojos dando vueltas alrededor como si pudiera ver lo que yo veía.

La cara se me empezó a calentar cuando vi a Letitia — simplemente supe que era ella— deslizar una mano en el trasero de un conocido actor. El hombre sonrió y la besó en la mejilla (recordé que se había divorciado recientemente, todo estaba en los tabloides).

—Actores, artistas, mucha gente famosa vino—, dije.

—Sí—, contestó, con cara de asombro. —Está leyendo muy bien esta habitación. A Letitia le encantaba recibir visitas. Le encantaban los actores, y a mí me gustaba chocar la cabeza con políticos—. Hizo un sonido con la garganta. —No me deje empezar con los políticos. Son todos unos sabelotodo pretenciosos. Ninguno sospechó que Letitia y yo éramos vampiros—. Volvió a hacer ese sonido, mitad risa y mitad ronquido. —Si nos anunciáramos al mundo mañana, sé que habría un caos.

No podía concentrarme en lo que decía. Estaba haciendo lo que había ido a hacer. Abrí los ojos y miré alrededor de la habitación, decorada con tanto gusto.

—El balcón está por ese pasillo—, dije y avancé hacia allá, pero luego me detuve y ladeé la cabeza. Otra visión me atrapó desprevenida. Tuve una visión

vívida —de una noche diferente— de varios hombres jóvenes, todos con tragos, que conversaban casualmente.

—Veo una pequeña fiesta. Esta es la más reciente de todas las que he visto hasta ahora—. Me sorprendió poder individualizar esta visión entre todas las demás, pero probablemente por ser reciente tenía más poder.

—¿Sí?—, dijo Tremayne ansiosamente. —Dígame. Dígamelo todo.

—Veo a varios hombres. Todos son guapos, jóvenes —entre 25 y 30 años— y hablan y beben. La habitación está con luz tenue, iluminada solamente con luz de velas y algunas lámparas de luz baja en las esquinas—, dije, con los ojos cerrados para tener una visión completa.

—¿Quién—?.

Volví a detener su pregunta levantando la mano para pedirle silencio. No habló mientras yo fruncía las cejas ante mi visión. —Sí, todos hombres. Conversan entre ellos.

Entonces, un rostro apareció ante mí. ¿Toby? ¿Qué hacía aquí?

Tremayne dejó salir un suspiro de impaciencia, pero no interfirió.

Toby era uno de los hombres de la reunión, en esta habitación, alguna noche, hace no mucho. No dije nada porque quería ver qué iba a ocurrir.

—¿Qué ve?—, preguntó Tremayne, mirándome asombrado, y perdí a Toby cuando iba al balcón por la puerta deslizante de vidrio.

—Ah, bien, Letitia es hermosa, con largo cabello ondulado, cobrizo—. Hice una pausa para escuchar y observar. —Ella los conoce a todos. Los saluda por su nombre —Blane, Roan, Reggie y otros. Los toca, les pregunta cómo están.

Seguía a Letitia, mentalmente, por supuesto, cuando llevó a un hombre a la habitación, seductoramente, tomándolo de la mano. El hombre era grande, de pelo rizado negro, el color de su piel como leche de chocolate. Pensé que su nombre podría haber sido Wayne o Dwayne. Parecía no saber qué esperar, pero estaba ansioso de que las cosas se desarrollaran. Me di cuenta.

No llegaron a la cama, él la besaba en la boca, tenía sus manos sobre ella con apuro por acostarse. La imagen de ella mordiendo a ese hombre grande en el cuello, me tomó (y a Dwayne) por sorpresa, y eyaculó en sus pantalones inmediatamente con un jadeo.

—¡Oh, mierda!—. Mis ojos se abrieron.

—¿Qué pasa?—. Ahora sí, Tremayne fue insistente.

—Toma sangre de uno de esos hombres.

—Sus donantes. Por supuesto—, dijo, despreocupado. Se encogió de hombros. —¿Eso es todo?.

Irritada, fruncí el ceño. —Creo que sí.

—Le gustaba hacer fiestas—.

Volví a pedirle silencio con la mano cuando otra pequeña imagen apareció en mi cabeza. Primero, vi a Toby regresar a la habitación desde el balcón —no había nadie más en la habitación, o el apartamento con ellos. Había esperado que todos se fueran. Quería conversar con ella. Bueno, era más que una conversación amistosa. Estaba discutiendo con ella. Escuché la conversación en mi cabeza.

—¿Por qué no?—. Yo lo dije, pero estaba hablando como Toby hablaba. Este tipo de visiones siempre eran raras cuando ocurrían, porque a veces no podía evitar a veces interpretar el papel de alguien en la visión.

—¿Por qué no qué?—. La voz de Tremayne se infiltró en el mundo en el que yo estaba en ese momento.

—Porque tú eres de Nicolas—, dijo la voz de Letitia a través de mí. —Y no estoy autorizada.

La imagen y voces se desvanecieron y abrí los ojos para ver a Tremayne esperando una explicación.

—Se negó a convertir a uno de esos hombres. Él se molestó y se fue—. Ahora me pregunté si ese había sido el secreto que Toby mantenía y que no quería que supiera. De alguna manera, no parecía gran cosa. Ojalá hubiera podido seguir a Toby desde ahí y ver qué hizo después, pero la visión se desvaneció.

—Por supuesto—, dijo Tremayne. —No estamos autorizados a más de una vez en el término de cien años. Eso está vigente desde hace 60 años ya. Solamente si hemos perdido al compañero de toda la vida se nos permite, y también en circunstancias extremas—, explicó.

Un molesto dolor en la parte de atrás de la cabeza empezó a latirme. Había tenido muchas visiones fuertes últimamente. Avancé con cautela al pasillo. Nunca sabía cuándo llegaría otra imagen.

Tremayne me siguió silenciosamente, así que volteé la cara hacia él.

Hizo un sonido molesto con la lengua. —No la estoy cazando.

—Bien—, dije. —Vaya adelante, yo lo sigo.

Con un suspiro, cedió y avanzó.

Se abrieron tres puertas a lo largo del corto pasillo, y supe que la que buscaba era la del medio. Me detuve frente a la puerta, sin saber realmente si quería hacer esto.

Tremayne se adelantó y abrió la puerta. Hice una pausa para componerme. Solamente una vez había entrado a la habitación donde alguien había muerto —no asesinado— y me pareció muy triste; me deprimió por semanas. Fue la única otra vez en que me había desmayado y estuve en cama tres días. ¿Cómo enfrentaría una escena de asesinato?

Tremayne se paró a mi lado, esperando con paciencia. Lo miré, pero le

retiré la mirada rápidamente.

—Lo sé—, empezó lentamente:

—le es difícil continuar. He visto a varios clarividentes entrar en profundos trances. Esto va a ser difícil para usted y lo entiendo. Tómese su tiempo. Tal vez la pueda persuadir de continuar. Le pagaré mil dólares por su lectura, esta noche, además del suelo que se le ofreció.

Parpadeé, asombrada.

—Le hare un cheque—, agregó. —Libre y claro, sin importar el resultado. Incluso si no termina.

Sabía que era importante para él. Y otros mil dólares definitivamente ayudarían a mi cuenta bancaria.

Respiré hondo, sacudí un poco mi cabeza y avancé. Al hacerlo, las luces se sacudieron dentro de la habitación —luces sensibles al movimiento, presumí. La cama era grande, con sábanas de durazno suave, Cintas beige y crema con un motivo bordado a lo largo. La cabecera era enorme, en cereza oscuro y diseño simple. La habitación era conservadoramente moderna. No había ventanas, obviamente, porque era de un vampiro. Pero había un balcón, con puertas deslizantes de vidrio, como en la sala de estar. El vidrio era oscuro, por razones obvias, con cortinas espesas, abiertas, que revelaban el cielo nocturno y las luces de los altos edificios cercanos.

Caminé hacia la cama y miré alrededor. Era la habitación de una mujer. Podía sentir su olor —el perfume que usaba; fragrante sin ser cargante. Delicado, casi como una brisa del océano. Ah, por supuesto, la favorita de Tremayne.

Me saqué los guantes lentamente, y sentí algo de presión en el pecho al hacerlo. No lo entendí. Tuve que respirar hondo varias veces. Sentí a Tremayne detrás de mí, mirándome, pero tratando de no interferir con lo que estaba haciendo. En verdad, estaba tratando de quedar fuera de mi camino para interferir con mi lectura. Lo entendía en parte, y me alegraba.

Vi a Letitia pasear en su apartamento. Salía de la ducha, con el cabello aún mojado, y largos mechones ondulados caían por su espalda. Se puso una bata color durazno. Una copa de su vino favorito —sí, vino— al lado de la mesa de noche la esperaba, la copa sudaba ligeramente. La noche era suave y ella quería salir al balcón. Me moví, casi reflejando sus movimientos.

—Salió al balcón, después de la ducha—, dije sobre mi hombro. Quería que Tremayne supiera lo que estaba viendo. —Tenía una bata durazno y ropa de noche—. Avancé hacia las puertas de vidrio deslizantes. Por alguna razón, los temores de momentos antes no me afectaron, y salí al aire nocturno, sentí el frío en la cara, una brisa tiesa empujó mi cabello hacia atrás. Estábamos en el piso 97 —el más alto— y muchos altos edificios de Chicago me rodeaban, y Letitia.

Paré y respiré en el frío aire nocturno. Una fresca noche clara de otoño, con la luna deslizándose encima como la pálida cara de un amante. Seguía con Letitia, con su presencia fantasmal. Estaba contenta, disfrutaba el momento. Se había alimentado de sangre de uno de sus donantes mientras tenían relaciones sexuales —¡oh! Habían sido tres —y se sentía maravillosamente. Casi podía nutrirme de su euforia y relajación de ese sexo maravilloso y repetido.

—Estuvo aquí—, dije, y me acerqué a la baranda de balcón. Cuando la toqué, todo me golpeó a la vez. Algo me alcanzó como una puñalada que me sacudió en el pecho. Grité. El dolor era infernal.

CAPÍTULO DOCE

La sensación de dedos fríos contra mis sienes me despertó y me hizo saltar. Tremayne retrocedió, rompió su contacto físico conmigo. Le devolví la mirada. Era exactamente lo mismo que había hecho Leif la noche anterior; dedos en mis sienes, manipulando las funciones de mi cerebro, como un cortocircuito de la sobrecarga de información. Manipulación de la mente de los vampiros, otra vez. Sabía que esto era todo lo que me mantenía lejos de entrar directamente a un mundo de fantasía. Lo aprecié, de verdad que sí. Pero en cierto modo, la idea de que un vampiro me tocara la mente así, tan íntimamente, me puso muy nerviosa. ¿Qué más podría estar haciendo ahí? ¿Enviarme mensajes subliminales?

Me moví para sentarme.

—Despacio, despacio—, me advirtió mientras me ayudaba. Apoyó mullidas almohadas detrás de mi espalda. —¿Cómo se siente?.

—Estoy——. Miré a mi alrededor. No era el apartamento de Letitia. Estaba en un lugar completamente distinto. No era una habitación, con toda certeza. El lugar era oscuro, con muebles oscuros, madera oscura, alfombra verde oscuro. Como una cueva. Había imaginado la casa de Tremayne exactamente así. Cabezas de animales —trofeos— colgaban la pared: gacelas, leones, cebras y otros cuyos nombres no conocía.

—¿Es su casa?.

Se sentó en un sillón. —Sí.

Alguien detrás de él le entregó un vaso de agua. Su cara era una red de arrugas, la cabeza calva. Tenía ojos grises, amables que parecían sinceramente preocupados por mí.

—Amo, ¿la joven estará bien?—, preguntó.

—Sí, James—, Tremayne dijo mientras sostenía el vaso de agua en mis labios. —Beba.

Bebí. El agua estaba fría y me di cuenta de que era agua de botella, no del grifo.

Seguía sin acostumbrarme a que los vampiros me atendieran o mezclaran su mente cada vez que me desmayaba por una lectura.

Le entregué el vaso vacío a Tremayne, él se lo devolvió a James.

—Gracias, James. Puedes irte.

Ante las palabras de Tremayne, el sirviente humano, James, hizo una leve reverencia y salió.

Tremayne me miró ansiosamente. Todo seguía en mi cabeza, y quería

sacarlo.

—Se volteó hacia un sonido, creo—, empecé. —Estaba asombrada, podía sentir su tensión, y había alguien. Alguien de negro. Un hombre que cae —¿algo así?—. Lo dije como pregunta, porque no estaba segura y mi agotado cerebro trataba de decirme que estaba dejando algo de lado. Pero ¿qué? —Vi la ballesta en sus manos—. Hice una pausa. —Le dispararon en el corazón.

—Vino de arriba, entonces—, dijo, en un ronco siseo. —¿Vio otra cosa? ¿Su cara?.

—No—, dije, cerrando los ojos momentáneamente. —Estaba totalmente cubierto, de pie a cabeza en negro. Lo vi arrodillarse sobre ella—¡oh!.

—¿Qué?—, susurró. —¿Qué más vio?.

—Creo que se bebió su sangre—. Fruncí el ceño. Tuve que sacudir la cabeza, eso era totalmente desagradable.

—¿Qué fue?—, preguntó Tremayne cuando notó mi expresión.

—La bebió de la herida de su pecho—. Temblé ante el pensamiento.

Tremayne se irguió totalmente. Con los ojos centelleantes, bramó una palabra que nunca antes había oído. Solamente sabía que era otro idioma. Rabia es una palabra muy suave para describir la emoción que lo recorría en ese momento. Parecía que podía matar a alguien con sus manos. No me gustaba ser la única persona —humana— en la habitación con él. Quería derretirme en el sofá y volverme una diminuta mota de polvo.

—Lo lamento—, apenas susurré, como si fuera la causa de todo.

Sus grandes manos se convirtieron en puños, parecían martillos colgados a sus lados. Respiró profundamente, exhalaba de forma temblorosa. Sus hombros iban de arriba abajo, su espalda de expandía y contraía. Los hombros relajados, levantó la cabeza —su cabello dorado caía como agua al sol, formando ondas por su espalda. Dejó salir una exhalación y otra palabra, en ese otro idioma.

Lentamente, bajó su mirada a mí y me dejó sin aliento. —No tiene que disculparse, señorita Strong—, dijo, con voz amable. —Usted ha descrito correctamente la condición de Letitia cuando la encontré. A su corazón le *habían* drenado la sangre. No le había dicho esto a nadie. A nadie—, repitió. —Ni a Nicolas.

Pasé la prueba de fuego. Estrellita dorada para mí.

—¿No sería demasiada sangre para beber?—, pregunté, un poco asombrada, recordando por biología que un cuerpo humano contiene cuatro litros de sangre (fue en un examen de biología y retuve esa información por alguna extraña razón). Me pregunté si un vampiro tenía la misma cantidad.

—En realidad, no—, dijo, mirándome. —Un vampiro tiene mucha menos sangre de la que podría pensar. A diario, podemos resistir con medio litro a poco

menos de dos litros—. Parpadeé ante su explicación. —Depende de nuestras actividades, durante las horas de vigilia. Y se evacúa a través del sistema a diario.

—Ya veo—. Y ahora sabía por qué los vampiros tenían sus propios baños. Me imagino que todo debía terminar en algún lado.

—Hay reservorios en el corazón, estómago, cerebro y órganos sexuales—, siguió. —El del corazón es el más grande. El estómago la envía a varios lugares, según se necesite, pero el corazón sería el primer lugar para desangrar a un vampiro.

Se me hacía difícil no hacer muecas con su explicación clínica y detallada. Sin embargo, tenía otra pregunta, y pensé que era mejor hacerla antes de que se me escapara. —¿Un vampiro bebería la sangre de otro vampiro?.

—No. No para alimentarse—. Se volteó y se alejó. —Solamente lo hacemos cuando queremos controlar un vampiro más débil, o cuando uno está mortalmente herido —las dos cosas que ha presenciado esta noche, señorita Strong—. Sus movimientos eran inhumanos. Líquido. En un momento estaba a mi lado, al siguiente, estaba a metros de mí. —No—, lo dijo más suavemente. —Un vampiro no ganaría nada si bebiera grandes cantidades de sangre de otro vampiro.

—¿Qué tal un humano?—. Recordé que Toby me había dicho esa primera mañana que la sangre de vampiro podía drogar a una persona.

—Posiblemente—, dijo, girando la cabeza para mirarme. —De vez en cuando oímos que se vende sangre de vampiro en la calle. Los humanos se drogan con sangre de vampiro. Es breve, pero intenso. Sin embargo, beber mucha sangre de vampiro puede convertir a una persona.

—¿De verdad? ¿Cuánto es mucho?.

—Tiene más que ver con ingerir en noches consecutivas, así como la cantidad—. Hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Es posible que se llevara algo en una jeringa? ¿O que de alguna manera lo metiera en un envase?.

—Lo siento, no vi nada parecido. La visión simplemente terminó—. Me reacomodé, y balanceé las piernas al borde del sofá y me senté momentáneamente, esperando que se me pasaran las vueltas de la cabeza. —Me gustaría haber podido ver más.

—Lo ha hecho bien, Sabrina—. Su voz tenía un pequeño efecto. Se aclaró la garganta. —Nuestro asesino es más astuto de lo que había previsto—. Se volteó y quedó frente a mí. Juntó la punta de sus dedos y los llevó a sus labios, como si fuera a rezar. Se quedó profundamente pensativo un momento. No lo interrumpí. —Tengo el tornillo—, dijo. —Le pediré que lo toque, para ver si le

ayuda a identificarlo.

—No lo tocaré—, sintiéndome muy nerviosa otra vez. Encontré mis guantes al lado de la mesa de centro y me los puse, estirando y cerrando las manos, sintiendo que el material se ajustaba a mis dedos y nudillos. Con la protección en su sitio, me invadió el alivio.

—¿Por qué?—. Me lanzó una mirada dura, de crítica.

—Se me dará la información más inmediata —de cuando entró en el cuerpo de una persona.

—Bien, entonces—. Avanzó hacia mí, luego me extendió su extraña mano. La tomé, me alegré de haberme puesto mis guantes de nuevo, y me ayudó a levantarme.

Sostenía un sobre delante de mí.

—El dinero que le prometí—, dijo.

Llevando la mirada de nuevo hacia él, tomé el sobre y resistí el impulso de abrirlo de inmediato. Mi mente lo había gastado en un milisegundo antes de que mis planes se vieran interrumpidos por la aterciopelada profunda voz de Tremayne.

—Sabrina, le pagaré 100,000 dólares más si me revela quién es el asesino.

Creo que mi quijada se cayó al suelo al oír eso. Todos mis problemas de dinero se resolverían en un santiamén —para los años que venían. Posiblemente la vida entera si no lo gastaba en nada loco.

—No puedo prometerle—, dije finalmente. —Nunca sé si lo que voy a ver son emociones, o una cara o lo que vi adentro—. Moví la mano, para indicar que me refería al penthouse de Letitia. —Además, tampoco sé si es pasado, presente o futuro.

Me devolvió su mirada verde azulada. —No obstante, ¿tenemos un trato? Mi promesa es firme. Usted me revela su identidad, yo le pago. Pero quiero que me prometa algo a cambio.

Hice una pausa. Se desvanecieron los pensamientos de riqueza repentina. Sabía que habría algo. —¿Qué?.

—Siga—conmigo— en mi alianza. Le permitiré ir y venir como desee.

Se me secó la boca. ¿Qué me estaba diciendo? ¿Ir y venir como quisiera? ¿Acaso no lo hacía ya? ¿Y qué quería decir con lo de quedarme en su alianza? ¿Quería decir su empresa? Ya trabajaba para él.

Me preocupó que tuviera otros planes para mí que no tenían nada que ver mis talentos de clarividente.

—Creo que no entiendo lo que quiere decir—, me apuré en decir.

Pasándose una mano sobre su gruesa melena para sacarla de su cara, se enderezó. Me clavó los ojos. De un momento a otro, me olvidé de qué se trataba

la conversación. Es una rara sensación que un vampiro tenga tu mente en blanco, y aunque me di cuenta, no tenía voluntad para protestar.

—Tengo hambre. ¿Tiene hambre?—, preguntó.

—Sí, un poco—, dije, insegura.

—¿Qué le gustaría?—, preguntó, deslizándose por el penthouse con pies silenciosos. Un hombre de su tamaño hubiera hecho temblar el piso con cada paso. Pero él no. —¿Langosta? ¿Tal vez un rico bistec de solomillo?.

De repente, me di cuenta de que tenía hambre. El sándwich de mantequilla de maní que había comido antes ya no estaba. Su mención de comida saboteó mi deseo de largarme de ahí. Maldita sea. ¿Pudo haber puesto eso en mi mente también? Probablemente.

Salimos de su penthouse, y fuimos directo al elevador. Entramos, tomamos nuestras respectivas posiciones uno frente al otro, otra vez.

Empezamos a bajar cuando tuve un momento en blanco. Supe que debí tener una visión residual porque ahora estaba contra él, casi si estuviéramos bailando, pero seguíamos en el elevador.

—¿Está bien?—, su voz profunda vibró en mis oídos, y contra mis palmas.

Volví de golpe. Parpadeé hacia él, me di cuenta de que mis manos estaban en su pecho. Retiré las manos y traté de retroceder, pero me tenía agarrada. Nuestros ojos se encontraron unos segundos más. Mis dedos memorizaron esos contornos musculosos.

—¿Qué?—. Estaba terriblemente confundida.

—Dijo algo sobre una bolsa negra.

—¿Sí? ¿Ahora?—. Traté de soltarme, pero me acercó más.

—Sí.

—¿Dónde?.

—No sé—, dijo con voz frustrada.

—El garaje—, dije, entrecerrando los ojos, el entorno iba y venía. —Fue ahí donde Solange sacó su ropa y la ballesta. Busquen en el garaje, al lado de un poste eléctrico, cerca de donde la encontraron.

—¿Solange?.

—La mujer gato. Así se llama. Miren ahí y encontrarán la bolsa negra.

CAPÍTULO TRECE

El cartel de Placeres Terrenales ocupó toda mi visión mientras dudaba. Iba a cenar con un vampiro. De nuevo, me sentaría y comería mientras Tremayne bebería de una copa de algún vino, y yo sabría muy bien que era sangre. Maldita sea. Quería irme a casa. Pero necesitaba que me llevaran de vuelta. ¿Me permitiría retirarme, ahora?

Tremayne se volteó y me miró.

—¿Qué pasa?—, preguntó, frunciendo el ceño.

—No tengo hambre en realidad.

—Yo creo que sí—, me dijo. mirando su reloj. —¡Tiene que tener hambre! Estoy seguro de que han pasado horas desde que comió.

Dudé.

—¿Qué pasa?—

No pude expresar mis pensamientos.

—Sabrina, le guste o no, ahora es parte de mi grupo. Lo que le pido, a partir de ahora, lo hará sin preguntar.

Fruncí el ceño. —¿O sea que ahora soy su propiedad porque me pagó?.

Las personas a nuestro alrededor escuchaban nuestra discusión con asombro. No sabía si eran humanos o vampiros, y en ese momento no me importaba.

—No—, dijo, con una frialdad severa en los ojos, que repentinamente se habían vuelto más grises que azules. Bajó la voz e inclinó su cabeza hacia mí. —Usted es una poderosa clarividente. Caramba, ¿cree que soy el único vampiro en el estado —en todo el país, tal vez de todo el mundo— que la ha estado buscando? Y ahí estaba usted, en mi grupo. Nicolas aprovechó el momento para contratarla porque si no lo hacía, otro la hubiera contratado.

Quedé asombrada por sus palabras. —¿Qué dice? ¡Respondí un anuncio del periódico!.

—Claro—, dijo. —Crea lo que quiera creer. Otro enclave de vampiros la hubiera buscado y créame, de todos los otros vampiros hambrientos de poder con los que pudo haber terminado, no soy el peor. Al menos, yo le ofrecí un salario, por adelantado —contó con los dedos— le di libertad de ir y venir como quisiera, beneficios, hasta le ofrecí las ventajas habituales que solamente mi entorno tiene.

—Oh, sí, me encantan las ventajas—, dije, doblando los brazos. —No puedo irme cuando quiera. Vaya ventaja.

—¿Irse?.

—Irme a casa—, aclaré.

—¿Casa?—, repitió. —Necesito aclarar algunas cosas antes de que vaya a casa, cariño.

—¿Cómo qué?—. Estábamos teniendo un acalorado debate en medio del centro comercial. Las personas que pasaban con bolsas de compra en las manos nos miraban con asombro. Solamente podía suponer lo que pensaban. Cinco o cuatro muchachas pasaron a nuestro lado riendo, se dirigían al restaurante. No pude evitar darme cuenta de que miraban a Tremayne lascivamente. Estaban muy bien arregladas y eran lindas. Tremayne no hizo contacto visual alguno con ella. Su atención estaba en mí.

—Vasyl la mordió y ahora la llama, y eso me preocupa más que nada ahora —, dijo, con un gesto de impaciencia. —Entremos. Tengo mi propia habitación privada. Debemos hablar de esto.

Debí haber quedado estupefacta por la mención a Vasyl, salvo por sus últimas palabras. En toda mi prisa por salir me había olvidado que necesitaba que me ayudara a encontrar a Vasyl —o al menos a tratar de recuperar a Jeanie. ¿Cómo iba a hacerle frente a un peligroso vampiro —loco— y exigir la liberación de mi amiga sin que otros vampiros me apoyaran? Vaya que a veces era tonta.

El sonido de una música nos interrumpió. El celular de Tremayne estaba en su mano y lo respondió rápidamente y caminó hacia la entrada de Placeres Terrenales. Me apuré para alcanzarlo. Tremayne tenía el celular en la oreja y ladraba órdenes para que alguien bajara al garaje y buscara una bolsa negra.

La misma mesera de la noche anterior divisó a Tremayne y tomó un menú —el de los humanos.

—Señor Tremayne, encantada de tenerlo esta noche—, dijo la mesera, tratándolo con voz ronca mientras salía de su pequeña cabina, pero se quedó sin aliento pues debió trotar para mantener nuestro ritmo. —¿Su invitada de esta noche es humana?—, preguntó innecesariamente, mientras me lanzaba una pequeña mueca y se alejaba de mí como una velocista.

—Sí—, dijo, deslizando su teléfono de vuelta a su lugar en su cinturón, sus largas zancadas lo habían alejado de nosotras.

—Su habitación habitual está lista—, casi gritó, mientras nos guio a la zona de cena, Tremayne ya estaba casi al final de la habitación, ignorándola. Su paso era tranquilo y suave. Depredador. Todos los ojos del lugar nos seguían —bueno, a él. Yo era el aderezo. Probablemente pensaban que era su más reciente donante. Que pensaran lo que quisieran. Por supuesto, siendo Tremayne quien era, con lo alto que era hubiera destacado en cualquier multitud, aunque fuera

solamente por su tamaño.

Un público mezclado ese día. Algunas mesas tenían solamente vampiros, y otras tenían solamente humanos. Pero en otros lugares, humanos y vampiros compartían una mesa. Supuse que podían ser citas con donantes, o algo por ahí. Debía aprender y entender mucho sobre vampiros modernos. Esa noche estaba aprendiendo.

Nos paramos al lado de una mesa rodeada por cinco muchachas —las mismas que nos pasaron en el pasillo. Sus ojos siguieron el avance de Tremayne. Todas tenían reveladores vestidos con diseños serpenteantes, o algo que revelaba dramáticamente su cuello y escote. Sus risitas sonaban como tintineos de campanitas al viento, mientras entrábamos.

Para mí, parecían mujeres de escolta que esperaban anotarse un punto. Pero los oscuros círculos debajo de sus ojos y claras marcas en su cuello me decían otra cosa. *Donantes.*

Las miré, y una me devolvió la mirada directamente a los ojos. Avergonzada, bajé la vista y caminé más rápido.

Para entonces, la mesera ya había alcanzado a Tremayne y le abría la cortina a la habitación privada, y luego me permitió entrar. Luego, Tremayne se sumergió. La mesa era como las demás mesas de otros restaurantes, pero más grandes y la silla de Tremayne parecía más un trono de madera tallada; más pesada que las otras sillas, con brazos y respaldar alto, acolchado con terciopelo rojo. *Solamente lo mejor para el vampiro amo de su imperio.* Pero cuando se sentó, me di cuenta de que ninguna silla común y corriente contendría su enorme cuerpo. Se le vería ridículo en una silla de tamaño normal. Parecía más un atleta moderno que era muy alto, muy grande para los muebles comunes —o la ropa.

Sin embargo, lo más raro de la habitación era un banco acolchado que rodeaba tres paredes. Cojines de terciopelo rojo, muchas almohadas dorados, negras y carmesí de todos los tamaños, formas y diseños revestían este largo sillón. Parecía decorativa e inofensivamente agradable.

Pero, como con toda nueva habitación a la que entraba, mi cerebro me alimentaba con visiones de lo que revelaba continuamente. Vi mujeres apoltronadas en estas almohadas, con sonrisas en los labios, y expresiones de alegría en sus rostros. La visión se desvaneció casi tan pronto como llegó. Tuve que sacudir la cabeza para despejar mi repentino mareo.

—Lo atenderán en un momento—, dijo la mesera mientras estiraba el menú delante de mí. Se volteó hacia Tremayne y se inclinó. —Cuando esté listo, las ofrendas lo esperan—, dijo en voz baja a Tremayne. Luego, con un giro gracioso, salió.

Tremayne se inclinó sobre la mesa y dijo:

—Pida lo que quiera. Quiero que disfrute.

Si, con la compañía presente —no va a ocurrir.

Abrí el menú.

Al poco rato, un joven con pelo negro se deslizó hacia nuestra mesa. Me quedé asombrada de ver a Steve. —Hola. Mi nombre es Steve, y los atenderé esta noche, señor Tremayne y señorita Strong. ¿Puedo tomar su orden, por favor?—, dijo con una reverencia, mostrando a Tremayne el mayor respeto.

—Tome primero la orden de la dama—, le dijo Tremayne, y levantó su enorme mano hacia mí. —Tomaré mi banquete en un momento.

—Muy bien, mi señor—, respondió Steve.

—Hola, Steve—, dije. Steve me lanzó una mirada de costado. Sus movimientos para llenar los vasos de agua estaban bien coreografiados, pero me di cuenta de que las manos le temblaban un poco. ¿Nervioso?

—Buenas noches, señorita Strong, ¿puedo sugerirle nuestras costillas? Es el especial de la casa esta noche. Los demás humanos me dicen que son deliciosas —, recomendó Steve.

—¿Costillas?—, dije y arrugué la nariz con la idea de un trozo raro de carne flotando en jugos rojos. Entonces capté las cejas arqueadas de Tremayne.

—Bueno, pero bien cocidas—, dije, doblando el menú para cerrarlo. Le di el resto de mi pedido —ensalada con salsa de frambuesa con arroz, sin papa y, por qué no, un borgoña.

Steve se volteó hacia Tremayne. —¿Real Red para usted esta noche, mi señor?.

—Ahora no—, dijo, levantando los dedos del brazo de su silla para indicarle que saliera, la otra mano presionaba su mejilla, el codo descansaba en el otro brazo de la silla, con los ojos ardiendo hacia mí.

Debí haberme sentido aliviada de que no pidiera nada, pero por alguna razón no lo estaba. Tenía que ver con la visión que tuve cuando entramos a su comedor privado. Tenía una extraña sensación en el borde del estómago de que lo iba a presenciar —lo que fuera que realmente pasó en esta habitación.

Steve se llevó el menú y se fue. Pero al salir, dejó caer y cerró las cortinas de la habitación.

—¿Conoce a Steve?—. preguntó, sus ojos me miraban con algo de suspicacia.

—Eh, sí. Estaba con Nicolas la primera vez que lo vi.

Sus ojos se alejaron de mí, pensativos. —Ya veo. Debe haber querido mantenerlo cerca—, dijo distraídamente. —Es un novato—. Sacudió una mano desdeñosa.

Suave música interrumpida por el distante entrechocar de vajillas y

cubiertos de plata, las idas y venidas de conversación en algún lugar fuera de nuestro pequeño mundo, los únicos otros sonidos. Eso, y posiblemente mis rodillas chocando y mi corazón galopando. Sin duda. Tremayne también podía oír eso.

—Hablé con Nicolas hace un momento—, me informó Tremayne, saliendo de su expresión distraída.

—¿Sí?—. Me estiré hacia la copa de agua. Tomé un par de sorbos, deseando que fuera vino.

—Terminaron de interrogar a la mujer. Se llama Solange —como usted dijo. Es de Los Ángeles, y como usted detectó tan brillantemente con sus poderes —es de los que cambian. Se transformó en gato para poder entrar al garaje.

Asentí. Tragué y volví poner la copa en su sitio. —¿Qué hay de la bolsa?.

—Leif y Darla han ido a buscarla—. Dijo rápidamente:

—No le apuntaba a Heath, por cierto. Le apuntaba a usted.

Impactada, lo miré con la boca abierta. —¿Qué? ¿A mí?.

Tremayne tamborileó con los dedos de su mano libre en el brazo de la silla. —Sí. Mi suposición es que nuestro asesino sabe de usted y la quiere fuera del camino. Usted es la única que puede identificarlo con sus poderes de clarividente —. Se acomodó en su silla, mirándome fijamente. —De todas maneras, me han informado que a Solange la mordieron. Mi suposición es que un vampiro solitario está detrás de esto—. Su mirada se alejó de mí, con aspecto pensativo.

—Pensé que habíamos acordado que el asesino era humano.

—Quien disparó a Letitia, sí. Pero la mente maestra detrás de esto debe ser un vampiro. Un humano no puede quedar hipnotizado al punto de matar a otra persona, a menos que ya fuera un asesino. No. Estaba con la seducción de un vampiro. De cualquier manera, hemos identificado a nuestra pequeña atacante como Solange LaPrima. Es de Los Ángeles, es todo lo que sabemos. Le hemos borrado la mente de todo lo demás.

—¿Está diciendo que un vampiro la mordió y la mandó acá?.

—Sí, la mandó acá para matarla—. Entrecerró los ojos. —No me gusta que supieran dónde encontrarla. O cómo reconocerla—. Dejó salir un suspiro cansado. —Detesto las guerras territoriales. Pero no tengo idea de quién está detrás de todo esto. Por eso la he contratado, Sabrina.

Maravilloso. No tenía idea de que los vampiros tenían guerras. *¿Dónde estaba ese maldito vino?* Levanté la copa con mano temblorosa. Tomé más agua.

Tremayne se inclinó hacia adelante. —Le sugeriría que se quedara aquí, pero como nuestro asesino conoce las entradas y salidas de este edificio tan bien como yo, sería una mala idea.

—De acuerdo—. El corazón me golpeteaba enfurecido. Miré las cortinas cerradas. *¿Dónde está Steve con mi vino?*

—Por lo tanto, le pondré un guardaespaldas. Alguien que pueda estar con usted día y noche.

—¿Quién?—. No me entusiasmaba el pensamiento de tener a alguien como una sombra en todos mis movimientos. —¿No Nicolas?.

—No. Nicolas no—. Colocó una mano enorme en la mesa. Mis ojos se fueron hacia allá, como si fuera una parte exótica de su cuerpo. Perfecta, parecía esculpida en mármol por el escultor más fino. Levanté la mirada hasta llegar a sus cansados ojos.

—Sabrina. Entienda, usted no es una donante—, dijo con voz más baja. —Usted es super sensible. Si no fuera tan especial, no impediría que Nicolas la tomara como suya. ¿Usted entiende que para un vampiro la necesidad de sangre y sexo es la misma?.

—Sí—. Todo mi cuerpo tembló.

—Algunos no podemos separarlos. Pero sepa algo, Sabrina; nunca confundo una cena con un polvo. Si quiero alimentarme, me alimento. Si quiero tirar, tiro—. Golpeaba la mesa con el dedo para aclarar lo que decía. Sonaba como si martillara un clavo.

Asombrada, la cara se me llenó de calor ante su franqueza. Sus ojos ansiosos, como fríos océanos gemelos que querían inundarme. Me obligué a mirar hacia abajo.

—Sabrina. Míreme.

Dejé salir un indefenso gemido mientras lo combatía, pero al final, ganó y no pude evitar levantar la mirada. Tenía ojos inundados. Quería irme, pero no podía moverme. De verdad, *de verdad* no podía mover ningún músculo para levantarme de esa silla. Era como si me hubiera amarrado.

—Yo soy el amo de todos los vampiros de mi grupo. Esto incluye a todo el este de Estados Unidos. Tengo la primera opción. Y yo la quiero a *usted*—, dijo calmado, casi desapasionado. —No por sangre. Aunque me gustaría una muestra, por supuesto.

La garganta se me cerró. Tomé la copa de agua de nuevo y sorbí frío alivio. Pero solamente me alivió la garganta seca, no mi incomodidad referida al vampiro delante de mí. Las piernas seguían sin responderme.

—No se sorprenda, Sabrina—. Sonrió, hizo un sonido medio feroz, medio por lo bajo.

Quería saltar y salir corriendo de ahí. Debí haber gritado, o arrojarle el agua a la cara. Algo. Pero no pude. Me encontré inerme en el regazo de su glamur. Era como si tuviera un diapasón dentro de mí y hubiera dado la nota *justa*, y yo

estaba tarareando. Una tibia oleada de placer me estremeció, me hizo estremecer, y se convirtió en una deliciosa pulsación entre mis piernas, lo que me asombró.

¿Qué diablos?

Lo miré, indefensa y sin aliento, tratando de dar una respuesta o un insulto, pero no se me ocurrió nada.

Se sentó ligeramente hacia atrás, y vi que algo abandonaba su cara, toda la determinación, o simplemente *algo* salió. Además, sus ojos parecían diferentes. Y su seducción se levantó como si nunca hubiera estado. Sí. Era un vampiro peligrosamente poderoso si todo lo que debía hacer era mirarme y, *bum*, quería ser su perra. Debí haberle devuelto el cheque, pero necesitaba el dinero.

Finalmente, las palabras llegaron. También la rabia. Temblé sentada ahí moviendo la boca. —No trabajaré con alguien que quiere controlarme. Menos así.

—Es bueno saberlo, Sabrina—, dijo, su tono había adoptado una calidad más ligera, pero leí la mirada de resignada tolerancia, y sarcasmo en la sonrisa. —Como la ha mordido Vasyl, y él la ha estado llamando, necesita saber exactamente a qué se enfrenta. Debía enseñarle lo que *yo* puedo hacer. Como yo, Vasyl es un amo, igual de fuerte. Y no la va dejar ir si usted va a él.

—¡Pero tiene a Jeanie!—

—¡Lo sé!—, gruñó. —La llevó porque usted ignoró su llamada. Esa mordida debe arder mucho—. Asintió mirando mi brazo. —Me sorprende que no haya entrado a su habitación para tomarla a la fuerza y morderla. La invitación debe haberse desgastado, o cambiado porque usted no lo invitó originalmente a entrar.

Resoplé ante sus cortantes palabras. Frustrada, solté:

—¿Quién diablos es?.

—No es como ningún vampiro que conozco.

—¿Por qué?.

—Es—— resopló antes de decir lo que iba a decir. —Es *religioso*—. Lo dijo como si la sola idea fuera detestable.

—¿Un vampiro religioso?—, dije con la voz plana, incrédula.

—Sí, eso. He oído que usa crucifijos. De todos modos, no obedece nuestras reglas; las desafía —hasta donde puede llegar, en verdad.

—¿Crucifijos? ¿Un vampiro?.

—Sí. O eso me han dicho.

—Vaya—. Miré hacia la mesa, tratando de entender lo que acababa de oír.

—Los más probable es que esté buscando a la sibila——, y sus palabras quedaron interrumpidas cuando Steve atravesó las cortinas en ese preciso momento con mi comida y —*¡gracias!*— mi copa de vino. Qué oportuno, casi

quise besarlo—*no*.

Miré al plato de comida cuando lo colocó delante de mí. Se veía menos apetecible de lo que había pensado cuando ordené. Eché un vistazo a la canasta de pan humeante y el trozo de mantequilla y me lancé encima de inmediato.

—¿Algo para usted, amo?—. Steve se inclinó.

—Sí—, dijo Tremayne con una curva rara en los labios. —Trae a mis discípulas. A todas.

—Por supuesto, amo—. Steve me lanzó una mirada incómoda, hizo una reverencia y salió de la habitación.

Le hinqué el diente a la comida, sin saber exactamente qué estaba a punto de ocurrir y, como no quería tener hambre el resto de la noche, tragué un poco de todo y sorbí vino entre bocados. Me sorprendió que me gustara la costilla, no estaba tan rara. Nunca antes la había probado. *¡Tal vez lo comería más seguido!*

Miré a Tremayne al tomar un largo sorbo de vino. Estaba desatándose la corbata, luego se la sacó completamente. La dobló con cuidado, la puso en la mesa delante de él, y me recordó el ritual con que se desvistió Nicolas esa noche antes de morder a Steve en el ritual de sangre. Detuve un trozo de costilla cuando tenía abiertos tres o cuatro botones. Eso revelaba mucho pelo en pecho que desaparecía seductoramente detrás del resto de la camisa. Casi podía verlo como un guerrero vikingo, blandiendo un palo o una ancha espada. Elegante, como un pirata donde todo era sobre él y lo que él quería —tesoros y mujeres.

—¿Qué hace? ¿Striptease?—. Lo dije antes de darme cuenta de que había salido de mi boca. Se rio oscuramente, como si supiera que haría que mis sentidos volvieran a tambalear.

—Creo que lo disfruta—, dijo, con una mueca. Se paró, empujó su silla hacia atrás un poquito, como si necesitara el espacio. —Lo que está a punto de ver es algo especial, Sabrina. No permito que los humanos vean esto. Solamente los elegidos comparten esto conmigo.

Advertida, tomé la copa de vino y di otro buen trago, comí otro trozo de pan —después de pasarlo por mi plato de jugos de carne. Viniera lo que viniera, solamente podía adivinar, tras ver la visión de mujeres de espaldas, como si estuvieran en los estertores de algún éxtasis causado por la mordida de Tremayne.

Un mano apartó la cortina, y cinco mujeres entraron sin prisa, con una leve reverencia hacia él. Tremayne saludó a cada una mientras iban entrando, una por una. —Celeste, Jessica, Jasmine, Ashley, Chastity. Buenas noches.

Cuando pasaron a su lado, me lanzaron miradas como si fuera una competencia. Los ojos de una de las mujeres se quedaron con los míos. Esta vez no aparté los ojos. Podía sentir el calor de su mirada, como si quisiera herirme.

Respiré y exhalé firmemente. Podía seguirle el juego de las miradas también. Finalmente, se encogió y su mirada fue a mis manos. Los guantes. Sus ojos volvieron a mi cara, y miró para otro lado. Tal vez se dio cuenta de repente quién era yo. Estaba en el nivel más alto del círculo íntimo de Tremayne. No era una simple donante como ella.

—¿Señoritas?.

Las cinco voltearon hacia él.

Un escalofrío me recorrió.

Las mujeres formaron un círculo alrededor de Tremayne. Esperaban. Los ojos de Tremayne se suavizaron. Dio una vuelta completa en el círculo. Luego se agachó hacia una —rubia con reflejos rojos— y la tomó por el mentón con ambas manos.

Como si un mandato silencioso recorriera a las otras cuatro, todas se acercaron silenciosamente al diván y se acomodaron ahí; largas piernas esbeltas, los ojos expectantes sobre Tremayne y la chica que había elegido.

Incapaz de nada, me quedé mirando también. El estómago me dio una vuelta cuando se paró detrás de la chica, que nos miraba a las demás. Su cabeza colgó hacia atrás, a las manos de él, sus grandes dedos se deslizaban por esa abundante cabellera dorada.

Tremayne tenía los ojos cerrados, los labios curvados hacia atrás y luego abrió la boca, y vi los colmillos que crecían de su boca. Grandes. Puntiagudos. Mortales. Me senté embelesada. No me hubiera podido mover, aunque hubiera querido, y era gracioso, pero no podía saber si estaba simplemente hipnotizada por Tremayne o por lo que estaba a punto de hacerle a la chica. Era como saber que dos autos iban a chocar, pero debía seguir viendo todo su esplendoroso horror.

Ronroneó desde el fondo de la garganta, sostuvo la cabeza contra su pecho. Inclinó la cabeza, y vi su lengua deslizarse desde el hombro de ella y subir por la columna de su cuello, dementemente despacio. Los ojos de la mujer estaban abiertos cuando dejó salir un jadeo estremecedor, expectante, como si los dedos de sus pies estuvieran en el borde de un trampolín, esperando que alguien diga —salta.

La cabeza de Tremayne se fue hacia atrás, con los ojos cerrados, como si estuviera disfrutando prolongar su dura experiencia por alguna razón.

Entonces ocurrió. Su cuello se arqueó. Con los ojos llenos de un hechizo persistente, rojizo. Con los colmillos totalmente expuestos, atravesó su blanco y delicado cuello expuesto.

La habitación se llenó con el chillido de la chica y el gruñido de Tremayne.

Le retiró los colmillos casi al momento en que la atravesó. Riachuelos rojos

gemelos corrieron por el cuello de la muchacha, hasta que él los lamió desde atrás con una lengua grande, como de gato —nunca lamió la herida, la dejó fluir y la lamió. La muchacha se puso tiesa contra él, con un delicado jadeo, incapaz de hacer nada, salvo sacudirse y gruñir en sus brazos mientras él lamía su sangre.

Finalmente. tras unos minutos, las heridas se cerraron. Sentí olas que me recorrieron mientras veía a la muchacha apagarse en los brazos masculinos como si fuera una delicada flor. Tremayne la colocó suavemente en un lugar vacío del diván al otro lado de la habitación.

Un pánico abrumador me sostenía. Extendió la mano a las otras cuatro chicas, de manera acogedora. Yo no podía hablar, no me podía mover. Pero lo quería. Quería gritar con todos mis pulmones *ALTO*.

—Jasmine—, dijo.

Sin dudar, la preciosa y diminuta muchacha oriental fue hacia él. Lo mismo ocurrió; se inclinó y lamió su delgado cuello. Ella gimió un poco más excitada que la anterior, como si le hubiera perforado la piel, y no había sido así —todavía. Cuando ocurrió, ella dejó salir un grito. y luego todo su cuerpo empezó a convulsionar violentamente mientras él lamía la sangre que goteaba por su cuello de porcelana. Él deslizó una mano por el vestido, la llevó a la entrepierna, y la hizo tambalearse un poco más. Tuve que cerrar los ojos ante esta perversión. Era como ver a dos personas en la privacidad de su habitación.

Cuando acabó con ella, la acomodó en el sillón al lado de la primera muchacha. Las dos tenían expresiones raras en la cara, como si hubieran tenido la mejor experiencia sexual de su vida, pero era más que eso y yo simplemente no lo entendía.

Eligio a la tercera de la misma manera.

Quería irme —desvanecerme en el aire. Pero no me podía mover. Era como si me hubieran atado a la silla —o si siguiera atada. Estaba obligada a mirar este acto repulsivo, mirarlo como si me hicieran ver una película porno una y otra y otra vez. Supe entonces que Tremayne me estaba mandando como estaba mandando a las otras muchachas en la habitación. Debía admirar su capacidad para hacer varias cosas a la vez.

Cuando terminó con la tercera, y la dejó en el diván, esperaba que tomara a la cuarta muchacha e hiciera lo mismo. Pero no. En cambio, se tomó la camisa abierta y la rompió; la dejó caer de sus hombros al suelo. Con la cabeza atrás, la boca abierta, dejó salir un rugido primitivo. Me dio un susto de muerte, y me imaginé que los demás en el restaurante habían corrido a esconderse.

Y luego ocurrió lo más extraordinario. Venas invisibles debajo de su piel iridiscente se oscurecieron repentinamente, como si se llenaran de sangre de las donantes. Cada vena serpenteó y recorrió sus brazos, su pecho y su cuello —por

todos lados. Luego su piel se volvió de negra a blanca, y empezó a brillar, como si se hubiera tragado la luna. La luz emanó de él, como una bombilla de pocos vatios, y luego se intensificó brevemente, tan brillante que tuve que retirar la vista. Después de unos segundos, cuando la luz se desvaneció, volví a mirar. Volvía a aparecer normal. Blanco vampiro con una tonalidad rosada. También parecía más robusto, si fuera posible.

Casi como... un dios.

Las emociones me inundaban. Las lágrimas me caían por los ojos como si hubiera presenciado un milagro. Como ver una puesta de sol gloriosa, inusual y hermosa, o un hermoso doble arcoíris, que me *tocaba* de manera significativa, cargada de emociones.

Por más que quisiera creer que solamente me había encandilado, el cerebro me decía que esto era real. Había presenciado algo que había ocurrido desde el comienzo. Algo prehistórico, en verdad. Los vampiros habían estado con el hombre a lo largo del tiempo, y él quería que yo lo viera para que supiera y entendiera quién y qué era —por eso me había hecho ir a esta habitación.

Mientras estaba en esta seducción emocional, las dos chicas que no había elegido saltaron, avanzaron y cayeron a sus pies.

Me senté totalmente asombrada, preguntándome qué hacían.

Con la cara relajada, los ojos de Tremayne' se deslizaron hacia mí. Con las manos colgadas a sus costados, ahora con jadeos desesperados por las dos muchachas en frenesí a sus pies. Le besaron las manos y dijeron:

—Vives, vives, vives... tómanos. ¡tómanos ahora!—, continuamente como un cántico.

—Sabrina—, dijo en tono bajo Tremayne, pero lo oí por encima del cántico de las mujeres. —Ha presenciado la bendición. La sangre de mis discípulas ahora corre por mis venas—. Acercó a las muchachas a sus pies, y las envolvió con grandes brazos. Ellas giraron como si fueran una, y avanzaron a la abertura.

—Que tenga buenas noches—, me dijo por encima del hombro.

CAPÍTULO CATORCE

Paralizada hasta la médula, me senté mientras un azafate con copas de jugo de naranja se abría y las repartía entre las tres muchachas que habían quedado tumbadas después del resplandor.

No sabía cuánto rato estuve sentada cuando las cortinas se volvieron a levantar.

Miré hacia allá. Nicolas estaba evaluando la situación. Nuestros ojos se encontraron.

Leif caminaba a su costado, pareció esta momentáneamente estupefacto con lo que veía. —Las muñecas de sangre de Tremayne—, lanzó, luego miró a Nicolas por una respuesta. —No con ella, ¿verdad?—, preguntó, inclinándose hacia Nicolas y hablando en voz baja.

—No, no——. Una expresión afligida cruzó la cara de Nicolas. Su mirada pasó de las tres muchachas a mí. —¿Lo viste?—, preguntó, atónito. Obviamente sabía lo que había ocurrido, porque su mordida probablemente les hacía lo mismo a sus donantes. Podía ver claramente las marcas de mordidas y chorritos de sangre en los cuellos que Tremayne no había lamido. Oh, sí, y la mirada extasiada en sus caras. Mientras yo no tenía ninguna marca delatora.

—Creo que sí—, mascullé. Parándome inestable, pasé a dos de las muchachas que estaban en el sillón. Ciertamente no quería chocarme con ellas, no quería tener ninguna visión ni emoción que saliera de ellas.

—Entonces debes tenerlo realmente impresionado—, dijo Leif, haciéndose a un lado.

Lo miré mientras me acercaba. —¿Qué?.

—Tremayne no te hubiera permitido ver eso a menos que estuviera impresionado contigo y sentido que eras suficientemente digna de confianza—, explicó.

—¿Quieres decir que no todos brillan así cuando muerden a alguien?—, pregunté, mientras empujaba furiosa las cortinas.

Nicolas y Leif se pusieron a mis costados. —No—, respondieron al unísono.

—No somos amos ni tan viejos como él—, explicó Leif con una mueca.

Volví a mirar la habitación. Las emociones que había sentido mientras estuve adentro se habían ido. Me sentí aliviada de estar lejos de ahí.

Seguí a Leif y Nicolas a través del restaurante al atrio, donde Darla se nos unió. Vi una bolsa negra en la mano de Darla.

—¿Es esa la bolsa que encontraron en el garaje?—, le pregunté.

Leif tomó la bolsa que ella tenía y se volteó para mirarme. —Oh, sí. Tremayne nos dijo que la buscáramos. Estaba cerca de donde atacaron a Heath. ¿Por qué? ¿De qué se trata?.

Nicolas pasó de su lugar a mi lado, mirando la bolsa.

—De ahí sacó Solange su ropa y la ballesta—, dije, deslizando mi mirada de uno al otro.

—¿De verdad?—. Me la entregó. —¿Quieres intentarlo? ¿Ver quién se la dejó ahí?.

Lo miré y luego a la bolsa, pero no me acerqué. Vi a Nicolas. Parecía extrañamente callado.

—Si encuentro de quién es, ¿qué le pasará?.

—Depende de si es vampiro o humano—, Nicolas dijo después de unos segundos.

—¿Si es un vampiro?—, pregunté, y miré la expresión de Leif. Por viejo dicho de que las miradas podían matar tuve mi respuesta de inmediato.

—Lo enfrentaremos dentro de nuestras leyes—, dijo Nicolas clínicamente. —Causar la muerte o intentar matar a otro vampiro es un delito muy grave.

—Ojo por ojo—, dijo Darla con desprecio, y luego se lamió los labios como si la idea le hiciera agua la boca. No me importaban mucho los vampiros. Tenían sus propias leyes.

—Entonces, si es humano, ¿estamos todos de acuerdo con que lo interrogarán, limpiarán sus recuerdos, como hicieron con Solange, y luego lo dejarán ir?.

Me miraron en silencio. Finalmente, Nicolas dijo:

—Sí, en tanto sea un humano que esté bajo la seducción de un vampiro.

—Bien—. Me adelanté, me saqué el guante de la mano y avancé para tocar la bolsa de negra de nylon. Contuve el aliento, cerré los ojos y tomé el asa. Dejé salir mi aliento por mis labios separados. Esperé tal vez dos latidos del corazón, y la visión llegó; no era poderosa ni extremadamente dramática. Tuve que retroceder de la escena cuando Leif y Darla la encontraron, a Solange que la había tocado, justo antes de eso.

Entonces, vi lo quería.

Un hombre saca la bolsa de su camión. Su auto es un Honda Accord rojo antiguo, estacionado en el garaje subterráneo. Avanzó rápidamente a una zona oscura cerca de un poste donde nadie se estaciona, y la dejó ahí. Cuando se levantó, vi su cara y supe su nombre.

No lo reconocí, pero su nombre estaba ahí. Abrí los ojos y vi la mirada expectante de los vampiros.

—Se llama Al Brisco. Humano. Creo que trabaja en el hotel, en el lado humano—, dije, y sacudí la cabeza de la visión cuando no se fue inmediatamente. Busqué con la mirada a Nicolas, que me miraba duramente. Con los labios presionados en una línea dura, nos miraba a todos.

—¿Humano? ¿Estás segura?—, dijo Leif, algo decepcionado.

—Sí—, respondí, mientras volví a mirar a Nicolas, y seguí. —Vi la etiqueta con su nombre—.

Un sonido repentino como si alguien embistiera una pared con los puños me hizo saltar. Miré hacia atrás y vi a Leif sacando el puño de un agujero en la pared, mientras pedazos de muro caían al suelo como piedritas. Lo asombroso es que no era una pared de yeso. Era cemento y ladrillos.

—¡Lo mataré!—, gruñó Leif, mientras avanzaba hacia la salida.

—¡No!—, Nicolas era una bruma, que se ponía delante de Leif antes de que alejara. Quedaron uno frente al otro.

—¡Sal de mi camino!—, gruñó Leif, tratando de contenerse, pero Nicolas lo retuvo con su fuerza superior.

—¡No, Leif! Entiendo lo que estás sintiendo. Créeme.

—¡Suéltame!—. Leif luchó contra Nicolas. Su enfrentamiento me hizo retroceder a la pared, donde me sentí relativamente segura en tanto nadie diera puñetazos por ahí.

—¡Leif! ¡Compórtate! ¡Tu hermano está vivo!—, le recordó Nicolas. En un tono más bajo, dijo:

—Te aseguro que el tornillo no iba dirigido a tu hermano. Era para Sabrina.

Bueno, gracias por recordarme que alguien quiere matarme.

La posición dura de Leif se calmó, y exhaló varias veces para calmarse. —Bien—. Sacó sus manos de Nicolas. —Bien. Es humano. Debe tener una razón para hacer esto—. Leif retrocedió unos pasos, alejándose de Nicolas, y enderezó su camisa y chaqueta.

—¿Señorita Strong?—. La voz cerca de alguien me hizo saltar. Con una mano en el pecho, volteé y vi a un hombre vestido de negro parado a medio metro.

—¡Oh, carajo!—, lancé. —¡Me asustaste!—

—Lo siento—, dijo Dante, con una sonrisa perpleja en la cara. —¿Está lista?.

—¿Para qué?—, pregunté algo irritada.

—La voy a llevar a casa.

Me quedé con la boca abierta, incapaz de entender.

—Entonces te diré buenas noches—. Nicolas se paró delante de mí. Era claro que se ponía entre Dante y yo, y lo empujó. Yo estaba completamente

sorprendida y confundida por su repentino interés en mí, mientras antes parecía más enojado que cariñoso conmigo.

Tomando mis manos. dijo:

—Te llamaré. Más tarde—. Hizo una pausa para mirar a Leif. —Después de que me haya encargado de nuestro problemita—. Luego besó el dorso de mis manos de una manera romántica, que mandó escalofríos por mi columna.

—Bien—, murmuré. Se inclinó y me besó en los labios. Impresionada por sus atenciones, apareció una visión en mi cabeza. Fue breve, pero curiosa, y no la pude entender mientras tenía toda mi atención. El beso terminó y se alejó como un encantador enamorado.

Esperaba que mi repentina expresión de consternación se trasladara al hecho de que me había besado delante de todos. Lo que me impactó fue que tuve una breve visión de Nicolas con una hermosa mujer. La reservé.

—Sí. Más tarde—, respiré, más de alivio.

—Debemos irnos ya, señorita Strong—, me recordó la profunda voz de Dante.

CAPÍTULO QUINCE

Dante y yo llegamos al garaje en silencio. Nos paramos exactamente en el mismo lugar donde toda esta extraña noche había empezado con Heath, Solange y Nicolas.

Me paré y giré para ver hacia dónde iba.

—Por acá—. Se movió hacia otra sección. Entramos por un ancho arco, mientras aspiraba humos de escapes distantes, gasolina y otros olores de autos.

Distraídamente, pensé en mi última visión—la misteriosa bella rubia en la cabeza de Nicolas, Sabía que era un vampiro. Traté sacar más detalles, pero había sido muy breve. Solamente supe que conversaban. Sus rostros habían parecido intensos. Lo que fuera que estaban discutiendo era importante para los dos. Tenía todo el aspecto de un pacto. Se dieron la mano al final.

Otros pensamientos me distrajeron, mientras caminábamos. Asumiendo que ese alguien sin rostro en mi visión del secuestro de Jeanie era Vasyl, ¿por qué la había secuestrado? ¿Estaba tratando de molestarme? Porque había funcionado.

Algo no encajaba. Era como armar un rompecabezas que tenía todas las piezas equivocadas —o que faltaban.

Con estas ideas flotando en mi cabeza, así como el pensamiento oscuro de lo que estaba ocurriendo con Al Brisco y Solange en ese preciso momento, casi me tropiezo con Dante, pero me detuve a tiempo. Me miró. *Dios, debe pensar que soy una excéntrica*.

Nos paramos frente a una larga fila de autos. Mis pasos rayaban el cemento. Los de Dante no hacían ruido, envueltos en mocasines.

Dos Mustang estaban estacionados uno al lado del otro. Exactamente el mismo modelo, pero uno era blanco y el otro negro. Tuve una visión definitiva de estar dentro del negro.

Apretó el control remoto de su llavero.

El auto negro de la izquierda arrancó con un rugido, las luces parpadearon por todos lados, parecía una nave espacial recién aterrizada. El corazón me dio un salto, hasta que me di cuenta de lo que había ocurrido. Sonreí. *Vaya, soy buena.*

Avanzó al lado del pasajero y me abrió la puerta.

—Lindo auto—, dije, tranquilizándome, y deslizando mi trasero por el cuero negro.

—Gracias.

Luego de cerrar mi puerta, trotó al otro lado y se puso detrás del volante.

Mis ojos pasearon por el interior, todo negro, miré el tablero y los controles que parecían como si realmente nos *pudiera* llevar al espacio. Deslicé mi mano enguantada por el resbaloso asiento de cuero. Era como los demás agradables autos que tenían los vampiros.

Dante encendió el GPS y un mapa apareció en la pantallita. Presionó unos botones en el panel de control. —¿A dónde vamos?.

—Oh—, dije, volviendo a la Tierra y asumiendo el hecho de que estaba en un auto maravilloso y de que un hombre guapísimo me iba a llevar a casa.

—¿Mi casa? Sí, anda por la 290, a la I-88, al oeste. Te diré cuál es la salida.

—No. Dame una dirección. La ingresaré—, dijo.

—¡Oh!—, le di mi dirección.

La anotó en el teclado. El GPS se inició y una agradable voz femenina le dijo exactamente cómo llegar a mi casa, junto con un mapa.

En cuanto estuvimos en la calle, todas mis tensiones se fueron. Dante sacó un disco de algún lugar de su abrigo, lo insertó en el reproductor y salió música country con un ritmo y una voz de hombre con voz de acordes de country. Era más que música para bailar. Me dieron ganas de levantar los pies.

Condujimos —bueno, él condujo, yo iba— sin hablar un rato. Dante no era conversador o era tímido. Pero supe que debía tener preguntas para mí, porque yo tenía preguntas para él.

—Tu casa—, dijo de la nada:

—¿es grande?.

—Es una casa grande. Sí—, dije, algo asombrada.

—¿Tienes espacio entonces?—. Su pregunta sonó evasiva. Me pregunté por qué quería saber lo grande que era mi casa.

—Sí. ¿Por qué?.

Miró hacia mí, luego volvió a mirar el camino. —Me preguntaba si tienes una habitación para mí, para quedarme.

—¡Oh!— Si parecí sorprendida, bueno, lo estaba. —Yo —pues— no sabía que ibas a quedarte. Pero sí, tengo una habitación. La antigua habitación de mi hermano.

—Sí, esto estaría perfecto. Lo que necesito, eso.

—Claro—. Asentí, mirando hacia adelante. Las manos me empezaron a sudar. Sabía que mi cara estaba roja porque la sentí caliente. Qué bueno que estaba oscuro.

—Lo sabías, ¿no?.

—Ah, sí— Bueno, recuerdo que alguien dijo algo de un guardaespaldas para mí. Pero no me acordé hasta que dijiste que te quedarías en mi casa.

—Es parte del trabajo. Me quedo contigo. Para cuidarte. *Quedarme* contigo

—. Su tono sarcástico era casi refrescante, después de todos los vampiros serios con los que había estado esa noche.

—Cierto, entiendo—. Reí nerviosamente. —No quieren que me maten en el trabajo o en casa.

—Sí, me dijeron que tuviste un visitante anoche.

—Sí, Nicolas no lo pudo encontrar—. Mi mente pasó rápidamente a la visión de la mujer con Nicolas. Esto me iba a molestar toda la noche. Lo sabía.

Volvimos a quedarnos callados. Escuchamos el CD hasta que terminó. No tocó nada luego, y todo quedó en silencio mientras los kilómetros avanzaban. Normalmente soy callada, pero si la otra persona con la que estoy no habla, todo queda en silencio. Pero tenía curiosidad sobre él. Decidí empezar con los obvio.

—Eres nativo estadounidense, ¿cierto?—. Sé que debo haber sonado tonta, tal vez un poco, con esa pregunta, pero no quería asumir nada.

—Tres cuartos—, respondió. —Mi papá era lakota. Mi madre era parte italiana.

—Es interesante—. Asentí, acomodando los dedos de mis guantes. —¿Por eso el nombre?.

—Sí, le gustaba la poesía. Aunque no sé si alguna vez leyó algo de Dante.

—Es un lindo nombre. No hay muchos que se llaman así, y estoy segura de que no esperas que seas indio en parte. ¿Puedo decir la palabra sin insultarte?.

—¿Por qué no?—, dijo. —Nos han dicho de todo, desde animales a demonios. Apenas creo que la palabra *indio* puede hacernos más daño que los que nos hicieron daño—. Resaltó la palabra *indio* un poco, casi como si fuera una palabra vulgar. Decidí que no la diría de nuevo frente a él. Nativo estadounidense, o lakota, era todo lo que usaría para referirme a él, además de Dante.

—Te entiendo—, dije, andando con cuidado. Había hecho un trabajo en la secundaria sobre nativos americanos. Mi trabajo se centró en su trato cuando el hombre blanco llegó a Estados Unidos, hasta el presente. No eran historias agradables. En verdad, algunas eran terribles.

—Entiendo que te mordió un hombre lobo—. Su pregunta me asombró un poco, aunque no debió ser así. Supongo que todos hablaron de mí en algún momento.

—Sí—, dije, mirándome el brazo izquierdo que estaba cubierto por la manga de mi abrigo y mi guante. —No sé qué ocurrirá cuando llegue la próxima luna llena.

—Si tienes algún cambio, algunos podrían ser evidentes antes de la siguiente luna llena.

—Parece que sabes mucho de esto.

—Sí. desde que soy de los que cambia de aspecto—. Me miró, con el brillo de su tablero y la estela de luces de la intersección.

—Discúlpame, todo esto es nuevo para mí. ¿Es algo como ser un hombre lobo?.

—Los que cambiamos no somos hombres lobo—, dijo pacientemente. —Un hombre lobo necesita de la luna llena para cambiar, o enfurecerse extremadamente; no es así con nosotros. Podemos cambiar cuando queramos a lo que queramos.

—Lindo.

—Sí, es lindo, pero cambiar se lleva mucho de nosotros.

—Puedo imaginarlo.

—Cambiar más de una vez en un periodo de 24 horas pone a prueba el sistema, agota los nutrientes. Nos puede enfermar. Entonces, cuando cambio, cambio por una razón. No para que mis amigos vean.

—Entiendo—. Asentí.

—¿Cuándo te mordieron?—. Me lanzó una mirada. Aunque estaba oscuro, vi sus ojos nublados, y miró directamente a mi alma —que estaba sumamente incómoda. Desvié la mirada, como si las rojas luces traseras de los demás autos fueran más interesantes, que no eran ni de lejos. Me encontraba en la compañía de alguien que podía cambiar de apariencia al animal que quisiera. Estaba intimidada.

—Hace dos noches, la segunda noche de luna llena—, respondí.

Se encogió de hombros. Ese pequeño movimiento suavizó un poco su postura estoica. —Tal vez Nicolas sacó todo el veneno, y no debas preocuparte.

—Y si no, ¿qué? ¿Cambiaré totalmente? ¡O en parte solamente?.

Su mirada cayó sobre mí. —No eres de sangre pura. Así que no, definitivamente no cambiarás a un lobo. Algo más como mitad y mitad—. Levantó una mano del volante en un gesto y la volvió a bajar. Me di cuenta de que hablaba con las manos. Definitivamente, algo italiano. —Como mucho, tal vez mejore tu oído, posiblemente tu olfato mejorará. Todo positivo.

—¿Y qué sería lo negativo?—, pregunté, sin saber si realmente quería que me lo dijera.

—Cualquier hombre lobo o los que cambiamos en el radio de un kilómetro sabremos que estás en su rango y vendrá a olisquear. Sobre todo, en luna llena.

Me tomé dos segundos para pensar en eso y luego fui con cautela. —¿A qué te gusta cambiar? ¿O tienes un animal favorito?.

—Prefiero un jaguar.

—¿Con manchas?—. Me estaba dando escalofríos. Simplemente no podía imaginar poder cambiar al animal que quisiera, cuando quisiera.

—No. Negro. Soy todo negro.

—Oh—. Sopesé calladamente eso por unos segundos cuando tomó otra dirección.

—¿Nicolas y tú se están viendo? Ya sé que no es de mi incumbencia, pero... —, se interrumpió.

No supe cómo responder eso. —¿Te refieres a que si estamos saliendo?.

—Sí. Te besó. Estoy —no es de mi incumbencia, de verdad. Solamente me lo preguntaba.

Ligeramente avergonzada, me quedé callada. Según Tremayne, Nicolas no tenía nada que hacer besándome, ni nada más.

—No me malinterpretes. Recibí órdenes directas de Tremayne de no tocarte. El olor de vampiro en una mujer hace que me desvíe—. Se rio, sacudió la cabeza levemente con incredulidad. —No tuvo que molestarse.

—¿Estás diciendo que me marcó como su territorio?.

—Sí, se puede decir eso. En su propio modo tonto de vampiro—. Parecía indignado.

—¿O sea que vampiros y los que cambian no se llevan bien, como una regla?—, conjeturé.

—Oh, nos llevamos bien, sí. No nos verás pasar el rato juntos —yo con una cerveza en la mano y ellos con su Real Red en el bar—. Los dos reímos mientras hizo una maniobra en el tráfico.

—Pero no importa, no interferirá—, dijo abruptamente.

—¿Interferir con qué?—, pregunté.

—Tú y yo vamos a trabajar juntos... metafísicamente, claro.

—Ah, ¿sí? No lo sabía—. Estaba jalando la punta de los dedos de mis guantes y retorciéndolos.

—¿Nadie te dijo?.

—No—. Miré su cara reflejada en el brillo de las luces de la calle y los autos. Dante se volteó a mirarme mientras conducía con una sola mano.

—Me imaginé—. Parecía algo irritado ante la falta de comunicación. —Por cierto, tengo poderes telepáticos. Y tuviste una segunda visión, pero siento que también tienes algo de telepatía. Juntos seremos como un dúo de súper sensibles.

—¿De verdad?—. Me pregunté qué quiso decir. —¿Cómo? ¿Que necesitamos para eso?.

—Necesitamos estar juntos un rato, pues, sentirnos cómodos juntos. Es por eso —o una de las razones—por las que *yo* te llevo a casa y no otro.

Algo en la calidad de su voz y la manera en que dijo que me estaba llevando a casa hizo que el estómago se me contrajera.

—Dijiste que te quedarías a dormir, ¿pero en tu propia habitación?—.

Quería estar segura.

—Sí—. Me miró y vi el temblor de una sonrisa en sus labios. Algo lo divertía. —No te preocupes—, dijo con una risita, pues notó mi evidente incomodidad. —No tenemos que llegar a conocernos *tan* bien.

—Oh—, respiré. Troné los dedos, pero no pude por los guantes. —Caramba.

Se rio de mis gracias. Bien, me gustó que pudiera entender mis bromas tontas.

—En fin, ¿por eso es que Nicolas te besó?.

—Sí, probablemente.

—Nosotros vamos a ser compañeros de trabajo, ya que somos los únicos humanos en el círculo de Tremayne. Es más como si nos complementáramos. Como yin y yang— tú eres el yin, y yo el yang.

—Oh, rayos—, me quejé juguetonamente. —Quería ser yang esta vez—. Se rio conmigo.

—De todas maneras, nuestros poderes combinados solamente se potenciarán cuando estemos juntos, pero debemos sentirnos uno al otro. Ojalá nuestros poderes sean compatibles. Con la última— —sacudió la cabeza sombríamente— —no nos llevamos bien, ni metafísica, ni espiritual, ni intelectualmente y nuestras personalidades no se llevaban bien. Además, era fumadora. Yo no fumo. Ni la pipa de mis antepasados. Soy indio de la nueva era.

—Vaya, eso suena difícil—, dije finalmente.

—¿Qué es difícil?.

—Todo. ¿Y si no nos llevamos bien —lo que mencionaste?.

Sonrió un poco más ampliamente esta vez. Vi un destello de dientes blancos. —Oh, nos llevaremos muy bien.

—¿Oh? ¿También eres psíquico?—. Los dos reímos. —A veces he tenido una segunda visión.

—Bien, igual yo.

Cuando dejamos de reír, Dante condujo en silencio un rato. Recién volvimos a hablar cuando pasamos el peaje de Aurora Toll Plaza.

—Me informaron de tus diversos atributos y antecedentes—, dijo, rompiendo el silencio. —Me dijeron que Vasyl convirtió a tu madre, y te mordió cuando tenía diez años.

—Sí. Mi madre fue su víctima.

—¿Su víctima?—. Su voz se llenó de incredulidad. —Ella debe haber sido quien lo invitó.

Lo miré. —¿Qué? ¡No creo que mi madre hubiera invitado a un vampiro a morderla ni convertirla!—. Mi voz se puso dura, y más alta de lo que esperaba.

—Siento lo de tu madre. Se llamaba Julie, ¿verdad?—. Asentí. —Pero Vasyl no ha convertido a nadie en mucho tiempo, no en menos de un siglo antes de tu madre. Está en los registros—, me contestó.

—¿Qué registros?.

—Nuestro listado de vampiros. Miles de vampiros están en las listas, sus nombres humanos y también los nombres que usan como vampiro, además de fecha aproximada o real de ascensión, cosas así.

—¿Hay un sitio para todo eso?.

—Sí.

Aún sobrecogida, sacudí la cabeza. —¿Qué decías? ¿Cómo es que saben que un vampiro ha convertido a alguien?.

—Se supone que se debe anotar. La Asociación Mundial de Vampiros lo exige. Si no, a ese vampiro se le considera un solitario.

—Pero pensaba que Vasyl *era* un solitario—, manifesté. —Eso es lo que me han dicho todos con quienes he hablado sobre él.

—No es una ciencia exacta, pero alguien ha estado ingresando la información de Vasyl, incluidas todas las personas que convierte. Tu madre fue la última, según la información en ese sitio. Se actualizó recientemente.

—¿Crees que el propio Vasyl lo haya hecho?.

—Lo dudo mucho. Puede haber sido uno de sus subalternos, o un vástago.

—¿Por qué lo crees?.

—Porque rechaza la tecnología moderna. En verdad, rechaza prácticamente toda la tecnología, como automóviles, electricidad, etc..

Miré hacia el cielo nocturno mientras seguíamos avanzando. —Pareces saber mucho sobre un vampiro, a quién se considera solitario, y también loco.

Capté el brillo de su sonrisa al paso de la luz de los autos. —Se puede decir que tengo interés en los solitarios. Sobre todo, los no convencionales.

—Ya veo.

—Es un interés adicional mío—, agregó. —Trabajar para los Tremayne me ha dado miles de horas en la computadora aprendiendo tanto como podía de sus adversarios más venerados o temidos. Es parte de mi trabajo. Puedo pasar días, hasta semanas, en la computadora recopilando información sobre cualquiera que consideren una amenaza.

—Entonces, ¿qué es Vasyl? ¿Venerado o temido?.

—En verdad, los dos. Es más poderoso que cualquier otro vampiro con el que me haya cruzado —en sentido figurado, claro.

El estómago me rebotó con sus palabras. —Y me mordió y convirtió a mi madre.

—¿Y entiendo que está haciendo que esa mordida te duela?.

—Sí, de vez en cuando el lugar de la mordida me da comezón o quema.

—Debe ser él haciendo una visita, de manera vampírica. Te está enviando un mensaje de que está listo para venir, sin importar si estás lista o no.

—¿Y si me niego?.

Dante simplemente me miró en silencio, y volteó la mirada.

—Oh, bien. Vampiro. Qué tonta—. Empujé un mechón de mi cabello hacia el hombro y ajusté mi cinturón de seguridad. —Tuve una visión hoy, sobre lo ocurrido a mi amiga Jeanie. Lo más extraño de esto es que no tenía cara.

—¿Discúlpame?—. Parecía medio divertido, medio alarmado.

Ahogando una risa, lo miré. Con una mano encima del volante, Dante volteó a mirarme.

—Sí. Lo vi todo perfectamente bien, menos su cara. ¿Por qué será esto?.

—No lo sé. No tiene precedentes. ¿Estás segura?.

—¡Sí! Muy segura.

Dante volvió los ojos al camino, y gruñó mientras lo sopesaba. —Es casi como si alguien no quisiera que vieras su cara para identificarlo.

—Lo imaginé. Pero ¿cómo puede ocurrir eso?.

—Si un vampiro ha tomado tu sangre, puede controlar tu mente, incluso estando lejos.

Un escalofrío me recorrió. Nicolas y Vasyl habían tomado mi sangre. No me gustaba la idea de que me pudieran mandar desde lejos. Ya era suficientemente malo que los poderes de Tremayne fueran tales que me harían sentir un orgasmo sin siquiera haberme tocado.

—Dime cómo es Vasyl—, lancé. Tenía que saber cómo era para reconocerlo cuando fuera a vérmelas con él.

—Bueno, tiene el cabello largo, negro y ondulado.

—Sí, lo sé.

—Es francés y vivió en el siglo I en Europa.

—Pero ¿*cómo* es?—, volví a preguntar.

A Dante se le hizo difícil responder. —Bueno, no sé. Lo más cercano que puedo decirte es que una vez encontré la imagen de Carlos I de Francia. Daba miedo, para serte sincero, se parecía mucho a Vasyl. Así que busqué entre los reyes de Francia y averigüé que se parece más a su hijo, Carlos II.

—¿Podría ser? ¿Podría ser Carlos II?.

—No. De todo lo que encontré sobre Vasyl, su vida humana fue anterior. Vivió a comienzos de la Edad Media, cerca del siglo VIII. Los reyes rey Carlos I y II vivieron durante el Renacimiento. Se dice que Vasyl era el hijo ilegítimo de Carlomagno. Fue sacerdote en vida.

—Oh, ¡carajo! ¿No es el rey de Francia?—, troné los dedos y el sonido fue

sordo. —Esperaba casarme con él, tener todo su dinero y podría vivir tranquila.

—¿Otra de tus bromitas?—, preguntó Dante, con una expresión divertida.

Dejé salir un largo suspiro. —Sí, es la única manera que conozco de aliviar mi estrés—. *Bueno, una de las maneras.*

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ya en casa, me quité el abrigo —no me molesté en colgarlo, lo lancé sobre una silla— y corrí a la oficina de mi padre y encendí la lámpara del escritorio. Las enciclopedias de mi padre eran antiguas, pero contenían mucha información. Puede haber sido más rápido usar una computadora (y más adecuado), pero no estaba encendida. Saqué una enciclopedia, y buscar a Carlos II no tomó mucho tiempo. Simplemente tuve que encontrar el tomo correcto—BURNAP a CHARM.

El libro olía a humedad, las páginas estaban algo amarillentas, y pesaba cuando lo levanté de la repisa superior de mi padre y pasé las hojas hasta la parte de atrás. Casi como si mis dedos supieran exactamente a dónde iban, se abrieron en la página de atrás. Eran muchas las entradas para CARLOS, pero cuando mis ojos se posaron en la imagen, mi corazón hizo un ruido sordo dentro del pecho.

Ahí estaba. Ese rostro. El que había aparecido en mis sueños repetidamente en los últimos once años: ojos pesados, labios atrevidos, mentón prominente, largo cabello ondulado; un hombre maliciosamente guapo. Salvo la barba del mentón y el bigote, era el vampiro con el que soñaba. No entendía cómo podía ser que Vasyl fuera casi exactamente igual al rey Carlos I de Francia. ¿Había visto el retrato en este libro alguna vez de niña y de alguna manera se instaló en mi subconsciente y empecé a soñar con él?

Lo dudaba.

¿Este era el vampiro que me había mordido cuando tenía diez años y que había convertido a mi madre?

No lo asimilaba, pero ¿por qué más habría estado soñando con la cara de este hombre, sabiendo instintivamente que era un vampiro? Y además no me había dado cuenta de que era el que me *había* mordido.

Eran páginas sobre las perspectivas psicológicas de los vampiros y por qué los humanos estaban fascinados por los mitos. Freud planteó que la novela negra de Bram Stoker, *Drácula*, era un obvio reflejo del complejo de Edipo, e incorporaba incesto, necrofilia y sadismo, y se interpretaba como la antigua relación padre-hija como luchas incestuosas reprimidas. Recuerdo haberlo leído en un libro sobre vampiros. Vasyl no era mucho mayor que yo, y no se parecía a mi padre, así que al diablo con Freud que no creía que los vampiros existían.

Me había mordido un vampiro amo que quería —¿qué? Para reclamarme, todos decían. ¿Reclamarme para qué? ¿Su amante o su donante? Tal vez pensaba que era su sibila. Detestaba decepcionarlo.

¿Por qué me mordió cuando tenía diez años, y luego me olvidó hasta ahora?

Como dije, quedarme sola con mis pensamientos no era bueno.

Tremayne me había dado su pequeña demostración con sus —discípulas— para infundirme algo de miedo. Esto me daría por siempre una nueva perspectiva de cómo los vampiros nos veían a los humanos. Éramos algo de lo que se alimentaban.

Me pregunté qué hubiera dicho Freud sobre eso.

Mi mente se aceleró mientras subía las escaleras para acostarme. Dante, que debía haberme leído la mente y decidido que me haría sentir incómoda que se quedara dentro de la casa la primera noche, había optado por quedarse afuera y husmear alrededor bajo la piel de un jaguar. Honestamente, dejé escapar un suspiro de alivio cuando me lo dijo. Hubiera sido suficientemente difícil cerrar los ojos sin pensar en todo. Mi extraña visión de Vasyl de ese mismo día me carcomía. ¿Cómo iba a encontrarlo y salvar a Jeanie sin rendirme a él? Entendía que lo estaba haciendo su juego. Sí, era muy vulnerable. Pero usaría mis poderes para encontrarlo a él *y a* Jeanie.

Me metí en mi ropa de dormir, y no podía esperar a quedar inconsciente, ojalá. Cuando me metí entre las sábanas escuché un sonido. Era el celular. Como siempre, había subido con mi bolso, sobre todo porque contenía todo lo que podría necesitar. Me estiré a través de la cama y alargué la mano hacia mi bolso y lo llevé a mi regazo en la cama. Busqué ese brillito y contesté.

—¿Hola?.

—¿Sabrina?.

—Hola—. Mi corazón hizo una cabriola. Nicolas.

—¿Estás bien?.

—Sí, todo bien.

—Sentía que estabas pensando demasiado—, dijo. —Tenía que llamar para estar seguro—. Esta era la habilidad del vampiro de *saber* qué sentía porque había tomado de mi sangre. Se me hizo muy raro, casi como si me estuviera espiando. —¿Dónde está Dante? ¿Está contigo?—. *Espía. Espía. Espía.*

—Ah, no—, dije, temblando —y no de frío. La adrenalina se me agolpó por hablar con Nicolas, Estaba segura. Me pasaba cuando hablaba con mi primer y único novio. Jack, cada vez que hablaba por teléfono con él. —Está afuera por ahora—, dije. —Es más, dijo que iba a pasar la noche afuera—. Cuando hubo un silencio al otro lado, agregué:

—Cambió.

—Ya veo. ¿O sea que él está afuera y tú estás adentro?—. Era como si quisiera asegurarse de que no estábamos juntos besuqueándonos ni nada. ¿Serían celos? —¿Vas a la cama?.

—*Estoy* en la cama—, dije con entusiasmo, tratando de no soltar una risita como una niña de décimo grado.

—Mmm, me gustaría estar ahí—, coqueteó.

—Seguro que sí—, contesté. Mi mente reprodujo ese bendito beso que me dio la noche anterior, en mi casa, antes de que se detuviera abruptamente. Y el de esa misma noche tampoco hacía sido exactamente inocente.

—¿Por qué estabas tan fastidiada antes de que te llamara?.

—Estoy trabajando en esto de que Vasyl se llevara a Jeanie. Debo encontrarla antes de que sea muy tarde.

—La encontrarás, Sabrina. Dale tiempo.

—¡Tal vez no tenga mucho tiempo!—

—Cálmate, Sabrina—, la voz de Nicolas era tranquilizadora. —Duerme un poco. Con tu mente descansada tal vez resuelvas tu dilema.

—Cuando eso ocurra, ¿me ayudarás a alejarla de él?.

Hizo una nueva pausa. —Será muy difícil atraparlo desprevenido —y esto es *si es que* lo encontramos.

—¿Pero me ayudarás?—, pregunté esperanzada.

Suspiró por el teléfono.

—¿Qué? ¿Le tienes miedo?.

—Sabrina, no puedo advertirte más estrictamente. Vasyl es muy peligroso. Un vampiro solitario es suficientemente peligroso. Pero Vasyl está—.

—¿Rematadamente loco?.

—Sí.

—Todos dicen que está loco, pero es más listo que todos—, señalé.

—Eso es cierto—, observó. —Debemos estar prevenidos aún más. Debemos hacer estrictas revisiones de mente a quienes trabajan con nosotros para protegernos de otro ataque interno.

—¿Encontraron al hombre?—, pregunté vacilante.

—¿Quién?.

—No recuerdo su nombre. ¿Recuerdas? Descubrimos que fue quien dejó la bolsa para Solange.

—Ah, sí, sí. Lo encontramos—, dijo bruscamente.

—¿Y?.

—Todavía tenemos que entrevistarlo—, dijo. —Es su noche libre.

No supe qué más decir. Hablamos un poco más sobre otras cosas que no amenazaban la vida ni relacionadas con vampiros. Empecé a bostezar, y me dijo que tenía que dejarme dormir. Como si fuera posible.

Cuando nos despedimos, vi que eran las 2:10 de la mañana. *¿A dónde se fue el tiempo?* Sentía comezón en los ojos, y cerrarlos se sentía tan bien como

frotarlos con sal. Pero me acurruqué en mis almohadas y jalé las frazadas hasta el cuello. Me sentía segura. Bueno, no todas las mujeres tenían un jaguar vigilando su patio trasero.

Cuando me eché, cerré los ojos, lista para dormir, pensé haber oído un golpeteo en la ventana. Había sido en el techo del pórtico, y parecía algo grande. Pensé en levantarme para mirar, pero estaba muy cansada como para preocuparme. Me eché pensando en eso, pensé que sonaba como la noche anterior, cuando había visto la forma de un hombre en mi ventana.

¿Era Vasyl que venía de visita? Gracioso. Mi cicatriz de vampiro no me hizo cosquillas.

Con esa idea curiosa, simplemente me quedé dormida.

Cuando me desperté al día siguiente, me sentía descansada, y vi barras de sol en la alfombra. Sabía que dormiría toda la noche, hasta bien entrada la mañana. Por el ángulo de la luz calculé que sería cerca del mediodía. El reloj decía 11:43 a.m.

Me vestí rápido, sabía que Dante querría entrar y tomar café. Encendí la caldera antes de entrar a la cocina. Mientras hacía café, escuché la puerta de un auto cerrarse. Miré por la ventana de la cocina. Dante salía del Mustang negro, hacia el pórtico con su andar lánguido, tenía lo que parecía ser una suave bolsa con artículos de higiene.

Obviamente había vuelto a su forma humana, y ahora estaba vestido, listo para entrar —como mi mascota que cambia.

Encendí la cafetera, me acerqué rápidamente a la puerta, y le abrí a este nativo estadounidense vestido de negro.

—Buenos días—, dije, sonriendo, mientras cruzaba los brazos para conservar el calor.

—Serán tardes—, observó.

—Sí, pero para mí es de mañana. ¿Café?.

—Mataría por café. Es mi única debilidad.

—La mía también—, dije, sujetando la puerta metálica para que entrara. Retrocedí cuando entró y miró alrededor. Todos miran alrededor del comedor, los techos de tres metros, un papel tapiz de aspecto casero que empezaba a pelarse por arriba, molduras de madera de roble, y la entrada en forma de arco a la sala de estar. Después de la sala de estar estaban las puertas francesas dobles, y la oficina de mi padre estaba cerrada con una gran puerta con paneles de roble.

—Lindo lugar—, dijo asintiendo y sin dejar de mirar alrededor. —Siento buenas vibraciones aquí.

—Gracias. Es bueno saber que tengo una casa con buenas vibraciones—. Cerré la puerta para que el frío del día se quedara afuera y el costoso calor

adentro. El frío me recordó que pronto debía llamar a la empresa de gas para que llenaran mi tanque de propano antes de que empezara el invierno. El costo sería alto. Entonces recordé los cheques de 2,000 dólares en mi bolso. Debía ir al banco antes de olvidarme.

Guie a Dante a la cocina y saqué dos tazas.

—¿Crema? ¿Azúcar?—, dije, señalando la encimera.

—Azúcar—, gruñó, mientras tomaba una cucharita. —Mi única otra debilidad.

—Date el gusto.

Después de comprobar que nuestros cafés estaban como queríamos, dije:

—Casi no tengo comida. No hay huevos, nada más que cereal para el desayuno y casi no hay leche.

—No hay problema. Comeremos algo en algún lugar del pueblo.

—Suena bien. Debo pasar por el banco de todas maneras.

Sorbimos café, dejando que la cafeína hiciera su efecto en nuestros sistemas. Me levanté y fui al repostero, para buscar galletas. Mi repostero estaba casi vacío. De verdad tenía que hacer compras. Saqué un paquete casi vacío de galletas y lo puse en la mesa. —¿Galletas?—, ofrecí.

—Claro—. Tomó una galleta y la desapareció de un mordisco.

—Toma otra—, dije con la boca llena de galleta, y él tomó otra. Nos comimos las galletas hasta que se acabaron. Nos sostendrían por el momento.

—¿Te molesta que use tu ducha?—, me preguntó, mientras lavaba y enjuagaba su taza vacía en la encimera.

—No, claro que no—. Dejé mi taza abajo y pensé en él merodeando toda la noche en piel de jaguar. Me pregunté, distraídamente, cómo se sentiría. —¿Encontraste algo interesante anoche?—. Salí de la cocina y él me siguió al baño que estaba afuera del comedor. Saqué una toalla limpia del armario. Yo usaba el baño de arriba, así que este estaba limpio —gracias a Dios. Le entregué la toalla, me sentía una aeromoza.

—No sé—, dijo. —Déjame pensar en eso con forma humana.

Asentí, puse la toalla en el asiento cerrado del inodoro y regresé a la cocina. Quería decirle que pensaba que Vasyl había aparecido la noche anterior, pero de alguna manera todo el incidente parecía más un sueño, así que no dije nada.

—Buena ducha—, dije, y lo vi llevar su bolsa de artículos de higiene al baño.

—Gracias—, dijo antes de cerrar la puerta.

—No hay problema—, dije. Y no había problemas, en realidad. Era el baño de invitados. El baño de arriba era mío, y sí necesitaba limpiarlo. De un momento a otro, estaba ocupada con un trabajo, y no estaba acostumbrada a

tener que planear un día para lavar la ropa, hacer compras o hacer limpieza —porque antes siempre podía hacer esas cosas. Y ahora tenía un invitado. No estaba segura de cuánto tiempo Dante sería mi invitado. Definitivamente, se sentía raro volver a tener un hombre en la casa. Sobre todo, uno que era prácticamente un extraño.

—¿Sabrina?—, se filtró su voz desde el baño.

—¿Sí?—, giré la cabeza hacia la puerta y lo vi inclinarse hacia afuera del baño. Su larga cabellera se esparcía sobre un hombro desnudo. Esa imagen me sacudió un poco. No estaba preparada para ver un pecho masculino. Tuve que levantar los ojos hacia su cara —solamente porque no quería mirar. Bueno, miré, pero debía ser educada, era mi invitado y se suponía que iba a trabajar con él.

—No abras la puerta si alguien viene.

—¿Por qué?.

—No abras solamente. Salgo en un minuto.

—Bien—, dije, y regresé a la mesa de la cocina, tomé mi taza y eché más café, la puse a mi gusto y esperé. Miré por la ventana un rato. Vi conejos comerse hojas de dientes de león, y a las ardillas corretear entre las ramas de los árboles, tratando de proteger su escondite de nueces. Pensé en cómo Nicolas flotó a mi techo y que no necesitó alas para eso. Me pregunté si habría alucinado el sonido de las alas. ¿Por qué Vasyl necesitaría alas? Pensé en preguntarle a Dante si sabía algo de eso, pero pensé que era estúpido.

Después de 15 minutos de esas contemplaciones, Dante emergió con unos jeans limpios que le quedaban mejor que los guantes que me ponía. Su negro cabello liso caía por sus hombros aún mojado. Que no tuviera camisa me hizo sonrojar —de nuevo. No estaba acostumbrada a que un cuerpo masculino se mostrara ante mí —y era atractivo, para ser sincera. Por supuesto que cuando Jack y yo vivíamos juntos, era una historia diferente. Conocía a Jack. No conocía a Dante. ¿Hacía alarde de su cuerpo, o no tenía vergüenza? *Carajo, ¿hacia ejercicio o qué?*

Tuve que desviar la vista, cuando salió descalzo hacia la cocina para tomar otra taza de café. Olía a champú y jabón. Un olor delicioso para un hombre. que me estaba volviendo loca. Hombre guapo desfilando alrededor para mí, y yo era muy tímida como para aprovecharme. Estaba preguntándome si estaba con alguien. No había *sentido* un alguien su vida, pero yo no leía mentes.

Tratando de distraerme de mi nuevo invitado —y de su fresco olor de recién bañado— miré hacia la ventana. Un camión GMC rojo se acercaba.

—Oh, ¡mierda!—, dije, y casi derramé el café.

—¿Qué?—. En un momento estaba a mi costado, mirando por la misma ventana.

—Mi ex está aquí. ¿Qué diablos quiere?—. ¿Era coincidencia, o qué?

—Yo me encargo—, dijo y se alejó, dejando estelas de cabello ébano.

Emocionada por la idea de ver a Dante salir a la puerta con el cabello mojado para confrontar al hombre que había dejado satisfaría una oscura necesidad en mí. Sería bueno ver a Jack recibiendo lo que me había dado.

Hice una pausa en el umbral de la cocina y vi a Dante pararse, buscar y sacar algo de su bolsa. Se volteó, metió ese algo en la cintura de sus jeans.

Sonó la puerta. Dante cruzó la habitación y abrió la puerta. Vi la punta de una pistola asomarse sobre el borde de sus jeans, con el cañón señalando hacia abajo. Confié que el seguro estuviera puesto.

Los hombres intercambiaron 'holas’.

—¿Puedo ayudarte?—, preguntó Dante en un tono agradable pero curioso, como si no tuviera idea de quién era.

Parada contra la pared detrás de la puerta, me acerqué para oír el diálogo.

—¿Está Sabrina? Dile que Jack quiere hablar con ella—, dijo con esa voz lastimera que había llegado a conocer tan bien. —Es sobre su amiga, Jeanie Woodbine.

Al oír ese nombre, el estómago se movió nervioso. Dejé la pared en donde me estaba escondiendo.

—¿Jack?—. Mi voz hizo que Dante se diera media vuelta y me mirara. Ahí dejó ver a Jack parado en la entrada, mirándome.

Los ojos azules de Jack pasaron de Dante a mí. —No perdiste tiempo, ¿no es así?—, dijo. acusadoramente.

Sabía qué parecía esto. El cabello mojado de Dante, que estuviera sin camisa, parecía que estaba viviendo en la casa. Una pequeña parte de mí sintió un pinchazo de culpa. La otra parte de mí pensó que se justificaba hacerlo sentir un poquito como yo me había sentido cuando supe que estaba saliendo con otra persona a escondidas.

Dante retrocedió, pero como un guardián —o un novio celoso— dobló los brazos sobre su pecho desnudo y miró. Dante era un contraste de Jack, rubio de ojos azules de ascendencia sueca, y los dos eran del mismo tamaño. Jack era del tipo que hacía que las mujeres se dieran la vuelta para mirarlo si pasaba al lado de ellas, solamente para confirmar que habían visto un dios. Sí, así de hermoso era. Sus labios arqueados y sus ojos azules eran intoxicantes. Era una de las cosas que odiaba de él. No trataba de ocultar el hecho de que no le importaba llamar la atención. Pero me había asegurado que mirar no era lo mismo que tocar. Lo cierto es que le había creído. Pensaba que era especial, la única mujer de su vida. Qué equivocada estaba.

Todo eso era pasado. Pero en realidad, no me gustaba verlo en la entrada de

mi casa. No ahora ni nunca. Seguía en la etapa del odio. A la larga, casi tuve razón, tal vez llegara al punto en que no me importaría a quién se tiraba. Pero había mencionado el nombre de Jeanie, y quería saber de qué se trataba.

—Claro. Si me pareciera más a ti, hubiera tenido a un hombre del brazo mucho antes de terminar contigo—, repliqué. —A ver, ¿qué quieres? ¿Dijiste algo de Jeanie?.

—Si, eh——, su mirada pasó de mí a Dante y luego de vuelta a mí. Dante tenía el ceño fruncido. Me di cuenta de que su sola presencia incomodaba a Jack. —Yo —pues— mira, ¿escuché que tuviste una visión sobre Jeanie?.

—¿Quién te dijo?—, pregunté bruscamente, arqueando las cejas y frunciendo los labios y ladeando la cintura.

—Mark, el hermano de Jeanie. Dijo que su mamá estuvo ahí— ¿que ella misma lo vio?.

—Sí—, dije. Parecía que había pasado una semana, pero había sido recién la mañana anterior. —¿Y?.

—Ah, nada. Fue un poco raro.

Torcí la boca, pensando. —¿Raro?—. Una de las razones por las que pudimos salir era el hecho de que Jack pensaba que mis habilidades de clarividente eran asombrosas —no raras. Le había dado algunas demostraciones para que supiera exactamente qué podía hacer, para que no se volviera paranoico. Entonces, entendió por qué usaba guantes.

—Bueno, conoces a la madre de Jeanie. ¿Su crianza y lo demás? Cree que eres una bruja.

—Sé que cree eso, pero seguramente no estaba pensando que estaba equivocada cuando me vio en acción.

—Sí, lo sé—. Me miró a la cara esperanzado. —¿Averiguaste dónde está?.

—Todavía no—. Dejé salir un pequeño jadeo de decepción. —Pero sigo trabajando.

Asintió, su cabello rubio se levantó con una leve brisa y tuvo que sacudir la cabeza para sacar los mechones dorados de sus ojos. Ese era un movimiento que me hubiera agitado el corazón unos meses antes. Pero ya no. Me alivió saber que era inmune a su espléndida apariencia. —Bueno, de cualquier manera, quería decirte que habrá una vigilia con velas esta noche a las siete.

—¿Dónde?.

—En St. Paul—. Era la iglesia de Woodbine.

—Bien—, dije. —Trataré de ir.

Jack se extrañó. —¿Tratarás? ¿Qué vas a hacer que sea tan importante que no puedas ir?.

—Debo ir a trabajar—, dije. —Debo llamar y—.

—¿Trabajar?—, repitió incrédulo. —¿Dónde estás trabajando?.

Lo miré. Sabía que pensaba —como todos los demás pensaban— que no podía conservar un trabajo. Con el puño encajado en mi delgada cintura, dije:

—Trabajo en las Torres Tremayne en Chicago. Empecé esta semana.

—Oh, no sabía—, dijo, con voz algo impresionada. —¿De verdad?.

—Sí, de verdad.

—¿Qué haces ahí?.

—Soy —eh—consultora—, respondí, con la esperanza de sonar suficientemente convincente. No me atreví a mirar a Dante. Dante estaba haciendo un trabajo extraordinario de hacerse pasar por mi novio. —De todas maneras, trataré de ir. Bueno, si eso es todo, necesito ir a tomar desayuno.

Jack no se quedó y en menos de medio minuto se había ido.

Cerrando la puerta, me volví hacia Dante.

—Lo siento. Era Jack Rasmussen, mi ex.

—¿Y ahora cree que somos pareja?.

—Sí—, dije, avanzando hacia las escaleras. —Lo siento, pero no tenías que abrir la puerta— —lo miré de arriba abajo— —sin camisa, con una pistola metida en tus pantalones. Con el pelo todo mojado. ¿Qué hubieras pensado *tú* si hubieras sido él?.

Sonrió. —Dejemos que lo siga creyendo.

Sonreí. Me gustó la idea.

—¿Vas a ir a esa vigilia?—, preguntó cuando empecé a subir las escaleras. Volteé para mirarlo.

—Debería. No hay problema, ¿no? Me refiero a que vayas a una iglesia.

—No soy vampiro. Y no, no hay problema.

—Bien.

Veinte minutos después, el cajero del banco sacó la dispensadora y recibí una pequeña cantidad en efectivo de los cheques por 2,000 dólares que había depositado. Pedí dos billetes de 50, porque nunca llevaba tanto efectivo —y casi nunca tenía un billete de 50 dólares, a menos que papá me lo hubiera dado para gastarlos en mí. Metí los dos billetes en mi bolsillo y sonreí para mis adentros.

Luego guie a Dante al centro, y se estacionó en paralelo como si lo hubiera inventado.

O'Reily's era el único lugar en Moonlight que servía un desayuno decente todo el día. A Dante y a mí nos miraron cuando entramos. No tanto por mí como por él. De nuevo, otro hombre que atrae miradas. Parecía que nunca hubieran visto un nativo estadounidense antes. Tal vez era el largo cabello suelto. De alguna manera me pareció halagador, pues yo estaba con él. En la primera parte de mis tiempos de citas, nunca pude lograr la atención de admiradores. Ahora

parecía que tenía demasiados. Aunque Dante no actuaba como novio, estar con él me levantaba la moral.

Dante tenía un gran apetito, y se comió todo lo que ordenó. Yo apenas pude terminar mis panqueques y se ofreció a terminarlos también. Explicó que fue su conversión a animal y de vuelta lo que le había dado tanta hambre.

Como ninguno debía trabajar hasta más tarde esa noche, invité a Dante a cenar en mi casa, algo fácil que pudiéramos preparar juntos, y no pizza. Me sorprendió que Dante aceptara.

Diez minutos después, en Moonlight's Market, decidimos que serían tacos. En lo referente a las bebidas, cada uno tenía sus propios gustos. Dante me dijo que no bebía alcohol, así que compró cerveza de raíz en botellas, y yo escogí una botella de vino para mí. Ya antes habíamos decidido que él pagaría nuestro desayuno y que yo pagaría la cena —de todas maneras, necesitaba provisiones. Accedimos en esos términos, tratando de encontrar una zona cómoda, ya que éramos compañeros de trabajo tratando de encontrar un punto de —fusión.

—Cuéntame de Jack—, dijo Dante mientras salíamos de la tienda, con bolsas de plástico en la mano.

—¿Qué tiene?.

—¿Por qué es tu ex?.

—Se puede decir que lo atrapé haciendo tonterías.

—¿Se puede decir?—, preguntó, pulsando el control remoto del llavero. Las luces del auto se encendieron, pero no el motor. Aparentemente, había otro botón para encender la nave.

—Sí—, dije, deteniéndome en el auto, con bolsas de compras colgando pesadamente de mis dedos. Colocó la cerveza de raíz y en vino atrás en el suelo. —No lo encontré exactamente en acción, pero sabía que había estado con otra mujer. No me creyó. Así que le dije su nombre, qué tenía puesto y qué hicieron —todo, con gran detalle. Y luego me fui.

Me miró intencionadamente. —Recuérdame no hacerte enojar.

—Tomo nota—, dije e hice una pausa para mirar alrededor mientras tomaba las bolsas y las metía en el asiento de atrás.

Era más o menos donde había encontrado el auto de Jeanie. Mi visión se ponía borrosa, era consciente a medias de que Dante se daba cuenta de que algo me pasaba. Tomó las bolsas de mis manos.

—¿Sabrina? ¿Estás bien?.

Con la mano levantada, me quedé parada, mirando a la nada. —Sí... sí—. Apenas me daba cuenta de dónde estaba, incliné la cabeza con los ojos aún cerrados.

Casa verde en la selva con adorno Amarillo mostaza, pórtico abierto con

barandillas de reja y decorativas y postes tallados. Antigua, entre 1886-87.

—¿Qué ves?—. La voz de Dante me regresó al ahora.

—Creo que sé cómo es la casa—, dije con un susurro ronco, la piel erizada de emoción y miedo.

—¿Qué casa?.

—Donde está Jeanie—. La visión seguía y cambió a un punto de vista diferente y vi algo en el fondo, detrás de la casa. *El campanario de una iglesia, caliza con rojo, y una enorme ventana de rosas.* —¡Oh, Dios!—, jadeé.

—¿Qué pasa?—. Escuché la voz de Dante, pero no podía ver nada fuera de la visión.

—La casa.

—¿Qué ocurre?.

La visión se desvaneció, y sollocé entre las manos.

Dante me tomó por los hombros. —¿Qué pasa? ¿Qué hasta visto? Cuéntame—. Miré su cara de preocupación.

—La casa donde está Jeanie, está cerca de la iglesia donde será la vigilia.

Veinte minutos después, entramos a mi casa y guardamos las compras. Me sentí agotada después de esa reveladora visión, y tuve que acostarme. Además, nerviosa y confundida sobre cómo salvar a Jeanie. Sabía que era la única que podía salvarla, pues había tenido la visión de dónde estaba. Pero necesitaba ayuda, y aunque sabía que Dante me cuidaría las espaldas, no estaba muy segura de Tremayne y su camarilla de vampiros.

Eran casi las cinco de la tarde cuando saqué la sartén y la puse en el fuego.

—Oye, yo haré la cena—, dijo Dante con su voz reconfortante.

—¿Qué? ¿De verdad?—. Traté de ocultar mi sorpresa, pero fue imposible.

—Sí. Me conocen como Taco Kid—. Hizo una mueca.

Me reí un poco. —Sabía que había algo especial en ti al minuto de conocerte.

—Tus ojos no mienten. ¿Por qué no llamas a Nicolas y le dices que tuviste una visión de dónde está Jeanie?.

—Supongo que debería—. ¿Quién era yo para discutir con el hombre que quería cocinar?

Busqué el celular en mi bolso, salí de la habitación para hacer la llamada. Me imaginé que ya estaría levantado, pues había podido llamarme antes en últimas horas de la tarde, y el sol ya se estaba poniendo.

Contestó en el segundo timbrado.

—Hola, cariño—. Su voz se sonó a chocolate caliente, y me derretí como un malvavisco.

—Hola, ¿cómo estás?—, pregunté automáticamente. Estaba ansiosa de

contarle sobre el paradero de Jeanie, pero de repente supe que algo no estaba bien, así que me guardé mis novedades.

Jadeó ligeramente.

—¿Qué pasa?.

—Es Toby.

—¿Qué hay con él?.

—Se fue de viaje con su clase de cocina unos días, así que no estaba preocupado.

—¿Y lo extrañas?—, no tenía idea de lo que ocurría.

—No exactamente—. Sonaba raro, no era él.

—Entonces, ¿qué pasa?.

—Como soy su amo siempre debo tenerlo en el radar, pero ahora parece que no puedo *sentirlo*, ya no. No sé dónde está. Es mi vástago, y tengo un fuerte contacto mental con él. Siempre sé dónde está Toby. Pero ahora, no puedo sentirlo, y no ha contestado su celular. Siempre me llama cuando se va largo tiempo —para reportarse.

Me sorprendió que un vampiro dejara a su vástago alejarse sin que estuviera en una misión para su amo. Nicolas le había dado a Toby su sangre. Me di cuenta lentamente de que un intercambio así entre un humano y vampiro generaba un vínculo muy fuerte. Me alegré de haber decidido no darle mi sangre a Nicolas ese primer día. Probablemente, también hubiera terminado con un vínculo muy fuerte con Nicolas. No estaba segura, pero sospechaba que cuanta más sangre un humano tomaba de un vampiro, más fuerte era el vínculo. Toby me había contado que básicamente la sangre de Nicolas reemplazó a la suya para sacar las drogas de su cuerpo.

—¿Qué crees que ha sucedido?—, pregunté.

—Me temo que se ha ido.

—¿Ido?.

—Que ya no está vivo—, me aclaró.

Me sentí algo asombrada y temerosa. ¿Quién mataría a Toby y por qué? Mis pensamientos saltaron al hecho de que alguien había secuestrado a Jeanie. ¿Podía ser que la misma persona los tuviera a ambos antes de que descubriéramos quién estaba detrás de esto? Pero no podía imaginar un motivo. Jeanie y Toby no se conocían. Simplemente, no cuadraba.

—¿Qué vas a hacer?—, pregunté.

—He llamado a hospitales... a la policía también—, agregó sombríamente.

—Lo siento mucho, Nicolas—, dijo finalmente, y hubo una larga pausa.

—¿Alguna razón para que llamaras, *dulcea?ă*?—, preguntó, con voz malhumorada.

—Oh. Sí, tuve una visión de donde tienen a Jeanie.

—Ah, ¿sí?—, pareció sorprendido. —¿Dónde?.

—Bueno, primero que nada, debo decirte que hay una vigilia con velas por ella en una iglesia. Vi la casa y esta misma iglesia en mi visión. La casa está muy cerca de la iglesia.

—Mandaré a los gemelos a que te acompañen. Dame las indicaciones para llegar a la iglesia—. Me alegró que ayudara, le di las indicaciones y el nombre de la calle.

—Debes prometerme que no harás nada hasta que yo o Tremayne lleguemos por allá—, me advirtió.

—Bien—, dije, tratando de apaciguarlo. Sabía muy bien que no podría esperar a Nicolas. Es más, tenía más imágenes revoloteando en mi mente, de mí en esa casa rodeada por vampiros, y tal vez algunos hombres lobo.

Después de despedirnos, corté la llamada y al voltearme encontré a Dante parado detrás de mí. Dejé salir un chillido. Esos mocasines eran tan silenciosos como una pantera.

—Lo siento—. Sonrió tímidamente. No parecía que lo sintiera, y estaba segura de que había disfrutado mi reacción inmensamente. —¿Qué hay? ¿Estoy recibiendo algo sobre Toby?—. Cierto, leía mentes.

Con la mano en el corazón, que golpeaba mi pecho, dije:

—Oh, sí. Nicolas dijo que Toby está desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Cómo puede un vástago desaparecer de su amo?—, se burló.

—Ah, ¿como cuando muere?.

—Oh. Vaya. ¿Cómo lo ha tomado?.

—No lo sé, en verdad. Parecía deprimido. Triste. Para un vampiro, eso es raro, ¿no?.

—Toby era su vástago. No hay razón para creer que no sintiera algo por él —cariño. Los vástagos no se eligen arbitrariamente—. Me di cuenta de que me estaba diciendo algo significativo. —¿Le contaste de la vigilia?.

—Sí. Va mandar a los gemelos a que se encuentren con nosotros en la iglesia.

Dejó salir un gruñido. —Casi parece que vamos a una boda más bien.

Lo miré con el ceño fruncido. —Me voy a cambiar.

—¿Para la vigilia? ¿Qué tiene lo que llevas puesto?.

Sabía lo que quería usar —y no eran jeans— porque me había visto con otra ropa. —Voy a la vigilia de mi mejor amiga, nadie sabe qué le ha ocurrido, excepto yo. Debo parecer... apropiadamente triste.

Mientras Dante siguió trabajando en la cena, subí para vestirme para esa

noche. Abrí el armario, me pregunté qué sería adecuado usar en una vigilia con velas. Luego reformulé mi pregunta: ¿qué se pone uno para enfrentarse con un vampiro amo?

Decidí que negro era lo adecuado para las actividades de esa noche, y botas. Eché un vistazo a mis únicas botas, las dejé a un lado. Con tacones altos, llegaban hasta la rodilla. Como mis pantalones negros estaban en la ropa sucia, mi decisión fue fácil. Usaría una falda. Encontré una falda negra que se ataba a la mitad por los costados, que compré junto con las botas. Sabía cómo se me vería bien si elegía una camiseta con cuello bajo. Como una zorra. ¿Estaba bien parecer una zorra a los ojos de un vampiro amo cuando querías alardear y no dejarte? Pues no, supongo que no. Pero era exactamente como quería lucirme ante los ojos de Jack, que estaría en la vigilia. ¿Mencioné que estaba de humor travieso? Travieso y algo imprudente. Bueno, tal vez *muy* imprudente.

Después de deslizarme en mi tenida y de mirarme en el espejo entendí por qué había comprado esa ropa —y nunca la había usado. Jeanie me ayudó a elegir las botas, y me ayudó a combinarlas con la falda. Tenía cordones a ambos lados que se ataban en el dobladillo y se podía ajustar o aflojar. Este no era el aspecto de quien iba a encontrarse con su vampiro amo y decirle que se largara. Pero una visión de mí con exactamente esa misma ropa apareció en mi mente cuando estuve en la tienda. Tenía que estar como había visto que estaba cuando lo vi.

Necesitaba algo más para que estuviera completo —o al menos tener alguna protección de un vampiro. Abrí el viejo joyero de mi madre (había sido de su bisabuela, y yo lo heredé), y escarbé hasta encontrar la gran cruz de plata. La saqué y la miré. Estaba hecha de plata pesada y algo deslustrada. No sabía si mi madre era especialmente religiosa. Íbamos a la iglesia cuando era niña. Después de la desaparición de mi madre, papá y yo simplemente dejamos de ir (lo que hizo que su mamá, la abuela paterna Rose, se molestara con él).

Sostuve el crucifijo con indecisión. Finalmente, me lo pasé sobre la cabeza. Un pensamiento repentino pasó por mi cabeza y me pregunté si tendríamos tiempo de correr a Walmart antes de la vigilia. De alguna manera, no me pareció que ocurriría. Pero sabía que debía estar en la iglesia esa noche, parecía crucial que estuviera ahí. Y no por las razones obvias.

Cuando bajé, encontré a Dante en la cocina, un maravilloso aroma salía de la sartén mientras él cortaba tomates, lechuga y aceitunas para la comida. Se movía por la cocina como un chef rápido.

Levantó la cabeza. La mano que sostenía el cuchillo hizo una pausa en su corte de tomate y me miró. Sonreí para mis adentros mientras llevaba la botella de Moscato a la encimera, al otro lado del lavatorio donde estaba Dante. Sentí sus ojos en mí y de repente me sentí cohibida y nerviosa.

Me moví alrededor de él para hurgar en el cajón y buscar el tirabuzón, y lo saqué de en medio del desorden. Me saqué los guantes y usé las uñas para sacar un poco de la platina —hacerlo con guantes era imposible.

—Déjame hacerlo—, dijo Dante desde detrás de mí, y su mano se frotó mi brazo. Un repentino chasquido eléctrico que no había previsto me sacudió. Di un grito y salté, mirándolo.

—¿Qué fue eso?—, dije en un susurro.

—Lo siento—. Retrocedió y sonrió como pidiendo disculpas. —Tenemos que encontrar nuestro punto de fusión. Esto va a seguir ocurriendo hasta que lo encontremos —lo que acabas de sentir—. Tomó el tirabuzón y en un segundo había descorchado el vino.

—Pero ¿qué fue eso?—. Seguía tratando de entender. Era como un choque de estática, pero tenía algo más. Sentí que *algo* me recorrió. Recordé rápidamente que Dante estaba muy lejos de ser un humano normal. Eso ya lo sabía, pero *era* una locura.

—Nuestras auras están tratando de adaptarse.

—Bien, supongo que eso lo explica—. Me burlé, con las manos arriba mientras retrocedí a la congeladora. La abrí y saqué la hielera con mi mano desocupada y metí el hielo en una copa de vino en la encimera. Vertió vino para mí, y se inclinó sobre la encimera con los brazos cruzados.

—¿Qué ocurre?—, pregunté, cohibida.

—Nada, en realidad. Pero lo que veo es realmente hechizante. ¿De verdad vas a ir así?.

Con la copa de vino en la mano, me miré. —¿Qué tiene de malo?—. Sorbí mi vino y le lancé una mirada firme.

—Nada, pero me pregunto cuál es el plan.

—No hay plan—, respondí. —Voy a la vigilia. Después voy a tomar a Jeanie y correr.

Me miró fijamente. —Te puedo ver levantando a una mujer adulta sobre tus hombros y correr por la calle con ella en tacones, con media docena de vampiros detrás.

—Casos se han visto.

CAPÍTULO DIECISIETE

St. Peter era una iglesia de piedra caliza color miel con clásicas ventanas de arco puntiagudo, y un enorme rosetón que dominaba el frente. Con techos muy angulados y un alto campanario de color carmesí —como la sangre— se alzaba por encima de todas las casas circundantes y edificaciones. Esa noche, el rosetón parecía más impresionante todo iluminado desde adentro.

Las personas convergían en el jardín delantero de la iglesia, con velas y vasos de cartón para que la cera caliente cayera dentro. Los rostros resplandecían de ámbar, todos reunidos al lado de los anchos escalones de la iglesia. Reconocí fácilmente los rostros que conocía mientras nos acercábamos. Y sí, estaba Jack. También vi a mi hermano, Randy, y mi cuñada, Constance, y sentí un hormigueo de alivio de saber que no tendría que enfrentar sola a los parientes de Jeanie.

Había entrado a esa iglesia en ocasiones anteriores, una vez para la boda del hermano del medio de Jeanie dos años antes. Recordaba la recepción posterior mucho mejor. Había bailado con Mark, pero también fue ahí que conocí a Jack. El recuerdo me hizo sentir un pinchazo en el pecho. Agridulce. Había estado enamorada del hermano de Jeanie, Mark, durante años —desde sexto grado— y luego llegó Jack a mi vida para complicar las cosas. Oh, sí, quería alardear de lo que Jack ya no podría tener.

Ahora, por supuesto, las cosas eran más complicadas, cuando llegamos a la vigilia. Sabía lo que le había ocurrido a Jeanie, pero no podía decirle a nadie. ¿Cómo podría mirar a la cara a los señores Woodbine y actuar como si no supiera lo que había ocurrido con su hija? Sabía que la habían secuestrado vampiros, y ahora sabía a dónde la habían llevado. No era algo que pudiera contarle a la gente sin sacrificar seriamente mi credibilidad —lo poco que quedaba.

Tuvimos que estacionar a dos cuadras, observando cuidadosamente las calles de un solo sentido, adoquinadas con ladrillos viejos en la parte más antigua del pueblo.

Dante tomó mi mano y salimos a la fría noche. El ozono y el otoño estaban en el aire mientras caminamos entre hojas caída en la acera, ahora empapadas por la lluvia que había caído más temprano. Las mariposas empezaron a bailar tango en mi estómago. Simplemente, no podía ignorar el aura sexual de Dante cada vez que estaba a medio metro de él. Me hacía sentir un poco nerviosa, algo ansiosa de estar sola con él. No era que no confiara en él, porque sabía que la habían dicho que no me tocara. Un vampiro amo tiene su manera de hacer que

sus subordinados lo obedezcan. Pero tenía más que una sensación de que seríamos más cercanos —a la larga. Y mis sensaciones nunca se equivocaban.

Recordé la noche anterior, cuando puso el brazo alrededor de mí cuando me alejé del rito de sangre entre Nicolas y Steve. Me imaginé que en la medida que sus intenciones eran protegerme, estaba bien que me pusiera una mano encima. Pero todo el día, había hecho un esfuerzo concentrado para *no* hacer contacto físico conmigo, hasta ese momento en la cocina. Después, durante la cena, le pregunté qué había querido decir sobre la mezcla de nuestras almas. Se encogió de hombros y dijo que nuestros espíritus se mezclarían finalmente, y que podríamos leer nuestras mentes.

A medida que nos acercábamos a la iglesia, mis nervios saltaban por una razón diferente. Casi a media cuadra, vi un auto estacionado y alguien parado, inclinado sobre el auto. El brillo anaranjado de un cigarrillo captó mi atención. Me detuve. Dante se paró delante de mí, y seguimos avanzando. *Algo* se le derramó. Fue tangible, no sabía si tenía que ver con nuestro breve contacto físico previo donde sentí esa descarga. Me pregunté si podría ser su aura. Había dicho que empezaría a sentir que nuestras auras se mezclaban. ¿Se refería a esto?

—¿Quién es?—, pregunté en voz baja, sacando el crucifijo de debajo del cuello de mi ropa. No había querido que Dante lo viera antes de irnos —no quería tener que explicarle por qué lo estaba usando. Había tenido mucho en qué pensar mientras se acerca el momento de partir, y ahora que estábamos aquí, tenía un nudo en el estómago.

—Leif, y creo que Darla—, dijo.

—¿Ves tan bien en la oscuridad?.

—Casi tan bien como un vampiro.

—Ya era hora de que llegaran. ¿Han estado entre las sábanas?.

—Es Leif—, dijo con desagrado. Heath no hubiera hecho nunca un comentario así. Y entonces oí un silbido de lobo.

Miré para arriba. Claro, me lo merecía, pero era demasiado tarde para regresar a casa y cambiarme.

Nos paramos a unos pasos de él. Podía oler el exótico humo de lo que fuera que estaba fumando. Darla estaba envuelta alrededor de él como una serpiente.

—Nicolas llamó, nos dijo que nos encontráramos con ustedes aquí. ¿Vas tras Vasyl, amorcito?—. Leif preguntó.

—Sí.

Alguien surgió de la oscuridad —no vi de dónde vino— y supe por su forma que era Heath. Me alegró ver que estaba de vuelta a la normalidad después de la noche anterior. Contuve mi alegría, quería abrazarlo después de haber visto su terrible dolor la noche anterior.

—Vasyl está demente, sí—, dijo Heath.

—Totalmente demente, amorcito—, Leif repitió las palabras de su hermano —a su manera. —¿Estás segura de que quieres hacer esto?.

—Tengo que hacerlos. Tiene a mi amiga.

—¿Has pensado cómo hacerlo?—, preguntó Leif. —No creo que puedas simplemente entrar y anunciar que has venido a reventarle las bolas, porque no le va a gustar. Y con esa ropa, tendrás suerte si sales con toda tu sangre.

—Creo que estoy babeando—, casi gruño Heath.

Leif se volteó para mirarlo. —Un poco, y se te salen los colmillos, compañero.

—¡Carajo!—. Sacó la tapa de una botella negra y dio un largo trago.

Ignorando a los vampiros, fui hacia la iglesia. El aire estaba fragante de humedad. Había estado lloviznando un poco cuando llegamos.

—La iglesia tiene agua bendita, ¿verdad?—, dije. —Quema... vampiros..., ¿no es así?.

—Oh, quema, amorcito.

—Depende del vampiro, ¿no es así?—. Heath aclaró. —Alguien que no fue cristiano en vida no se vería afectado.

—Cierto—, coincidió Leif.

—Bueno, Vasyl era cristiano cuando vivía, ¿no es así?.

—Es difícil decir qué era Vasyl, amorcito. Pero podrías tratar, ver qué sucede.

—Apuesto que era protestante—, se burló Heath. Leif y Darla rieron por lo bajo.

—No, definitivamente era católico cuando vivía. En verdad, era sacerdote de la iglesia Católica—, sostuvo Dante. Le creí, parecía saber mucho más de Vasyl, más que todos los demás.

—Bien, ahora—, dijo Leif tras una pausa, —¿qué harás cuando tengas el agua bendita? ¿Cómo la cargas?.

—Estoy trabajando en la parte del cómo—, respondí vagamente. Había pensado en llenar globos, pero lo descarté. ¿Cómo ocultaría globos de agua?

—¿Y qué harás cuando lo hayas quemado?.

—En realidad no lo sé.

—Me encanta tu caótico plan, amorcito. Seguro que funciona—. Escoltado por Darla, caminó hacia nosotros y se paró en el borde de la acera. Respiró hondo. —¡Oh! ¿Huelen eso?.

Darla respiró hondo en el aire fresco de Lluvia y me pregunté si se referían a la lluvia. Había hecho que el olor otoñal de hojas fuera más fragrante.

—¿Humano mojado?—, adivinó Heath.

—¡Sí!—, dijo Leif.

—¡Rico!—, dijo Darla.

—¿Puedes oler eso?—, pregunté mirando a Dante.

—Por supuesto—, dijo. —La lluvia intensifica tu olor.

—¿Es mi olor intensificado?—, pregunté en voz baja mientras caminábamos.

—El tuyo siempre es intenso.

—Vaya—, dije, desconcertada y un poco nerviosa. —Estos son mis amigos, espero que te des cuenta.

—No te preocupes, amorcito. Mordimos algo antes de salir de la ciudad—, me aseguró Leif. No sabía qué tan literalmente debía tomar eso.

Nos detuvimos en la esquina frente a la iglesia, dejamos que dos autos pasaran antes de cruzar hacia la iglesia.

—Jack estará aquí, ¿no es así?—. preguntó Dante.

—Jack *está* aquí—, dije.

Dante tomó mi mano. —Se vería mal si no actuara como un novio.

—Te entiendo—, dije, y encontré su mano caliente sobre la mía, aunque no posesiva. Busqué a los otros. —¿A dónde se fueron? ¿Heath, Leif y Darla?.

—Tienes mucho que aprender sobre los vampiros. Solamente los ves si quieren que los veas.

—Pero no pueden ir al patio de la iglesia, ¿verdad?.

—No.

Cruzamos la calle y nos paramos en el césped, nos unimos a la multitud que se había reunido ahí. Dos muchachas nos entregaron velas. El calor de la llama en mi rostro y mi mano donde la sostuve fue bien recibido cuando a donde se habían reunido los otros.

Mark me vio primero. Su largo cabello rubio centelleaba a la luz de la vela y las luces exteriores sobre el césped. La luz de la vela revelaba línea alrededor de sus ojos y boca que nunca antes había notado. Parecía mayor. El estrés le hacía eso a una persona. Sabía que adoraba a su hermana. Con un nudo en el corazón, la idea de cómo serían las cosas si no la recuperaba me tomó por sorpresa. No iba a poder perdonarme.

—Hola—, dijo, sus ojos azules pasaron de mí a Dante y volvieron a mí.

—Hola. ¿Cómo lo llevas?—, pregunté.

—Bien, supongo. ¿Tú?.

Me encogí de hombros. Y puso los brazos alrededor de mí y nos abrazamos brevemente. Primero me incomodó, pero a los Woodbine les gustaba abrazar. Además de haber bailado con él, nunca había estado tan cerca de Mark. Cuando nos separamos, Mark se volteó hacia Dante.

—Oh, él es Dante——, y no pude recordar su apellido.

—Dante Badheart—, Dante se apresuró, y se dieron la mano.

—Él es Mark, hermano de Jeanie—, presenté y cambié mi bolso a la otra mano.

—Me alegra que vinieras—, dijo Mark. —Hay refrescos, cerca de la tarima. Pero yo traje algo un poquito más fuerte—. Levantó una lata plateada —obviamente, una cerveza. —Hay más en la parte de atrás de mi camioneta. Siéntanse libres de tomar lo que quieran.

Dante hizo un gesto con la mano. —No, gracias, estoy conduciendo.

—Gracias, Mark—, dije mientras nos alejábamos. La cara de Jack surgió de un nudo cercano de personas, y las rodeamos. Podía sentir sus ojos en mí, unos agujeros me quemaban la espalda.

Deslizándome entre varias personas paradas sombríamente al lado de la iglesia, me di cuenta de muchas miradas sobre mí de muchos hombres, casados y de los otros. Si, su medidor de zorras se disparaba, gracias a como estaba vestida. Me alegré de que Dante me rodeaba con un posesivo brazo. La voz de Constance se lanzó hacia mí, me volteé y la vi en otro grupo conformado mayormente por mujeres y niños. La vela en su mano generaba sombras nada favorecedoras en su cara, pero la reconocí rápidamente y caminé hacia ella. Nos dimos un abrazo. Sus dos hijas corrían entre la multitud de adultos con los demás niños, gritaban, reían y jugaban como si fuera una fiesta de cumpleaños. Cuando nos soltamos, sus ojos fueron hacia Dante. Los presenté rápidamente. Luego le presenté a mi hermano, y se dieron la mano.

—No sabía que salías con alguien—, me dijo Constance, un poco sorprendida, pero contenta. Al menos no agregó —de nuevo—. Se sacó un mechón de pelo color miel de los ojos y preguntó:

—¿Dónde se conocieron?.

—En el trabajo—, dije, y lancé una mirada ansiosa a Dante mientras nos tomamos de la mano. No me gustaba mentir así. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si debía estar pegado a mí como pegamento, no tenía otra opción, a menos que quisiera tratar de explicar que me había unido a una guarida de vampiros y que Dante era mi guardaespaldas y, oh, por cierto, tiene la facultad de cambiar. Sí, eso haría que dejaran de estar pendientes de mí.

—En las Torres Tremayne—, Dante explicó.

—Sí, almorzamos el primer día, descubrimos que tenemos mucho en común y estamos juntos desde entonces—, dije encogiendo los hombros. —Es como si pudiera leer mi mente—. Nos reímos y Dante y yo nos lanzamos miradas cómplices.

Al minuto de conocerse, Dante y mi hermano empezaron a hablar de los

Bears y a comparar opiniones sobre el último partido. Me alegró que tuvieran algo de qué hablar.

David y Brian Woodbine estaban parados al lado de un macetero donde varias velas brillaban en el suelo. Brian era el hermano menor de Jeanie, y podía oír su voz ronca desde donde estaba. David tenía cinco o seis años más. La esposa de David, Jen, le gritaba a su hijo menor. Las voces de los niños se elevaban sobre sus juegos mientras corrían alrededor de los adultos, o por los escalones de la iglesia. Los gritos de las niñas perforaban el aire. Los sonidos distantes del tráfico estaban apagados, y luego un tren sopló un par de veces como a una cuadra, y eso hizo que la competencia de gritos terminara hasta que pasó.

Además de la iglesia en mi visión, también había visto una tienda de Buick frente a la casa donde estaba Jeanie. Sabía que la casa estaba apenas a dos cuadras de donde estábamos.

—La casa está por ahí—, susurré al oído de Dante, y señalé.

Siguió a donde apuntaba mi dedo. Sacó su celular y habló tranquilamente cuando el número contestó.

—¡Bueno, Josh! ¡Damon! ¡Dejen de correr!—, gritó Jen a sus hijos, que se perseguían con pistolas de agua.

De repente, sentí un agudo dolor en mi cicatriz de vampiro y jadeó, mientras la agarraba. Estaba mojada. *¿Agua de las pistolas de los niños?*

Dos niños se plantaron alrededor de nuestro círculo, se apuntaban con pistolas de plástico. Recibí un chorro en la cara, el brazo me quedó mojado mientras Josh y Damon volvían a correr alrededor de su padre.

El dolor en el brazo dejó de quemar. *Qué raro.* Jadeé sorprendida. Me subí la manga y lo miré con la poca luz.

—¡Josh!—, gritó David. —¡Ya basta!—

Cuando terminó su llamada telefónica, Dante se movió rápidamente para tomar a uno de los niños que venía hacia nosotros, y lo levantó casi por encima de su cabeza. —Hola, compañero—. Entregó al niño en las manos de su padre.

—¡Ya basta, dije!—, dio David severamente a la cara del niño, lo sacudió un poco, lo volvió a bajar y le dio un buen golpe en el trasero. La carita de Josh se retorció de angustia.

—¿Acaso no les dije que lo haría?—. dijo David, y regresó a su conversación. Josh corrió llorando hacia su madre y se colgó de sus piernas.

—Lo siento, Brie—, dijo Jen, cuando vio que me secaba la cara con un pañuelo. —Están desatados esta noche, no sé qué les ha pasado—, dijo arrastrando las palabras con ese típico acento del sur de Illinois.

—Oh, no te preocupes. Dale una pistola de agua a un niño y tendrás

problemas—, dije, deslizando mi mirada a mi hermano, parado en medio de otro grupo a nuestro costado. Recuerdo que me emboscó más de una vez en verano con su pistola de agua.

Eché un vistazo a las dos pistolas de agua en las manos de Jen. Una idea surgió en mi cabeza. *¿Funcionaría?*

—Jen, ¿cuánto te costaron esas pistolas?—, le pregunté.

—¿Qué? Caramba, no lo sé. Creo que las compramos en la tienda de un dólar. ¿Por qué?.

Sonriendo, saqué mi cartera y le entregué un billete de cinco dólares. —Tengo que comprártelas.

—¿Qué?—. Miró sorprendida el dinero en mi mano. —¿Para qué necesitas las pistolas de agua? Y no necesito tu dinero, cariño.

—Bien, ¿y si se lo doy a los niños para que no sientan que les he quitado algo?.

—¿Quieres *comprar* las pistolas de agua?—, preguntó con voz incrédula.

—Es algo complicado, pero quiero hacerle una broma a alguien esta noche —, dije, tratando de hacerlo pasar como algo sin importancia. —También tengo un trabajito para los niños. Les daré cinco dólares a cada uno, si te parece bien.

—¿Cinco dólares para qué?—, gritó Damon, mirándome con los ojos muy abiertos.

—La tía Brie va a darle cinco si les dan sus pistolas—, repitió, y me las entregó. Aunque no era realmente su tía, era tan cercana a los Woodbine que me consideraban parte de la familia. Iba a sus picnics, bodas y hasta un funeral —y no quería ir a otro pronto, si podía evitarlo.

Los niños miraron las pistolas en mi mano y luego a mí.

—¡Claro! ¡Por cinco dólares!—, Damon, el mayor, fue el primero en aceptar.

Su hermano menor lo imitó:

—¡Claro! ¡Por cinco dólares!—

—Esperen, este es un pacto secreto—, dije en voz baja, y los llevé a un lado, lejos de los adultos. Me agaché. esforzándome para mantener el equilibrio con las botas de tacón y tuve que poner una rodilla en el suelo. Les pregunté dónde habían llenado de agua sus pistolas. Era donde me había imaginado.

—¿Creen que pueden ir de nuevo sin que los atrapen?—. Les devolví sus pistolas.

Los dos rieron y asintieron.

—Bien, entonces deben hacer exactamente lo que les diga—. Los dos estaban ansiosos de complacerme y me imaginé que, si podían hacerlo una vez, podrían hacerlo dos.

Josh y Damon salieron corriendo con mis instrucciones. Sus piernecitas los llevaron a subir las escaleras y a entrar en la iglesia.

Dante vino por detrás, me tomó por los hombros. En voz baja, me dijo:

—¿En qué andas metida? Como si no lo supiera.

—El agua que usaron en sus pistolas es agua bendita. Me cayó en la mordida y me empezó a doler.

—Una pistola de agua funcionaría mejor en un nido de vampiros, pero no podrías esconderla.

—Exactamente lo que creo—. Lo miré. —Apuesto a que puedes leer eso en mi cerebro.

Se tocó la sien. —Tengo telepatía. ¿No te lo había dicho?.

—Cruzó mi mente.

Bebió un sorbo de su lata de refresco.

—¿De verdad vas a hacer esto?.

—Sí—. Sentí una repentina sacudida de ansiedad. Inclinada contra un árbol, respiré hondo. Se me ocurrió que Dante me convencería de no hacerlo.

Para cuando mi respiración estaba normal, mis pequeños agentes salieron de la iglesia, y se plantaron delante de mí, resoplando un poquito más de lo necesario para vender el hecho de que habían trabajado duro para ganarse sus cinco dólares. Pregunté si habían hecho exactamente lo que les pedí, Emocionados, me aseguraron que sí, y dieron un informe detallado de los riesgos que habían asumido, y que el reverendo Paul casi los atrapa, pero se escondieron detrás del altar. Les acaricié la cabeza y se fueron cinco dólares más ricos.

—Estoy lista—, dije a Dante.

—*Wasté*, señora cazadora de vampiro. Nuestros respaldos están en posición y vienen más en camino.

—Bien—. Metí las pistolas en los bolsillos de mi abrigo, pedí disculpas y Dante y yo salimos rápidamente.

Momentos después, entramos al Mustang y Dante lo encendió. —¿Dónde crees que las vas a poner?—. Movió la cabeza hacia las pistolas de agua. Una era amarilla transparente de 15 centímetros, la otra era azul transparente de 12 centímetros, ambas llenas de agua bendita —no exactamente mortal para un vampiro, pero hacerles daño era una prioridad para mí.

—No sé—. Las sostuve delante de mí. Estaban mojadas, y eran más grandes de lo que pensé. Las volví a meter en los bolsillos de mi abrigo.

—No puedes ir por ahí con unas pistolas como si fueras John Wayne—, dijo Dante, mientras maniobraba por la acera. Me miró al llegar a un cartel de alto, y dijo. —¿Entiendes que para que esto funcione deberás entrar sola y preguntar por Vasyl?.

—Lo sé—, dije, sintiendo ansiedad. Pensé que vomitaría. De pronto, me di cuenta de todo. No era una heroína. En verdad, era muy cobarde. Prefería huir de ahí, pero se trataba de Jeanie.

—Seguro te van a registrar para ver que no estés armada.

Me mordí el labio. —No lo había pensado.

Doblé los dedos de un guante, mojado con agua de las pistolas.

—¿Y para qué es el crucifijo?—, quiso saber. —¿Tratas de echarlo todo a perder?.

Miré hacia el crucifijo, que colgaba contra mi ropa negra.

—Para un vampiro, un crucifijo es como insultar a alguien en el auto del costado en el peor barrio de Chicago. Estás llamando a los problemas—. Su voz tenía un leve tono de advertencia. —Algunos vampiros son inmunes a la cruz. No todos eran religiosos cuando vivían.

—Lo sé—. Me quedé seria. Siguió conduciendo y se detuvo en un cartel de alto. —Pero dijiste que Vasyl había sido religioso. Apuesto a que funcionará.

Dante solamente suspiró y sacudió la cabeza. —No me gusta. Se supone que debo protegerte, no enviarte a una guarida de vampiros peligrosos.

Pasé el dedo por la larga cadena de plata. —Exactamente por eso lo estoy usando—, dije desafiante.

—Te sugiero que por lo menos lo escondas. Y decidir dónde vas a esconder esas dos pistolas *tan* letales—. Lo vi poner los ojos en blanco, noté su tono sarcástico.

Mi mente se quedó pensando en eso cuando escondí el crucifijo dentro de mi escote inventado —*no* iba a entrar en un nido de vampiros sin protección.

Entonces, algo se me ocurrió.

—No mires—, dije, cuando llegamos al cartel de alto.

—¿Qué?.

—No me mires, ten la mirada hacia adelante.

Con un fuerte suspiro, apoyó la cabeza en un puño, el codo en la ventana, y condujo lentamente por la calle de un solo sentido. Miré para asegurarme de que no hacía trampa, y luego saqué una pistola, y la metí en mi brasier. Puse la otra en el otro lado. Tuve que moverlas un poco para ponerlas donde fuera cómodo. Las puntas sobresalían, pero se quedarían en su sitio pues mi brasier era de algodón, se estiraba. La pistola más grande era un poco pesada, pero la encajé para que no se deslizara.

—Bien, buen intento. ¿Cómo las vas a esconder?.

Miré los bultos en mi ropa. —No había pensado en eso.

—Necesitas un abrigo más grande—, sugirió. —Un abrigo pesado para esconderlas bien.

Dejé salir un suspiro de exasperación y traté de acomodarlas un poco. Una me frotaba en el lugar equivocado. —¡Oh, oh, oh!—, dije, mientras reacomodaba la pistola. Mi miré. —Ahora se me mojó la ropa.

Dante se rio ruidosamente. Reí también, y las pistolas se movieron y una salió. La atrapé y los dos arrancamos a reír.

—¿Estoy loca por hacer esto?—, pregunté mientras acomodaba las pistolas y la risa paró.

—Sí.

—No respondas eso—.

—Lo siento, muy tarde.

—¿Qué sugieres?.

—Te daré mi abrigo. Te registrarán, pero no te registrarán por el costado, caderas ni piernas.

—Vaya, conoces la rutina.

—Sí—. Dante se paró y se volteó hacia mí, con un brazo en el volante. —Cuando entres, anda tranquila, siempre consciente de lo que te rodea, quién está, y demás. Yo leeré tu mente.

—Bien.

—Cuando entres, quiero que grites en cuanto puedas: Tremayne y subalternos, entren—.

—Entendido—. Asentí. —La casa está por ahí—, le indiqué.

Dante dio la vuelta a la cuadra, lentamente. Se me secó la boca cuando nos acercamos al concesionario de Buick, y la casa que estaba al frente.

—Ahí está—, dije, sorprendida de verlo tal como estaba en mi visión.

Dante se acercó, giró y fue por un lote al lado de la tienda de autos y estacionó el Mustang.

—Espera—, dijo, y salió de un salto.

Cuando acomodé las armas, que por cierto eran muy incómodas, lo escuché hablar por celular. Otro auto se estacionó a nuestro lado. Miré por la ventana del chofer. Estaban los gemelos y Darla. Dante seguía en el teléfono, tal vez con Tremayne. Si me equivocaba con esto, no me importaba. La vida de Jeanie dependía de mí.

Cuando cortó su conversación telefónica, Dante se paró a mi lado del auto y abrió la puerta. Me ayudó a salir. Galantemente, me dio su hermoso abrigo de cuero negro.

—¿Y si lo arruino?—, dije, como si ayudara en algo.

—Compro uno nuevo—. Se encogió de hombros, no era importante. Se compraría otro costoso abrigo nuevo.

Me quedaba grande, por supuesto, y las mangas eran muy largas.

Obviamente, no era mi abrigo. Me ayudó a ajustarlo de tal manera que ocultaba lo que debía ocultar. Olía a él —un olor increíble que me atrapó. Más atrayente que el de Nicolas. Tuve que darme un golpe mentalmente.

—Nicolas y Tremayne casi están aquí—, informó.

—¿Qué tal así?—. Saqué los brazos y di un giro.

—Bien—, dijo, con gesto de aprobación. —Un dulce para los ojos, nena.

—Maravilloso. Ya es malo tener que entrar en una casa llena de vampiros —y quién sabe qué más.

—¿Estás segura de querer hacer esto?—. Dante me seguía preguntando.

—¡No tengo elección!—

—Entiendo esa parte—. Puso su brazo alrededor de mis hombros con un movimiento tan líquido que pensé que lo había imaginado. Mi cerebro estaba hecho polvo. —Toca la puerta. Cuando contesten, diles que trabajas para Vasyl. Si se quedan como si no supieran de qué hablas, te largas, ¿está bien?.

—Bien. Pero ¿si y *está*? Y más importante, ¿y si está Jeanie?.

Hizo una pausa y exhaló. —Tú tranquila. No hagas nada que los enfurezca. Encuentra a tu amiga, yo leeré tu mente. Si te metes en problemas, lo sabré.

Traté de tragar. Mi garganta estaba reseca como si hubiera inhalado un rincón del Valle de la Muerte. El corazón martillaba dentro de mi pecho. Volteé y vi a Darla, Heath y Leif con los pulgares hacia arriba.

—Acá estaremos, cuando nos necesites, amorcito—, dijo Leif.

Fui hacia el pasaje de la casa, tratando de fortalecerme con la idea de que hacía esto por Jeanie. Tenía que estar viva. Si no, yo misma mataría a Vasyl. Rápidamente, me recordé que no era un personaje de televisión que podía enfrentar a un vampiro. Sin embargo, estaba decidida y no esperarían mi sorpresita, ni la grande si Tremayne llegaba a tiempo.

—Recuerda hablarme en tu cabeza. Lo que veas o sientas, ¿está bien?—, dijo Dante.

—Sí, entiendo—, dije sobre el hombro.

Ojalá tuviera una ballesta.

CAPÍTULO DIECIOCHO

No ayudaba que docenas de débiles visiones revolotearan en mi mente mientras cruzaba la calle y me acercaba a la casa. Ninguna era agradable. En verdad, cada una era peor que la anterior. Veía cosas ocurridas en el pasado inmediato también. Lo que vi —en mi mente— hizo que el estómago se me retorciera horriblemente mientras me acercaba a la realidad.

Estaba armada solamente con dos pistolas de aguas y si actuaba muy rápido o fallaba, sabía que estaría expuesta a mucho daño —desde una docena o más ángulos.

Mis pasos resonaban ampliados en mis oídos a lo largo de la entrada de cemento. El pórtico victoriano es amarillo mostaza. Me sorprendió ver que estaba en buen estado. Las voces de adentro eran más pronunciadas a medida que me acercaba. La energía zumbaba a mi alrededor, como si caminara en una zona de alto voltaje, que bullía de feromonas de vampiro. Que supiera todo de una casa antes de entrar era una bendición ahora, y por una vez me sentí muy contenta de mis visiones, pero estaba muy nerviosa, lo que amenazaba con darme una sobrecarga de sensaciones, pero me esforcé por bloquearlas.

Encontré el valor para tocar a la puerta, y esperé. Me asombré cuando la puerta se abrió casi de inmediato, y me quedé mirando a un hombre con cabello negro peinado a lo pompadour —todo retro. Tal vez era un imitador de Elvis en sus días libres, pero las perforaciones en su ceja y nariz le dieron un nuevo matiz. Sus ojos me recorrieron.

—¿Quién eres y qué quieres?—, su voz era más curiosa que intimidante.

—Me llamo Sabrina, y he venido a ver a Vasyl. ¿Está?—, pregunté audazmente.

—¿Vasyl? Sí, pero está ocupado—. Me volvió a mirar de arriba abajo y dijo:

—Pero puedes hablar con Jason—. Sonrió ampliamente, retrocedió y me dejó pasar. Me sentí aliviada de que no me registrara.

Me guio por un pasillo. Una escalera abierta llevaba al segundo piso, y el pasillo tenía varias entradas a los lados. El imitador de Elvis me llevó por una entrada con mostacillas, e indicó hacia la habitación con la mano.

—Entra. A Jason le encanta la sangre nueva—, dijo, y lanzó una risotada que me sobrecogió.

Hice un gesto por dentro. Fuera quien fuera Jason, si se aparecía con colmillos iba a recibir un buen chorro de agua bendita, para empezar.

Miré la habitación decorada con buen gusto antes de que sus extraños ocupantes reclamaran mi atención. Había una chimenea en el centro de un muro, entre ventanas victorianas, y el efecto hubiera sido asombroso de no ser por el aluminio que tenían. Los candelabros estaban con la luz más baja posible. En toda la habitación, había sillones antiguos o sillas con respaldar alto, y sillas que no hacían juego estaban colocadas alrededor de una gran mesa donde una calavera humana sostenía las velas. Era como visitar la casa de mi abuela en Rochelle —salvo por la calavera y los bordes de la habitación.

Por encima del murmullo de la conversación, sobresalía una voz constante, ajena a esta guarida del mal. Esta hermosa voz masculina hablaba en otro idioma, y me pareció una oración. Asistía a la iglesia con Jeanie de vez en cuando —Navidad era una de esas veces— y había oído el clérigo, o sacerdote, rezar en latín. Esto se parecía a lo que había oído. Raro, irreal, pero calmaba mi aquejada mente. Me aferré a eso, escuché con cuidado, y dejé que me inundara. Fue un bálsamo calmante para mi alma.

El silencio cayó sobre la habitación cuando crucé la entrada, las mostacillas de plástico sonaron al entrechocar y luego volver a su sitio. Ahora, todo lo que oía era esa clara y bella voz masculina. *Era* una oración. Estaba segura.

En medio de esta placentera isla de belleza, esperanza y oración, fuertes olores me asaltaron; una mezcla de sexo, hierba y un olor al que no estaba acostumbrada, pero luego de presenciar la orgía de sangre de Tremayne, el hedor a cobre me dijo que solamente podía ser sangre.

El hombre que rezaba estaba a unos tres metros de mí en diagonal. Conté rápidamente unos 15 vampiros, pero había más, que no veía. Una mujer con pelo rodado y lentes de sol de borde blanco estaba muy cerca de mí. Con la cabeza inclinada, me miró como si fuera una visión poco usual. Lo más probable es que quisiera probarme.

—Oooh, linda—, gorjeó. O tal vez dijo —lástima—, no estaba segura pues no hablaba bien por los colmillos. Tenía botas blancas y una microminifalda de vinil a juego, malla negra, sin brasier. No tenía la menor vergüenza, y no podía culparla. O se había operado los senos cuando vivía, o después de haberse convertido, pero no podía dejar de mirar el enorme busto de la pálida mujer. Sus pezones eran rojos y duros como rubíes y con perforaciones. y una larga cadena iba de un pezón al otro. *Interesante.* Los ojos de todos los demás en la habitación estaban pegados en mí. Imaginen eso.

El vampiro parado delante de mí me lanzó su seducción, y casi cedí, antes de desviar rápidamente los ojos y de mirar a sus jeans, apretados y rotos. Me di cuenta de que había olvidado sacar mi crucifijo para desviar su seducción. Era un vampiro joven que necesitaba contacto visual antes de que su seducción

tuviera efecto —gracias a Dios.

Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, resopló:

—¿Así que te haces la difícil? ¡Me encanta!—. Sus grandes ojos pálidos me miraron como si yo fuera la cubierta de un pastel de cumpleaños y él fuera el niño del cumpleaños. Inclinó la cabeza, su mirada cayó a mi pecho en lo que pensé que era curiosidad. Al menos, eso esperaba. No me atrevía a mirarme. Por supuesto, las pistolas de agua sobresalían y daban la impresión de que tenía casi la talla de la señorita Pezones.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí, Dan?—. La mirada del vampiro jefe fue detrás de mí al hombre que me había dejado entrar.

—Dice que se llama Sabrina y que quiere ver a Vasyl—, Dan respondió inclinándose en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Vi que tenía los brazos cubiertos de tatuajes. Definitivamente, un hombre lobo.

—¿De verdad?—, el vampiro jefe dijo riendo. —Bueno, está un poquito ocupado—. Su mirada pasó del hombre que rezaba, se paseó por la habitación y llegó a mi derecha.

Miré y pensé que me habían transportado a otro lugar, momentáneamente. Había velas alrededor, varias en el piso y dos en las mesas. Parecía un altar. Se arrodilló ante un sillón donde una mujer estaba reclinada —no pude ver su rostro. Tenía una bata marrón incolora, como de monje. Su largo cabello negro le caía en ondas. Estaba descalzo y rezaba en impecable latín —al menos, desde mi punto de vista. Hizo la señal de la cruz, como un sacerdote, sobre la persona que bendecía.

—Además, soy lo mejor acá. Vamos, nena, te llevaré a pasear—, dijo el vampiro de los jeans rotos.

Le lancé una mirada fastidiada. —Necesitas superarte—. Las risas estallaron alrededor.

Afuera, a la distancia —y completamente ajeno a lo que ocurría adentro— se acercaba el sonido de un silenciador. Estaba segura de que era una Harley.

—Vamos, nena—, dijo el vampiro joven con ego, cortando mis pensamientos sobre quién estaría en la Harley. —Me gustaría que conocieras lo que es bueno, si me entiendes.

—Si así crees que me vas a convencer, debes cambiar tus frases—, respondí acaloradamente. Más risas. Todo quedó en silencio cuando un cambio en las emociones se cernió sobre ellos. Como una sensación de expectativa. Miraron a otro lado de la habitación.

La elocuente oración se había detenido. Volteé para ver que la cabeza del vampiro que rezaba se levantaba ligeramente. Su larga cabellera negra caía en abundantes ondas por su espalda y alrededor de sus hombros. El latido de mi

corazón se aceleró.

—La he marcado—, dijo el vampiro que rezaba, con esa maravillosa voz con fuerte acento francés. Su mano pálida hizo la señal de la cruz una vez más, y se levantó del suelo con tanta gracia que fue difícil no pensar en un bailarín.

Contuve el aliento cuando se volteó.

Finalmente, iba a conocer a Vasyl. Tenía la boca seca, las rodillas casi se me caían. *Oh, mierda, estoy muerta.*

El aire a mi alrededor volvió a cambiar cuando su iluminado rostro apareció en mi vista. Era guapo, sus rasgos eran enérgicos y más traviesos que los de cualquiera de los reyes que había visto. Esta era la cara que acosaba mis sueños.

Oh, sí. El vampiro de mis sueños había pasado a mi realidad. Estaba tan asombrada que casi no sabía qué hacer. Deslicé la lengua por mis labios mientras sus oscuros ojos se posaban en mí. Echó la cabeza hacia atrás, como para apuntarme con la nariz, y luego la bajó como en silencioso reconocimiento. Sus ojos eran hipnóticos, supe que así se sentía un ciervo cuando las luces de los autos caían sobre él en la noche.

—Sabrina Nicole Strong—, susurró roncamente.

—¿Sabes quién soy?—, pregunté, asombrada.

—Pero por supuesto—. Sus movimientos y todo en él eran majestuosos, yo estaba cautivada. No me podía mover. —¿Por qué estas acá, *ma petite fille*?.

—Porque ——, me quedé sin voz momentáneamente. Volví a intentar. —Porque a mi amiga se la llevaron contra su voluntad y la trajeron a esta casa. Vine a rescatarla.

Las risas fueron acalladas por la mano levantada de Vasyl.

—¿Por qué estás *tú* aquí?—, pregunté, molesta.

—Me dijeron que alguien está en riesgo de perder la vida. Vine a rezar por su alma. ¿Esta es tu amiga?—, preguntó, y se volteó a mirar a la mujer en el sillón.

Cuando la miré, sentí un baldazo de agua fría. Jeanie era la mujer tumbada en el sillón victoriano. Estaba parcialmente desnuda, con mordidas en varias partes del cuerpo. Un brazo le colgaba por un lado del sillón. Su piel estaba blanca. Sus labios se estaban poniendo azules. Sangre seca, del color del yodo, recorría su brazo desde el pecho y desde su cuello.

—Oh, ¡Dios! ¡Jeanie!—. Avancé hacia ella, pero Vasyl se paró delante de mí. Me detuve. No pude moverme más. Vasyl lanzó un encantamiento tan poderoso que casi me derriba.

—¿Qué le han hecho, desgraciados?—. No había perdido mi facultad de hablar.

—Espera, corazoncito. Alguien la trajo. Dijo que era para Vasyl—, explicó

rápidamente el primer vampiro, sin mostrar compasión.

—¡No te creo!—. Yo temblaba, estaba furiosa. —No—.

Vasyl levantó la mano de una manera elegante, la agitó delante de mi cara y de repente no pude hablar.

—Jason, dile a Sabrina lo que me dijiste—, ordenó Vasyl.

—¿Qué? ¿Del vampiro que la trajo?—, y señaló a Jeanie.

—Sí, ¿qué te dijo?—, apuró Vasyl.

—Bueno, dijo que era para ti—. Jason movió la cabeza hacia Vasyl. —Un regalo dijo—, y se rio.

—Y, por supuesto, ¿la dejaste para mí?—. El tono de Vasyl era sarcástico.

—Bueno, la probé—, Jason fue evasivo, tratando de parecer ingenuo.

—¿Son tus marcas las que están en sus muñecas, cuello y pecho, por supuesto?—, dijo Vasyl. Luego pasó al francés. Parecía un insulto. —Por eso no te has ganado mi protección—. La mirada de Vasyl volvió a mí, se estremeció arrepentido. —Nuestra necesidad... nos consume—. La voz de Vasyl se hizo olas en mí, se acercó uno o dos pasos con ese movimiento vampírico líquido. Yo estaba ardiendo; la mordida en mi brazo me hormigueaba, y el hormigueo subía por mi brazo, bajaba por mi columna y se alojaba en mi ingle —de una manera que nunca había sentido antes. Mi columna se ondeaba y luego se arqueó buscando su toque. Creo que jadeé o gemí con la exquisita tortura de querer que me tocara, pero no ocurrió. Su mero toque probablemente me hubiera hecho explotar.

Incapaz de mover los pies, vi a Vasyl venir y pararse detrás de mí —la posición desde la que un vampiro suele alimentarse de su víctima, si sigue parada, claro. Su respiración era totalmente intoxicante en mi piel. Me estremecí cuando mis ojos se cerraron. La respiración hacía explotar mis pulmones y terminar con profundo gemido. Sus feromonas me llenaban y no tenía cómo extraerlas. Me hablaba en francés, me llamaba *cherie*. No tenía idea de lo que decía, pero en tanto siguiera, yo flotaba como en una placentera brisa.

—¿Quieres preguntarle algo a Jason, *'tite belle*?.

Asentí una vez, sintiendo como si mi mente se hubiera divido; una parte zumbaba con su glamur, la otra, trataba de analizar y pensar claramente. *Esto es una locura.*

—Pregunta—, susurró tranquilamente en mi oído. Me hizo cosquillas.

—¿Cómo se llama el vampiro que la trajo?—. Formé las palabras, aunque no supe si había hablado.

—No dijo—, respondió Jason.

—¿Cómo era?—, pregunté.

—Cabello negro, no muy alto. Era nuevo. Lo miré bien—. De repente tuve

una visión. Vi al vampiro de cabello oscuro que llevó a Jeanie a la casa. Eran destellos rápidos, pero claros. Me quedé impactada. *¿Él?*

—¿Vivirá?—, pregunté temblando.

—Está casi muerta—, dijo Vasyl solemnemente. —Dije sus ritos finales, y recé por su alma.

—¿Por qué?—, susurré, y luego absorbí mi respiración porque sus seductores labios cayeron sobre mi cuello. *Oh, Dios, ¿qué me está haciendo?*

—Esto es lo que hago—, habló, con su aliento intoxicante contra mi piel, luego sus dedos avanzaron ligeramente por mi cuello, y encontraron la cadena de plata del crucifijo. Pude oír que algo crepitaba, olí carne quemada y abrí los ojos, pero no podía ver. Sabía que sus dedos quemaban por el toque de la cadena de plata, pero parecía no importarle. Jaló la pesada cadena y lo que colgaba de ahí, lo dejó al descubierto. Tomó el crucifijo con la parte de atrás de la mano, su piel estaba ardiendo. El hedor de su carne quemada empalagó el aire, casi no podía soportarlo. Era lo suficientemente alto como para inclinarse hacia el crucifijo sobre mi hombro, lo alzó y lo tocó con los labios. Sonó como una gota de agua al caer sobre una parrilla caliente.

Escuché la habitación como un gruñido general.

—¡Mierda!—, gritó Jason, con los ojos salidos. Supuse que una cosa era ver a un vampiro arrodillado y rezando, otra cosa era verlo tocar un crucifijo con los labios reverentemente.

En mi oído, Vasyl dijo:

—Nuestro momento todavía no llega, *mon amour*—. Mi crucifijo volvió a colgar de mi cuello, destellando para que todos los vampiros vieran. Posiblemente, Vasyl lo había bendecido, no lo sabía, pero había temor en los ojos de los vampiros que estaban viendo. Los hombres lobos también parecían un poco incómodos.

—Entiendan todos. Sabrina Strong es mía. No le harán daño, si sobreviven a esta noche. O los cazaré y destruiré.

Los vampiros intercambiaron miradas de aprensión.

—*Ma petite*—, Vasyl volvió a decir en mi oído, y una punzante necesidad de que me tomara en ese momento me atravesó. —Llama a los que están afuera. Invítalos a entrar. No tengo escrúpulos con Tremayne, y debo dejarte, por ahora —. Levantó las manos de mí.

Mis ojos pasearon por la multitud que me rodeaba. Me atacarían. —Pero—.

—Usa el agua bendita—, susurró. —*Au revoir*—. Al siguiente segundo, el aire a mi alrededor crujió y crepitó al punto de una leve incomodidad, y mis oídos saltaron. La posesión de Vasyl se levantó como si nunca hubiera estado ahí. Me volteé a tiempo para verlo desvanecerse en una nube de vapor.

—Caramba, quisiera poder hacer eso—, dijo Jason, con tono asombrado y ligeramente molesto. Su atención se volvió a mí. Su seducción se centró en mí, pero era insignificante en comparación al de Vasyl, era como un cachorrito mordiendo mis tobillos. —A la mierda con esto. Eres mía, ¡perra!—. Arremetió contra mí. Varios vampiros lo incitaron.

Antes de que se me acercara a dos metros, alcé las manos. Tuve que cruzarlas para tomar las dos pistolas de agua, que saqué de mi brasier —*¡Auch! ¡Mierda!* — y empecé a apretar los gatillos, apuntando casi al azar —mientras los vampiros me rodeaban— le di a cinco de inmediato con los dos chorros. Gritaron y cubrieron sus caras humeantes en agonía. Apunté un chorro a Jason, le di directo en la cara. Se alzó, gritó y salió de la habitación.

Al cabo de segundos, toda la habitación se había vuelto un enjambre de avispones furiosos. Lancé varios arcos de agua bendita por la habitación, y le acerté a tantos como pude. Sabía que una vez que la sensación quemante acabara, estaría muerta. El hedor a carne quemada llenaba la habitación, era más de lo que podía soportar. Olía como una parrillada que salió mal.

Los dos hombres lobo, o los que cambiaban, estaban en guardia en la entrada, gruñendo y mostrando los dientes —dientes humanos— me volví hacia ellos, los apunté con mis pistolas, pero no disparé. Sabía que sería inútil. Se detuvieron en seco, me miraron y luego a las armas. Cuando se dieron cuenta de que eran pistolas de juguete, se fueron.

Rápidamente, salí de su rango, evitando los cuerpos que caían. Los dos grandes hombres chocaron como futbolistas cerca del arco, y cayeron al suelo. La casa se sacudió como si hubiera empezado un temblor.

El lugar se volvió un laberinto de ruido, y los movimientos de los vampiros eran muy rápidos, no podía seguirlos. La pistola chica se había salido y goteaba al suelo, mientras sostenía la otra con las dos manos como si fuera un arma real.

Uno de los hombres lobo estaba de rodillas, sacudía la cabeza tratando de concentrarse. El otro estaba sobre su cadera y se estaba transformando en su bestia. Escuché el sonido de huesos que se rompen que caracterizaba su transformación. Debía hacer algo para emparejar las cosas, y muy rápido. El sonido se volvía más fuerte, me recordó que tenía un respaldo de vampiros afuera y listo para irrumpir.

—Bjorn Tremayne, y todos sus subalternos, ¡entren!—, grité.

Hubo una explosión a mi derecha, que hizo que todos buscáramos cubrirnos. La enorme ventana quedó destrozada; el vidrio se esparció por todas partes, con un sonido parecido al de un jet. Mis ojos vieron enormes tubos cromados, tapabarros y dos ruedas giratorias fijas. Un hombre de cabello dorado y anchos hombros, con cara de dios y aire decidido estaba a horcajadas y

empuñaba algo largo, brillante y letal. Se enroscó una mano como una hélice y cortó entre la multitud como una guadaña corta el trigo, antes de que la Harley bajara justo en el centro de la habitación. Retumbando, chocó contra las cosas, derribó la mesa de roble; chocó con lámparas y otras cosas, y dividió a la multitud que había querido matarme. En un milisegundo cayeron cabezas decapitadas, rebotaron pesadamente y rodaron a mis pies cuando la Harley se detuvo en el borde de la habitación —que ahora se veía pequeña. Yo estaba demasiado impactada, u ocupada preocupándome cómo salir de ahí como para sentir repugnancia. Un rayito de esperanza surgió en mi pecho —¡estaba salvada!

Una enorme espada como la que —bueno— probablemente hubiera usado un vikingo brilló en las manos de Tremayne. La enfundó en el costado de la Harley detrás de su pierna, luego maniobró la motocicleta y la llevó al final de la habitación, y la giró hacia mí y rodó sobre las cabezas y los cuerpos sin cabeza.

—¡Sube!—, gritó sobre el ruido de los motores y movió los dedos para que me acercara.

Intentando no mirar la carnicería, avancé y me choqué con algo pesado. Miré hacia abajo y vi el pelo rosado de la vampiro de los grandes senos. Me miró con una mueca de muerte, sin los lentes de sol. Ya no los necesitaba. Su cabeza rodó y se detuvo al lado de su torso desnudo. Parecía una pintura de Picasso. Sentí cierta satisfacción despiadada de ver que ella, y otros vampiros, estaban entre los masacrados. Solamente esperaba que Jeanie se hubiera salvado —que no estuviera muerta, que no la hubieran secado del todo— a pesar de lo que había dicho Vasyl.

En los segundos después de que Tremayne entrara por la ventana, Nicolas, Heath, Darla y Leif entraron por la ventana rota como fantasmas, golpeando a los vampiros que seguían de pie, con imposibles cabriolas gimnásticas, volando por el aire, o volviéndose borrosos cuando combatían a sus adversarios.

—¡Vamos!—, volvió a gritar Tremayne, y un rápido movimiento decapitó a un hombre lobo que saltó desde un rincón oscuro.

—Pero Jeanie—.

Otro movimiento alejó mi mirada de Tremayne. Un enorme hombre estaba directamente en mi camino. Con los ojos amarillos, rugió hacia mí mostrando los afilados dientes, lo que me recordó al que me mordió la otra noche. No había nada que me diera más miedo, y quedé petrificada.

El hombre lobo me embistió. En ese preciso segundo, un enorme gato negro —grande como un lobo— saltó por la ventana y enfrentó al hombre lobo en medio de la embestida y lo derribó. Grité y rodeé la ruidosa pelea de las dos bestias. Vi los grandes dientes del jaguar caer sobre la garganta del hombre lobo,

y cortarla en un repentino movimiento sobre su cuello. La sangre salió y la evité, mientras daba un último salto sobre un cuerpo decapitado, alcé mi falda y traté de caer en la Harley. No lo logré. *¡Estúpida falda!*

Las manos de Tremayne estaban en mi cintura. De repente, me vi alzada en el aire y luego abajo en el asiento de atrás, y algo por encima de él. Antes de que mi mente se diera cuenta, íbamos a toda velocidad por el pasillo hacia la puerta. Puse los brazos alrededor de su enorme cuerpo, y me dejé llevar; el estrépito de madera llenaba mis oídos, el olor a humo, gasolina y gas me hizo buscar aire; atravesamos la puerta, bajamos a trompicones algunos escalones y llegamos a la acera.

Cuando levanté la vista, estábamos en la calle, el calor de la casa había cesado; el frío de la noche me volvía a caer.

Lo último que vi cuando volteé fue a Heath (o Leif), con Jeanie sobre un hombro arrastrarse por el hueco en la ventana, y desaparecer en la noche.

Me volví a voltear, me acurruqué dentro del abrigo de cuero que tenía, consciente de que mi ropa estaba mojada, mis pezones duros, y sujeté los amplios hombros musculosos de Tremayne. Las manos de Tremayne estaban ocupadas guiando la Harley, pues avanzaba como una centella.

Detrás de nosotros oí una explosión —muy fuerte— y casi pude sentir el calor. La casa (lo supe por una visión repentina) había estallado.

Tremayne no bajó la velocidad cuando giró en una esquina. Oí silbidos de lobo. Unos momentos después, oí sirenas por las calles, en algún lugar detrás de nosotros.

Casi de inmediato supe que Tremayne no me estaba llevando a Chicago, ni a mi casa —pude leer a través de mis mojados guantes. Estaba ansioso por llegar ahí.

Me tenía toda para él.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Después de casi media hora de avanzar por una carretera llena de curvas y baches, teníamos delante un racimo de luces en el horizonte.

Tremayne redujo la velocidad de la Harley a la mitad, luego otra vez a la mitad; hacía los cambios, me llevaba de un lado a otro. Miré desde mi posición encorvada que nos acercábamos a una ciudad muy grande, y en pocos momentos estábamos en una calle de un solo sentido y tres carriles.

El tráfico rugía. Sentía que avanzábamos a paso de tortuga. Esperaba llegar pronto a donde fuera que estábamos yendo porque mi falda se había subido y era muy incómodo estar así en una fría noche de octubre.

Volteó en varias esquinas, pasó sobre vías de tren cuando entramos a una antigua zona industrial. Finalmente, nos detuvimos en una fábrica, rodeada por una cerca de metal. Casi todas las ventanas estaban rotas y tapiadas. Algunas tenían láminas de acero corrugado.

Avanzamos por muelles que estaban sellados desde hacía tiempo. Más despacio, Tremayne subió por una corta rampa de cemento y se detuvo en una puerta de unos cinco metros de alto. Parecía fuerte y casi nueva con alambre de púas arriba —un buen disuasor para los usurpadores.

Tremayne bajó de un salto de la moto, la dejó encendida con el parante puesto, mientras yo esperaba aún subida a la moto. Abrió la puerta, volvió y se subió a la moto, nos llevó por la puerta y se detuvo en una puerta corrugada. Parecía una puerta cualquiera de garaje —solamente permeable a armas de destrucción masiva. Usó algo parecido a un abridor de puertas de garaje, y la puerta de acero galvanizado se alzó ruidosamente. La atravesó, y los dos bajamos de la moto. Después de apagar la Harley —y de interrumpir su ensordecedor sonido— volvió a salir, cerró la puerta y regresó. Cuando cerró la puerta sonó como un puente que baja con un resonante sonido metálico final.

Había quedado atrapada con el vampiro más poderoso que conocía. Mi mente era un caos. ¿Había cambiado un peligro por otro?

Empujó la Harley a un recinto con rejas. Me uní a él. Ahora estábamos en la casi total oscuridad. Solamente las luces delanteras arrojaban un cono de luz contra la pared de ladrillos. Entonces las apagó y me vi flotando en la oscuridad. Oí un interruptor, y me vi inmersa en luces industriales. Estábamos en una plataforma de acero.

—¿Dónde estamos?—, pregunté, por fin capaz de hablar a volumen normal en vez de gritar, y mis oídos y no zumbaban tanto.

—Es mi casa lejos de casa—, dijo, y me di cuenta de que era un elevador industrial abierto alrededor con tubos de metal como barandas.

—¿Casa? ¿Vives acá?—, pregunté incrédula.

Tomó un aparato con una gran fuente eléctrica enganchada en la baranda, y apretó un botón. Nos levantamos lentamente en este ruidoso aparato y llegamos a una saliente de cemento. Abriendo un panel de teclas en la pared al lado de la puerta de acero, digitó un código. Miré hacia abajo y me di cuenta de que estábamos al menos dos pisos más arriba.

La puerta se alzó ruidosa, como la anterior. Dudosa, miré la oscuridad de la siguiente área. Me dije por enésima vez que, si Tremayne hubiera querido tomar mi sangre, o violarme, lo hubiera hecho mucho antes.

—Vamos. Por dentro no está tan mal como parece por fuera—. Tremayne fue hacia un espacio —no podía llamarlo de otra manera— y lo seguí como un corderito. Me tomó un momento antes de darme cuenta de que íbamos por una pasarela y me agarré a la baranda de acero, porque no encontré equilibrio un momento. Nuestros pasos sonaban suaves debajo de nosotros mientras lo seguía dentro de sus dominios.

Tremayne se paró ante un gran panel de interruptores. Con varios ruidosos clics, las luces inundaron varias zonas. Vi que la pasarela seguía por unos escalones y llegaba a una sala de estar. Parecía como un apartamento pequeño.

—¿Esto es tuyo?—, pregunté, asombrada. Había una barra y una pequeña cocina a un lado, y una larga mesa de madera ocupaba el medio de la habitación abierta. Sillas de cuero negro, sillones y mesas con grandes lámparas de cerámica negra y dorada estaban dispuestas delante de una acogedora chimenea.

—Sí. Y son muy pocas las personas que lo conocen, además de mí.

—¿De verdad?.

—Nicolas, Dante y ahora tú—, dijo, y caminó hacia adelante, sus pasos resonaron y luego se perdieron.

—Ven—, me llamó Tremayne desde abajo, se movía con ese modo de vampiro que se borraba si intentaba mirarlo.

—Caliéntate—, me invitó mientras iba más lento y caminó al medio del lugar. Tomó un control remoto y lo dirigió a la chimenea. Aparecieron llamas azules y naranjas de troncos falsos. Mis tacones resonaban mientras avanzaba hacia él. Apuntó otro control remoto a una gran pantalla de plasma en la pared. La pantalla cobró vida. Pensé que aparecería una película —tan acostumbrada como estaba a que la televisión fuera solamente para entretenerse.

Estaba muy equivocada.

En cambio, ahí estaba Nicolas mirándonos, más grande que en la vida real, con la cara sombría. La oscuridad lo envolvía mientras una parte de su cara y

cuerpo brillaban en rojo. Pensé que tal vez era una transmisión de satélite de un celular, pues se veía granulado.

—¿Cómo está?—, preguntó Tremayne.

—Las transfusiones no ayudan—. La voz de Nicolas sonó solemne.

En los siguientes segundos mi cerebro cayó en la cuenta de lo que estaba hablando: Jeanie. Me paré con piernas débiles mirando a Nicolas. Sus ojos se movieron hacia mí, pero regresó su atención a Tremayne.

—¿Dónde está?—, pregunté, porque sabía que todavía no podría volver a las torres. Acabábamos de llegar.

—En la parte de atrás de una ambulancia privada. El Equipo Sanguíneo ha estado atendiéndola desde que la dejamos en sus capacitadas manos—, me dijo Nicolas amablemente. —Lamentablemente, solamente hay dos opciones. O la dejamos partir en una muerte natural, o——, interrumpí las palabras de Nicolas.

—¿Qué? ¡No!—. Me lancé contra la pantalla con los ojos llenos de lágrimas. Las fuertes manos de Tremayne me sujetaron por los brazos antes de que saltara a la pantalla.

—No me dejaste terminar, Sabrina—, Nicolas me reconvino suavemente. —Iba a decir que podemos salvarla.

—Tienes que decidir qué hacer, Sabrina—, la voz de Tremayne era tranquila pero urgente, mientras me hablaba al oído por detrás. —Necesitamos tu permiso.

—¿A qué te refieres?—, pregunté ansiosamente, y volví a mirarlo.

—Morirá a menos que uno de nosotros la convierta.

El significado de esas palabras me aplastó. Jeanie moriría por lo que le habían hecho. La única opción era convertirla en vampiro.

—Eso es como pedirme que desconecte a alguien.

—No podemos actuar por nuestra cuenta. Es contra las leyes de los vampiros—, explicó Tremayne.

—No tenemos mucho tiempo—, me recordó Nicolas. Tenía un celular en la oreja.

—¡Espera!—, dije, retorciendo los dedos de mis guantes. Miré a Tremayne. —Si muere naturalmente, ¿la pueden llevar a enterrar?.

—No. Me temo que no será posible. Habría muchas preguntas de cómo murió. Las marcas de mordidas son muy obvias.

Temblé sin control mientras las lágrimas caían de mis ojos.

—Bien—, dije escuetamente. —Bien. Tráela.

—¿Quién?—, me preguntó Tremayne. —Tú eliges quién lo hará.

Lo miré y luego miré a Nicolas.

—¿Importa?—, pregunté.

—Quien sea, será su amo. Un vampiro que recién asciende necesita ayuda de su creador, pues pasarán por una fase difícil. Será su sombra. Entonces, ¿quién? ¿Leif o Heath? Están con ella ahora.

Definitivamente, no quería que Leif fuera su amo. Además, debería competir con Darla, pues ya era su sombra (no sabía cuántas sombras podía tener un vampiro).

—Heath—, dije con un fuerte suspiro.

—Heath, entonces—, Nicolas dijo rápidamente al teléfono. Asentía. —Sí, sí —. Giró sus oscuros ojos a nosotros. —Los contactaré después cuando se inicie el proceso.

—Contáctame en la mañana —a menos que haya complicaciones—, dijo Tremayne duramente. Bueno, eso me hizo sentir *muy* cómoda.

Nicolas asintió, y la pantalla se volvió negra.

Me paré con los brazos alrededor de mí, temblando. La caída de adrenalina me hizo sentir débil; sentía las piernas frías y gomosas por el recorrido en la Harley.

—Ven, siéntate—. Con las manos aún sobre mis hombros, Tremayne me dirigió al sillón. Era todo lo que podía hacer para caminar sin caerme. —Espera —, dijo, y nos detuvimos cerca del sillón.

Me volteé a mirarlo.

—Hueles como los que cambian—. Miraba el abrigo con mala cara. —Esto es de Dante. Con razón tuve ese olor en la nariz todo el camino. Sácatelo.

Cuando dudé, su fastidio aumentó y levanté la mirada.

—Sácatelo—, repitió con un gruido.

Me saqué el ofensivo abrigo, pero no sabía qué hacer después.

—Acá—, dijo, y con largo meñique extendido, lo levantó como si estuviera infectado con la plaga, caminó hacia un colgador en la pared de acero y lo colgó.

—Siéntate. Te daré algo para calmar tus nervios —y los míos.

Me hundí en una nube de cuero. Por su parte, Tremayne recorrió el apartamento, se le veía muy cómodo. Más de lo que lo había visto en otros lugares.

Su cocina era básica. Los reposteros estaban abiertos y no tenían muchas cosas. Claro, ¿qué haría un vampiro con comida, tazas, cubiertos y platos? Había un lavabo al lado de una estufa eléctrica. Al costado de eso, había un refrigerador de acero y un microondas.

Mientras Tremayne hacía las veces de anfitrión, noté pequeñas esculturas como osos, águilas a tamaño real con alas extendidas, y un pez atrapados en sus talones. Piezas más pequeñas de animales decoraban repisas y mesas. Miré una estatua de medio metro de un vikingo en la mesa que estaba a mi lado, parecía

que un fuerte viento soplaba su larga barba y cabellos. Eran magníficas obras de arte.

—¿Quién es el escultor?—, pregunté.

Despegó la mirada del refrigerador. —Yo.

—¿Usted?—, dije, y traté de no mostrar tanto asombro, pero no pude.

—Sí. ¿Por qué te sorprende tanto?—, preguntó, mientras vertía lo que me pareció vino tinto en una larga copa de vino.

—Pues, no sé—, dije, mirando alrededor. Vi que había un segundo piso, supuse que era el lugar para dormir —u otras actividades.

—¿Qué?.

—Nada. Supongo que no esperaba que fuera, pues, artístico.

—¿Es tan difícil de imaginar?—, preguntó, con la voz saturada de sarcasmo mientras sacaba una botella alta pintada de verde del refrigerador. Vertió el espeso líquido en otra copa de vino. Miró de nuevo hacia la habitación y de una patada cerró el refrigerador. —¿Es porque soy un vampiro, o por otra cosa?—. Colocó esa copa en el microondas y apretó un botón, y zumbó unos segundos.

—Lo siento. Me sorprende, nada más. ¿Me perdona si le digo que es un excelente artista?—, casi gemí. Recibí bien el giro de nuestra conversación, no quería pensar en Jeanie y lo que iba a ocurrirle.

—Sí, y gracias—. El molesto pito del microondas se apagó cuando lo abrió. Sacando su vino ahora caliente, avanzó hacia mí con las bases de las copas dispuestas en las palmas de sus enormes manos.

—¿Este es su escondite secreto?—, dije. Me entregó mi copa de vino.

—Sí—. Se hundió en los cojines a mi lado, luego sorbió rápidamente de su copa. —Vengo aquí cuando quiero alejarme de todo. Debe admitirlo, es un escondite grandioso. Nadie tiene la más mínima idea de alguien vive aquí.

Bebí un sorbo de vino, con la esperanza de que me ayudaría a disolver algunas imágenes del desbande de esa noche que seguía dando vueltas en mi cabeza. Aún podía ver escenas de nuestra batalla en mi mente. Era como una película de terror, y yo era la estúpida desafortunada mujer en medio de todo. *Dios, soy tan patética.*

—¿Hace cuánto tiene este lugar?—. El vino se salteó y estómago y tomó un camino directo a mi cabeza. Tal vez si me embriagaba me liberaría de mis pesadillas —pasadas y presentes. Pero lo dudaba.

—Veinte años. Fue mi primer apartamento en esta zona—, dijo, mirando alrededor a su morada. —Estoy absolutamente seguro aquí, a menos que alguien arroje una bomba o algo así—. Rio. —Vengo aquí a veces para salir de todo—. Llevó su bebida a sus labios y secó la mitad de un trago.

Mierda. Esperaba que hubiera más en el refrigerador. Mucho más.

—¿De verdad?—, dije, siguiéndole el ritmo, esforzándome por parecer calmada, aunque mi corazón se sacudía como un bongó. —¿Y ese otro lindo apartamento?.

—Lo detesto. no paso mucho tiempo ahí.

—¿De verdad?—, dije, asombrada. —Parece que sí anduviera mucho por ahí. Tiene un mayordomo, y toda la decoración —las cabezas de animales.

—Letitia le encargó la decoración a alguien. Tenía que apaciguar a Letitia, pero sinceramente, lo detesto—. Echó la cabeza hacia atrás, miró a su alrededor y lanzó un gran suspiro. —No. Este es mi hogar, cuando tengo que salir de todo, estar en lo mío o relajarme—. Sus ojos se movieron en dirección a mí. —Relajarme con alguien a quien quiero llegar a conocer.

Doble mierda. La sensación de hundirme que había tenido sobre mí antes bajó en picada y casi me derriba. Carajo. Justo cuando empezaba a sentirme más cómoda alrededor de él —hasta cierto punto.

Tosí. Dejé mi trago en la mesa de centro, ese último sorbo estaba bajando con dificultad. Tosí un poco más.

—No era para que reaccionaras así—, dijo, mirándome atentamente. —Lo dije como un elogio.

—¿Un elogio?—, volví a toser.

—Sí. ¿Necesitas agua?.

—No. No, estoy bien—. Me aclaré la garganta.

Bajó su copa, entrelazó sus grandes dedos, puso un brazo detrás del sillón y se inclinó hacia mí. —Te traje para mostrarte que no soy el malo que pareces pensar que soy.

—Oh, pero no—.

—Admito que puedo haber dicho algunas estupideces —lo admito— y de verdad quiero corregir eso. Soy un imbécil. ¿Bien?.

No dije nada. Cuando un hombre admite que fue un imbécil, no hay que discutirle. Enganché un mechón detrás de una oreja y crucé las piernas. Bueno, *mierda.* Sus feromonas de vampiro me *estaban* relajando.

—No puedo ser la única mujer que ha traído hasta acá—, dije, con incredulidad en mi voz. Recordaba que llevó a tres mujeres para satisfacer su sed, y a otras dos para su lujuria la noche anterior. Yo era una sola.

—Letitia es la única otra mujer en haber sabido de este lugar. Vivimos un tiempo aquí, juntos. Por cierto, tu ropa sigue mojada—, observó, moviendo la cabeza hacia mi pecho.

Miré hacia abajo. Mi blusa *estaba* mojada. También vi mi crucifijo brillar bajo la limitada luz.

—Bonita baratija—, dijo acercándose a mí. Vio el miedo en mi rostro,

cómo retrocedí de su mano extendida, y detuvo su avance. —No te preocupes, no te voy a agarrar un seno ni nada similar. Solamente quiero ver esto.

No le creí cuando levantó el crucifijo con sus grandes dedos. *Su* carne no se quemó. —Muy lindo, y pesado. ¿Usaste esto para repeler a Vasyl? ¿O a los vampiros en general?.

Tenía la boca abierta, y la cerré.

Rio. —No todos veneramos la cruz, querida. Fui un pagano en vida. Era el *enemigo* de la iglesia—. Resopló ligeramente y dejó caer el crucifijo pesadamente a mi pecho.

—Vasyl lo besó—, dije, y deseé poder retractarme por la manera en que lo recibió.

—No voy a besar crucifijos esta noche—, dijo. —Preferiría besar otra cosa.

El corazón se me retorció cuando se arrodilló con un solo movimiento delante de mí. —Sigues tensa—, su voz adoptó ese tono difuso, más ligero. —Tienes relajarte más. Saquémonos los zapatos.

No me quedó otra que descruzar mis piernas y dejarlo que bajara el cierre y me sacara las botas. Después sus manos empezaron a masajear mis pies. Casi me quejo, pero me hizo sentir *tan* bien. Gemí por la exquisita sensación de su masaje. Luego no pude evitar relajarme en el sofá y gemir un poquito. Percibí más de sus maravillosas feromonas, que me hicieron relajarme más.

—Bien, está mejor. Ahora, déjame decirte que me enfureciste sobremanera esta noche—, dijo.

—Lo siento—, suspiré. Sus manos eran maravillosas. Fuertes, y a la vez delicadas. Me eliminó la tensión. Emití otro gemido.

—Fue algo muy imprudente, estúpido—. Sus manos se deslizaron por mis piernas, me dieron cosquilleos eléctricos mientras avanzaba.

—Sí. Lo sé. Pero era mi amiga—. Contuve un temblor lo mejor que pude.

—Entiendo las lealtades humanas. No son tan fuertes como las de los vampiros, pero cuando las veo, me siguen asombrando. ¿Por qué arriesgar la vida? Estás muy débil, vulnerable. Matarte hubiera sido muy fácil para un vampiro. Porque con una mano— —sostuvo su enorme mano en alto— —te aplastaría sin pensarlo. Lo que te estoy haciendo ahora requiere que me concentre para *no* hacerte daño. ¿Por qué —cómo *pudiste* atreverte a algo así? —. Sus manos dejaron de moverse por mis muslos. Me alegró, no quedaba mucho más espacio para que sus manos avanzaran, excepto más allá del dobladillo de mi falda, que había subido un poco. Me reprendí por hacerle tan fácil tocarme por la falda que había elegido, pero *él* no estaba en mis planes para esa noche.

Plantó un beso en mi rodilla. justo debajo de donde mis medias de nylon

terminaban con un borde de encaje. Emití un jadeo, sobresaltada por su contacto. Sus ojos se levantaron y buscaron los míos, una sonrisa dividía su rostro.

—Qué medias tan sexys—, admiró.

Hice un gesto de exasperación. —Estábamos hablando de Jeanie.

Se levantó del suelo y se puso a mi lado en el sofá, ahora un poco más cerca. *Una movida suave*. Tomé mi falda y la jalé hacia abajo, todo lo que pude.

—Explícame tu relación con Jeanie—, me convenció, relajado de nuevo con las manos agarradas como antes, pero estaba lo suficientemente cerca como para tocarme con el codo.

—Es mi *amiga*—, dije, enfáticamente.

—Lo sé. Cuéntame por qué es tu amiga. Me parece interesante.

Fruncí el ceño, sorbí mi trago y pensé por qué Jeanie era mi amiga. —Le cuento cosas que sé y ella me cree.

—¿Como qué?.

—Ella cree que mi mamá es una vampiro.

—Bien, pero ¿por qué arriesgaste tu cuellito por ella?.

Dejé salir un sonido de frustración de mi garganta. —¿Por qué quiere saber?.

Apoyó una mejilla en un puño, con aspecto dementemente superior. —Cuéntame eso y te diré algo sobre mí.

Hice nuevo gesto de exasperación. Pero en verdad no había pensado por qué lo había hecho. La quería, por supuesto. Pero si le decía eso, me hubiera seguido preguntando por qué. Por último, recordé una historia que pondría todo en perspectiva.

—Estaba en secundaria—, empecé y vi su mirada en blanco. —No entiende la secundaria, pero es un infierno. Las hormonas de los adolescentes están al tope.

—En mis tiempos, nos casábamos con 12 o 13 años. Pero sigue. Parece una buena historia—. Sonrió y volteó, y se inclinó hacia mí en esa pose relajada, un codo aún detrás del sillón, las manos otra vez sujetas, una rodilla doblada, firme en el sillón, tocándome la cadera.

—Tres chicos empezaron a molestarme por mis guantes—. Levanté mis manos enguantadas.

—Bien, sigue.

—Los chicos me rodearon —eran unos años mayores que yo y mucho más grandes— y nadie hacía nada para detenerlos. Uno logró sacarme un guante de la mano y lo sostuvo sobre su cabeza.

—Nadie podía detenerlos. Un profesor pasó y no les dijo nada. Entonces, Jeanie salió no sé de dónde y le dio un puñetazo al chico en la panza. Soltó el

guante. Ella lo amenazó con sus dos hermanos si volvían a molestarme o si volvían a acercarse a mí—. Las lágrimas inundaron mis ojos con el recuerdo. Las sequé con manos temblorosas. —No tenía que hacerlo. Pudo haber llamado al director. Pero sabía que si tocaba algo con mi mano descubierta, entraría en profundo trance, que me dejaría inconsciente por días. Esa vez me salvó. Aunque los tres chicos eran mucho más grandes que ella y que yo, hizo lo que tenía que hacer—. Tenía la nariz congestionada cuando terminé mi relato.

Tremayne me alcanzó un pañuelo y me lo pasé por los ojos.

Respirando mientras me limpiaba los ojos, dije:

—Bien. Tu turno.

—Bien, te contaré cómo se hicieron las Torres Tremayne. Mi hermano tenía el plan de que compráramos todos los hotelitos que pudiéramos, venderlos y comprar otros más costosos. Varias veces, pasaron 20 décadas hasta que ganamos dinero, guardamos la mayor parte en una cuenta suiza —por supuesto — y al final de esos años, nos dividimos el dinero y cada uno construyó un hotel. El suyo está en Los Ángeles. Nos volvimos los vampiros más ricos del país. Compartimos el dominio de este país, por el poder del Consejo.

—¿Consejo?.

—Nuestro propio ente gobernante. Lo conforman los vampiros y demonios más viejos, los llamamos Observadores y Ancianos. Son miles de años mayores que yo.

—¿Eso es todo?.

—Eso es todo. Y—, dijo en voz baja, inclinándose:

—sigo furioso contigo. Vasyl te pudo haber llevado fácilmente.

—Pero no me llevó—. Un pequeño escalofrío me recorrió.

—No. Y ahora estás conmigo.

Bebí nerviosamente mi vino tratando de prepararme para esta conversación.

—Te das cuenta de que debo morderte. Mi mordida cancelará la de Vasyl. Así no volverá a ocurrir —no podrá llamarte nunca más.

Miré para otro lado, se me salía el aliento. Sería su amante.

—¿Qué pasa?—, preguntó, frunciendo las cejas.

—¿No tengo opción en esto?.

—¿Te dio *él* una opción cuando te buscó la primera vez?.

—Pues no. pero—.

—No me importa decirte que me tienes excitado. La fragancia que emana de ti... tu cabello, tu piel——. Inhaló, y dejó salir un fuerte suspiro. Su voz era de terciopelo y seductora, pero cambió repentinamente. —Me distrae, no puedo dejar de pensar en ti. Aunque no esté cerca de ti, pienso en ti. Necesito hacerte mía. Quiero poseerte. En todas las maneras, no solamente con mi mordida. Te

quiero *toda*, Sabrina.

Me mordí el labio inferior. Quería correr, pero era prisionera ahí.

—¿Y si me niego?.

—No puedes negarte a mí, Sabrina. Quiero hacer esto. Antes de que termine la noche, serás mía. Totalmente. Inequívocamente, incuestionablemente mía.

Tragué saliva. Ignoraría mi voluntad y me tomaría, si se reducía a eso. Entonces, así sería. Simplemente yo no podía entregarme a él.

—No puedes ser nada más que la amante de un vampiro ahora, Nunca podrás tener una vida normal, porque todos los vampiros en 200 kilómetros vendrán a cazarte. Necesitas la protección de un amo. *Me* necesitas.

Me quedé sentada, paralizada ante mi situación. Me enjugué las lágrimas que volvían a caer.

—Es tu sangre, ¿sabes? Es intoxicante. Soy el único vampiro acá que puede darles miedo. No se atreverán a tocarte cuando mi aroma esté sobre ti, y mi mordida claramente en tu hermoso cuellito—. Su cabeza se inclinó un poco y su mano retiró suavemente el cabello de mi cuello. Una súbita sensación de deseo me embargó, exactamente como antes —pero mucho más intoxicante— cuando me puso el bálsamo en su oficina. Hice el intento de combatirlo, pero no pude. Era tan fuerte como Vasyl.

Se movió levemente hacia adelante, y el cuero crujió un poco. —Lo hare muy suave, lo prometo—, dijo suavemente.

Se inclinó hacia adelante, nuestros rostros al mismo nivel. Tomó mi cara en sus manos y nuestros labios se encontraron. Su beso, tierno al comienzo, se convirtió en algo salvaje, con la promesa de algo más salvaje. Sus dedos se deslizaron en mi cabello y se enredaron. Yo tenía las manos sobre su pecho. El aumento de la pasión comenzó, y me hizo dejar a un lado mis ideas de bien y mal. Esto era simplemente *demasiado* bueno para negarse ahora.

En un momento de acalorado deseo, me jaló a su regazo. Sus labios cerraron los míos de nuevo. Sus colmillos arañaban mis labios, me mandaban escalofríos.

Dijo palabras en otro idioma, se alzó conmigo en brazos y me cargó apresuradamente a su habitación. Fue más lento cuando entró a la habitación. Luces accionadas con el movimiento se encendieron, y la descomunal cama llenó mi vista. No era como nada que hubiera visto antes. Todo estaba suspendido de postes de acero con cadenas de tamaño industria. Cuando me colocó sobre sábanas de satén, se arrodilló al lado de la cama. Todo se balanceó, como una oscilación gigante.

—Lo siento. Lo hice así porque me hace pensar en el barco.

—¿Barco?—, dijo roncamente.

—Sí. Así hacíamos las camas —para que se balancearan con el movimiento ondulante del barco. Si no era así, te caías de la cama—. Su explicación vino acompañada de sonido de cadenas. Miré hacia abajo y lo vi enganchar una cadena del suelo para anclar la cama con sonido que no tenía nada que ver con una cama.

Arrodillado al lado de la cama, se inclinó para besarme. Sus manos recorrieron mi cuerpo, se sentía increíble. Me entregué a la sensación. No sabía si lo que estaba sintiendo lo creaba su glamur o si era cierto. En ese momento, en realidad no me importaba. Por su camisa abierta deslicé mi mano debajo del grueso algodón. Con un rápido movimiento, se sacó la camisa. Era un espécimen masculino increíble —vampiro o no. De repente, el pecho de un vikingo me llenó los ojos —vellos oscuros cubrían la parte superior de su pecho, y acababan en una gran hebilla dorada. Vi varias cicatrices — cicatrices de batalla de cuando era humano, supuse.

Me sacó la blusa con un suave movimiento. Ahora estaba casi tan desnuda como él. Inclinado hacia mí, me besó por todo el cuello, la garganta, entre los senos y bajó por mi abdomen. No me sacaría los guantes —no podría atreverme. Conocer su pasado me daría una sobrecarga sináptica, y me enviaría a un estado semiautomático por una semana después —a menos que él me pudiera sacar, como antes.

Tendido a medias atravesado en la cama, sus manos rodearon mi espalda, una encontró los ganchos del brasier y de repente me liberó de esa prenda de vestir. Ahora estábamos piel con piel. Se sentía frío contra mi calor. Lo escuché gruñir profundamente con placer, llenar la habitación, cuando se acomodó a mi lado en la cama. Las cadenas resistieron, gracias a Dios.

Empezó a besarme hacia abajo, cubriéndome con sus cosquilleos a su paso, deteniéndose para envolver cada seno a su vez en su gran boca. Lo que hizo con la lengua fue increíble. Mientras estaba preocupada con lo que me estaba haciendo ahí, una mano subió por mi falda para rodearme. Luego, con un suave movimiento, mi ropa interior salió. Me miró, apreciándome, con la falta puesta alrededor de mi cintura, Mis medias de nylon seguían en su lugar — increíblemente, las bandas elásticas habían resistido sus caricias estimulantes.

—¿No me vas a sacar la falda?—, pregunté.

—No, me gusta así. Con las medias de nylon también—, dijo, y gruñó y regresó a donde se había quedado.

Todo mi cuerpo temblaba de pies a cabeza. Con los ojos sobre mí, la boca abierta, los colmillos totalmente extendidos—y eran enormes— me recorrió por encima, la mano regresó lentamente a mis muslos, de la cadera a las rodillas, y

luego se deslizó en medio y me hizo dar una sacudida. Me tomó un momento acostumbrarme a su toque frío, pero absorbió mi calor. Y mientras esperaba para ver qué haría después, me frotó con la nariz, me besó y me lamió. Cuando su dedo entró en mí, dejé salir un jadeo de sorpresa. Hizo una pausa para que me acostumbrara a esa gran invasión, y no se movió por un momento. Cuando su dedo inició un ritmo, me retorcí y me dejé llevar. Mi deseo era fuerte, mientras buscaba un clímax que se mostraba evasivo. Luego, una explosión de sensaciones increíbles me invadió. En cuestión de momentos, gemí y me derretí en la almohada.

Detuvo sus movimientos dentro de mí, y sacó el dedo. Apoyó esa mano en mi otro costado. Levantando un codo, me miró. Sus ojos estaban fijos en mi rostro, luego se dirigieron a mi cuello ansiosamente.

—Eres mía, Sabrina—. Abrió la boca y dejó ver enormes colmillos. No grité, pero me preparé, pensando que iba a doler *mucho*. Gruñó como un gato grande. Arremetió y sus colmillos atravesaron mi cuello. Un hincón en mi garanta me hizo sacudirme. Casi como cuando te pinchas al afeitarte y duele al comienzo.

De repente, lanzó un terrible grito de angustia; su cabeza se levantó, sus brazos se enderezaron y me miró un breve segundo. Una mirada de —no estaba segura si era de terror, pero tal vez sorpresa era lo más cercano a lo que fuera que estaba sintiendo. Entonces, en los siguientes dos o tres segundos, se volvió niebla; la niebla subió directo, y luego se perdió de vista en un movimiento fluido. Un grito largo y horrible lo siguió.

Luego, todo fue silencio.

CAPÍTULO VEINTE

Me desperté de un profundo sueño cuando alguien decía mi nombre.

—¿Sabrina?.

Con la adrenalina aumentando, me di la vuelta y abrí un ojo, y me asombró ver que había alguien conmigo.

—Sabrina, ¡soy yo! ¡Dante!—, gritó de algún lugar de la madriguera de Tremayne.

Preocupada de que viniera a buscarme, grité:

—¡Estoy arriba! ¡Espérame!—. Me levanté y me cubrí con las mantas, tratando de evaluar mi situación. Mi movimiento hizo que las luces de la habitación se encendieran.

Pensé que la noche anterior había sido un sueño —o una pesadilla— pero como me vi en una habitación extraña, medio vestida, confirmé que había estado despierta la noche anterior.

—Bien, acá te espero—, contestó.

Dejé caer las mantas. La cama era sorprendentemente cómoda. Me pregunté cómo hubiera sido si se hubiera mecido para dormir. Me tomó diez segundos recordar lo que había ocurrido —al final— y seguía sin estar segura.

Ubiqué mi ropa. En cinco minutos estaba algo arrugada para presentable, y salí de la habitación. No había puerta y miré hacia abajo a la sala de estar desde lo alto de las escaleras. Dante estaba en el centro de la habitación, y me miraba con las manos en las caderas.

—¿Estás bien?.

—Sí. ¿Qué hora es?.

—10:30 de la mañana.

Con un gesto, bajé las escaleras. No estaba de humor para que me hicieran preguntas. Encontré mis botas y me las puse, mientras recordaba cómo había sentido las manos de Tremayne en mis pies —y otras partes.

—¿Segura que estás bien?—, volvió a preguntar cuando me paré y traté de alisar las arrugas de mi falda (y mi mente). Me la había vuelto a poner para entrar en calor, la cama solamente tenía sábanas. Vampiros.

—¡Estoy bien!—, contesté.

—Tu voz no suena bien—. Miró mi cuello, y luego echó un vistazo a mi cara.

—¿Qué?—, dije, con las manos en la cintura, la cadera en actitud desafiante.

—Nada, solamente quería asegurarme de que estabas bien.

—¡Estoy fabulosa!! ¡Nunca me había sentido mejor! ¿Y tú?.

—Bien también. Vamos, solamente trataba de ser cordial.

—¿Podemos irnos ya?.

—Claro.

Avancé por las escaleras y me detuve en la puerta de acero, esperando que Dante la abriera.

—Toma.

—¿Qué?.

Dante sostenía la chaqueta de cuero que había usado la noche anterior —la que me hacía oler como uno que cambia. Sintiendo su aroma, me la puse, tratando de no hacer notar que absorbía su olor almizclado. Para mí, el olor que emanaba era tan bueno como el de un vampiro.

En un momento, la puerta se deslizó y abrió. Así salimos del industrializado Taj Mahal de Tremayne.

—Discúlpame—, empezó Dante con tono de arrepentido. —Lo lamento, pero era mi animal. No me enteré oficialmente. ¿Cómo está tu amiga Jeanie?.

Entramos al elevador industrial. Apretó el botón y bajamos en el ruidoso aparato.

—Honestamente, no lo sé. Lo último que sé es que les di permiso para convertirla—, grité por encima del ruido.

—¿Convertirla?—, él también debió gritar.

—Traerla, convertirla en vampiro.

—Oh, quieres decir *convertirla así*—, dijo, con mirada sombría. —Lo lamento.

Claro. No conocía las palabras exactas, pero era lo mismo.

El elevador se detuvo ruidosamente abajo, y salimos. En un momento más, estábamos afuera. El cielo estaba cubierto de oscuras nubes. No hablé de nuevo hasta que estuvimos dentro de su abrigado auto.

—Era eso o se volvía nada. Ni entierro, porque tenía demasiadas mordidas. Supongo que perdió demasiada sangre y no pudieron revivirla—. No podía creer lo clínico que eso sonó. Mi noche había sido un infierno; no solamente *no* salvé a Jeanie, sino que Tremayne me había seducido —y luego se fue antes de morderme. O algo así. En el fondo, me sentía aliviada de no haberme convertido en una de sus chicas de fiesta, o como las llamaran.

—Sí. No pueden dejar que las autoridades investiguen muy a fondo muertes extrañas.

—En fin. Elegí a Heath para que lo hiciera.

—¿Heath?—, dijo, encendiendo el auto, el pie en el pedal. —Heath será

bueno para ella, estoy segura. No es para nada como su hermano.

Me incliné en mi asiento, enterrando el rostro en las manos. —Dios, ¿qué he hecho?—. Las lágrimas me quemaban los ojos y la garganta. Había perdido a mi mejor amiga y a mi padre en el término de un año. Apenas podía contener mis sentimientos.

Dante movió los cambios del auto y sostuvo el freno con el pie. Su mano agarró la mía y la apretó. —Hiciste lo que sentiste que era lo correcto.

—No lo sé—, chillé.

—Sé que sí—, me tranquilizó.

—Espero que no me odie por eso—. Lo miré, las lágrimas seguían inundando mis ojos.

—No te odiará. Tendrá juventud eterna—. Besó el dorso de mi mano y me soltó.

—No creo que eso fuera importante para ella. Jeanie era muy especial y realista. Hubiera sido hermosa, como su mamá, con más de 50 o 60 años—, divagué mientras me secaba las lágrimas con una mano enguantada. Dante sacó un pañuelo de papel y me lo entregó. —Gracias—. Me soné la nariz.

Llevó el Mustang por la acera.

Deprimida, apoyé el codo por la ventana, con la cabeza en la mano, me volví a sonar la nariz. Salimos del pueblo —supe que habíamos estado en Aurora — los dos perdidos en nuestros pensamientos. Recorrimos kilómetros antes de que alguno hablara. El tema fue el clima. Iba a llover, y hasta coincidimos en que habría tormenta. Nubes negras azuladas ya se formaban al oeste. Luego, nos quedamos callados otra vez. Era una sensación rara, pero me sentía cómoda con él, sin tener que encontrar algo de que hablar. Supongo que a eso llaman silencio que acompaña. Era el primer hombre con el que sentía eso. Jeanie no tenía problemas para llenar el silencio con charla constante. Pero era mi amiga, y podía hacerme salir de un mal ánimo, o de la depresión. Iba a extrañar eso. Iba a extrañar a la antigua Jeanie, y debía preguntarme qué clase vampiro sería Jeanie. ¿Me recordaría? ¿Nos recordaría? Me preocupaba eso, tenía que preguntarle a alguien.

De repente, recordé lo que supe la noche anterior, sobre *quién* había llevado a Jeanie

Debía hablar con Nicolas al respecto. Mi estómago se agitó con ese pensamiento. Debió haber sido obvio para él que Tremayne me tomaría como su amante, pues me llevó a su escondite. Me pregunté cómo se sentiría por eso.

También me pregunté qué le había ocurrido a Toby. ¿De verdad se había ido? Demasiadas cosas a la vez. Simplemente, no me podía concentrar en nada ahora.

—¿Segura de que estás bien? ¿No quieres contarme?—, preguntó Dante. —Me dijeron que viniera a recogerte. No tengo idea de lo que haya sucedido, pero he recibido algunas cosas —pues— pensamientos de ti.

Verdad, tenía poderes telepáticos. Lo había olvidado.

Dejé salir un fuerte suspiro. Decidí que, si no hablaba al respecto, explotaría. No tenía a quién contarle esto.

—Tremayne iba a convertirme en su amante y revertir la mordida de Vasyl —, empecé, mirando por el parabrisas. —Me tuvo en la cama—. Me detuve ahí, moviendo inquietamente mis guantes, mi rostro caliente de vergüenza. ¿Podía contarle todo esto a un hombre sin sentirme avergonzada? Al final, encontré valor para continuar. —Estaba a punto de morderme. Y entonces, pensé qu-que sí, pero de repente se volvió niebla y salió disparado como un murciélago del infierno. Literalmente, ¡se volvió niebla y se desvaneció!—

Dante dobló la cabeza ligeramente para mirarme. —¿No sabes si te mordió?.

—No—. Tenía la mano sin guante en mi garganta, buscando. Abrí el espejo del protector de sol y moví el cuello para ver si había algo. Vi dos rasguños chicos. Suficientes para sacar un poco de sangre. Y también vi un poco de sangre seca.

—Oh, mierda. *Sí* me mordió.

—¿Dónde?.

Me volví hacia él, señalando los arañones. —¿Ves?.

—Sí, veo. ¿Por qué habrá parado? ¿Por qué —?.

—No sé.

Dante se rascó la mandíbula. Parecía pensativo, como si supiera algo.

—¿Qué?.

—No sé—. Me miró y luego volvió la vista al camino. —¿Qué te dijo?.

—¿Cuándo? Es que dijimos muchas cosas anoche.

—¿Algo sobre tu olor individual?.

—Sí, dijo que le hacía agua la boca.

Movió los labios mientras sopesaba eso. —Creo que deberías llamarlo.

—¿Ah? Me dejó anoche. ¿Por qué lo llamaría?.

Dante se volteó para lanzarme una mirada significativa. —Tienes suerte de que se haya ido.

—¿Qué? ¿Por qué?.

—Estarías tan muerta como Jeanie ahora. Y hasta más muerta. No te hubiera dejado una sola gota de sangre.

Dejé caer la mandíbula.

—Creo que debes llamarlo.

—No entiendo.

—Es esto de la sangre con vampiros. Pueden controlar su sed con un humano. Requiere mucha práctica, pero después del primer año pueden controlarse muy bien, cuándo tomar sangre y de quién tomarla, cuánto es seguro —para los dos. Si tienen fuerza de voluntad para tomar solamente un poco de algún donante.

—¿Qué tratas de decirme?.

—Recuerdo algo. Que tal vez, una vez en la existencia de un vampiro puede encontrarse con alguien cuya sangre es tan increíblemente seductora que, si empieza a beberla, no podrá detenerse. Como la droga para un drogadicto. No pueden dejar de tomarla.

Hice un sonido entre un jadeo y un grito.

—No te das cuenta de lo que hizo Tremayne, la agonía que debió pasar para dejarte como te dejó.

—Eso explica el grito que oí cuando se fue.

—Sí, sería buena idea no estar en contacto cercano con él otra vez.

—Exactamente lo que pienso—. Después de una pausa, pregunté:

—¿Sigue por aquí mi bolso?.

—Atrás, ¿por qué?.

—Mi celular está ahí.

—Todo sigue como estaba.

Miré al asiento de atrás y vi mi abrigo doblado cuidadosamente en el asiento, el bolso encima. No alcanzaba. De todas maneras, estábamos cerca de casa, así que elegí esperar.

—¿No quieres comer algo antes de ir a casa?—, me preguntó cuando giramos en el peaje.

—Muero de hambre. Vamos al pueblo.

Le di instrucciones a Dante, y en 20 minutos entramos en el único sitio de comida rápida y salimos del auto oliendo a papas y hamburguesas. Lo llevamos todo a casa. No quería dejar nada en el cuero negro de los asientos, ni en la alfombra (dijo que era un préstamo del garaje privado de Tremayne, no quería ensuciarlo).

Comimos en mi cocina mientras discutimos qué iba a hacer ese día. Además de llamar a Tremayne, iba a limpiar la casa y lavar la ropa. Le ofrecí lavar algo suyo de cuando se quedó en casa. Me agradeció y me dijo que ya se había llevado su ropa sucia.

—Tengo que decirte algo. Algo que averigüé—. Tuve que decirle antes de olvidarme o reventaría de ansiedad.

—Bien—, dijo, limpiándose salsa de tomate de la cara, luego tomó dos

papas fritas y las hundió en una piscina de salsa de tomate. Se las devoró de dos mordidas. Todo lo de Dante me parecía fascinante, especialmente cuando comía. Parecía famélico, como si no hubiera comido en días. Pero era la manera en que comía, algo sobre su boca y sus dientes grandes y blancos que llamaron mi atención. Nunca había conocido a alguien que se viera tan atractivo comiendo, como él. Lo miré en silencio mientras se lamía los dedos.

Me devolvió la mirada. —Te escucho.

—Oh, sí, sí—. Avergonzada, traté de ocultar mi pasión mirando mi comida. —Sé quién llevó a Jeanie a esa casa.

—¿Lo sabes?—. Dejó de moverse y me miró, asombrado. Tenía la sensación de que nunca podría asombrar completamente a Dante, pues podía leer mi mente. Pero supuse que no siempre estaba leyendo mi mente, para permitirle algo de privacidad. Me imaginé que debía ser una bendición y una maldición poder leer mentes. Sabía lo que debía vivir a diario, por mi propia maldición.

—Tuve una visión de Steve, en esa casa, con Jeanie en brazos.

—¿De verdad?.

—Sí.

—¿A quién más le has dicho esto?.

—¿Que Steve llevó a Jeanie a esa casa?—. Asintió. —A nadie.

—No le digas a nadie—. Me miró seriamente. —Por ahora.

—¿Por qué?—. Hice una pausa, para pensar. Demasiadas cosas se revolvían en mi mente. Traté de calmarlas, pero muchas estaban fuera de mi alcance. Solamente sabía que mi noche había sido terrible, y hablar sobre las ganas que Tremayne tenía por mí y que podía matarme por eso no ayudaba.

—¿Me dijiste que tuvieron que llevársela dos vampiros?.

Asentí. —¿Te dije que el rostro estaba borroso, pero que el cabello era como el Vasyl?.

—Tu mente fue borrada por un vampiro.

Sus palabras me dejaron asombrada. —¿Todos los vampiros pueden hacer eso?.

—Muchos pueden.

—Aunque el vampiro de mi visión tenía el mismo cabello que Vasyl, pienso que podría haber tenido una peluca.

—¿Una peluca?.

Me encogí de hombros.

—Bien, por el bien de la conversación, nos quedaremos con eso. ¿No sabemos por qué esos dos vampiros se llevaron a Jeanie?.

—No. Todavía no estoy segura.

—¿Cómo es que Vasyl estaba ahí anoche?.

—Steve les dijo que era para Vasyl, así que el vástago de Jason fue y llevó a Vasyl. Vasyl estaba ahí para rezar sobre ella porque cuando llegó, Jeanie ya estaba muriendo.

—¿Y le crees?.

—¡Sí! Estaba arrodillado a su lado —rezaba sobre ella, como un sacerdote —. El recuerdo me sacudió, pero se fue. —Él ——. Tuve que parar y tomar aire antes de poder seguir. —Pudo haberme llevado a mí, Dante, ahí mismo. Me pudo haber hecho cualquier cosa, pero todo lo que hizo fue lanzarme su seducción—. Pesadamente.

—¿Quién la mordió? ¿Fue Steve? ¿O——?

—No. El jefe, el líder del nido. Su nombre es Jason—, Dije con la voz cada vez más incierta por las emociones. Tragué y seguí:

—Vasyl le preguntó a Jason si la había mordido, y él lo admitió—. Nos quedamos sentados unos segundos y agregué:

—Vasyl no es el malo en esta historia. No la tomó. Fue Steve, pero no sé por qué, o quién lo mandó—. Lo sabía porque dijeron que habían hecho llamar a Vasyl. —Steve les dijo que Jeanie era para él. Pero recuerdo a Vasyl reconviniendo a Jason por haberla mordido, antes de que él llegara. Era como si hubiera invadido sus límites, y luego Vasyl dijo que por eso no lograba su protección, o algo así.

—Un ofrecimiento—. Dante había dejado de comer, tenía las manos unidas y el mentón sobre sus pulgares. —Si Jason había sobrepasado sus límites así, Vasyl tenía todo el derecho de matarlo él mismo.

—¿Ofrecimiento?—. Me burlé de cómo sonaba eso.

—Sí. A menudo para tranquilizar a un vampiro amo para lograr su protección y bendiciones, los vampiros inferiores toman un humano —lo siento ——, e hizo un gesto de disculpa ——y hacen llamar al vampiro amo local para ofrecerle un humano. Él puede tomar el ofrecimiento o dejarlo. Pero ya no se hace mucho. De vez en cuando, y no tan tosco, ahora. El vampiro que ofrece no tocará la ofrenda antes de que llegue. Sin embargo, como a Vasyl se le considera un solitario, y los vampiros que trataban de tranquilizarlo eran solitarios, capturarían humanos así y por esa razón.

Hice un sonido de disgusto y miré para otro lado, con lágrimas en los ojos. —Pero Steve no era parte del grupo—, protesté.

—Hasta donde sé, no, y eso es lo que me molesta. No le digas a nadie. Estoy seguro de que nada bueno saldrá de esto. Tengo la sensación de que no sabemos toda la verdad todavía.

—Ahora me estás dando miedo—, dije.

Se paró, su mano llegó a mi hombro y lo apretó un poco. —No te muevas

—, dijo, y se puso su abrigo negro —el que yo había estado usando.

—No pienso salir—, dije, y me levanté para acompañarlo a la puerta. —Tengo labores de casa, ¿recuerdas?—. Se rio.

—Volveré antes del atardecer—. Caminó hacia la puerta, se paró y me miró, con los ojos yendo de abajo arriba. —Espero que esa ropa aparezca una segunda vez, por cierto.

Me miré, recordé lo que me había dicho sobre la ropa. Reí. —Tal vez—, lo reté. —¿Si me invitan a cenar?—. Me incliné contra el umbral de la cocina. No era buena coqueteando, pero se me hizo fácil. ¿Era él o era yo?

Sus ojos se agitaron brevemente, curvó los labios mientras consideraba la idea. —Espero tomarte la palabra con eso.

Mi corazón hizo un bailecito.

—Prepara un bolso con tus cosas. Esta noche te quedas en las Torres Tremayne—. Abrió la puerta.

—Bien—. No quería estar sola, sobre todo después de la noche anterior. Pero Dante también tenía su vida.

—No le abras la puerta a nadie cuando me vaya.

Hice un gesto de exasperación. —¿Por qué?.

—Porque sí—. Me dio una mirada seria. —Todavía hay alguien matando vampiros. Saben de tus poderes de clarividente, y probablemente saben dónde vives.

—Sí, y vendrán a asesinarme porque sé demasiado. Claro.

—Pórtate bien—, advirtió, con las llaves en la mano.

Cuando Dante se fue, empecé a arrojar ropa blanca a la lavadora. Algo había aparecido en mi memoria; y ahí estaba esa pieza faltante que respondería quién estaba matando vampiros y ahora iba tras de mí antes de que pudiera atraparlo, ahí, en el borde de mi garganta, pero no me lo pude sacar de encima. Eso me molestaría el resto del día, o hasta que lo recordara.

Había metido una carga de ropa cuando sonó mi celular. El corazón me chocó con las paredes del pecho cuando vi quién llamaba.

Contesté rápidamente. —Hola.

—Buenos días, Sabrina—, la profunda voz estruendosa de Tremayne parecía algo cansada. —¿Cómo estás?.

—E-Estoy bien—, tartamudeé, con la cara roja por los recuerdos que se me agolparon. —¿Cómo estás?.

Suspiró pesadamente. —Estoy bien. Mejor de lo que debería estar. En fin, quería disculparme contigo, Sabrina, por —caramba— todo.

Una sonrisa se asomó a mis labios. —Bien. Disculpa aceptada. Ahora me explicarás qué ocurrió —¿por qué te fuiste así?.

—Esa es la otra razón por la que llamé—. Hizo una pausa. —No es fácil para mí.

—¿Porque mi sangre hizo que se te hiciera la *boca agua*?.

—Oh, no tienes idea—, casi gimió. —¿Quién te dijo? ¿Dante?.

—Dante dijo que pudiste haberme matado anoche, y que tenía suerte de que tuvieras el poder de irte como te fuiste—. Estaba entre pilas de ropa en la lavandería, cerré la puerta y dejé fuera el ruido de la máquina, y caminé por la cocina con el teléfono en la oreja.

Dejó salir un gruñido de alivio. —Me sorprendió. ¡A mí! Nunca pensé —después de más de mil años de no encontrarme con algo así— que encontraría una humana que fuera mi alma gemela.

—¿Tu... qué?.

—Alma gemela—.

—¿Qué? ¿Cómo puede ——?.

—Déjame explicarte, Sabrina, mi amor.

Su cariño me dejó callada. Me dejé caer en una silla de la cocina porque la habitación empezó a dar vueltas.

—Los vampiros viven tanto que es bastante probable que encontrarán su alma gemela en algún punto de su existencia. Cuando eso ocurre, la sangre es dulce, la necesidad de poseer esa alma es tan grande que solamente podemos tomarla. Como nuestra alma ya ha sido cosechada, no podemos hacer nada más. Queremos emparejarnos con esa persona, pero el ansia es tan grande, pero tomamos su sangre —su alma— en cambio.

—Ya... veo—. *¡No!* Era difícil para mí articular algo más que monosílabos en ese punto.

—Por eso, cuando descubrí que tu sangre me sabía tan dulce —demasiado dulce, en realidad— supe que debía salir rápido. Te hubiera podido matar.

Volví a tragar. Los hechos de la noche anterior con él besándome y haciéndome cosas me marearon más que antes, y dieron a mi libido un duro despertar, en mi cocina. ¿Cómo hacía esto por el teléfono, nada menos?

—¿Sabrina? ¿Sigues ahí?.

—Sí—. Apenas. —Estoy tratando de asumir todo esto. ¿Dices que somos almas gemelas?.

—Así eso. Si yo fuera un hombre normal, nos enamoraríamos perdidamente y probablemente tiraríamos hasta que no pudiéramos caminar.

—¡Oh!—, solté, ese tintineo familiar en mi entrepierna me hizo retorcer. Cuando pude volver a hablar, dije:

—Entonces, no podemos estar juntos así de nuevo, ¿no es así?.

—No hasta que nos insensibilicemos. Tomará algo de tiempo—, siguió, y

mi cerebro volvió a atender lo que estaba diciendo.

—¿Insensibilizar?.

—Sí. Se necesita tu cooperación, por supuesto. Deberás donar sangre, y yo la beberé. Cuando vea que me he acostumbrado a su seducción, podremos estar juntos.

Silencio.

—¿Sabrina?.

—Sí, aquí estoy. No sé si quiero hacer esto.

—¿Por qué no?.

—¿Necesitas una razón?.

—Sabrina, si no me insensibilizo a tu sangre, con el tiempo iré a cazarte.

Incliné la frente en la mano, el codo en la mesa. ¿Cuántos vampiros ya iban? Si incluía a Leif, Nicolas y Vasyl, eran ya cuatro los vampiros que querían convertirme en su amante —y tomar mi sangre.

—¿Sabrina?.

—Bien. ¿Cuándo debo hacer esto?.

—Esta noche. Haré una cita. Estará todo listo para que des sangre a la manera humana usual. Me llevarán la sangre de inmediato. Beberé y me sentiré mucho mejor y no querré cazarte.

—Bien—, dije. —Esta noche.

—Gracias, Sabrina. Gracias. Ya me siento mejor—. Parecía aliado.

Yo no.

CAPÍTULO VEINTIUNO

La lluvia rodaba en la superficie negra y resbalosa del Mustang cuando Dante entró en el garaje de Torres Tremayne.

—Vendré luego por tus cosas—, dijo Dante mientras estacionaba en su lugar.

Salí del auto, me volteé y vi a Heath parado frente a las luces del auto. Lo miré y luego a Dante.

—¿Qué sucede?—, pregunté, suspicaz.

—Estoy aquí para llevarte al grupo de donantes, donde darás tu sangre—, Heath dijo como pidiendo disculpas con los ojos.

Dante avanzó a mi lado. —En realidad no estoy completamente a favor de esto.

—Tampoco estoy muy cómoda ni feliz con esto—, dije, y todos avanzamos al elevador.

—¿Tengo voto en esto?—, preguntó Heath.

—Claro—, dije. Quería saber cómo se sentía.

—Me siento desalentado.

—Es una mayoría abrumadora—, Dante acotó.

Bajamos en el elevador en silencio. Dante bajó en el nivel A, y explicó que debía ir a su oficina. Heath y yo seguimos al nivel C, luego me llevó a Datos y Personal, donde Sally me miró algo preocupada cuando Heath le explicó que había subido mi condición a —Donante Exclusiva—, lo que significaba que mi sangre iba a un solo vampiro —es decir, Tremayne.

Esperé un momento hasta que me atendieron, había otras personas detrás de cortinas verdes. La mujer que tomó mi sangre era casi de mi edad, una muchacha agradable, con grandes ojos marrones, sin orejas de duende —pero supe que era un duende. Era toda sonrisas por mi donación, me dijo que habían estado esperándome. Cuando acabó, me puso una vendita en el brazo y me dio un vaso de jugo de naranja, que bebí rápidamente. El mareo se fue después de unos minutos y me enviaron al área de espera.

Heath se paró con uno de esos movimientos líquidos de vampiro, y yo pensaba que seguía mareada hasta que recordé dónde estaba.

—¿Cómo salió?—, preguntó sonriendo.

—Bien—, dije sombríamente.

—Bien, bien—, dijo, sin parecer saber qué más decir.

—Pues, ¿estamos listos?.

—Me preguntaba —eh— siempre que tengamos unos minutos, ¿te gustaría ver a Jeanie?.

Lo miré boquiabierta. Su pregunta me golpeó como si me hubiera lanzado una toalla mojada.

—Puedes, si quieres.

—¿Pero no está despierta?.

—No. Sigue en el proceso de transformación. La ascensión toma tres noches para que quede completa.

Seguía dudando. —No está —no hay un ataúd, ¿verdad?—. Sabía que parecería una completa idiota por preguntarle eso.

—Oh, no—, dijo Heath con una risita. —Vamos. Está en aislamiento. Debo llevarte yo mismo. No permiten humanos en la zona de ascensión, salvo en raros casos, y te ha autorizado Tremayne.

Unos momentos después, salimos del elevador en el nivel D. Parecía el piso de un hospital como cualquier otro que hubiera visto antes. Las enfermeras caminaban con sus zapatos silenciosos, con batas verde menta o azul oscuro y pantalones a juego. Parecían enfermeras comunes y corrientes, salvo por sus orejas puntiagudas.

Salimos a un mostrador, y detrás estaba una mujer rubia, otro ser fantástico. Heath anunció que iba a ver a Jeanie, y que era su amo. Tuve que mostrar mi identificación y firmar. Luego Heath me guio por el pasillo.

—¿Estos duendes administran el hospital?.

—Sí. Su sangre es muy tóxica para nosotros. La evitamos a toda costa—, me explicó pacientemente.

—Oh—. Con razón los duendes estaban a cargo de la sangre.

Luego de unos giros, anunció:

—Es aquí. Puedes verla por el vidrio—. Heath apretó un botón al costado. Las cortinas se abrieron y revelaron una habitación pequeña. Era lo suficiente para una cama de hospital, y casi todo el espacio disponible alrededor de la cama estaba lleno de equipos y monitores. Varias pantallas diferentes parpadeaban o estaban en blanco. No vi nada en la pantalla que correspondía al corazón —por supuesto. Eso era lo que no entendía. ¿Por qué la habían conectado a un monitor para el corazón? ¿Los vampiros no eran casi muertos?

Al ver a Jeanie ahí, desnuda hasta la cintura, su pálido pecho lleno de electrodos, una vía que bombeaba algo rojo a su brazo, quedé petrificada. Si piel era blanca como vestido de novia. Se le veía frágil como un narciso, pero más hermosa de lo que la recordaba. Las lágrimas inundaron mis ojos y me quebré. Avergonzada, tuve que voltear. Heath me llevó a sus brazos y lloré contra su hombro.

—No estés triste—, me tranquilizó la voz de Heath. Pude dejar de llorar. Por supuesto, sus feromonas funcionaban conmigo, pero no me importó. Busqué su mirada. Heath no era exactamente igual a su hermano. Su mandíbula era un poco más pesada, y tal vez su nariz era más larga, y tenía un lunar en su mejilla izquierda, usualmente oculto cuando tenía el cabello abajo, pero esa noche lo tenía atado y pude verlo.

—¿Sabrina? Sabrina—, dijo, tomándome por los hombros y casi empujándome. —Mi hermano tiene razón. Tienes —tienes algo— que es difícil de resistir.

Lo miré confundida. —¿Sí?.

—Toma—. Me entregó un pañuelo que sacó de su bolsillo. Hacía juego con la camisa azul eléctrico. Definitivamente era de seda. No quise arruinarla con mis lágrimas y mi maquillaje.

—Gracias—. Tomé el pañuelo y lo pasé por mis ojos. —Lo siento.

—¿Qué? ¿Por llorar o por ser tan atractiva para los vampiros?—. Estaba sonriendo. Sus ojos se iluminaron, me di cuenta.

Cerré la boca, pensé en lo que iba a decirle. —¿De verdad soy tan atractiva?.

—Sí. Tu aroma, en primer lugar. Pero sobre todo debo decir que es tu *aura*, más que solamente tu aroma—. Parecía muy seguro de esto.

—Vaya. ¿Puedes ver mi aura?.

—Sí, puedo.

—¿Todos los vampiros ven el aura?.

—No. Es algo con lo que ascendí. Es mi talento especial. Me sorprende que no te hayan atacado o abordado al menos una docena de vampiros.

Me encogí de hombros. —Solamente Vasyl, cuando tenía diez años. Pero vivo en una comunidad pequeña.

—Una buena.

—No entiendo, todo—esto—. Me volví a la habitación. —No tenía idea de que así se hace.

—Así lo hacemos ahora. Es mucho más confiable. La tecnología existe, ¿por qué no aprovecharla?.

—Pero ¿un monitor cardiaco? Discúlpame, pero no sabía que sus corazones laten.

—Va muy lento, casi no se detecta con los parámetros normales.

—¿Su corazón late ahora?.

—Oh, sí. claro. Pero deberás esperar para captar el parpadeo—. Sonreía. —Ahora, está en estado comatoso. Casi no hay electrocardiograma. Pero cuando el proceso esté por terminar, todo empezará a acelerarse. Todos los monitores

empezarán a parpadear y mostrar lecturas. Será emocionante—. Miraba la habitación sonriendo, con las manos en los bolsillos, parado en punta de pies, como si acabara de ser padre. Raro.

—Pensé que habías tenido que morderla. Como en las películas y libros.

—No. La mordida no es lo que convierte a un humano en un vampiro. Es la sangre. Se deberá consumir suficiente sangre de vampiro en tres noches consecutivas para que un humano se convierta. Un humano no necesita morir antes de convertirse —o ascender, como nos gusta llamarlo. En realidad, el cuerpo no puede morir.

Sus palabras me asombraron. —Espera. ¿Alguien puede convertirse en vampiro simplemente por beber sangre de vampiro?—. Estaba recordando algo que alguien me dijo, hacía apenas unos días. Se me hacía difícil recordar quién había sido con todo lo que había vivido.

—Sí.

—Este asesino —ha estado bebiendo la sangre de sus víctimas—, dije, con los ojos desenfocados un segundo. Me apartó de la ventana y me miró asombrado.

—¿Qué dices?—, preguntó con voz alarmada.

—El asesino. Ha estado bebiendo la sangre de todas sus víctimas.

Nos miramos, esto era significativo.

—¿Ha habido cuántas? ¿Dos víctimas?—. No podía recordar.

—Sí, hasta donde sabemos—, dijo. Nos alejamos de la habitación de Jeanie.

—¿Dos serían suficientes?—, pregunté mientras caminábamos rápido por el pasillo.

—Tampoco sé. Son las noches también.

Saltamos al elevador. Heath apretó el botón del nivel B.

—¿Cuánto tiempo hasta que pueda verla?—, me aventuré a preguntar, porque no sabía.

—¿A Jeanie?.

—Sí.

—Pasará un tiempo antes de que pueda estar entre humanos. Un mes, por lo menos.

—¿Por qué tanto?.

—Un vampiro nuevo tiene muy poco control de su apetito, y necesita tiempo para acostumbrarse a la alimentación regulada. El programa toma de tres a cuatro semanas, por lo general, antes de que un nuevo vampiro pueda beber de un donante sin derramar mucha sangre.

—Cierto—. Recordé que Dante me lo había dicho.

—Y, debo advertirte, Jeanie no será la misma. No responderá a ti como antes. Te recordará, por supuesto. Pero ya no es humana con emociones humanas.

—Bueno, sabía que habría varios reveses en esto. No sé por qué no la dejé ir a su recompensa.

—La quieres—, dijo él simplemente. —El amor humano es celoso. Es difícil dejar ir.

—Bueno, lo pones en perspectiva—. Las puertas del elevador se abrieron y salimos. Filas de gente se dirigían por el pasillo y paramos para dejarlas pasar.

—No tuviste suficiente tiempo para pensar. Pero míralo así. Ahora tengo a alguien. Mi hermano ha tenido a Darla un año, me sentía un poco celoso. Me has dado alguien a quien tener cerca, alguien con quien intimar. Será mi sombra. Créeme, Sabrina, la voy a cuidar bien. Vas a ver.

—Sé que sí—, dije, sintiendo que me ruborizaba. —Espero que funcione para ti también.

Sonrió satisfecho. —Creo que sí. No podemos tomar a alguien por nuestra cuenta, ¿ves? El Consejo de Vampiros lo prohíbe. Solamente podemos tomar a los que están cerca de la muerte, o ya se volvieron sombra, o una pareja de toda la vida. Yo no he encontrado a quien será mi pareja de toda la vida, todavía. Espero que Jeanie lo sea.

Asentí. Pensando en todas estas cosas que me abrumaban, no era lo que quería pensar en este momento. Avanzamos, seguimos a la multitud.

—Le puedo decir todo sobre ti —tanto como sé. Con el tiempo, cuando pueda estar contigo, puedes decirle más sobre su vida humana y lo que significó para ti.

—Gracias—, dije, deseando terminar esa conversación. —¿Qué ocurre? ¿A dónde van todos?.

—Debe ser la hora de la pausa. ¿Tienes hambre? A veces me olvido que debes comer a intervalos regulares. Nosotros solamente necesitamos alimentarnos una vez, a menos que estemos agotados—. Heath me escoltó por el pasillo, y luego por un grupo de puertas abiertas. Adentro había una gran cafetería con recipientes de comida caliente, barra de ensaladas y servidores para echar lo que quisieras. Los cajeros estaban atrás.

—Anda y toma lo que quieras—, dijo Heath, y se alejó del pasillo principal de comida. Aromas maravillosos me atrajeron. No eran delicias culinarias, pero sí lo suficientemente buenas para comer. Tomé una bandeja, un plato, una servilleta y cubiertos, y empecé a salivar. Me serví carne asada, puré de papas, salsa y un pan grande, ensalada de frutas y postre —un gran trozo de pastel de chocolate (decidí que me lo había ganado).

Me reuní con Heath en la fila de la caja, estaba delante de mí con una botella negra de Organic Red y un vaso de plástico. Pagó lo suyo y ofreció pagar lo mío, pero le mostré un billete de diez dólares en mi mano, y retrocedió. Sabía que solamente intentaba ser caballeroso.

—¿Estás segura de que es todo lo que quieres?—, preguntó, mirando el montón de comida en mi bandeja mientras caminábamos a las mesas.

—Bien. Gracioso, ja, ja—, dije, captando el brillo de su sonrisa. Lo seguí al comedor. Nos sentamos al lado de las ventanas que miraban a la habitación de billar, en el piso de abajo. La enorme pantalla de televisión que colgaba sobre las mesas mostraba la escena de una película. Nadie jugaba billar, pero pensé que oía bolas de boliche que chocaban con pines, fuera de la vista, en algún lugar debajo de nosotros.

Nos sentamos en la mesa más cerca de la ventana. Devoré mi comida, y Heath sorbió de su botella de Organic Red —felizmente no lo vertió en el vaso. Leif apareció repentinamente en una silla a nuestro lado. Me quedé asombrada, pero no derramé nada. Debe haber usado su velocidad de vampiro, y no lo vi con mis lentos ojos humanos.

—Hola, amorcito—, dijo Leif, casualmente.

—¿Hermano? ¿Qué pasa?.

—No he visto a Darla, ¿la has visto?—. Miraba alrededor con cara ansiosa.

—No. He estado ocupado—, dijo Heath, y me miró y luego miró a su hermano.

—Ya veo—, dijo Leif con un tono de sospecha.

—¿Por qué? ¿No viene a tus convocatorias?.

—No la he convocado, todavía. Pero tal vez deba hacerlo—. Tenía su celular y miró la pantalla. —Está teniendo problemas, y me preocupa un poco que le arranque la garganta a algún infeliz. Disculpen—. Se puso el teléfono en la oreja.

Me quedé asombrada con lo que había dicho Miré a Heath.

—Darla ha sido vampiro un año —tal vez menos, no recuerdo—.

—Un año el 10 de noviembre—, Leif interrumpió, con el teléfono aún en la oreja.

—Sí, es verdad—. Heath tocó la botella con los labios, como si probara su temperatura. Sorbió e hizo una mueca amarga. —No sé, creo que esto es sangre de caballo—. Miró la botella con desagrado.

—¿Organic Red?—. dijo Leif, mirando la botella. Escupió. —¡Has bebido Organic II! Es sangre de caballo, zonzo.

—Oh, ¡con razón!—. Heath miró la etiqueta en la botella. Tenía los números romanos II después de Organic Red.

Leif seguía al teléfono, pero no hablaba. Se estiró para mirar al nivel inferior y se volvió a sentar. —Darla. Contesta el teléfono—, susurró, y emitió un jadeo exasperado. Arrojó su cabeza hacia atrás dramáticamente.

—Veo que tienen una habitación de billar—, dije a Heath, para llenar el silencio en nuestra mesa mientras olía la salsa y las papas. Las demás mesas rebosaban de gente que hablaba y reía, todos disfrutaban su comida.

—Sí, y hay una mesa de boliche también—, dijo Heath.

—¿Son parte de una liga? ¿Como la Liga Vampiro?—. Bromeé y me metí otro bocado.

Leif y Heath rieron.

—¿De qué serviría?—, dijo Leif al ver mi expresión.

—Sí, sobre todo porque podemos recoger una bola de boliche y lanzarla como una pelota de béisbol y arrojarla a través de una pared.

—Tremayne aplastó una con las manos.

—Lo recuerdo—, dijo Heath, con una mirada de evocadora. —¡Sí! El lugar del boliche quedó vacío varias noches después de eso—. Empezó a reír y tuvo que dejar su bebida.

Leif se paró repentinamente. —La veo. ¡Mierda!—. Se fue en un instante.

Heath y yo volvimos a n nuestras respectivas comidas en silencio, como si ver a alguien moverse a la velocidad de la luz fuera normal. Empezaba a agarrarle el ritmo a esto.

Sonó un celular. Lo ignoré.

—Creo que eres tú—, dijo Heath.

—¡Oh! Rayos, no logro recordar que lo tengo—, dije, y rebusqué en las profundidades de mi bolso. Finalmente, lo saqué. No vi el número, pero abrí y contesté.

—¿Sí?.

—Sabrina—, la profunda voz vibró a través de mí como el arco en la cuerda de un violín, y tuve que agarrarme de la mesa para mantener el equilibrio. El repentino palpitar de mi clítoris que no podía controlar. *¡Carajo!*

—Oh, eh, hola—, dije, resistiendo las ganas de poner la mano entre mis piernas. *¡Esto es vergonzoso!* Aclaré mi voz. —Ah, ¿cómo estás?—. Tapé mi oreja libre para escucharlo por encima del entrechocar de cosas y las conversaciones a mi alrededor.

—Mucho mejor—, dijo con un jadeo. —Gracias, Sabrina. No tienes idea —he estado como una completa bestia todo el día esperando— tu donación.

—Lo lamento. Tal vez debí haber venido antes—. Crucé las piernas en un intento de detener las palpitaciones —solamente las aumentó y tuve que cerrar los ojos y disfrutarlo. *Diooos, ¡espero que nadie más sepa que me puedo excitar*

con la voz de Tremayne!

—No. Está bien. Deberé acostumbrarme a esperar, de todas maneras. No puedes donar de nuevo por una semana, y debo esperar hasta entonces.

Quedé callada. El palpitar cedió. Solté la presión de mis muslos. Era casi como si necesitara orinar.

—Estoy bien. De verdad—, aseguró.

—Yo igual—, susurré y sonreí para mis adentros.

—Podré resistir un poco. Ahora puedo decir con seguridad que puedo mirarte sin querer devorarte entera—. Su voz estaba llena de sarcasmo.

—Oh, ¿de verdad? Pareces muy seguro—. Yo tenía mis dudas.

—Voltea y mira para arriba—, dijo.

—¿Qué?.

—Voltea, al nivel encima de ti—, indicó.

Volteé y miré por las ventanas al nivel siguiente —nivel A— ligeramente sobre el área del comedor, como estaba este nivel sobre la habitación de boliche y billar de abajo. La galería de vidrio se curvaba y arriba estaba Tremayne parado en la baranda. Era el camino a su oficina. Recordé que me había parado ahí y mirado hacia abajo. Me saludó.

Me invadió el alivio, le devolví el saludo. No había sido su voz en el teléfono lo que me había causado ese efecto, era su mirada sobre mí, emanando su —lo que fuera que me dio ese viaje erótico. *¡Gracias a Dios!*

—Eso, ¿ves? Puedo mirarte sin querer lanzarme sobre ti. Es maravilloso—. Me sonreía, parecía complacido.

Detrás de él estaba Nicolas como una sombra más corta, vestido en traje oscuro de negocios, un portafolios en la mano. ¿Se iba? Me pregunté a dónde se iba. Nuestros ojos se encontraron. Antes de que pudiera preguntar, mi mordida de vampiro empezó a quemar ligeramente. No había ocurrido desde la noche anterior.

—Tengo una suite lista para ti. Pasarás la noche aquí—, las palabras de Tremayne me regresaron a la conversación.

—En el lado humano, ¿no es así?—. Quería asegurarme.

—Sí.

—¿Mi propia suite?.

—Por supuesto.

—Pues... gracias—, dije.

Diez minutos después, Dante se reunió con nosotros y fuimos al elevador principal. Dije buenas noches a Heath y le agradecí de nuevo por dejarme ver a Jeanie. Era como si los hombres estuvieran haciendo un cambio de guardia, o algo tan renacentista, y yo fuera la doncella que llevaban a su lado del castillo.

Dante me condujo por el corredor, y a la entrada del hotel de la Torre Norte. Pudimos haber ido por la entrada externa para llegar a la Torre Sur, pero dimos toda la vuelta al edificio y Danto dijo que entrar de esa manera era más complicado.

—Es como lo que debes hacer para subir a un avión—, explicó.

—¿Te pasan por rayos X?.

—No. Te hacen tocar plata. No puedo hacer eso. Entonces....

—Oh, claro.

Del final del corredor entramos al atrio de la recepción del hotel. Tenía cinco pisos, y mi entender me dijo que este era el hotel de los vampiros, no el de los humanos. Había un elevador rodeado de vidrio que llegó al quinto piso. El atrio era lujoso, y no lo había visto la otra noche cuando cené con Tremayne. La enorme pieza de mármol negro con la piscina alrededor y la caída de agua estaba unos metros dentro de la entrada. Había que rodearla para llegar a la recepción. Era la primera vez que veía qué había más allá de la pared de mármol negro.

Dante me llevó más allá de la recepción, y hacia una pared en blanco con lo que parecía puertas de elevador. Pero no eran los elevadores. Sobre la puerta estaban las palabras TORRE SUR, SOLAMENTE HUMANOS. Debajo de esto decía algo en escritura de vampiros. No pude leerlo, por supuesto, pero imaginé que debía ser algo que advertía a los vampiros que no debían ir al otro lado, o hubiera sido meramente decorativo.

Mientras Dante deslizaba su tarjeta explicó:

—Ningún vampiro puede entrar a este lado de las torres, a menos que tenga un pase sin restricciones. Deberás usar tu pase para entrar o salir de aquí. Los humanos del otro lado no pueden ir al lado de los vampiros.

Tuve que preguntarme si un vampiro no podía ir al otro lado si realmente lo quería.

—¿Quién tiene un pase sin restricciones?—, pregunté. Las puertas pasaron zumbando y entramos al otro lado.

—Tremayne, naturalmente.

—¿Alguien más?.

—Que yo sepa, solamente Tremayne.

El lado humano de las torres no era menos lujoso que la parte de vampiros, pero no tan roja. Acá los tonos eran caoba, canela y verde militar con crema y acentos durazno, y muchos espejos. Tuve que sonreír, sabiendo lo que ahora sabía sobre vampiros y espejos. No pude evitar pensar que era una broma interna.

Recorrimos la recepción del hotel. Sillas y sofá de cuero marrón estaban apiñadas alrededor de una chimenea ribeteada. Enormes candelabros de cristal

colgaban desde un enorme techo. Una lujosa escalera de caracol llevaba al segundo piso.

Al llegar al elevador, Dante me pidió que pasara mi tarjeta, para verificar que funcionara. Funcionó. Las puertas se abrieron y entramos.

—Después de que te lleve a tu suite, bajaré para sacar tus cosas de mi auto —. Luego agitó un dedo delante de mi rostro. —Bajo ninguna circunstancia abras la puerta, ni a la mucama. ¿Entendido?.

—Sí.

Me miró fijamente.

—No le abriré la puerta a nadie más que a ti.

—Bien, ni a Tremayne.

—Sobre todo a él—, dije y temblé.

El elevador se detuvo y salimos a una alfombra dorada y azul marino. Aún olía a nuevo. Las paredes tenían un olor a pintura fresca. Un adorable papel tapiz floral que cubría media pared cubría los muros.

Nos detuvimos en una puerta. Números de bronce anunciaban que habíamos llegado a la habitación 1806.

—Esta es tu suite—, dijo Dante, y sacó una tarjeta negra de su bolsillo. —La mía está enfrente—. Señaló el 1805, luego pasó la tarjeta por la ranura. La puerta zumbó, la abrió y me dejó entrar.

—Esta es tu llave—. Me la entregó. Vi que tenía el número de mi suite. Retrocedió. —Volveré en un instante.

—Bien—. Lo vi entrar al elevador.

Respiré aliviada cuando cerré la puerta. Me volteé y coloqué mi tarjeta llave en mi bolso, y luego lancé mi bolso a una silla y tomé posesión del lugar.

El sillón, el sofá para dos y la silla tenían mucho relleno, y eran de gamuza marrón, o falsa gamuza —no lo sé. La abundante alfombra era de verde selva con una franja de durazno que estaba a medio metro de la pared. Una mesa de centro con tablero de vidrio, y una mesa lateral con una lámpara con base y pantalla verde jade estaba entre el sofá para dos y la silla, y le daba a la habitación un aspecto que no se lograría si hubiera comprado todo en una tienda de muebles y los hubiera llevado todo a casa. La chimenea era acogedora, y estaba encendida, como si me hubiera estado esperando. Las pinturas de las paredes eran de villas italianas y florales.

La cocina estaba completa con reposteros, una cocina y refrigerador de tamaño completo, un horno microondas y una barra de desayuno separaba la cocina de la sala de estar.

Detecté aroma de flores. Caminé delante de un televisor grande de pantalla planta colocado encima de un aparador y vi un pasillo corto. El perfume era más

fuerte ahí. La puerta del baño estaba a mi derecha, la puerta de la habitación estaba más adelante. Estaba oscuro ahí. Apreté un interruptor en la pared. La luz del techo iluminó un espacio empotrado dedicado a un aparador con tres cajones. Un ramo de rosas rojas en un mar de margaritas blancas y una lluvia de fresias rosadas llenaban un jarrón de cristal.

Había un sobrecito con mi nombre garabateado. Lo tomé con dedos temblorosos —era difícil abrirlo con los guantes, pero me las arreglé— y leí la tarjeta que estaba adentro.

Para Sabrina, mi amor~

Bjorn

Oh, mierda. Estaba como sobresaltada con las palabras de la tarjeta.

Volví a meter la tarjeta en el sobre y lo dejé en el aparador. No sabía cómo manejar las ganas de Tremayne por mi sangre, y mi cuerpo —y mis ganas por él, también. Cuando estuve con él, también lo había querido. Lejos de él, estaba absolutamente asustada del grande y poderoso vampiro. Sobre todo, ahora que casi me había matado.

Fui al baño, encendí la luz, y me vi en medio del lujo. El jacuzzi estaba en una plataforma elevada, una ducha con tina estaba al otro lado. Mis ojos se encontraron con cerámica negra, con grifos de oro. El piso estaba hecho de elegante mármol blanco y negro con diseños de diamante. Nunca en mi vida había visto grifos de oro, hasta ahora. Después de regresar mis ojos a sus órbitas, abrí el agua hasta que estuvo caliente y me lavé la cara con un grueso paño negro entre terciopelo y velour. Me di golpecitos en el rostro con una toalla a juego que tenía satén por los bordes. Volví a ponerme los guantes, apagué la luz y volví al pequeño pasillo que llevaba a mi habitación.

Hice una pausa, pensando que tal vez era la primera persona que ocupaba esta suite. me saqué un guante y busqué el interruptor de luz de la habitación. Casi nada. No hubo destellos de ningún recuerdo, pensamiento ni emoción.

Dejé salir un suspiro de alivio. Solamente en mi casa podía sacarme los guantes y relajarme. Ahora, tenía una casa lejos de casa. Esto era emocionante para mí.

La cama era *king size*, un edredón blanco y dorada de satén con fundas de almohada a juego. Como si necesitara una cama *king size*. Y entonces, mi mente se preocupó de lo que podría significar. Dante había dicho que Tremayne era el único vampiro que tenía acceso a esa parte de las torres. Las palabras en mi linda tarjeta lo decían todo. Ahora, mirando la cama, sabía lo que esto significaba. En algún punto, Tremayne podría hacer una visita —cuando estuviera acostumbrado a mi sangre.

Un golpe en puerta interrumpió mis pensamientos. El corazón me saltó un

poco, pero sabía que solamente podía ser Dante. Para estar segura, miré por el ojo de la puerta.

—Sabrina, soy Dante.

Aliviada, abrí los seguros y lo dejé entrar. Pasó a mi lado con mi maleta en la mano. Un bolso de viaje estaba en el pasillo, cerca de su puerta.

Hizo una pausa. —¿Dónde quieres que deje esto? ¿En la habitación?.

—Claro—, dije. Caminó por la suite. Sabía que vería las flores. Las miró al pasar. En un momento regresó a la sala de estar.

—¿Quién envió las flores?.

—Tremayne—, dije, sintiendo que una emoción lo rondaba, aunque no pude identificarla.

—Eso pensé—, dijo. —Mira, no es de mi incumbencia, por supuesto, pero ten cuidado, Sabrina.

—Soy yo, Cuidado es mi segundo nombre—, dije, sonriendo tan brillantemente como pude.

—Sabes a qué me refiero—.

Dejé caer la mirada. —Sí.

Levantó mi mentón y me hizo mirarlo de frente. —Eres importante para mí, bebé.

—¿Por qué?—, pregunté. En realidad, no sabía qué sentía por mí, además de atracción sexual.

—Qué pregunta—, dijo, y una sonrisa se dibujó en su cara. Se inclinó para besarme, un toquecito en los labios. Fue rápido.

Asombrada, lo vi moverse elegantemente hacia el pasillo, cerrar la puerta antes de que pudiera hacerle frente con una mirada de consternación.

—Buenas noches, Sabrina—, dijo a través de la puerta. —Cierra con llave.

Me quedé mirando a la puerta, tratando de descifrar lo que acababa de ocurrir. ¿Qué *acababa* de pasar?

—Cierra con llave, te dije. Estoy esperando que lo hagas—, dijo Dante más firmemente.

—Está bien, está bien—. Giré el seguro y pasé el pestillo. No era que esto disuadiría a un vampiro que realmente me deseara. Pero entonces recordé que un vampiro necesitaba una invitación antes de entrar a la casa o apartamento de alguien.

Después de una ducha caliente, me sequé y me puse mi pijama. La suite estaba tan silenciosa como una tumba. Mi propio lugar en el campo no era tan callado. Deseé tener más de una ventana para mirar afuera. Los rascacielos de la ciudad se tornaron aburridos después de unos momentos. Después de mi largo día —y realmente, no sabía qué pensar al respecto— estaba exhausta. Me subí a

la enorme cama, me cubrí, apagué las luces y traté de encontrar comodidad en ese lecho grande y desconocido. Las almohadas estaban muy rellenas, pero logré someter una para mi cabeza y rodeé la pierna sobre otra. Las sábanas de satén se sentían bien contra mi piel. No entraba luz por la única ventana de la habitación —obviamente, estaba diseñada con un humano en mente, no un vampiro. Al final, el sueño me venció y quedé fuera del mundo.

~*~

Cuando escuché un golpeteo estaba desorientada. Abrí los ojos. Me tomó un momento que las legañas se despegaran y quedar totalmente despierta. Finalmente, me di cuenta de dónde estaba. No era exactamente donde hubiera querido estar, pero me sentía segura, y esperaba que quien quiera que estuviera golpeando la puerta no cambiara eso.

Volvieron a tocar la puerta mientras hacía un repaso en mi mente de los acontecimientos de mi día y por qué estaba ahí. Aparecieron mis últimos recuerdos de la advertencia de Dante sobre no permitir que nadie entrara. Caminé por el oscuro apartamento, encendí una lámpara en la sala de estar y el lugar se iluminó con luces de ambiente. No tenía bata (no entraba en mi maletín). Me acerqué a la puerta en mi delgada pijama de algodón que me cubría hasta la mitad de los muslos.

Sintiendo la agitación subiendo por mi columna, miré por el agujero de la puerta.

Tambaleándome por una sensación de mareo, me vi parada ante la puerta abierta, mirando el pasillo vacío. No tenía idea de por qué estaba parada ahí con la puerta abierta. ¿Cuándo la había abierto? De alguna manera, había perdido la noción del tiempo, entre mirar por el agujero de la puerta y ahora.

La puerta de enfrente se abrió y me sobresaltó. Dante estaba parado ahí, su cuerpo viril eclipsaba la mínima luz de su apartamento.

Abrí la boca para hablar, pero la mano levantada de Dante me hizo callar. Salió de su suite, cerró su puerta y con silenciosos pies descalzos entró en la mía. Retrocedí cuando entró con nada más que sus pantalones de negros de pijama con pequeños diseños blancos que lentamente reconocí como gatos que saltaban. Las puntas de su cabello suelto se agitaron cuando se volteó. Cerró mi puerta con llave y se asomó por el agujero de la puerta. Su silencio y mi incapacidad para recordar lo que había ocurrido me dio un escalofrío que subió por mi columna y me hizo temblar repentinamente. No estaba precisamente vestida para recibir compañía masculina, y mi compañía masculina tampoco tenía puesta

mucha ropa.

Finalmente, se volteó. —¿Estás bien?—. Me miró. Yo estaba todo lo desvestida que podía estar con un hombre parado a un metro de mí.

—Sí. Raro, ¿verdad?—. Elaboré una expresión y puse una que pensé que era relajada y distante.

—¿Por qué abriste la puerta?—, preguntó, acercándose a mí, alborotando mi libido con su cercanía y su viril piel desnuda. Tuve que desviar mi vista de su pecho desnudo. Algo en ese agradable pecho lampiño hacía que quisiera poner las manos sobre él y explorar los suaves contornos oscuros.

—Me vi obligada—, dije, encogiendo los hombros. Retrocedí y puse más espacio entre los dos. Mi ropa no era transparente, pero mi piel de gallina le estaba mandando mucha información. Afortunadamente no me siguió. No hubiera tenido control sobre mis acciones si cerraba la brecha. No podía entender mis repentinos deseos, por la razón que fuera, había algo en Dante que desencadenaba una necesidad primitiva en mí que apenas podía controlar. Quería saltar sobre él, derribarlo y consumirlo. ¿En qué punto me había vuelto ninfomaníaca?

—Vete a la cama. Me quedaré hasta el amanecer.

—¿Por qué? ¿Qué hay afuera?.

—Un vampiro—, dijo, moviéndose para volver a mirar por el agujero de la puerta. Su voz y sus acciones nerviosas me pusieron nerviosa. Eso, y lo que había dicho.

—¿Quién?.

—Nicolas—. Me miró por encima del hombro. —Anda a habitación, y cierra la puerta con llave, Sabrina.

—Vaya, me estás asustando—, dije retrocediendo.

—Es por tu seguridad... de mí. No puedo estar aquí, cerca de ti, sin querer dejar salir mis deseos. Ahora, anda a tu habitación y cierra la puerta con llave.

Ante sus palabras, prácticamente corrí a mi habitación y cerré la puerta. Me paré a oír. Me pareció haber oído ese extraño crepitar que *sabía* que anunciaban que estaba a punto de cambiar. Por cualquier razón, que Dante cambiara —ya fuera para cuidarme mejor o para contener sus ansias masculinas— en verdad no lo sabía, y en ese momento en verdad no era importante. Lo que era importante era que estaba a salvo del vampiro y del que cambia. Era demasiado cobarde para actuar con mi propia lujuria. *Cobarde, cobarde, cobarde.*

Al final, me quedé dormida y soñé que Nicolas estaba parado al lado de Jeanie en un estacionamiento. Steve estaba detrás de ella. Steve mordía a Jeanie en el cuello desde atrás, y Nicolas sonreía mientras metía dos dedos en la sangre que manaba de su cuello, luego tocó la parte de atrás de un auto plateado y

dibujó una V.

Me desperté sudando y gritando.

Pensé haber oído un ruido en la ventana. Me senté, seguía oscuro afuera. Escuché el sonido de alas agitándose en el aire. Luego se fue.

Mi cicatriz de vampiro palpitó un momento, y luego paró. El reloj de la mesa de noche decía 2:39 en números azules.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Me despertó el teléfono cuando sonó. Me encontré en la mitad de la cama. Me moví y luego me arrastré hacia el borde. El reloj decía 8:28. Encontré el teléfono y contesté con voz somnolienta. Con la voz en mi oído me desperté totalmente.

—Buenos días, señorita Strong—, dijo Tremayne con su rica voz de barítono. Parecía a medio camino entre un gruñido y un ronroneo.

—Hola—, dije con tono cortés, y esperé sentir su seducción por el teléfono. Felizmente, no fue así. Estaba un poco asombrada de que estuviera despierto a esa hora de día. El sol brillaba, el cielo era azul.

—Confío en que hayas tenido una buena noche de descanso.

—Sí—. Hice una pausa para pensar. Recordaba que alguien tocó la puerta y lo que pasó después cuando fui a ver quién era.

—¿Qué pasa?—, captó mi vacilación. No sabía por qué Nicolas había ido a mi puerta la noche anterior —o por qué me había hecho olvidar que estuvo ahí. Quise darme tiempo para entenderlo antes de ponerlo en evidencia.

—No pasa nada. En, ¿Nicolas se iba?—, pregunté, recordando que tenía una maleta en la mano cuando lo vi con Tremayne la noche anterior.

—Sí. ¿Por qué preguntas?.

—Curiosidad. Pensaría que quiere averiguar por qué Toby está desaparecido.

—Había algo que necesitaba que hiciera. De todas maneras, los vástagos vienen y van.

—¿Y se fue?—, pregunté, tratando de ignorar su falta de solidaridad.

—¿Si se fue? ¿¿Qué sucede? ¿Qué me ocultas?.

—No sucede nada—. Todavía. —Me preguntaba cuándo se fue.

—Su vuelo partió a medianoche. Y hablando de vuelos, mi hermano viene esta noche. Por eso te llamo —además de querer oír tu voz.

Sonreí con eso. —Es bueno oír tu voz también.

—En fin, vamos a un concierto y a cenar esta noche. Haré que te lleven un vestido y todo lo que necesitas a tu habitación. Necesito tus tallas.

—¿Yo?—. El asombro me hizo despertarme totalmente, cambié unas almohadas y las acomodé detrás de mi espalda y me apoyé.

—Sí. ¿Qué talla de vestido usas?.

—Diez.

—¿Zapatos?.

—Siete. Entonces, ¿voy con ustedes?.

—Sí, tú y Dante, por supuesto.

—¿Y no me vas a atacar?.

—Yo, pues, estoy haciendo arreglos para eso—, dijo, con aire distraído. —Espero que tu alojamiento esté bien.

—Mucho, y gracias por las flores—, agregué. Casi nunca recibía flores, me pareció un lindo gesto.

—De nada. Hasta la noche, Sabrina, mi amor.

Gulp.

Veinte minutos después, los golpes en la puerta hicieron que mi corazón tuviera un ritmo más profundo cuando salí de la ducha, vestida y lista para mi día —lo que fuera que conllevara además de salir con dos de los más poderosos vampiros en Estados Unidos más tarde. Dante no estaba cuando emergí cautelosamente de mi habitación un poco antes. Me pregunté si encontraría un hombre o un jaguar en mi sala de estar. Mi sentir se anunció. Dante estaba en la puerta.

Miré por el agujero en la puerta. Sí, Dante en forma humana. Exhalé un suspiro de alivio y le abrí.

—Buenos días—, dije, sonriendo y recordando nuestro extraño momento en mi suite la noche anterior, y cómo me había enviado a mi habitación como si fuera una tentación.

Detuve todos los movimientos y pensamientos. Los más maravillosos aromas me invadieron. Detrás de él había un carrito con bandejas con tapas plateadas. —¿Qué es esto?.

—Desayuno. ¿Tienes hambre?.

—¡Muero de hambre!—

Después de disponer los platos (eran blancos y cuadrados) y los cubiertos, ordené la barra de desayuno con los platos, servimos la comida y nos lanzamos.

—Bueno—, empecé, llevando el tenedor lleno de huevos revueltos a mi boca:

—¿por qué crees que Nicolas estaba en mi puerta anoche?.

—No lo sé—, dijo y aspiré una salchicha. —¿Una mejor pregunta sería por qué le abriste la puerta?—, dijo después de tragar.

—Te dije, no recuerdo haber abierto la puerta—. Era un pensamiento abrumador, ahora a la luz del día. —¿Está seguro de que era Nicolas?.

—Conozco el olor de Nicolas—. Tenía razón, también lo había detectado.

—Tremayne me dijo tomaba un vuelo anoche. ¿Cómo podría venir a mi habitación en medio de la noche, cuando debía estar en un avión? ¿Cómo llegó al lado humano si no tiene pase?.

—Todas son buenas preguntas—. Se limpió la boca. —Primero, si Nicolas

realmente quisiera entrar, no hubiera sido difícil para un vampiro de su fuerza.

—¿Fuerza?.

—Dije mal—, se corrigió. —Sus poderes le hubieran permitido moverse como una niebla. De todos los vampiros por debajo de Tremayne, Nicolas es el más poderoso. Debo decir que es casi tan amo como cualquier otro vampiro debajo de Tremayne, salvo por uno, pero vive en Nueva York. De cualquier manera, cambiar de forma es algo que solamente pueden lograr los amos. Lo único que no ha podido dominar es desvanecerse completamente, y algunas otras cosas.

—¿Me dices que llegó al lado humano, subió —como quiera que lo haya hecho— para verme y luego me hizo abrirle la puerta y luego hacerme olvidar que estuvo en mi puerta?.

—Sí—. Me miraba con el ceño fruncido. —Para que pueda hacer eso, hubiera tenido que morderte.

—Pero no me mordió—, dije, incrédula.

—Déjame ver tu brazo, el de las mordidas.

Me levanté la manga y me bajé el guante (como Dante había entrado a mi sala de estar, me había puesto los guantes para limitar lecturas de él, y para poder comer). Miró la mordida de vampiro en la parte de adentro del codo, pero sus ojos se fueron a la mordida del hombre lobo. Suavemente, tomó mi muñeca con dedos calientes y se la acercó para inspeccionarla. El toque de sus dedos era cálido, y me hizo recordar mis lujuriosos pensamientos de él la noche anterior cuando me envió a mi habitación, para que *él* no estuviera tentado.

Levantando los ojos hacia los míos, dejó salir una larga exhalación de sus sexy labios y dijo:

—Te mordió un vampiro—. Soltó mi brazo. Me bajé la manga y volví a cubrir mi muñeca.

—Sí, genio—, dije con cara de hartazgo. —Vasyl me mordió.

—No. Esta mordida está sobre la mordida del hombre lobo.

—¿Ah?—. Me quedé boquiabierta. —¿Nicolas?.

—Sí—, asintió. —La noche en que Nicolas tomó el veneno de ti, también tomó sangre —no lo pudo evitar, por supuesto. No tendría la capacidad de hacer nada contra tu voluntad si no te hubiera mordido nunca. Estoy seguro de que te mordió.

—¿Quieres decir que me puso bajo su seducción y me hizo abrir la puerta contra mi voluntad anoche?.

—Sí.

—Dices que—.

—Cuando tomó tu sangre esa primera noche, te mordió. Probablemente no

lo pudo evitar. El momento en que se inhala el olor de la sangre, los instintos naturales del vampiro entran en juego—. Yo asentía recordando la reacción de Steve por mi sangre. Si no hubiera sido por las órdenes de Nicolas, me hubiera mordido. —Beber sangre estimula la lujuria de un vampiro que gira en torno a su necesidad de alimentarse. Para alimentarse, deben morder, y probablemente eso fue lo que sucedió. Nicolas puede no haberse dado cuenta de que te mordió esa vez.

—Pero ahora lo sabe—, terminé. —Creo que siempre lo ha sabido. Oh, carajo.

Dante sorbió café y sostuvo la taza frente a sus labios. Logré captar sus blancos dientes y tuve que desviar la mirada. Tuve una visión de nosotros juntos que me quitó el aliento. ¿Era una visión o un hecho futuro? ¿O era yo pensando en volverme íntima con él? No podía decidir.

—La mordida de un vampiro inyecta un químico a tu sistema sanguíneo, los conecta a los dos en nivel metafísico. Cada vez que el vampiro está cerca, te puede ordenar hacer cualquier cosa. Algunos lo pueden hacer de lejos.

—Oh-h, carajo—. Me quedé sentada pensando en la noche que había estado en mi habitación. —¿Qué puedo hacer para detenerlo? Ya ha estado en mi casa.

—Usa el crucifijo—, y señaló el que tenía puesto.

Mi mano lo buscó automáticamente. —Lo tenía anoche.

—Eso debe haberte salvado de que entrara.

Suspirando de alivio, pensé detenidamente. —¿Es como lo que alguien hizo con Solange?.

—Exactamente. Alguien mordió a Solange, le dio un mandato y no pudo hacer nada más que actuar según eso.

Había algo que necesitaba preguntarle.

—Pareces saber mucho de vampiros—, dije, escarbando con el tenedor en los huevos. —¿Qué sabes de la sibila?.

—¿La sibila?—, dijo, con cara pensativa mientras cortaba los panqueques que había bañado en jarabe. Miré su bocado con ganas. Era marrón dorado, y sabía que estaban maravillosamente crocantes por fuera y deliciosos por dentro. Vi el jarabe de arándanos derramarse por los lados. Me relamí los labios. Me dijo que comiera huevos y jamón, que necesitaba las proteínas porque había donado sangre.

—Sí. Tengo curiosidad porque surgió en la conversación.

Se metió el bocado de panqueques a la boca y bajó su tenedor. Sonrió mientras masticaba. Un hilito de jarabe se chorreó por el costado de uno de sus labios. Se limpió. Fruncí el ceño. Quería lamer el jarabe de sus labios.

—La sibila es básicamente una profetisa antigua—, dijo luego de tragar.

Atravesó una salchicha y la mordió con los dientes más blancos que le había visto a humano alguno, y se encogió de hombros.

—¿Algo más?—. Me lancé sobre el jamón — estaba en su punto, suave y no muy salado.

—Bien—, dijo, luego de otro bocado. —La sibila original en la mitología griega descendía de un pastor y una ninfa.

—Eso fue lo que me dijo Nicolas. ¿Por qué es tan especial?.

—La sibila se multiplicó y se convirtió en 30 o 40 —eso dice la leyenda. Eran mujeres oráculos que por lo general predecían desastres como inundaciones, guerras, hambrunas, cosas así.

Miré un punto en la mesa, pensando. —¿He oído decir que hay un anillo?.

—Sí. La hace inmune a la seducción de los vampiros. Se debe entregar en el momento de la profecía que le dijeron cuando era muy joven.

—Bien, como no tengo el anillo y los vampiros *pueden* hacerme casi todo, supongo que no soy la sibila.

—No dije que no eras. Podrías ser. Posiblemente la profecía no se te ha revelado por una buena razón.

Lo miré y parpadeé. —¿Cuál sería esa razón?.

—Hablamos de una profecía muy antigua. Además, el anillo es algo que viene de *su* mundo, no del nuestro—. Sorbió su café, miró una esquina de la habitación por unos segundos, con cara pensativa otra vez. —El anillo también es conocido como el Anillo de Salomón. Tiene grabado un pentagrama místico que somete a demonios y vampiros por igual.

—¿Puedes investigar? Tengo curiosidad.

—Claro. ¿Quién te lo mencionó?.

—En verdad, nadie. Oí a Leif y Nicolas discutir. Leif le preguntó a Nicolas si creía que yo era la sibila, dijo que era muy buena clarividente—. Me encogí de hombros.

—Hay una profecía en un antiguo texto vampiro que menciona a una vidente de gran coraje.

—¿Tengo gran coraje?.

—Creo que sí—. Sus cejas se alzaron maléficamente, y solté una risita.

Media hora después, estábamos en el auto de Dante. Tenía música, pero la apagó cuando salimos de la ciudad. Le dije que no había llevado muchas cosas —solamente tenía unos jeans, y una muda más de todo. Si iba a quedarme más noches, necesitaba más ropa. Estaba contento de llevarme de vuelta a mi casa.

Todo el asunto con Nicolas y la revelación de que me había mordido me trajo un nuevo recuerdo y sentí la repentina necesidad de decirle.

—Tuve una visión de Nicolas con una hermosa vampiro rubia. Estaba en un

lugar apartado, hablando. Pero la conversación parecía —oh, no sé si intensa es la palabra que busco— pero era seria. Ninguno sonrió —hasta el final.

—¿Cómo era ella?.

Le describí a la mujer.

—Parece Ilona Tremayne, la esposa de Erik.

—¿Erik?.

—Sí, el hermano de Tremayne.

—Me lo preguntaba—, empecé una nueva tangente:

—¿puedes leer la mente de cualquier vampiro?.

—No. Solamente la de Tremayne.

—¿No puedes leer la mente de otros vampiros?.

—No, salvo la de Erik.

—¿Erik? ¿Por qué?.

—Porque fui vástago de Erik primero. Ahora soy vástago de Bjorn.

—No sabía que eras vástago. ¿O sea que estás obligado a hacer lo que te digan?.

—Algo así—, dijo y exhale un suspiro.

—¿Cómo conociste a Erik? No sé cómo llegaste a estar con ellos—. Quería saber más sobre él y esperaba que estuviera en un lugar donde pudiera revelarme algo sobre él.

—Tenía 22 años cuando conocí a Erik—, empezó con un fuerte suspiro.

Giré un poco en mi asiento para escuchar.

—Estaba encima de un puente, listo para terminar con todo. Cuando un ángel —o lo que pensé que era un ángel— se me apareció—. Me miró, me sonrió y siguió. —En verdad, pensé que era una alucinación. Este ángel me preguntó si quería vivir o morir. Le dije que quería morir. Iba a lanzarme al río que estaba abajo.

Hice un ruidito de preocupación, pero no lo interrumpí.

—Sabía que tenía poderes telepáticos. Por supuesto, yo también lo sabía. Entonces me dijo que tenía otro talento oculto. Me dijo que era de los que cambiaba.

—¿No sabías?.

—No, no sabía.

—Oh, vaya.

—Cuando este ángel me dijo que me cuidaría, me haría sentir mejor que cualquier droga o el alcohol de los que había estado abusando, me burlé, no tenía voluntad. Me mordió. Dolió al comienzo, quizá un poco más que una aguja, pero luego un calor se esparció dentro de mí, un placer cálido que me sorprendió. Creo que me desmayé —no—sé que me desmayé. Cuando volví en mí, ya no

estábamos encima del puente. Estábamos en un parque cercano. Me sentía como cuando salía de un buen viaje. Estaba parado delante de mí, brillaba como un bombillo de luz. Bueno, para ese momento sabía que no era un ángel, pero tampoco era exactamente humano. Sus alas no eran como las de un ángel, eran como las de un murciélago.

Asentí. El recuerdo del hombre en mi ventana —¿Vasyl? — también tenía alas.

—Luego me obligó a beber de su brazo. Lo vi morder su propia muñeca. La sangre salió a borbotones por su brazo, roja y espesa. Era más dulce de lo que pensé que sería la sangre, y también un poco más espesa. Pero cuando bebí su sangre, fue como si hubiera estado ciego todo ese tiempo y alguien me hubiera vuelto a dar el don de la vista. Me sentí libre, y al mismo tiempo supe quién y por qué estaba *ahí*. Me di cuenta de todo a la vez: mi padre abusivo y cómo nos golpeaba a todos, incluida mi madre. Todo mi pasado regresó de un golpe, y luego se fue, como si me hubieran quitado un peso enorme de encima.

—En vez de sentirme una mierda, me sentí maravillosamente bien. Fuerte —más fuerte de lo que me había sentido toda mi vida. Mi mente estaba clara. No quedaban drogas ni alcohol. Me liberé de eso y no lo quería más. Supe qué era realmente. Mi padre nos había reprimido —él mismo no admitía el hecho de podíamos cambiar. Sabía que la bestia vivía dentro de mí, y todo lo que necesitaba era la voluntad de hacerlo salir. Me tomó algo de práctica, encontrar la manera correcta de llamarlo, pero pronto pude cambiar sin mucho problema. Pienso en convertirme en el animal, y ocurre.

Dante se volteó a mirarme, cuando se detuvo después de que pasamos el peaje. Hizo una pausa ahí, esperando que la luz cambiara en la intersección. —Erik me mordió, y me mostró quién soy en realidad, y reveló todo mi potencial. Le debo más que mi vida. En ese momento, no supe cómo agradecerle adecuadamente, pero él lo tenía bien pensado—. Se rio sin ganas.

La historia de Dante me sorprendió. Nunca hubiera adivinado cómo había empezado. Pero fue así exactamente como Nicolas había curado a Toby de su drogadicción, y lo había convertido en su vástago. Pero entendí que Dante tenía más voluntad que Toby—probablemente no tenía esa necesidad que hubiera tenido alguien más débil que se convirtió en vástago. Me pareció que tenía más que ver con el hecho de que Dante era de los que cambia, más que con otra cosa.

La luz cambió. Dante giró y avanzó unos 400 metros a la siguiente parada y me relató el resto de la historia.

—Me quedé con Erik. Hacía cualquier cosa que necesitara. A menudo, me hacía leer mentes —de quienes estaban contra él, de quienes podrían hacerle trampa. Si quería que matara —como la bestia— lo hacía. Pensaba que todo era

parte del trato. Hubiera estado muerto si no fuera por Erik. No podía alejarme de él, de ellos. No quería. Hacía lo que me decían—. Me lanzó una mirada larga. —Y sí, el dinero y los beneficios valen la pena—.

Sopesé el hecho de que no tenía problemas en matar por los vampiros. Bueno, lo había visto en acción la otra noche. Había matado el hombre lobo, que era un hombre. No había forma de ignorar este hecho. Solamente me quedaba esperar que quienquiera que hubiera matado haya sido muy malo y que hubiera hecho cosas terribles para justificarlo en mi mente.

—¿Cómo llegaste a estar con Bjorn?—, pregunté, después de superar el impacto inicial de su confesión de haber matado gente.

—Trueque. Los hermanos a menudo intercambian humanos.

—¿Eso no te molesta?.

Se encogió de hombros. —No. Realmente no.

Eso me sorprendió un poco. Pero yo no era él. Me pregunté si ese sería mi grupo.

—¿Dónde está tu familia?.

No me miró. —Mi padre murió y mi madre vive en Phoenix, ahora. Le encontré un bonito sitio para vivir, y se lo pago. Es lo menos que puedo hacer por ella, después de su vida tan dura.

—¿Tu padre murió de algo?.

Sus labios se curvaron en una sonrisa suave, sin ganas. —Eso es algo de lo que no me gusta hablar con nadie—. Me miró. —Tal vez cuando sienta que lo debas saber te lo diga.

Asentí. Lo había presionado demasiado y tuve que retroceder. *Sabía* que era una historia terrible, y que su padre no había tenido una muerte natural. Era bueno para bloquearme. Cuando estuviera listo, me contaría.

Dante metió la mano el bolsillo y sacó su celular. Debe haber estado en modo vibrador, porque no lo oí sonar. —¿Hola?... Sí, ya casi llegamos—. Escuchó un momento, me miró de reojo y dijo:

—Puedo hacer eso—. Pude oír la voz al otro lado de la línea, pero no lo que dijo. Sabía que era la vez de Tremayne. —No hay problema—, dijo Dante, y colgó. Me dio curiosidad, pero no pregunté de qué se trataba. Sabía que tarde o temprano me enteraría.

Llegamos a la entrada de mi casa, salimos del auto y al cabo de unos momentos estábamos dentro de mi casa.

—¿Dónde está tu habitación? Te ayudaré a empacar—, se ofreció Dante.

—Arriba—. Me saqué el abrigo. Él se había sacado el suyo y los colgamos en el perchero. Lo guie arriba, por el pasillo y directo a la antigua habitación de Randy.

—Necesito las maletas de esta habitación—, le dije, señalando al armario.

—Yo saco las maletas—, dijo, dirigiéndose al armario. —Tú empieza a reunir tus cosas.

—¿De prisa?—, pregunté con una mueca.

Se volteó hacia mí, volvió a sonreír. —Nunca, dama mía—. Hizo una leve reverencia, yo reí, y él se volteó a sacar las maletas del armario.

Volví al pasillo, y entré a mi habitación. Necesitaba revisar mis mensajes telefónicos en la línea de la casa, pero lo podía hacer cuando terminara con la ropa.

Abrí los dos cajones de arriba de mi cómoda y decidí que podía llevar todo lo que había en mis cajones de ropa interior, calcetines y guantes. Nunca se sabe lo que se puede necesitar en un momento determinado. En verdad no sabía cuánto tiempo me quedaría en las torres. *¿Para siempre?*

Dante arrastró las maletas a la habitación y las puso al lado de la puerta. Estaba agradecida por su compañía, aunque fuera para interrumpir mis atolondrados pensamientos.

—¿Cuánta ropa crees que necesites?—, preguntó, indicando las maletas.

Eché un vistazo sobre los hombros. Las maletas habían sido de mi padre. Un juego de Samsonite, negras con lados suaves. Eran viejas, pero tenían mucho espacio.

—No lo sé—, dije, mirando mi armario. —Necesitaré algunas cosas de mi armario también.

—Esto va a demorar, ¿no?—, preguntó, moviéndose por la habitación, mirando alrededor. Vio mi colección de osos de peluche y de libros en una repisa al lado de mi cama. Me di cuenta de que aumentó su curiosidad sobre mí.

—No mucho. ¿Puedes traer una, por favor? ¿La abres y la pones en la cama?—. Dije, y volteé con un puñado de ropa. Estaba parado a medio metro de distancia, mi carga de calcetines y ropa interior estaba entre nosotros. Bien, eso era raro. Levantó las manos y acarició mi rostro, y me besó ligeramente en los labios. Sacó la lengua y jugueteó. Yo dejé caer todo. Asombrada, lo miré cuando terminó de besarme.

—¿Dante? ¿Qué haces?—. Mi risa se interrumpió, pensaba que bromeaba, pero me di cuenta de que iba en serio.

—En este momento, te beso—, dijo, y lo volvió a hacer. Ligero como una pluma, con otro toque de la lengua que me hizo sentir escalofríos.

—Dante, no creo——. Tapó mis labios con un dedo para callarme.

—Tengo que decirte algo.

—¿Qué?.

—Quiero hacer el amor contigo. Lo deseo desde hace un tiempo. En

verdad, desde que nos conocimos.

—B-ien—. Una cosa era pensarlo, pero tener el valor de hacerlo era otra cosa, como descubrí rápidamente.

—Pero si no quieres, está bien. Puedo vivir con eso. Pero definitivamente debo husmearte.

—¿Qué? ¿Husmearme? ¿Por qué?—. Era confuso.

—Órdenes—, dijo. —De Tremayne. Si no quieres que Erik, o Bjorn se sientan excesivamente atraídos a tu sangre, tenemos que hacer esto.

—Esa debe ser la peor excusa, o la peor frase que he oído de un tipo con el que quiero tirar—, lancé. Había estado haciéndome pases desde la segunda noche en mi casa. Y, en verdad, no podía resistir su carisma y su aura. No importa por qué, estaba loca por él. Decidí que no iba a hacerme la difícil. De verdad me gustaba.

Tomó mi mentón con la yema de sus dedos. —Tremayne no quiere perderte por su hermano. *Yo* no quiero perderte.

—¿No hay otra manera? O sea...—. Retrocedí, mirando la cama. ¿No podía frotarme solamente? Bueno, el sexo era frotarse, ¿o no?

—La mejor manera es piel con piel.

—Ya veo—, exhalé ligeramente agitada. Dante sería el segundo hombre con el que me acostara. No podía contar a Tremayne pues no habíamos hecho exactamente todo.

—No te preocupes—, dijo tranquilamente. —Lo haré suave. Yo haré todo el trabajo. Tú échate y disfruta—. Tomó la parte delantera de su camisa y de un tirón la abrió, y dejó expuesto su pecho lampiño —¡*lindo*! Su camisa de denim estaba en el suelo, al lado de mi ropa interior y calcetines.

—Oh, vaya—, dije, y casi me hundí por mi debilitado estado. *Dios, debe hacer ejercicio.*

—Sabrina, Sabrina—. Me tomó por debajo de los brazos y me sostuvo como una muñeca de tela. —No tengas miedo. No tomo sangre, ¿bien? No te voy a morder. Soy yo, tan humano como un humano puede ser. No estoy deforme, soy un tipo corriente. En verdad, me han dicho que soy mejor que el promedio, pero nada sobresaliente. ¿Bien? No soy pervertido, haremos el misionero, y ya está.

Era como explicarle a un descerebrado. —Yo, eh, no tomo la píldora—, fue todo lo que puede decir.

—No pasa nada—. Retrocedió y sostuvo lo que supe que era un condón.

—Mierda—, dije, desviando la mirada, lanzando una risa. No podía hacer esto. No saltaba a la cama con todos lo que lo pidieran. No es que hubiera muchos —ni uno, salvo por Jack, claro. Esto era *tan* no propio de mí que era

ridículo. Pero lo quería, ¿no es cierto? Había fantaseado con esto la noche anterior.

—Bien—, dije. —Haz lo tuyo conmigo, entonces.

Rio con disimulo, parecía un silbido seco. —No tienes que ponerte melodramática.

Como dijo, no fue apresurado. Me besó, como antes. Tiernamente, con la lengua. Abrí los labios y su lengua se deslizó. Luego metió y sacó la lengua de mi boca, y entró en un ritmo que supe iba a repetirse con nuestros cuerpos cuando nos uniéramos en la cama. Un deseo salvaje me recorrió. Me dejé llevar.

Sus manos se deslizaron bajo mi ropa por la espalda, abrió mi brasier y casi tan rápido como se había sacado la camisa, mi blusa estaba afuera. Estábamos pecho con pecho. Estaba caliente —muy caliente— y se me untó su olor almizclado. Enrollé los brazos a su alrededor, con los guantes puestos, y exploré su amplia espalda, y músculos, mientras nos besábamos. Sus manos estaban por todas partes, al igual que las mías.

—Eres bella—, susurró con voz ronca.

Bajó besándome, y agarró un pezón con su boca. La sensación me derritió, y de repente estaba en sus brazos. Me cargó unos pasos y me acomodó en la cama.

Se paró al costado de la cama, se sacó los pantalones mientras lo esperaba. Salió de sus pantalones comando. Como había prometido, era un tipo común —no es que hubiera conocido a tantos, pero no hubo sorpresas, y estaba ávido de seguir. Me sorprendió ver que casi no tenía vello corporal, salvo un poco en su vientre, que iba hacia abajo.

Me sacó las botas, las dejó caer en el suelo, y luego me bajó los jeans. Se echó a mi lado. Apoyó la cabeza en una mano, apreciándome con la mirada. Su otra mano se deslizó sobre mis costillas, y se posó en el montículo de mis senos, y me acarició. Sus manos eran como un guante caliente.

—Me gusta tu voz, tu risa—, dijo. —Me encantan tus ojos.

—Oye—, dije. —No tienes que decirme esas cosas.

—*Quiero* decirlas. No lo estoy inventando. Quiero que sepas que me excitas. Creo que era una jovencita sexy.

—Y tú eres... un hombre mayor—, dije estúpidamente, en vez de decirle lo que realmente quería decirle. Pensaba que era terriblemente sexy, y de verdad me gustaba.

—Hubiera preferido que nos conociéramos de una manera normal.

—Claro, ¿como saliendo?.

—Sí—, ronroneé en mi oreja mientras me frotaba el cuello con la nariz. Volví a temblar.

Sus manos subieron mi cadera a lo largo de mis muslos. Era como si hubiera puesto la mano en un horno durante media hora, su temperatura estaba muy alta. Se inclinó y me besó, volvió a hacer ese movimiento sexy con la lengua. Sus manos se deslizaron entre mis muslos. Sus dedos me encontraron húmeda y tibia. Me sacudí por su toque, retiró la mano y me miró.

—Oye, oye—, respiró.

—¿Qué?—. Me di cuenta de que estaba temblando.

—¿Todo bien?.

—Sí—, respiré entrecortado. —Estoy —un poco— nerviosa.

—No estés nerviosa. Sé que has hecho esto antes. ¿No serás virgen?.

—Oh, sí. ¡No! ¡No soy virgen!—. *¡Dios!* —Es que ha pasado tiempo.

—No te preocupes. Relájate—. *Sí, claro.*

Dante se inclinó más sobre mí, sus labios sobre los míos y deslizó una rodilla entre mis muslos. Estaba arrodillado, encima de mí. Escuché que algo se rompió, y supe que estaba abriendo el condón. Temblé cuando se puso en posición y me tensé con la invasión prevista. Para mi sorpresa, no se apresuró. Hizo una pausa con mi apertura. Me retorcí levemente y dejé salir un sonido del fondo de la garganta cuando me besó. Arqueé la espalda, incapaz de aguantar la espera.

Sus labios empujaron, y me llenó con un rápido movimiento revelador. Contuve la respiración y se quedó quieto.

—Lo siento—, dije. —Parecías querer eso.

—Lo quería, pero——, contuve la respiración antes de seguir:

—fue un poco sorpresivo, pero no malo.

—¿Debo seguir?.

—Oh, por favor—, rogué.

Sus brazos me atraparon, su largo cabello estaba a nuestro alrededor como cortinas negras, empezó a moverse dentro de mí, primero despacio y luego pasó a un ritmo más profundo, más hambriento, y me arqueé para tocarlo en cada golpe para llevarlo más profundo. Trabajamos juntos hacia ese momento delicioso y brillante. Parecía fuera del alcance hasta que, sí, un poco más, por favor, por favor...

—Oh, ¡sí! ¡Sí, sí, sí!—, me clavé a sus costados —nada fácil con los guantes. La gloriosa sensación fue más sorprendente para mí de lo que recordaba, ¡*tan* bien recibida!

Después, nos quedamos tendidos, resoplando, sudando, lado a lado, envueltos en nuestros brazos.

—¿Quieres ducharte conmigo?.

—¿Más husmeos?.

—Si quieres.
—Sí, quiero.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Avanzar por el garaje subterráneo de las Torres Tremayne se sintió inquietante como siempre. Luego del ataque a Heath, no volvería a estar cómoda al entrar a esa zona oscura. Siempre esperaría que ocurriera una catástrofe cada vez que entrara a esa sección del edificio. No era una buena sensación.

Dante estacionó el Mustang en su propio espacio, y apagó el motor. Estaba sentada en silencio, como había estado todo el camino a Chicago, tratando de hallarle sentido a la manera en que mi vida había cambiado tan extrañamente de un momento; el peligro, los vampiros, los que cambian —tener relaciones sexuales con ellos— y finalmente conocer al vampiro de mis sueños, Vasyl. Me quedé sorprendida por mi comportamiento reciente, pero en verdad, debía admitir que lo disfrutaba —todo. Mi aburrida vida había dado un vuelco. Los hombres me deseaban, mientras que antes tenía suerte si salía

Después de hacer el amor, Dante y yo nos habíamos duchado. Su oscuro cuerpo era soberbio y su cabello negro lacio le llegaba a las nalgas. Se volvió a excitar cuando nos cayó el agua caliente. Lo hicimos en la ducha. Se retiró justo antes de venirse, y me sostuvo contra él en ese momento. Me pregunté dónde o cómo habría aprendido eso. Ciertamente, Jack no hubiera pensado en hacer eso. Pero Dante era mayor, más experimentado que Jack. Y luego *supe* cómo había adquirido su experiencia. Mientras estábamos desnudos en la ducha, tuve breves visiones de Dante con otras mujeres. Supe entonces que, en algún momento, se había prostituido por dinero (estaba más joven en esas visiones). Supe lo que hacía con ese dinero, también. Su vida antes de Erik Tremayne fue terrible. Horrible.

Sabía que mi vida había cambiado, aunque tal vez no tan dramáticamente como la de Dante, pero las cosas con certeza habían cambiado para mí en lo referente a salir con tipos comunes. Sabía que no podría volver a salir con tipos aburridos. Dante había sido un amante muy superior, solamente podía compararlo con Jack, y no había más comparación. Jack había sido un amante egoísta. Dante no.

La puerta de mi lado se abrió y mis pensamientos y todo mi análisis llegaron a un abrupto final. Dante me miró, me extendió la mano e hizo una pausa.

—Dama mía. ¿vienes?.

—¿Tengo que ir?—, pregunté.

—No creo que quieras quedarte aquí. ¿O quieres?.

—No—. Resignada, tomé su mano y salí del relativamente oscuro y cálido interior del auto. Me paré en la atmósfera más fría y húmeda del estacionamiento mientras él cerraba la puerta. Luego me agarró, me alzó contra él y me besó de una manera exigente. Estaba duro de nuevo. No tenía que usar mis habilidades de clarividente para saber qué quería hacer —otra vez.

Cuando el beso acabó, miré sus intoxicantes ojos oscuros.

—Te deseo de nuevo—, ronroneó.

—Vaya. ¿Cuántas veces puedes hacerlo?—. Mi pregunta era retórica, pero me contestó.

—Tantas como quiera.

Dejé salir un suspiro de asombro.

—Entro en esta fase de apareamiento cerca de la luna llena, y no puedo ignorarla. Te quiero en mi cama. Quiero que me pertenezcas, Sabrina—. Me miró con ojos tristes y entendí. Mi estómago estaba hecho nudos, sabiendo qué Dante me había hecho el amor —un mandato de su vampiro amo— lo había querido desde que me conoció.

—Bueno, ponte en la fila porque creo que el jefe podría tener algo que decir al respecto—. Me odiaba cuando tenía razón.

—Lo sé. Eso es lo que me hace dudar.

—No me parece que dudes—. Los dos reímos.

Con las manos apoyadas en el auto a mis costados, se agachó para que su frente se apoyara en mi hombro. Dejó salir un suspiro, levantó la cabeza y se fue sin hablar al maletero para sacar mis maletas. Las maletas eran viejas, pero tenían ruedas, así que llevé una, mientras Dante tomó los artículos en los colgadores de plástico de mi armario. Entramos a un elevador y subimos en silencio al ambiente principal, luego pasamos al lado humano (con nuestros pases), y a atravesamos la recepción para subir a ese elevador. Eran las 4:00 de la tarde, y muchas personas (humanos, por supuesto), se arremolinaban. Algunos regresaban, otros volvían de su recorrido por la ciudad o iban a eso.

Entramos al elevador en silencio. Estaba cómoda con él, como si lo hubiera conocido toda la vida —más ahora que antes. Su silencio vociferaba y, de todas maneras, probablemente estaba leyendo mi mente de nuevo. Dijo que ahora podía leer mi mente (después de que lo habíamos hecho), tan claramente que no tenía que tratar y decirle algo mentalmente —le llegaría.

Hizo otro ronroneo, sonrió y nuestros ojos se encontraron. Pensaba en acostarme con él. Pensé que era terrible. ¿Qué clase de mujer va por ahí pensando en sexo todo el tiempo?

—No estás sola, dama mía—, dijo Dante, y una sonrisa se asomó a sus labios. Aunque los dos teníamos el sexo en mente, no se me acercó. Se mantuvo

a respetuosa distancia. Miró un punto en el elevador. Miré para ver la cámara. Sí. Nos espiarían.

¿Qué tal en el garaje? Me pregunté, sabiendo que escucharía mis pensamientos.

—No tantas. Más espaciadas—, dijo.

Sonreí, me excitaba que pudiera leer mi mente tan fácil, y ahora estábamos haciendo esto furtivamente. Nadie más que nosotros sabríamos de qué hablábamos.

Llegamos a nuestro piso. En silencio, fuimos por el pasillo, pasé mi tarjeta y entramos a mi suite. No tuvo que preguntar dónde poner mi ropa, y yo lo seguí. Sabía lo que quería hacer, y él sabía que yo también quería. Dejamos caer todo y nos echamos en la cama juntos. Empujó sus caderas entre mis piernas y empezó a tirarme.

—Me duele—, me quejé. Me dolía *mucho*. Tres meses sin sexo y de repente lo había hecho con uno de los que cambia dos veces en un lapso de media hora. —Lo siento.

—Que te desduela, rápido—, gruñó.

Reí y volvió a frotarse contra mí. Me dejé llevar y estábamos entrando en un frenesí, cuando de un momento a otro, gruñó y se sacudió. Supe lo que había ocurrido. Nos echamos juntos, conteniendo el aliento.

—Creo que me husmeaste muy bien hoy—, dije.

Se rio al levantarse. —Voy a ducharme otra vez.

—Esta vez no te acompaño.

—Buena decisión—, dijo. —Solamente te volvería a hacer estragos.

Lo miré con fingida exasperación, contuve la respiración sibilante y dejé salir un gruñido frustrado con la sola idea.

Fue hacia la puerta, volteó la cabeza y me lanzó una mirada que me derritió totalmente. Sin una palabra, recorrió silenciosamente el apartamento, y solamente cuando lo oí decir:

—¡Cierra con llave!—, me lancé fuera de la habitación y lo vi cerrar la puerta detrás de sí. Cerré con llave y me apoyé pensando en todo lo que tenía que desempacar.

Pero tenía que cambiarme de pantalones primero.

Me había cambiado y guardado la ropa cuando un golpe en la puerta me interrumpió. Fui a responder, me preguntaba si sería Dante. No era. Era un muchachito con acné que se parecía mucho a una funda de ropa.

Abrí la puerta una fracción con la cadena puesta. —¿Sí?.

—¿Señorita Strong?.

—Sí.

—Me dijeron que le trajera esto lo más pronto posible—. Sostuvo la funda en alto, y por cómo la sujetaba parecía pesada.

—Oh, bien—, dije, y saqué la cadena para abrir la puerta.

—Aquí tiene—, dijo, y me la entregó.

—¿Estás seguro de que es para mí?—, pregunté, poniéndome el cabello sobre un hombro.

—Eh, sí. Habitación 1806, usted es la señorita Strong, ¿no es así?.

—Sí.

—Bien, supongo que esto le pertenece. Lo envía el señor Tremayne.

—Oh—. Mi memoria se anunció. *Claro.* Mi mente estaba a años luz de ahí. *El vestido*. Hice un sonido con el fondo de la garganta. —Gracias—. Estiré las manos y puso el vestido en mis brazos y me casi me caigo al suelo. —¡Vaya! Es pesado.

—Sí. Y acá están los zapatos—. Me entregó una bolsa más pequeña que tenía una caja de zapatos. —Buenas noches, señorita Strong—. El muchacho se volteó y se tambaleó por el pasillo.

Cuando se fue, coloqué todo en el sofá para dos, abrí la funda negra y vi lentejuelas y cuentecillas que cubrían un vestido celeste, largo hasta el tobillo. Lo abrí y lo saqué. Sin mangas, llegaba tan abajo en la espalda y lo suficientemente alto por delante que me hizo sentirme cohibida. ¿Qué iba a mostrar con eso? A decir verdad, como no había ido a mi fiesta de graduación —a ninguna fiesta de graduación— no sabía qué brasier usar con eso.

Miré la etiqueta, curiosa. *Dior.* ¿Era un Dior? Guantes hasta el codo, zapatos a juego, y un bolso de mano incluido. Y dentro de la bolsa había una estola blanca de mink. Con razón pesaba tanto.

Caminé por la habitación con pasos rápidos, dándome golpecitos en el rostro caliente para asegurarme de que no era un sueño. Tenía el corazón acelerado, me paré y saqué los zapatos azules, con tacones de siete centímetros, y me los probé. Me quedaban bien, ¿qué sabes? Hacía soniditos incoherentes mientras caminaba con los zapatos. Me sentía como Cenicienta.

Tocaron a la puerta y dejé de hacer lo que estaba haciendo.

Miré por el agujero. Tremayne estaba parado en mi puerta. Una ola de nervios me recorrió.

Abrí, sin molestarme en usar la seguridad esta vez —pues no estaba colocada. Le pedí que entrara, confiada en que no estaría ahí si fuera un peligro para mí.

—¿Recibiste el vestido?—, preguntó en cuanto entró pavoneándose.

—Sí. ¿Lo ves?—. Me moví para poner un pie adelante. —Zapatos. Vestido —. Señalé el vestido.

—Pruébatelo. Quiero estar seguro de que te queda bien.

No dudé, pero tomé el vestido y me fui a la habitación para probármelo. Cerré la puerta para tener privacidad. Encontré que tenía un brasier incorporado (bueno), y cuando me lo puse, encontré que me quedaba como un guante. Un guante pesado. Debía tener como siete kilos de lentejuelas y cuentecillas que cubrían todo, y que me llegaba a los talones. Los guantes llegaban hasta mis codos y me di cuenta de que se usaban un poco sueltos. Cada uno tenía un espiral de lentejuelas como decoración. Me volví a poner los zapatos y salí para encontrar que tenía un público masculino. Dante y Tremayne estaban parados en mi sala de estar. Dejaron de hablar, se voltearon y me miraron un largo momento en silencio.

—Lindo—, dijo Tremayne.

Dante asintió. Su mirada lo decía todo.

—En un rato vendrá alguien para peinarte y arreglarte las uñas—, dijo Tremayne, mirando su reloj:

—en unos 20 minutos.

Me sentí acelerada. —¿Qué? ¡No me he duchado!—

—Sí, te duchaste—, dijo Dante, mirándome fijamente. —En tu casa, ¿recuerdas? ¿Antes de salir?.

—Oh—. Lo miré, recordando el momento. El rostro se me calentó. —Sí, cierto. ¿Cómo me olvidé? Qué tonta—. Reí nerviosamente y doblé los decorados dedos de los guantes —se sentía raro y pesado. Empecé a sudar. Era algo bueno que Tremayne no leyera la mente —podía leer mis emociones, pero no mi mente pues no había bebido mi sangre.

—Como esta es una gran noche, y como mi hermano también viene ——, la voz de Tremayne se calló. Vino en mi dirección, sacó algo de su bolsillo y vi un collar reluciente. De nuevo, el corazón se me detuvo. Sostenía un collar de diamantes —con una roca enorme abajo, que terminaba con una pequeña encima. Se puso detrás de mí y lo colocó alrededor de mi cuello, sus dedos me dieron pequeños escalofríos.

Me di la vuelta. Me miraba con admiración, retrocedió un paso. Señalando, dijo:

—Cuidalo.

Tragué saliva. —L-lo querrás de vuelta, por supuesto.

—No, Sabrina. Es tuyo—. Levantó las manos. —Un regalo de mi parte.

—¿Regalo?—, dije. Esto no podía estar ocurriéndome.

—Salimos en una hora—. Tremayne se dirigió a Dante. —¿Llegó tu esmoquin?.

—Acaba de llegar, por eso estaba en el pasillo—, respondió y me lanzó una

mirada.

—Bien. Ahora, lamentablemente, debo meterme en el mío—, se quejó Tremayne ligeramente. —¿Me harías el favor de reunirte con nosotros a mitad de camino, en la recepción norte? ¿Acompañas a la señorita Strong?—. Esto se lo decía a Dante.

Dante hizo una reverencia. —Por supuesto. Será un placer.

Los dos salieron, pero Tremayne hizo una pausa antes de cerrar la puerta. —Lo vas a dejar muertos esta noche, mi amor.

—¡Espero que no!—

Se rio. —Es solamente una expresión—. Se volteó y luego un pensamiento lo detuvo. Se volvió a voltear y dijo:

—Por cierto, mi hermano es *mayor*.

Asentí. —Es bueno saber que los dos son más viejos que el polvo.

Rio.

—Una hora entonces—, dijo.

—Una hora—, repetí.

Cuando se fueron, me saqué el vestido, los zapatos y los guantes, y me puse mi ropa. Nerviosa, probé el agua del refrigerador, y vi que había una botella de vino y dos de Real Red. Era bueno saber que podía entretener a un vampiro después de una larga noche.

La peluquera y la manicurista llegaron poco después de la partida de Tremayne. La peluquera tenía el cabello negro con blanco, y anteojos negros con marco de plástico con lentejuelas. Se llamaba Tosha. Masticaba chicle todo el tiempo que hablaba y le daba vueltas. La manicurista era mayor, tenía cabello largo y rubio. Su nombre era Dev. Tenían una tienda en la Torre Norte, *Melenas y Cosas*. Sabía que no eran vampiros, pero no eran totalmente humanas. Las catalogué como mujeres lobo —los vampiros estarían demasiado atraídos con ellas como para dejarla solas. Sabía que debían ser repugnantes para los vampiros, fueran lo que fueran.

Dev dijo que me haría una —manicure francesa—, con los bordes azules para que combinaran con el vestido, aunque le dije que no se molestara porque iba a usar guantes.

—Oh, querida, quedarán grandiosas—, discutió ligeramente.

Bien, como quieras. Me preparé para bloquear sus emociones cuando me tocó las manos. Y nada ocurrió. Raro, no recibía nada de ella, ni un parpadeo. No entendí. Lo mismo con Tosha. Nada. Cero.

Un centenar de horquillas y media lata de aerosol para el cabello después, me ayudaron a deslizarme en el vestido, y lo acomodaron. Me paré ante el espejo de cuerpo entero, sabía que nunca había estado así antes. Pensé: *si mi papá*

pudiera verme ahora. Salieron lágrimas de mis ojos. Las dos mujeres captaron mis emociones y me abrazaron. Bueno, oigan, eran duendes. Cuando me abrazaron, vi sus orejas puntiagudas. Posiblemente, mis poderes de clarividente no leían a los duendes. Bueno saberlo.

Dante se paró en la puerta cuando las mujeres salieron dando saltitos. Era como si tuviera el papel protagónico de una película. Mi mantra era: *Esto no puede ser real.*

—Tú—eh, ah—.

Lo miré, estaba con su esmoquin, parecía que le habían disparado con una picana. Me pareció que estaba guapo, pero diferente. Su cabello iba en dos trenzas a los lados. Decidí que tal vez era porque estaba acostumbrada a verlo con jeans y el pelo suelto.

—¿Quién eres?—, pregunté.

—Podría preguntarte lo mismo. Vaya—, dijo, con una mirada asombrada. —Eso 'vaya' en indio, por cierto.

—Igualmente. Oye, ¡hablo tu idioma!—. Reímos.

Zigzagueé hacia la puerta, tropecé a medio camino de la habitación, pero caí en los brazos de Dante. Lo miré a los ojos y supe qué estaba pensando.

Me paré sobre mis pies —el peso del vestido me hacía perder el equilibrio. —Debes tener cuidado con lo que piensas—, dije, reacomodándome dentro del traje.

—Haré lo mejor que pueda, pero va a ser muy duro—. Capté el doble sentido, y no pude evitar sofocar el estallido de risa. Con un frufrú, lo esperé en el pasillo. Ya en el elevador, apretó un botón.

—Debo informarte sobre Erik—, dijo Dante. —Estás a punto de conocer al más poderoso vampiro en Norteamérica. Tiene la autoridad de tomar las decisiones que Tremayne no puede.

—¿En qué sentido?.

—¿La Asociación Norteamericana de Vampiros?—, dijo con voz solemne. —Considéralo como su versión de la mafia.

—Oh. Entiendo.

—Tiene un sentido astuto de los negocios, y no teme enfrentarse a nadie, en ninguna parte, y como le plazca. Por lo general, mostrando los dientes. Pero normalmente, a nivel cotidiano, envía a uno de nosotros.

—¿Nosotros?.

Dante me lanzó una rápida mirada cuando llegamos a la recepción y salimos del elevador. —Alguien como yo, uno que cambia de forma, o vampiro por debajo de él—. Avanzamos enérgicamente a través de la recepción.

—Ya veo—, mascullé. Esquivamos personas que iban y venían, avanzando

por la recepción hasta que llegamos a las puertas que solamente nosotros podíamos atravesar. Capté las miradas de curiosidad con el rabillo del ojo. —Dices que es letal.

—Letal, sí. Y despiadado. Hagas lo que hagas, no lo hagas molestar. Tampoco digas nada que se pueda malinterpretar—. Hizo una pausa y se volvió hacia mí. —Erik tendrá curiosidad por ti, y querrá sacarte de Bjorn—. Traté de interrumpir, pero se apresuró. —Él y Bjorn posiblemente discutan toda la noche al respecto. Deberás ignorarlos.

—Malditos vampiros. Creen que les pertenecemos.

Levantó las manos y me tomó por los hombros, me hizo dar la vuelta para mirarlo. —Recuerda esto: bajo ninguna circunstancia lo toques. Te olisqueará. Eso se considera aceptable y es etiqueta de vampiros educados.

—Así que huele a los acompañantes de los demás —¿tiene el respaldo de Martha Stewart?.

—No es gracioso.

—Lo siento. Me pongo nerviosa y bromeo. Mala costumbre—. Me di un golpecito en la mejilla.

—Sabrá que he estado contigo. Acusará a su hermano de armar esto. Hagas lo que hagas, que no sepa que has donado sangre.

—Entendido.

—Todo lo que tienes puesto esta noche es tuyo. Bjorn le dirá que has estado con nosotros un mes, así no se preguntará mucho de dónde sacaste el dinero para todo esto, o qué tanto estás arraigada en nuestra sociedad.

—¿Qué hay del collar de diamantes?—. Lo apreté con la mano.

—Bjorn tendrá una explicación para eso. Sigue el juego, de lo que diga.

—Bien.

—¿Lista?.

—No. Espera—. Volteé para mirarlo. —¿No se supone que somos amantes?.

—Sí. Bjorn respaldará eso. No hay otra manera de explicar que huelas a mí —. Deslizó su tarjeta, las puertas se abrieron y pasamos al lado vampiro de las torres.

Este lado estaba lleno de turistas vampiro. Estaban registrándose, naturalmente porque ya estaba oscuro, acababan de llegar del aeropuerto O'Hare. Recordé que Tremayne Air era su jet especial sin ventanas —o eran falsas— para pasajeros vampiro, por ese video que Nicolas me había mostrado la noche que fuimos a Placeres Terrenales. Recién ahí hice la conexión.

Dante tomó mi brazo, me llevó por la recepción y no fue difícil ver la cabeza de los dos vampiros, eran los más altos del gentío.

Tomaba algo de tiempo acostumbrarse a entrar del lado humano al lado vampiro. Era casi como entrar a una habitación totalmente oscura donde había una fiesta; vi vampiros mujeres y hombres, como si fueran personas normales registrándose —salvo que tenían la piel pálida y opaca. Los de ascendencia afroamericana, u otras razas oscuras tenían aspecto descolorido. Cuando Dante y yo entramos, las cabezas se voltearon a mirarnos —porque éramos los únicos con sangre caliente. Tuve el peor de los escalofríos. El brazo de Dante se deslizó alrededor de mí y me dio un besito de confianza en un lado de mi rostro.

—No te preocupes, aquí estoy, dama mía—, me susurró al oído, y me dio cosquillas.

Eric Tremayne fue el primero en verme en nuestro grupo —y vaya que me alegré de estar en un grupo. Entonces su hermano se volteó. Los dos hombres se parecían mucho, y eran muy diferentes. Erik era un poco más alto, no tan robusto, y en el aspecto físico, mucho más guapo, y en el mundo vampiro había que diferenciar el cabello, porque todo era extraordinariamente hermoso —tanto hombres como mujeres. El de Erik era más largo, absolutamente liso y rubio platino. Su nariz era ligeramente ganchuda, sus labios más carnosos y sus ojos eran deslumbrantes. No eran azules, pero juro por Dios que eran plateados con un matiz más oscuro alrededor del iris. En el instante en que me vio fue como si un pensamiento de láser de un barco de guerra de otro mundo me hubiera encontrado y jalado.

Al lado de Erik estaba una hermosa afroamericana de piel clara con cabello rubio liso, con un vestido más corto que el mío, con un corte al costado hasta la cadera que dejaba ver su tanga. Tenía tacones rojos de 12 centímetros, se colgaba de Erik como si fuera un salvavidas y estuvieran en aguas revueltas. Tenía novedades para ella.

Cuando nos acercamos y entramos al círculo, noté que Tremayne también tenía una mujer que se colgaba de él. Rubia, había elegido un vestido de chifón negro que competía con el rojo. Aunque sabía que mi traje de noche costaba más que sus dos vestidos juntos, yo estaba demasiado arreglada —en lo referente a materiales. Mi dobladillo llegaba al tobillo y, aunque tenía corte, llegaba apenas por encima de la rodilla. Yo no tenía un escote parecido al de ellas. De nuevo, simplemente me sentía como una sustituta de la actriz verdadera. Tremayne lo había armado perfectamente: él estaba con alguien, Erik estaba con alguien y Dante estaba con alguien. Éramos seis.

Me mojé los labios pensando cómo resultaría la noche. Me di cuenta de que la mujer que estaba con Tremayne era una de las chicas que había elegido la otra noche. La otra podía ser del grupo de donantes —considerando que los vampiros no comparten a sus donantes.

—Sabrina, Dante, qué bueno que llegaron—, dijo Tremayne con voz de seda. —Erik, me gustaría presentarte a Sabrina Strong, mi clarividente—, dijo Tremayne.

—¿Cómo estás?—, dijo Erik con acento británico, y se movió con la gracia y lentitud que solamente un vampiro puede lograr cuando lo quiere. Flotó hacia mí, y cerró la brecha fácilmente. Estaba desorientada por la fuerza de sus ojos plateados —y por su abrumadora seducción.

Dante sujetó mi mano firmemente mientras yo me quedé inmóvil. Era como conocer el perro nuevo de tus amigos. *Quédate quieto y déjalo que te huela. No te va a morder. De verdad, es muy bueno.*

Erik era tan alto que tuvo que agacharse para oler mi aroma, y lo hizo como si catara vino recién descorchado. Sus párpados se cerraron agitados, y gruñó ligeramente, como si yo fuera deliciosa. Se enderezó y miró a Tremayne.

—¡Tierno, suave bocado, Bjorn! ¿Dónde encontraste a esta vivaz señorita? —. Su voz sorprendida pareció venir del otro lado de tan almibarada. Me pregunté si su acento británico era simulado más que adquirido.

—Dante la encontró—, dijo Tremayne. Jugaba su carta del triunfo de inmediato.

—Ya veo—, dijo Erik con desdén. —Su aroma está sobre ella. ¿Así son las cosas entonces?.

—Sentí que Dante se merecía un poco de diversión de vez en cuando. ¿Qué tiene de malo?.

Mi rostro debe haberse encendido de rojo. Abrí la boca para protestar, como una dama, por supuesto. El apretón de Dante y su ligero tirón me contuvieron. A mi vez, le lancé una mirada de disgusto.

Erik lanzó una risotada y retrocedió —o se derritió hacia atrás— y la mujer que tenía del brazo no se dio cuenta de que se había alejado. Se regresó a su posición del brazo de Erik y lanzó una risita como una chiquilla.

Mis pensamientos se fueron a todo lo que me hubiera gustado hacerles a los dos vampiros en ese momento. ¿Dónde había una ballesta cuando se le necesitaba? Como no podía correr, y como con toda certeza no le iba a dar una bofetada a nadie, simplemente me quedé como un volcán activo y esperé hasta dejar de temblar.

—¿Al menos la probaste antes de dejar que este que se cambia la llevara a la cama?.

Vi una ligera sonrisa en los labios de Tremayne cuando me deslizó una mirada. —Por supuesto. Fue un buen polvo, pero nada extraordinario, y lo mismo puedo decir de la sangre.

Con los brazos cruzados, contuve la respiración y la dejé salir lentamente

—mientras lo miraba con todo lo que tenía.

—¿Por qué no me la das?—, sugirió Erik. Me volví a congelar, escuchando a los dos vampiros hablar de mí como si fuera un cromo que se intercambia. Bueno, Dante me había advertido, ¿no es cierto? De todas maneras.

—Te he dado dos brujas, un hechicero y mi última clarividente. ¿Qué quieres con esta?—. Tremayne pareció desconfiando al decirlo.

Erik se encogió de hombros. —Tal vez, entonces, para una noche de desenfreno. No le haría más daño que el que le harías tú.

Dante y yo intercambiamos miradas. Esto no estaba saliendo muy bien.

—Tengo hambre—, se quejó la rubia al lado de Tremayne. —Creí que íbamos a cenar.

—Nuestras reservaciones son para las ocho. Vamos al concierto primero—, dijo Tremayne pacientemente.

—Mejor vamos, o no llegaremos al concierto—, sugirió Erik, echando un vistazo a su reloj.

Y por ahora, el debate terminó.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Eric y Tremayne giraron y todos nos dirigimos a las puertas delanteras —no sabía dónde estaban las puertas delanteras hasta ahora. Pasamos por un detector de metales a la entrada, como todos los demás que pasaban por ahí. Dos guardias de seguridad estaban parados a ambos lados de las puertas, y daban indicaciones a las personas, las hacían quitarse sus relojes y sus zapatos (me pareció que era un exceso). Una mujer se quejaba amargamente del proceso. El hombre a su lado se rio y dijo que no estaba seguro de por qué debían pasar por esto pues a los vampiros no los matan con una bala.

—Ah, pero si un poco de plata les toca la piel, puede doler muchísimo—, dijo otro hombre detrás de él.

Me di cuenta de que nadie podía entrar si tenía armas, a menos que conocieran la entrada del garaje, por supuesto. Esperé que no estuvieran equivocados de no tener un detector de metales ahí también.

Algo en esa idea me trajo una repentina visión de Toby. Estaba en un lugar oscuro. *¿Dónde estaba?*

Salimos a la fría noche. Me alegré de tener la estola, aunque sabía que varios animales habían muerto por su piel. Me hubiera gustado que me dieran algo menos lujoso, y algo que no le hubiera pertenecido a Letitia. Antes, tuve un destello de ella usando esta exacta misma ropa recientemente.

No me sorprendió darme cuenta de que íbamos a sumergirnos en una limosina. Era blanca, el metal brillaba como si acabara de salir de la sala de exposiciones, y el conductor con su elegante traje y sombrero gris claro estaba parado en la puerta trasera abierta, esperando diligentemente. Los vampiros y sus acompañantes entraron primero. Dante y yo nos acomodamos al final. Nos sentamos de espaldas, de frente a Erik y Tremayne y sus acompañantes.

Me acomodé al costado de Dante, su brazo estaba casualmente a través del respaldar de mi asiento, con las piernas cruzadas. Yo también las crucé, dejé ver algo de pierna, aunque no tanto como las acompañantes de los vampiros.

Ambas mujeres lazaron risitas y gritaron:

—¡Champán!—, como si ya hubieran hecho esto antes. Me imaginé que así había sido.

Vi a Tremayne sacar la botella del cubo con hielo, lo descorchó con mano experta con apenas un ligero ruido. Sirvió cuatro copas. A los humanos nos dieron una copa a cada uno. Después, Erik vertió la sustancia roja en el mismo tipo de copa y le dio una a su hermano. Todos teníamos nuestro trago. Estaba a

punto de hacer un brindis cuando Dante me dio un codazo. Noté su elocuente mirada.

Probablemente no era una buena idea tomar mucho. Sorbí un poco. Llegó a mi lengua y sentí cosquillas —lamentablemente, estaba rico y de verdad quería poder beber, aunque fuera por una noche.

El movimiento del auto cuando arrancó me tomó desprevenida. Se sentía raro ir hacia atrás, pero me acostumbré. Además del arranque, apenas me daba cuenta de que estaba en un vehículo; el avance era suave.

La mujer que iba con Erik chilló. Levanté la vista y vi que él le frotaba el cuello. Su toque y su seducción probablemente le habían enviado un aviso de cómo sería el sexo en la cama con él.

Apreté un poquito a Dante, sentí su brazo alrededor de mí, sus dedos recorrían descuidadamente mi brazo. Supe instantáneamente qué estaba pensando hacerme después, simplemente porque también estaba en mi mente.

Los ojos se me aburrían. Una mirada a través del auto, encontré los ojos de Tremayne dirigidos a nosotros. Una mirada de advertencia flameaba. *Oh, mierda.*

Nos separamos lentamente, y Dante dejó de tocarme.

Hubo un estallido repentino, como el sonido de vidrio al romperse. Ambas mujeres gritaron. Vi el puño cerrado de Tremayne pasar sobre el cubo de hielo, ahora mojado y vacío donde un segundo antes había habido una botella de champán. El champán estaba por todas partes, junto con trocitos de vidrio. La rabia de Tremayne al mirar a Dante tan cerca de mí lo había presionado demasiado. Erik lo notó, una expresión petulante cubría sus rasgos.

Mientras este momento eléctrico cargaba el ambiente en la limosina, tuve una repentina visión, y dejé salir un sonido incoherente.

—¿Qué pasa?—, preguntó Tremayne, entregando una toalla a la rubia que estaba en el lado más mojado.

—No estoy segura—. Sacudí la cabeza. Sabía que estaba a punto de tener una visión fuerte. —Algo va a suceder—, mi voz estaba llena de pánico. Jadeé al mirar a la rubia de Tremayne. Vi su cuerpo transportado a un momento futuro; inconsciente, cubierto en el regazo de Tremayne, la sangre se deslizaba por su cuello y brazo, goteaba de sus dedos.

Me agarré una mano con desesperación. Escuché a alguien decir mi nombre —en mi cabeza o en voz alta. La visión se hizo más fuerte, y no pude hacer nada para bloquearla cuando llegó a su plenitud.

Y entonces se apagó.

~*~

Unos dedos fríos estaban en mis sienes. Lentamente, abrí los ojos y me encontré mirando el rostro de Tremayne. Él me miraba. De espaldas, estaba en su regazo. La rubia no podía estar más descontenta por esta nueva situación, y yo no podía estar más incómoda de tenerlo tan cerca. Por supuesto, usó su mente para hacerme volver.

—Dime qué más viste—, dijo con una voz muy grave, retumbó en su pecho.

—Eran destellos de escenas—, dije. —No les encuentro ningún sentido.

—¡Dime!—. Su orden me asombró.

Mis ojos fueron a la rubia y de vuelta al rostro de Tremayne. —Vi la mano de una mujer con sangre que goteaba por su brazo. Vi algo como una pared de acero inoxidable, tal vez con cajones y puertas. Sangre, vi—¿vi un tornillo? No. Muchos tornillos—. Me giré hacia Erik. —Te golpeaba un tornillo.

—¿Tornillo?—. Al comienzo, pareció asombrado, luego una sonrisa partió en dos el rostro de Erik y rio. —Tu clarividente es entretenida, te concedo eso.

—Te vi derribado—. Miré a Erik fijamente.

—Tal vez deberíamos posponer lo de esta noche—, sugirió Tremayne.

—No seas tonto—, Erik hizo una mueca.

Me llevé las manos a las sienes, mis ojos estaban cerrados. —Toby. En algún lugar oscuro—. Dije con tono de advertencia. *¿Dónde carajos está Toby?* —Oh... ahora lo veo. Él los mató. A Letitia y los otros—, dije calmadamente. Tal vez mis sensibilidades se habían adormecido un poco. Abrí los ojos y miré a Tremayne.

Mirándome fijamente, los ojos azul oscuro de Tremayne revolotearon por el interior de nuestro lujoso transporte. De un momento a otro, dejó salir un gruñido grave desde su garganta. Con los ojos cerrados, se quedó absolutamente inmóvil por largos segundos. El corazón me latía con pavor cuando vi su rostro pasar por una transformación aterradora. Su boca se abrió en un terrible gruñido, y vi salir los enormes colmillos. Sus ojos se abrieron, ya no eran color del mar sino rojo sangre. Estaba mirando directamente los fuegos del infierno. Estos terribles colmillos apuntaron hacia mí. No me podía mover. No podía hacer más que aceptar mi destino en las manos de este vampiro amo.

Luego, como si fuera un papel volando al capricho del viento, salí volando. Un segundo estaba en el regazo de Tremayne, a punto de ser una comida de sangre, y al siguiente estaba en el regazo de Dante. Había pasado de un regazo a otro. Me enderecé rápidamente en el asiento al lado de Dante. No tuve tiempo de gritar cuando vi lo que pasaba frente a nosotros.

El grito de una mujer del otro lado de la limosina llamó mi atención, y vi a

Tremayne agarrando a su acompañante como si fuera una muñeca de trapo. Los colmillos estaban profundamente enterrados en su cuello, pasó de chillidos sorprendidos a un sonido más profundo en la parte de atrás de su garganta; su cuerpo se arqueaba y retorcía indefenso bajo su posesión. Luego lanzó un largo y débil suspiro. Tremayne arrojó su cabeza hacia atrás y rugió como un león, con los dientes manchados de sangre que chorreaba en hilos por su boca. Luego, todas las partes expuestas de su carne brillaron como un bombillo por unos segundos y salió. Me sacudí cuando lo entendí.

—Oh, caramba. Debimos haber traído un par extra de putas. Parece que tu sed de sangre se te ha ido al pito, hermano.

Tremayne soltó a la muchacha, que estaba inerte en su regazo. Sabía que estaba muerta —no solamente porque no se movía, sino porque ya había presenciado la escena que acaba de enfrentar.

Tremayne se limpió los labios sangrientos con el dorso de la mano, y parecía absolutamente mortificado por lo que acababa de hacer. La sangre manchaba su cuello blanco, y todo lo demás.

—Dante, llama——, Tremayne no logró decir las palabras lo suficientemente rápido.

—Ya estoy en eso—. Dante tenía el celular en la mano y habló con cuidado, pero rápido. A mí me sonó como una llamada de emergencia.

—Ya vienen—, informó doblando su celular, que luego devolvió a su bolsillo.

—¡Mierda!—, lanzó Tremayne.

—¿Qué te pasó?—, preguntó Erik, perplejo. —No te había visto tan fuera de control desde que Mussolini declaró el totalitarismo en Italia. Te saliste de control entonces, bebías en exceso. Dime, ¿estás desbocado otra vez?.

—¡No!—, Tremayne resopló, sin dejar de mirar a la mujer que tenía en brazos. —No, no quise hacer esto—. Tenía lágrimas en los ojos. Sus lágrimas estaban teñidas de rosado. No tenía idea de que los vampiros lloraran. Sobre todo, Tremayne.

Erik levantó la muñeca de la mujer. Oscuros hilos de sangre se deslizaron por su brazo. Se volteó a mirarme. —Esto estaba en tu visión—, me dijo, y dos dedos en la muñeca ensangrentada esperaban sentir pulso. Hizo un sonido despreocupado y se encogió de hombros. —Ha fallecido, me temo—. Dejó caer el brazo de la mujer, le lamió la sangre de los dedos casualmente, como si fuera solamente salsa de espagueti. Hizo un sonido rápido. —No está mal. AB positivo.

Como si recién saliera del impacto, la mujer a su lado empezó a gritar muy fuerte. Tan fuerte que casi me rompe el tímpano y tuve que cubrirme.

Erik puso cara de exasperación. —Oh, ¡vas a PARAR!.

La mujer se detuvo y se hundió de nuevo en el asiento, con los ojos cerrados como si estuviera durmiendo. La habían puesto en un fuerte estado de sedación.

—De verdad, detesto cuando se hacen pedazos—. Me miró. —Tu clarividente no parece estar muy afectada por todo esto.

—Lo he visto antes—. *Y casi estuve en ese lugar.* —No hay nada que pueda hacer, y gritar y hacerse pedazos no cambiará nada.

—Una joven muy brillante. Hermano, ¡debes darme a tu clarividente! Le tengo ganas.

—Ni se te ocurra—, dijo Tremayne en un susurro salvaje, y sacó a la mujer inerte de su regazo al espacio vacío entre él y su hermano. Se dejó caer, se llevó un pañuelo manchado de sangre a los ojos. Nuestras miradas se encontraron. Sabía que hubiera sido yo si no me hubiera sacado de ahí con su rapidez de vampiro. Trató de transmitirme eso con una mirada lastimera mientras abría su celular, al que ladró:

—¡Bajen al garaje y busquen a Toby! ¡Así es! Está ascendiendo. Me llamas si lo encuentran—. Debo haberle dicho dónde encontrar a Toby durante mi visión. No podía recordarlo.

La limosina se detuvo. Nadie se movió. Al siguiente momento, la puerta se abrió y un hombre de traje oscuro entró e hizo una pausa. Se dobló, miró al interior. Una nube con una embriagadora mezcla de humo y algo que no pude identificar, entró con él.

—¿Erik? Diablos. No sabía que estabas en la ciudad—, dijo el extraño, y se movió a un pequeño asiento al lado de la puerta.

—Es extraño, es exactamente lo que mi segunda esposa me dijo, justo antes de convertirla—, Erik arrastró las palabras, con un giro de la muñeca.

Dos personas más metieron la cabeza por la puerta, y ya había mucha gente. Tenían uniformes del Equipo Sanguíneo. Los duendes —hombre y mujer— se arrodillaron al lado de la muerta. La duende le puso un estetoscopio a su pecho y el hombre trató de el pulso en la muñeca, como había hecho Erik.

La duende miró al otro duende, y sacudió la cabeza. —Se ha ido.

Fueron a revisar a la afroamericana.

—Ella está bien, solamente desmayada—, dijo Erik defensivamente. Pero de todas maneras la revisaron. Intercambiaron miradas y con un movimiento de cabeza indicó que era como Erik había dicho.

—Denme unos minutos con ellos por favor—, dijo el hombre del traje. Se fueron y cerraron la puerta.

—¿Quién hizo esto?—, preguntó. Había sacado un bolígrafo y un cuaderno.

—Yo—, contestó Tremayne agotado, levantando la mano en señal de culpa.

—Esto te costará, lo sabes—, dijo el hombre.

Luego me di cuenta de que era el hombre de la noche en que Nicolas me había llevado al cementerio. Trataba de recordar su nombre cuando Erik dijo:

—Vete a la mierda, Crimmins.

Crimmins se rio roncamente. —Conoces las leyes tan bien como tu hermano, Erik—. Entornó los ojos para observar a Tremayne. —¿Quieres contarme qué ocurrió? ¿O deberé arrastrarte de culo a la estación?.

—He estado bajo mucha presión últimamente. Mataron a mi compañera de toda la vida, y acabo de enterarme de quién es el asesino.

—Y por supuesto me llamaste de inmediato para darme cuenta—, dijo Crimmins, el sarcasmo salía fácilmente de sus labios.

—De nuevo, vete a la mierda, Crimmins—, dijo Erik educadamente con su acento británico.

Crimmins volvió su gran cabeza hacia Erik. En realidad, no sabía qué estaba ocurriendo, este parloteo era muy extraño. Crimmins actuaba como policía o detective. Sabía que no era un policía humano normal, pero ¿por qué Erik y Tremayne actuaban como si el hombre tuviera ventaja, como si pudiera encerrar a uno, o a los dos, como a un humano normal? ¿Dos poderosos vampiros no podían someter a este hombre?

—Es un demonio de Ba'al—, me dijo Dante en voz baja al oído. —No pueden ser sometidos y su sangre es absolutamente letal para los vampiros.

Se me abrieron los ojos el oír eso. Miré a Crimmins. Parecía humano. Posiblemente usaba un disfraz inteligente, y por debajo era verde y comía roedores grandes.

—¿Quién la mató?—, preguntó Crimmins, y me sacó de mis pensamientos. —¿O también me vas a guardar el secreto?.

Tremayne dejó salir un suspiro exasperado. —Toby Hunt—, dijo cansadamente. Me puse al tanto con la conversación que tenía delante.

—¿El vástago de Nicolas?—, se burló.

—Sí.

—¿Cómo?—. La boca de Crimmins se torció en un gruñido. —¿Cómo pudo acercarse y matar a Letitia? Ella lo hubiera visto, ¿no es así?.

—La golpeó con un tornillo, de alguna manera llegó a su balcón y esperó que saliera. Todavía no sé cómo—.

—Una cuerda—, solté. Los ojos de todos se volvieron hacia mí. —Las cuerdas de los andamios. Lo vi en el balcón de Nicolas. Toby reconoció que sabía de eso. ¡No puedo creer que no recordara eso! Y vi la visión de Toby en ese apartamento. ¿Recuerdas?—. Miré directamente a Tremayne.

—Sí, recuerdo que dijiste algo, pero nunca mencionaste a Toby.

—L-Lo siento. No creí que importante en ese momento.

Tremayne levantó una mano. —No te preocupes por eso.

Crimmins me miró. Vi que sus ojos tenían un destello de reconocimiento. —Usted es Strong, ¿no es así?.

—Débil como un gatito—, dije. Bien, mi bromita no tuve efecto en este sombrío grupo. Me lanzaron una mirada de humor seco. Dante tampoco sonreía. Ligeramente cabizbaja, dije:

—Sí, soy Sabrina Strong—, respondí correctamente.

—¿Cómo sabe esto?—, preguntó Crimmins, su voz paciente y sincera, y detecté un ligero resuello cuando respiró, casi como si tuviera asma.

—Es clarividente—, respondió Tremayne bruscamente.

Crimmins asintió, y empezó a garabatear algo en su cuaderno. —Bien, ¿dice que lo vio usar una cuerda de andamio?.

—No exactamente. Estaba en el apartamento de Nicolas una mañana —eh— tomando desayuno. Había una cuerda enrollada. Toby dijo que los trabajadores no habían terminado con una de las ventanas, o algo así. No había pensado en eso desde entonces. Pero creo que tuvo que usar la cuerda para llegar al balcón de Letitia. En otras palabras, tuvo una manera de subir—. Mi mente clarividente mostró una visión mientras hablábamos al respecto.

—Está cinco pisos encima del apartamento de Nicolas—, observó Tremayne.

Crimmins se volvió hacia Tremayne. —Pero ¿cómo se hizo de esta cuerda para llegar al penthouse?.

—Ató una cuerda más pequeña, o más delgada, en un extremo, y usó una ballesta para lanzar el otro extremo al balcón de Letitia —que está justo encima del suyo—, dije, mirando a Tremayne. —Cuando la visitó esa vez, usó esa visita como excusa solamente para llegar al balcón y dejar todo dispuesto. Jalar esa cuerda y colgarla para dejarla en su lugar para dispararle.

—Ah, sí—, asintió. —Ya veo cómo funcionó—. Crimmins se alejó de mí. —¿Quién encontró a Letitia?.

—Yo—, Tremayne intervino en la historia desde ahí, y se alejó de lo que yo hubiera dicho —y probablemente se le complicó todo.

Cuando terminó, Crimmins preguntó:

—¿Por qué el señor Hunt estuvo matando vampiros?.

—Se bebía su sangre—, terció Tremayne.

Crimmins hizo un sonido de interés. —Bien. ¿Dónde está ese imbécil?.

—Está ascendiendo en este momento—, informó Tremayne y resolló. —¡Debo averiguar dónde está!—

Erik rio. —No creo haberme divertido tanto en un viaje a Chicago desde que Al Capone andaba disparándole a todo el mundo. Hermano, no me contaste nada de esto, solamente que alguien había matado a Letitia—. Sopló entre dientes y le agitó un dedo. —No es bueno que me mantengas al margen. Eso me molesta.

—¡Estás molesto!—, resopló Tremayne y le lanzó una mirada fulminante, y luego miró a la ventana.

—Toby no asciende solamente por dos noches de beber sangre de vampiro —. Crimmins se movió en su asiento al lado de la puerta.

—Tres—, corrigió Tremayne. —Sospechamos que también ha estado recolectando.

—Estaba ese tercer vampiro que encontró en el cementerio—, dije. —Había un tornillo, parecido al que usaron para matar a Letitia, puedo apostar.

—Cierto—, dijo Tremayne. —Había olvidado eso totalmente. Ni siquiera pensé que tenían relación.

—Su intención era que así fuera—, dijo Dante, mirándome. Asentí.

—Después, ¿desapareció unos días?—, quiso saber Crimmins.

—Sí—, dijo Tremayne con un fuerte suspiro. —Nicolas había tenido la impresión de que estaba en la escuela —algo relacionado— pero no lo pudo contactar por teléfono, ni convocarlo. Luego dijo que ya no lo podía sentir, que habían perdido la conexión.

—¿Dónde está Nicolas? Este es su vástago. ¿Por qué no está aquí?—, preguntó Crimmins.

—Lo envié a hacer un encargo. Debe volver mañana en la noche—, refirió Tremayne.

Crimmins se inclinó hacia adelante. —Aún no me has explicado por qué desangraste a esta mujer. ¿Cómo se llama? Lo necesito para mi informe—. Alistó su bolígrafo.

—Ashley Pierce—, dijo Tremayne. A pedido de Crimmins, Tremayne le dio su dirección, que anotó.

—Ahora, quiero saber qué sucedió aquí—. Crimmins interrogar a Tremayne ahí delante de nosotros.

—Tuve una visión—, dije abruptamente, interrumpiendo lo que fuera que Tremayne estaba a punto de decir. —Tiendo a caer en fuertes trances cuando eso ocurre. No salgo a menos que un vampiro me haga salir con su toque mental. Tuve una visión sobre Toby; que estaba ascendiendo. Creo que puede haberlo presionado demasiado—. Asentí hacia Tremayne, y me encontré con su mirada.

Estaba inexpresivo. Sabía que habría admitido que mi sangre lo atraía, y no estaba segura de cómo iba a resultar esto, pues en realidad no sabía cuánto poder

tenía Crimmins sobre Tremayne —o cualquier vampiro.

—¿Qué ocurrió después?—, preguntó Crimmins, que anotaba todo lo que decíamos. Yo estaba más cerca de él, y vi que no estaba escribiendo en realidad. En verdad, anotaba mayormente garabatos. Pensé que se parecía mucho a una lengua muerta. No se parecía a nada que hubiera visto antes.

—Debía ir con mi donante, pues Sabrina no es mi donante—. El tono de Tremayne se había vuelto fría. Ojalá Crimmins no verificara eso, porque ya estaba en los registros que yo era donante exclusiva de Tremayne.

—Bien, ¿qué te hizo llegar a matarla como la has matado?.

—No lo sé. Rabia. No sé—, respondió Tremayne.

Crimmins se volvió a sentar y sacó un celular. —Ustedes los mayores tienden a quedarse rezagados de vez en cuando. Realmente odio esta parte de mi trabajo—. Parecía luchar con una decisión mientras esperaba que alguien contestara al otro lado. —¿Douglas?.

Lo tenía en altavoz —no sabía por qué, pero podíamos oír todo lo que decían.

—¿Qué tienes?—, llegó la imprecisa respuesta.

—Tenemos una porquería de cadáver.

Hubo una larga pausa. —¿Quién?.

—No lo creerás. O tal vez sí.

—No me dejes en ascuas, jefe—, dijo la voz, que parecía apenas resentido.

—Tremayne.

—¿En serio?—. La voz del otro lado sonó sorprendida. —¿Lo interrogamos? ¿O nos encargamos discretamente?.

Crimmins miró a Tremayne. —No ha tenido problemas en más de 50 años. Digo que lo hagamos de la manera fácil.

—A los Observadores no les va a gustar.

—Lo sé. Una multa, confinamiento y juicio. Eso los tendrá contentos—. Sonrió a Tremayne que tenía una expresión entre disgusto y desprecio por el detective demonio. —Creo que le gustará eso más que enfrentar a Valiente esta noche y pasar a confinamiento. Encontraremos un lugar privado agradable, acogedor lejos de la demás escoria de ahí—. Crimmins dijo esto con una voz que rezumaba sarcasmo.

—Bien, usted es el jeje—, dijo la persona en el otro lado.

Crimmins cerró el celular y lo metió en el bolsillo de su abrigo. —Bien. Te voy a dejar ir. Tu registro ha estado bastante limpio en los últimos 50 o 60 años. Cincuenta grandes es tu multa. Te doy 24 horas para que ordenes tus asuntos y luego te quedas confinado hasta tu audiencia.

—Mierda—, dijo Tremayne. Deslizó su mirada a Dante.

—Estoy en eso—, dijo Dante, y volvió a sacar su teléfono. Parecía que Tremayne debía pagar una multa por matar a la chica. Entendí que era como una fianza para no enviarlo a la celda de la cárcel, donde quiera que eso estuviera. Y debía quedar confinado. Dónde, eso no lo sabía, pero posiblemente era mejor que la celda para vampiros.

Mientras Dante llamaba para disponer que enviaran el dinero —en efectivo, Crimmins me entregó su tarjeta y me dijo que lo llamara —para cualquier cosa —, y salió de la limosina. El Equipo Sanguíneo regresó, esta vez para llevarse el cadáver. No sé con qué discreción lo harían sin llamar la atención de la policía real, pero aparentemente el auto de Crimmins con esa barra de luz azul parecía suficientemente oficial. Tal vez los vampiros y demonios *de verdad* manejaban el mundo. Pensé en eso, pero en realidad no quería saber más.

Ashley, la chica muerta, estaba cubierta con una sábana azul, y la sacaron en una camilla a una ambulancia que esperaba —parecía una ambulancia común y corriente. No sabía qué le ocurriría después.

—Parece que se cancela el concierto—, la voz de Erik estaba cargada de sarcasmo. —Muy mal—. Miró a su acompañante, que seguía inmóvil a su lado. —Estaba tan ansioso—. Dejó salir un pequeño suspiro. —Bien. No voy a permitir que la noche sea una pérdida total. Tenemos que cenar, y alteraré la memoria de esta mujer, que piense que fue a un concierto grandioso —tampoco es que hubiera disfrutado de Beethoven, supongo—. Se encogió de hombros mirando a la mujer. —Luego la llevará a mi habitación, hare lo mío con ella y la dejaré ir.

Tremayne lo miró fríamente, con el celular en la mano.

—Oye, solamente trato de salvar la noche—. Se volteó hacia mí y Dante. —Parece que tienen hambre. Estoy seguro de que cenar antes de que se metan al sobre sería lo mejor para cerrar la noche.

Tremayne dejó salir un gruñido de protesta.

Con los ojos entrecerrados, Erik dirigió una mirada de sospecha a su hermano. —¿No me vas a decir la verdad, hermano?.

—Seguramente la sabes—, respire Tremayne.

Alarmada, me aferré a la mano de Dante y contuve el aliento.

—Me siento muy atraído a la sangre de Sabrina—, dijo Tremayne con un fuerte suspiro.

—¿De verdad?—. La mirada plateada de Erik se detuvo en mí, y luego volvió a su hermano. —¡Con razón te lanzaste como alguien que tenía las bolas agarradas!—, ladró riéndose.

—No puedo estar cerca de ella.

—¿O le harías exactamente lo mismo que le hiciste a esa pobre chica?.

Asintió.

La mirada de Erik pasó a mí y luego de nuevo a Tremayne. —Quiero saberlo todo. Dale la vuelta al auto. Nuestras reservaciones para cenar están intactas.

—¿Qué es un demonio Ba'al?—, interrumpí.

—Un tipo al que debes decapitar para matar. Su sangre es venenosa y quema. Pero es a su mordida lo que tememos. Es muy venenosa para nosotros, parecida al envenenamiento con plata. Morimos lentamente, nos come de adentro hacia afuera—. La sonrisa de Erik se había vuelto escalofriante. —Es por eso que detestamos a ese maldito hijo de puta.

El auto se alejó de la acera. El estómago me dio una vuelta cuando dio media vuelta, y con el impulso terminé apoyada en Dante.

Ahora podía entender por qué le tenían tan miedo a Crimmins —dejando a un lado los reproches arrogantes— pues no tenían poder sobre él, y Crimmins lo sabía. Tenía autoridad cuando los vampiros se sobrepasaban —independientemente de lo que conllevaba. Obviamente, eso incluía matar humanos. También parecía haber una jerarquía, pues había mencionado a los Observadores.

—Están colocados en zonas donde está la mayor población de vampiros, sobre todo en ciudades donde reside un vampiro magnate—como yo, o mi hermano acá. Básicamente nos vigilan para que acatemos nuestras leyes.

—¿Dijo algo de Observadores?—, presioné. Era la primera oportunidad que tenía para obtener respuestas a algunas preguntas que tenía desde hacía días— y otras nuevas que habían surgido.

—¿Los Observadores? Ellos nos engendraron—, dijo Erik riendo.

—Entonces, ¿son vampiros?—, lancé.

Todos rieron. —No—, dijo Tremayne, que parecía algo incómodo, incapaz de devolverme la mirada.

—Déjame tratar de explicar—, dijo Erik. —Los Observadores son ángeles caídos que tomaron humanas y... bueno, somos su descendencia.

—¿Qué?—. Lo miré con dudas.

—Eso no es exactamente correcto—, Dante habló. —Y por varios miles de años, en verdad, antes de la Gran Inundación. *Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llevaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos*—, Génesis 6.4. Los Ángeles Caídos vinieron a la tierra y se unieron con humanas que tuvieron sus hijos. ¿Te preguntarás qué les ocurrió a sus descendientes?—. Estiró las manos hacia los dos vampiros. —Estos de acá nacieron en el primer siglo.

—¿Nacieron vampiros?—, adiviné, sorprendida.

—No. Ambos tuvieron una muerte violenta y se volvieron vampiros después—, explicó Dante.

—¿Y así fue como empezaron los vampiros?.

—Es como todo terminó. Y ahora ya sabes cómo se hacen los nuevos—, dijo Dante. Asentí.

—¿Terminaste?—, interrumpió Erik, y se volvió hacia mí. —Debes decirme qué está ocurriendo con el vástago de Nicolas, Toby. ¿Matar vampiros y beber su sangre? Está jodiéndose él solo. Me gustaría tomarlo por las pelotas, arrancárselas y comérmelas.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El recorrido de vuelta al estacionamiento subterráneo de las Torres Tremayne probablemente estaba a unas cuantas cuadras, pero fue eterno por el tráfico. Tuve suficiente tiempo para contarle todo a Erik —desde el punto en que aparecí en la historia hasta esa noche. Tremayne lo confirmó todo, cuando dejó de hablar con Valiente por teléfono.

La limosina nos dejó cerca de los elevadores. Erik fue el último en salir con su acompañante, a quien habían revivido y dicho que se quedó dormida en el concierto, pero que no se había perdido de mucho, y que Ashley tuvo una emergencia inesperada cuando preguntó por qué no estaba. Me pregunté qué tan cercanas eran ellas, y cuándo le contarían la verdad, si es que le contaban la verdad. Parecía terriblemente confundida, pero bien descansada —que era más de lo que yo podía decir. Después de casi quedar seca gracias a Tremayne, por segunda vez en dos noches, me di cuenta de que necesitaba unas largas vacaciones, lejos de vampiros, hombres lobo y todos los merodeadores nocturnos. También debía averiguar si realmente quería volver a este trabajo. En verdad, no quería pasar otra noche ahí. Pero ahí estaba, codo a codo con uno que cambiaba de aspecto, rodeada con dos de los más poderosos vampiros de Estados Unidos.

Cuando subimos en el elevador, Erik tuvo una breve conversación con su esposa, Ilona, en el celular. Le dijo que íbamos a cenar y que tenía mucho que contarle cuando regresara a casa, y colgó. Por mi cercanía con él, lo rocé *accidentalmente*, y tuve una lectura, y supe que era definitivamente la mujer que estaba con Nicolas en mi visión. Esto me dejó nerviosa, pero no supe por qué. Había una conexión, pero no la veía.

Llegamos a tiempo a la reserva de la cena. Dante y yo caminamos detrás de todos, siguiendo a la misma anfitriona, a la habitación privada de Tremayne.

Antes de que nos sentáramos, Tremayne salió repentinamente como si le hubieran prendido fuego, con el teléfono en la oreja. —Quédense con Sabrina—, lanzó sobre el hombre a Erik y Dante.

Algo andaba mal. Algo andaba *muy* mal, y me sentía muy cansada como para entenderlo. *¿Habrían encontrado a Toby?*

—Necesito ir al baño—, me paré y anuncié. Sobre todo, necesitaba salir y alejarme de todos los que hablaban por teléfono —Dante incluido. Decía muchos —sí— y —bien— por teléfono.

Erik y Dante se alzaron con un gesto de caballeros cuando me levanté.

Dante colgó su teléfono. —Espera, te llevo.

Me dirigió fuera de la habitación privada de Tremayne al lujoso baño (de nuevo, grifos de oro y lavabos de granito negro). Me tomé mi tiempo. Esperé que algunas mujeres terminaran, y me lavé el rostro. Me sequé con una toalla y me miré al espejo. Yo no era yo con esta ropa, peinada así. Esto había sido de Letitia —todo lo que tenía puesto era de ella, desde los zapatos al collar. Pregunté por qué Tremayne me había dado ese collar. Había decidido devolvérselo. Todo.

Algo más me estaba molestando. Tenía que ver con Ilona, pero también con Toby. En mi visión anterior, había visto a Toby ascendiendo —del maletero del auto de alguien en el garaje. Era algo que había olvidado. Posiblemente lo había borrado durante mi visión, y por eso era que Tremayne había gritado por teléfono que alguien fuera al garaje. Ojalá Tremayne se hubiera dirigido ahí cuando nos dejó.

Salí del baño algo desorientada. No era que no pudiera encontrar cómo regresar a la mesa, sino que un repentino sentimiento incómodo me inundaba. Mi cerebro me mandaba una señal de advertencia. Estaba muy consciente de mi cuerpo; sentía la piel se sentía hormigueante, los vellos de mis brazos estaban erizados, el corazón latía muy rápido, como si *supiera* que el peligro estaba cerca, y quería correr a un lugar seguro.

Me detuve a medio camino y recorrí el restaurante con la mirada.

Algo —un sonido, un movimiento, o las dos cosas— me llevó a mirar hacia la entrada. Un rubio delgado con un largo guardapolvo negro avanzaba a grandes pasos hacia mí; su rostro era una máscara dura de líneas ásperas mientras se movía en ese modo etéreo de los vampiros. Al comienzo, no lo reconocí, pero luego mi sangre se paralizó.

Toby.

Se volvió hacia mí, se agachó y sacó algo oscuro y mortal de su costado y lo dirigió hacia mí. Cuando escuché ese sonido de trinquete que solamente puede hacer una pistola, instintivamente me lancé al suelo y rodé a una mesa desocupada para cubrirme. Un segundo después, el estallido de un cañón llenó mis oídos. Los gritos llenaron la habitación. Las mesas se volcaron. Vajilla, vasos y cubiertos se estrellaron contra el suelo cuando una estampida se agolpó en la salida. El personal entró, y regresaron a la cocina para cubrirse. Traté de levantarme, pero el vestido era voluminoso y pesado, y me dejaba poco espacio para maniobrar. Deseé poder quitármelo, pero no tenía casi nada debajo. Logré rodar a otra mesa que estaba derribada, y rogué que no me hubiera visto dónde estaba —esperé que tal vez en el caos y la oscuridad no me vería. Pero no fue así.

La siguiente explosión le dio a la mesa detrás de la que me ocultaba, le sacó un buen trozo, y hasta la hizo saltar del suelo unos centímetros. Trozos de la mesa me cayeron encima. Ahogué un grito, me quedé quieta. Estaba segura de que Erik y Dante tenían que haber oído el ruido. Es más, Dante me habría leído la mente y sabría qué pasaba. El disparo no heriría a Erik —mucho— pero sí a Dante. Tal vez estaban maniobrando para derribarlo.

Era la única persona que quedaba en la zona principal del comedor. Todos los demás habían corrido gritando. Los únicos que quedarían serían Erik, Dante y la acompañante de Erik (y si era inteligente, ya habría terminado con esa lunática gritona —debía suponer que sí porque no oía nada).

—¡Sabrina! ¡No te muevas!—. Me sorprendió oír la voz de Erik.

Absorbiendo el olor picante de la pólvora, miré al final de la mesa. La voz había hecho dar vueltas a Toby y disparar. Al mismo momento, vi que algo negro volaba; cola, garras y dientes como un monstruo negro, se dirigía a mí. Un disparo rompía el aire, y me rompió el corazón en dos cuando vi caer al jaguar.

—¡Dante!—, grité, y quise saltar y contener a Toby, pero sabía que no tenía oportunidad. Aunque era humano y no estuviera en posesión de un arma de fuego, seguía siendo más alto y más fuerte que yo. Además, el vestido era como un lastre de 50 kilos alrededor de mis piernas. No me podía mover. Vi un cuchillo de carne en el suelo, lo tomé y empecé a aserrar el material.

La espalda de Toby estaba frente a mí; vi una ballesta tirada. Oh, vaya, era de múltiples disparos.

—Toby—, Erik advirtió, desde algún lado de la habitación.

—¡Déjate ver!—, gruñó Toby.

La risita nerviosa le dio a Toby una excusa para disparar otra ronda. Erik estaba llamando su atención para que me dejara. No había manera en que pudiera saber que Toby estaba armado con un arco de múltiples tiros.

Corté el vestido a la altura de la rodilla, y ya libre me moví para pararme sobre mis pies descalzos —estaba sin zapatos desde hacía rato, no me di cuenta cuándo me los había sacado.

—¡Déjate ver!—

—Mi muchacho, ¿por qué tienes tanta prisa de matarnos? ¿Quién te metió en esto? Cuéntame, y te juro que no te arrancaré la cabeza.

—¡Vete a la mierda, viejo!.

A unos cinco metros, Dante, ya en forma humana, yacía desnudo y sangrando en el suelo. El corazón se me sacudió al verlo, pero mi ojo interno me dijo que iba a estar bien. Tuve que contener un sollozo y relegar mis emociones a una manera utilizable. Como rabia.

Erik apareció borroso en una zona abierta.

Toby sacó la ballesta de sus hombros, y la cambió por la pistola. Disparó varios tornillos, como ametralladora, por la habitación, tratando de darle a un blanco que se movía muy rápido.

Me di cuenta de que tenía una abertura y deseé moverme los más rápido que me hubiera movido en mi vida y fui hacia la cocina.

Antes de entrar, miré detrás de mí. Lo último que vi fue a Erik recibir un tornillo en el pecho y caer de espaldas.

El brazo de Toby se levantó, apuntó y otro tornillo disparado desde debajo de la manga del abrigo. Eric cayó.

La adrenalina me inundó cuando entré a la cocina por las puertas batientes. Toby *me* perseguía ahora. No había otro humano ni sobrenatural en el lugar para detenerlo. Éramos solamente él y yo.

Entré a la cocina desierta, hecha en gran parte de acero inoxidable. El olor de comida cocida llenaba el aire. Sabía dónde estaba la puerta de salida y fui hacia allá.

Con el corazón a punto de estallar, corrí a través de la cocina como un caballo de carrera, mis pies golpeaban el suelo de azulejos hasta que pisé algo resbaloso y los pies se me deslizaron. La caída fue dura, me golpeé un codo que quedó adormecido, y mi cadera llevó la peor parte de la caída. El dolor me atravesó como un cuchillo.

Toby entró por la doble puerta.

Me arrastré por el frío y sucio suelo, las lágrimas me caían por las mejillas. Los latidos del corazón me golpeaban los oídos cuando me arrastré por la porquería. La comida aplastada me ayudó a deslizarme. Mis manos enguantadas golpeaban el frío suelo y se pusieron mugrientos. Mucho para Dior y guantes a juego.

—Mmmm—, Toby sonrió juguetonamente. —He estado tan ocupado matando que olvidé comer hoy. Ahora, tengo *mucha* hambre y huelo humano caliente —y es una mujer—. Dejó pasar una pausa para generar efecto. —No es exactamente lo que buscaba, pero bastará.

Oh, mierda.

Busqué algo, cualquier cosa que pudiera usar contra él. Estaba rodeada de todos los utensilios de cocina imaginables. Espié lo que había. Varias hornillas seguían encendidas, flamas azules ardían como miniinfiernos. No me servían de mucho, a menos que Toby cayera encima.

—Te haces la difícil, eso está bien—, dijo. —¿Qué posibilidades hay de encontrarte viva? ¿Mmmm? Ninguna.

—Antes de matarme, ¿por qué no admites que tú e Ilona han hecho planes para tomar la Asociación Norteamericana de Vampiros?.

Dejó salir un sonido indignado. —¿Cómo diablos sabes eso?—. Parecía molesto.

—Soy clarividente de contacto—, dije. —Nicolas también está involucrado de alguna manera.

Rio. —Lo que digas, perra—. Se movió por la cocina, buscándome. Me tiré sobre mi vientre. Logré deslizarme al extremo de la cocina; llegar lo más lejos posible era la mejor y única idea por el momento. Un banco de puertas de acero inoxidable cubría la pared. Todo estaba en mi visión.

—¿Ella te buscó? ¿Te pidió que mataras a su esposo y ella te daría tu propia área?—, me burlé valientemente.

Se rio. —Oh, si supieras hasta dónde llegan las cosas. Pero no soy tan estúpido como para contarte. No te *malograría* la sorpresa. Si no lo has adivinado usando tu *don*, ¿entonces por qué te lo haría fácil?.

—Y luego buscaste a Letitia, con la excusa de tener que hablar sobre convertirte. En cambio, saliste al balcón y mientras ella estaba ocupada con sus donantes, lograste llevar la cuerda del balcón de Nicolas para que pudieras usarla para entrar y matarla después.

No dijo nada. Sabía que mis suposiciones eran correctas.

—¿Nicolas sabe lo que has tramado? ¿Está en tus planes?.

Lanzó una risa burlona.

—¿Y cómo entran Steve y Solange en tus planes? ¿Los convenciste de tratar de matarme?.

—No tengo idea de lo que dices. No me gustaría recibir crédito que no merezco—. Al menos esto respondía qué tan involucrada estaba. Tenía la sensación de que Ilona mantuvo a todos los jugadores sin conocerse entre ellos. Toby era un medio para ese fin. Yo era un peligro, y prescindible.

Divisé una cuchara de madera en el suelo, y la tomé. No era afilada. Busqué un cuchillo con la vista. No había ninguno al alcance. *Mierda, ¿y ahora?*

—Sé exactamente dónde estás—, presumió Toby. Luego se movió con esa rapidez de vampiro donde en un momento estaba a un lado de la larga cocina y al siguiente estaba sobre mí. Me jaló por los hombros, y me lanzó contra un gabinete. La respiración me salió a borbotones, no pude gritar adecuadamente.

Antes de poder respirar, me volvió a arrojar contra la puerta de acero inoxidable. Asombrada, lo miré a la cara. El rostro de Toby estaba convertido en una máscara malvada. Sus pupilas estaban juntas, solamente quedaba un fino anillo azul.

Las lágrimas me bajaban por las mejillas, mientras el vampiro me tomó. El aliento de Toby me lanzó un escalofrío mientras sujetaba mis hombros contra la pared.

—¿Cómo supiste que era yo?—, preguntó, y sacó la mano de uno de mis hombros y llevó un dedo para levantarme el mentón. Miraba mi cuello ansiosamente. —Tuve mucho cuidado.

—Sí, no dejaste la taza de café en mi casa—, dije, temblando por la subida de adrenalina, y por él.

—No. No le dejé—. Sonrió de ese modo torcido que alguna vez me pareció sexy. Ahora, era una sonrisa horrorosa con los colmillos.

—Sabía que ocultabas algo—, intentaba demorar los inevitable. —La cuerda en el balcón. La visita de Ilona a Nicolas. Todo se unió, pero era demasiado tarde—, admití, demasiado asustada para enjugarme las lágrimas de la cara. Dios, ¿cómo pudo hacer esto? Era un monstruo, se alimentaba de mi miedo, se elevaba a un punto más alto, esperando el momento perfecto para dar el golpe —ahora con *mi* sangre, no la de un vampiro.

—Sí, muy tarde. Y ahora estamos tú y yo—. Tomó mis hombros, y en un segundo me lanzó y me vi con la mejilla contra la fría puerta de acero inoxidable de uno de los refrigeradores. Presionó todo su cuerpo contra mí. Algo caliente y húmedo se deslizó por mi hombro y cuello, me tomó medio segundo darme cuenta de que era su lengua. —Oh-h-h. Eres absolutamente deliciosa. Deberé decirle a Ilona lo que se ha perdido—. Su mano fue por debajo de mi vestido y me apretó una nalga. Lancé un grito.

—Mmmm, será como en los viejos tiempos. Solamente que ahora soy yo el que se divierte—. Rio y su lengua se deslizó por mi cuello y me apretó más fuerte contra la puerta, lo suficientemente fuerte para que doliera el pómulo, mis brazos quedaron aplastados contra la puerta, así que no podía usarlos. Además, era difícil respirar. Ni siquiera podía gritar.

Entonces, oí el sonido solitario del cierre de pantalones mientras me mantenía en mi lugar, y mi mundo se fue al retrete en ese momento —el final no llegaría lo suficientemente rápido para mí.

—Te voy a tirar y luego drenar, perra—, me dijo al oído. —Serás la primera. No serás las última.

Mi grito salió en forma de sollozo.

—Oh, eso no lo podemos tener. No—, susurró, con la mejilla contra mi cuello mientras me enviaba feromonas, y entonces llegó hormigueo de deseo cuando un vampiro toca la nota correcta. Me retorcí y sollocé, mis lágrimas lubricaban el acero inoxidable que mi cara presionaba. Vi cómo su posesión sobre mí me haría desearlo. Su mano estaba otra vez dentro de mi vestido, casi llegaba a mi ropa interior. De alguna manera, en el fondo de la mente me iba a volver loca. *¡Esto no puede estar sucediendo! Debo encontrar una manera...* Me iba a usar como si fuera una *cosa* inútil, y luego moriría.

Un sonido fuerte nos hizo saltar. Sabía que no era la pistola que había dejado en algún sitio. Era la puerta. Alguien había entrado. No era una suposición de mi parte sobre quién era. Lo *sabía*. Había un tañido conocido en el aire que anunciaba la cercanía de un vampiro. Mi corazón tembló con esperanza.

Las manos y el cuerpo de Toby me soltaron, y sin tenerlo detrás, las piernas se me soltaron y caí al piso. Logré subirme la ropa interior, y giré las piernas y me senté, ignorando el dolor. Me saqué el cabello de la cara e intenté ordenar mis pensamientos. Los nervios me saltaban, no podía pensar claramente. Debía *hacer* algo, pero solamente podía mirar a los dos vampiros enfrentarse.

Un gruñido salió de Tremayne, y luego pronunció alguna palabra.

—Oh, bueno, otro más que puedo borrar de mi lista de pendientes para matar—, dijo Toby, en tono trivial.

—¡Tú!—, rugió Tremayne. Su voz llenó la habitación. —¡Cobarde hijo de perra callejera!.

La cara de Tremayne era de piedra, con los colmillos afuera. La única emoción que había estaba en sus ojos. Estaban del mismo color de la habitación de acero, y la parte blanca estaba inyectada en sangre. No quería estar al otro lado de esa mirada. Pensé que Toby, un vampiro recién convertido, era muy descuidado. Eso o tenía algo bajo la manga —literalmente.

Tenía razón. Toby levantó la mano derecha y la apuntó a Tremayne, exactamente como había hecho con Erik.

—¡TORNILLO!—, grité.

Algo voló hacia Tremayne. En esa décima de segundo, la mano de Tremayne se alzó y atrapó el tornillo en el aire —no le dio en el pecho por centímetros— y lo partió en dos como si fuera una ramita en sus manos.

Enfurecido, Tremayne dio dos enormes zancadas y se esfumó. De repente, Toby salió volando a través de la habitación; se estrelló contra en centro de ensaladas. La ensalada voló por todas partes, y los platos se hicieron añicos contra el suelo de piedra. Antes de que Toby se diera cuenta de su situación, fue lanzado al otro lado de la habitación. Los utensilios se volvieron una cacofonía musical mientras Toby navegaba entre un arreglo de ollas y sartenes que colgaban sobre su cabeza, y otro montón de platos cayó como bombas al suelo. Me agaché y me incliné contra mi única protección de la mesa, mientras los trozos se hacían astillas y salían por todas partes. Me golpearon como picaduras de abejas.

Tremayne se volvió un remolino imparable, recogía a Toby y lo lanzaba por la cocina. Cada vez que lo hacía, gruñía una serie de cosas, solamente le entendía el nombre de Letitia una o dos veces.

Luego Tremayne alzó a Toby y lo lanzó a las hornillas. Las llamas

envolvieron a Toby. Su grito me atravesó y tuve que cerrar los ojos, y acallar esos sonidos con las manos sobre las orejas.

Después de un momento, no hubo más gritos. Tuve que mirar la carnicería. Quedé asombrada con lo que vi. Toby estaba de pie, se despojó de su abrigo en llamas y lo arrojó al suelo. El olor de tela, cabello y piel quemados inundaron la habitación. Mierda, qué difícil era matar vampiros, si para un vampiro amo era una tarea tan difícil. Tuve la sensación de que Tremayne quería causar a Toby tanto sufrimiento como podía por matar a Letitia.

Tomó a Toby por la camisa, le lanzó varios puñetazos a la cara que seguro le rompieron varios huesos. Algo voló hacia mí. Me agaché. Ese *algo* se estrelló sobre mi cabeza, se estrelló y cayó a mi lado. Miré abajo y vi que era la otra arma de Toby. Entendí cómo se encajaba en su brazo con las tiras de velcro. La tomé y la puse en mi antebrazo enguantado, y lo sujeté con las tiras. Encontré la cuchara de madera que había recogido un rato antes. Debía convertirlo en un tornillo, y rápido. Empujé la parte redonda entre dos unidades de pesado acero inoxidable y la rompí. El extremo era afilado como una aguja. Entró en la honda.

Salté cuando el cuerpo de Toby golpeó la pared a un metro de donde estaba agachada, y se deslizó a mi lado como un paquete. Pensé que había acabado. Luego, abrió los ojos. Llenos de fuego, me miraron, los labios de Toby se retorcieron en un rugido, sus colmillos quedaron expuestos. Tomé impulso. Apreté el gatillo. El tornillo le dio de lleno en el lado izquierdo del pecho, el extremo lo golpeó a dos centímetros de donde un brote rojo brillante de sangre pintaba su camisa de azul, y la dejó morada.

Dejé escapar un sonido de asombro, al darme cuenta de que *esa* era la camisa azul de mi visión de hacía unas noches.

Contuve el aliento al ver que la expresión de sorpresa de Toby se volvía de rabia y sus ojos se volcaron hacia mí. El sonido delgado y jadeante que dejó escapar dejó en claro que le había dado en los pulmones, no el corazón. *¡Maldita sea!*

Mis ojos se fueron a Tremayne que se alzó detrás de Toby. Luego Toby arremetió contra mí. Grité y me cubrí el rostro con los brazos cuando un destello de acero atravesó el aire y rebanó el cuello de Toby. La cabeza de Toby rodó por un camino sangriento por el suelo. Su torso decapitado se desplomó hacia mí. Empujé mis manos para alejarlo de mí. Con los ojos abiertos, aunque sin ver, la cabeza rodó unos metros y se detuvo contra una de las patas de la estación de trabajo. Los largos mechones de cabellos rubio platino se enroscaron como hilos de oro.

Tremayne se enderezó y me miró. —Yo no estuve aquí ¿entendido?.

—Claro.

Y se desvaneció. Mis oídos se reventaron por el desplazamiento de aire.

CAPÍTULO VEINTISÉiS

Algo frío me tocó el hombro y me sacudió.

—¿Sabrina? Oye—. La voz era suave, claramente masculina.

Abrí un ojo. Vi la cara de Leif. Creo que era él. Bien podía ser su hermano. Todavía tenía el cerebro atascado en la pesada niebla de un sueño exhausto.

—¿Qué sucede? ¿Qué está sucediendo?—, pregunté somnolienta, y vi el doble rostro y tuve que levantar la cabeza para enfocar con los dos ojos. En sillón de cuero marrón donde estaba tendida rechinó fastidiosamente. La estola de piel, que me había mantenido abrigada, se deslizó y cayó al suelo —e hizo un sonido seco. Leif —ya estaba segura— sostenía mis zapatos azules en una mano, y recogió lo que había caído con la estola. Miraba el arma con curiosidad.

—Me quedo con eso, gracias—, dije, y estiré la mano hacia él.

—Aquí tienes, pequeña asesina de vampiros—, dijo Leif, sonriendo —extrañamente, pensé. Agachado a mi lado, me entregó la honda.

—Espera, ¿cómo me dijiste?.

—Asesina de vampiros—, repitió. Detrás de él, Heath asintió vigorosamente.

—Nuestra heroína—, Heath sonrió con afectación.

—¿Quién? ¿Yo?.

—Sí, tonta—, dijo Leif, mientras me ayudaba a sentarme. Echó un vistazo a mi vestido mientras se acomodaba a mi lado. Su sonrisa se desvaneció. Se le formaron líneas entre las bien arqueadas cejas. —¿Es un nuevo estilo?—. Señaló mi vestido —lo que quedaba de mi vestido.

—Es una nueva moda, ahora los cortan, creo—. Heath se sentó a mi otro lado y señaló el dobladillo que había cortado apresuradamente con el cuchillo de carne. Bajaba por mis muslos, terminaba en una parte de material roto y ahora sucio —posiblemente sangriento. —Grunge, creo que así se llama.

—No—, dije. —Lo corté para poder correr de Toby.

—Ahhhh—, oí en coro. Ya no parecían confundidos.

—Y esta cosa horrorosa que tienes ahí—. Miró la honda. —Estoy seguro de que no va con el conjunto.

—No—. Enrollé firmemente la honda con la estola de piel. Seguía atada a mi brazo cuando me sacaron los miembros del Equipo Sanguíneo, junto con las demás bajas de la noche. Me había dado cuenta con horror, saber que esa había sido el arma que mató a Letitia, y al jefe Ivan Ivanho (que había estado perdido unos días y que la noche anterior habían encontrado en el congelador del

restaurante, después que me encontraron y lo que quedaba de Toby), y al vampiro solitario en el cementerio. Oh, sí. Había estado prestando atención. Toby había sido poco preciso, pero yo sabía leer entre líneas. Ilona lo había metido en esta oleada de muertes de convertirse en vampiro. Sabía que era una vampiro poderosa sin intentar leer a Toby con mucho esfuerzo. Después de recordar algo que dijo Tremayne—cómo los vástagos vienen y van— ahora sabía que Toby ya no era el vástago de Nicolas ese día que lo conocí. Todo fue una trampa.

Pero no mentía sobre algo. No tenía nada que ver con ese que cambiaba que había tratado de dispararme en el garaje, y que le dio a Heath por error. Eso lo hizo otra persona. Probablemente, Ilona. Temí que nunca lo sabría.

Pero no podía deshacerme de mi nueva arma. Todavía no. Y de alguna manera, dudaba que Tremayne la quisiera como recuerdo. Pero no quería que nadie supiera, y ahora temía que debía confiar en los gemelos para guardar el secreto.

—¿Me hacen un favor?—, dije, mirándolos con una mirada de súplica.

—¿Qué es, amorcito?—, preguntaron, con voz cordial.

—No importa qué ocurra, no le digan a nadie que tengo esto—. Levanté el arma oculta.

Los gemelos intercambiaron miradas.

—¿Por favor?—, agregué.

—Claro, amorcito. Lo que quieras—, dijo Leif. —Me encanta un poco de trampa.

—Después de todo, eres nuestra heroína. ¿Qué es un secretito entre amigos?—, dijo Heath con una amplia sonrisa.

—Gracias.

—Bueno, te vamos a sacar de acá, amorcito. Este lugar es para enfermos y heridos.

—Espera, explícame eso que dijiste, que soy una asesina de vampiros—, pedí, y me negué a moverme hasta que me dijera a qué se refería.

—Es que lo eres.

—Dile lo que nos contó Tremayne—, sugirió Heath.

—¿Qué? ¿Si la unidad de investigación sabe que Tremayne estuvo cerca de ella, su culo peligra?.

—Eso es parafrasear bonito, hermano.

—No entiendo. Yo no maté a Toby. Fue Tremayne—, dije, dejando en claro que no tuve nada que ver con eso.

—¡Shhhhh!—. Los dos se llevaron el dedo a la boca, mirando alrededor para ver que nadie hubiera oído.

—Tremayne no debe estar cerca de ti, amorcito—, explicó Leif en tono bajo. —Se supone que está aislado. Vamos, tenemos que sacarte de aquí—, dijo Leif en su recién adquirido tono cariñoso. Me levantaron del sillón como si fuera tan ligera como una almohada.

—Oigan, esperen—, dije, tratando de enderezar mis piernas. Descubrí que todas mis articulaciones estaban duras, y dolían partes que no sabía que dolían: la cadera derecha, las rodillas, el codo, tal vez una costilla o dos, dolían. Y mi dedo gordo había empezado a pulsar. Además, noté que me faltaban uñas —las falsas. Me quejé mientras luchaba para pararme. Me miré el dedo gordo del pie. Estaba vendado.

Me habían atendido, en el ala del hospital en el nivel D. Las enfermeras me habían tratado muy bien. También el doctor —como quiera que se llamara— que era un duende con una buena operación en las orejas, porque no lo pude leer.

Antes, después de que se asentó el polvo en la cocina del restaurante (y de que Tremayne había desaparecido), me paré en vidrio al salir de la cocina de Placeres Terrenales. Vi al Equipo Sanguíneo, Heath y Leif, y un montón de personas con traje, incluido Crimmins, que revoloteaban por el restaurante. No me había dado cuenta de que estaba sangrando hasta que Heath, o Leif, notaron que la sangre había dejado una buena huella de puntos rojos por el suelo a mi paso —descalza. La sangre manaba de mi pie, que ellos miraban con ojos ansiosos. No sé, en toda esa confusión, quién rescató mis zapatos azules, pero no veía mi bolso.

Ahí lo vi en la mano de Heath y lo tomé.

—¡Oh! Mi bolso.

—Toma, todo está adentro—, me aseguró al entregármelo.

—¿Cómo está Dante? ¿Salió de cirugía?—. Me inundó el pánico al pensar en sus heridas. Los disparos lo habían herido en varias partes; su rostro, ambos brazos y pecho estaban acribillados, pero sus órganos vitales estaban ilesos, me dijeron. Estaba en cirugía cuando me atendieron. Me quedé dormida esperando novedades.

—Sí, Dante va a estar bien—, Heath dio a entender, con tono sarcástico en su voz. —Es de los que cambia. Ellos y los hombres lobo se curan más rápido que los mortales.

—¿Qué hay de su rostro?—. Estaba preocupada, me habían dicho que su rostro y su pecho habían llevado la peor parte.

—Seguirá guapo, si eso es lo que te preocupa.

—Me preocupa él—, dije. —¿Cómo está Erik?.

—¿De verdad quieres saber de Erik?—, preguntó Leif, perplejo.

—Supe que el tornillo le dio en el pecho, y es todo lo que sé—, respondí.

—Erik el Terror está muerto.

Me quedé callada un momento, asimilando la novedad. Quería decir algo apropiado, pero no se me ocurrió nada.

—Sí, nos sentimos igual, amorcito. Salgamos de aquí.

Los gemelos me ayudaron a salir del ala del nivel D. Avanzamos —bueno, cojeé entre ellos— al elevador.

—Nos dijeron que debes ver a Crimmins—, anunció Heath cuando las puertas se cerraron.

Me volví a mirarlo.

—¿Crimmins? ¿A mí?—. El estómago se me retorció. —¡No!—

—Solamente quiere hacerte unas preguntas.

—Estoy con mucho dolor. ¿Y si lo llamo?—. Recordé que tenía su tarjeta.

—Puede ser—, dijo Heath.

—¿Me pueden llevar a mi habitación?.

—Claro. En realidad, debemos vigilarte toda la noche—, dijo Heath mientras los dos me tomaron por los brazos y me ayudaron a cruzar el pasillo. Con un leve resoplido, Leif jaló. Heath y yo lo miramos.

—Creo que sería mejor que uno te cargara—, sugirió.

Asentí. —Bien, pero será raro.

—No, para nada. Sucede todo el tiempo, un hombre carga a una mujer herida con un vestido Dior hecho jirones y el dedo gordo vendado.

Además del encargado de lado humano que nos miró con preocupación, pasamos sin problemas. Tuve que apretar el número de mi piso porque los botones tenían plata. Subimos rápido y no nos encontramos con nadie —no al subir ni en el pasillo. Leif salió delante de nosotros. Heath me cargo hasta mi número, y saqué la llave tarjeta.

Leif abrió la puerta y todos hicimos una pausa.

—Invítanos, amorcito, o nos quedaremos parados afuera para siempre.

Fruncí el ceño. —Puedo desde aquí.

—No. Tenemos órdenes—, se negó Heath.

Suspiré, los miré exasperada. —Bien, Heath y Leif, entren.

Heath avanzó conmigo en brazos, Leif nos siguió. Los oí a ambos respirar pesadamente. —Huele como si hubiera un desfile sangriento hubiera pasado por acá.

—Huelo a Tremayne, Dante, y... ¿Nicolas?—, dijo Leif, curvando el labio con repugnancia. —El olor de Dante es el más fuerte.

—Vive a frente por el pasillo—, recordé divertida.

Leif se adelantó hacia la habitación. —Por acá.

Heath lo siguió, conmigo aún en brazos.

—Oye, espera. Cuando dije que entraran no me refería que entraran hasta el *fondo*—, protesté, agarrada del cuello de Heath.

Leif se arrojó en el extremo de mi cada, con la cabeza apoyada en un puño. Levantó una rosa de la cama —era roja, no eran las mismas que Tremayne me envió el día antes —y la empezó a oler.

—Ah, un admirador—, dijo Leif, girando la rosa. —Y una carta con tu nombre, amorcito—. La levantó y la olió. —Ahh. Apuesto a que no adivinas—, dijo, agitándola. Lo miré con rabia hasta que me la devolvió. —Y bastante pesada, grande—. Levantó el sobre manila y lo sacudió. —Hay algo adentro.

Heath me dejó en la cama, a un metro de su hermano. Me puse de rodillas y tomé los sobres.

Tomé el más grande primero. Un cheque cayó. Vi muchos ceros y la firma de Tremayne al final. Heath silbó cuando lo vio sobre mi hombro.

—Esa es una buena bonificación, amorcito.

Se me encendió el rostro. Era el dinero que Tremayne me había prometido —cien mil dólares— por revelar al asesino.

El sobre más grande era abultado y pesado. Contenía algo más que papeles. Lo abrí. Salieron un grupo de llaves y papeles. Dos llaves con un control remoto con el símbolo de Pontiac. Obviamente eran de un auto. Tomé los papeles luego. Vi el nombre de un representante de auto arriba y muchas palabras legales. Mi nombre estaba escrito en algunos recuadros, y había una X donde debía firmar.

—¡Oh, Dios! ¡Tengo auto nuevo!—, chillé emocionada. Vi el nombre del vehículo: Solstice. No tenía idea qué era, pero no podía esperar para verlo.

—Mira que no chillón con el jugoso cheque, sino con el vehículo—, dijo Heath, sonriendo.

—Sí, tus prioridades están un poco revueltas, ¿no crees?—, agregó su hermano.

Sonó un celular. No era el mío. Era el de Leif. Se enderezó, sacó el teléfono y contestó. —¿Sí?—. Con un ágil movimiento de vampiro, se puso de pie y se alejó. —Por supuesto. De inmediato, señor—. Salió de la habitación. —¡Tráela!.

—¡Espera!—, grité cuando Heath me alzó y se escabulló conmigo en brazos, de vuelta la sala de estar. Ahora sabía cómo se sentía una mascota.

Leif había encendido mi televisor. No podía imaginar para qué.

Cuando la imagen se enfocó, lo entendí. Tremayne estaba parado mirándonos, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho. El corazón se me agitó.

—Me alegra ver que han regresado bien—, dijo Tremayne con voz grave, luego frunció el ceño y miró a mis guardianes vampiros. —Heath, ¿por qué cargas a la señorita Strong?.

—Se ha lastimado el pie—, respondió casi servil.

—El dedo gordo, pero también me duelen las rodillas cuando camino—, aclaré.

—Ya veo—, Tremayne dijo, con voz casi apaciguada, los brazos aún cruzados. —Bájala. Ponla cómoda. Quiero hablar con la señorita Strong —sola.

—Sí, amo—. Heath se volteó y me puso en una silla muy acolchada.

Los dos vampiros se inclinaron ante Tremayne, salieron de mi apartamento y cerraron la puerta.

Esperé y miré los ojos de Tremayne que siguieron a los gemelos en su salida. Cuando la puerta se cerró, relajó los brazos a sus lados. Se encorvó frente a un escritorio, o mesa —no estaba segura. El lugar no me era conocido. Había una colorida ventana en el fondo —parecía un vitral— y un gran librero sobre su hombro izquierdo.

—Bien. Ahora podemos hablar—, dijo. —¿Ya hablaste con Crimmins?.

—Todavía, pero lo voy a llamar.

—Estoy seguro de que los gemelos te dijeron por qué debes decirle a Crimmins a nunca me viste.

—Sí. Espero que te hayan borrado de todos los videos de la cámara del restaurante.

—Ya está hecho.

Asintiendo, seguí rápidamente. —Gracias por el cheque, ¿y de verdad tengo un auto?.

—Sí. El auto ya se entregó, solamente debes firmar los papeles del concesionario. Es lo mínimo que puedo hacer por ti. Te hice pasar un infierno.

Me mordí el labio contra el rápido destello que tuve en la cabeza. —¿Dónde estás?.

—No puedo decirte.

—Bien—, supongo que debí esperar eso. —¿Qué va ocurrirte?.

Suspiró, parecía furioso con él mismo. —Estoy jodido—, dijo. —Desde este momento, me han despojado de mis poderes de magnate. Debo permanecer aislado hasta mi juicio —sea cuando sea. Malditos burócratas—, siseó. —Mientras tanto, Nicolas ha sido instituido como magnate interino.

—Oh... oh, carajo—, dije, entornando los ojos con temor.

—¿Qué sucede?.

—Todo—, dije, sacudiendo la cabeza. —Descubrí por qué Toby mató a Letitia —o más bien, quién estaba detrás de eso.

—¿Quién?.

—La esposa de Erik, Ilona. Todavía no entiendo totalmente cómo empezó Toby a seguir las órdenes de Ilona.

—Robar vástagos y cambiar vástagos ocurre todo el tiempo—, dijo sin vacilar.

—¿De verdad?.

—Claro. Ilona estuvo aquí hace algunas semanas. Estaba haciendo compañía a Nicolas. La tenía vigilada, pero no tenía idea de lo que sucedía tras puertas cerradas.

—Creo que intercambiaron vástagos, o que ella se robó a Toby de Nicolas.

—Nunca lo sabremos—, dijo con voz de frustración. —Y como ya no estoy a cargo, ya no puedo hacer que nadie investigue. No oficialmente, de todas maneras.

—Definitivamente, había un plan en marcha—, proseguí. —Toby llegó armado hasta los dientes. Quería matarme y matar vampiros. Además, antes de que todo se viniera abajo, Erik hablaba con Ilona por teléfono, le decía dónde estábamos. ¿Coincidencia?.

Bajando la cabeza, Tremayne se pasó una mano por la melena dorada. Supe que estaba lanzando groserías bajo su respiración porque pude leer sus labios.

—No solamente eso—, seguí:

—¿recuerdas lo que te dije que Nicolas estaba involucrado con la desaparición de Jeanie? Steve la secuestró antes de ese ritual de sangre, pero Steve estaba bajo el mando de Nicolas antes de eso, pero antes del ritual de sangre, así que era libre de hacer lo que quisiera. O lo que cualquier otro quisiera —, aclaré.

Tremayne dejó salir una respiración pesada. Levantó su mirada, que se encontró con la mía. —Nicolas no puede haber estado detrás de nada de esto.

—¿Qué? ¿Por qué no?.

—Confío plenamente en Nicolas—. El ceño de Tremayne se frunció más. —No le has dicho nada a Nicolas de esto, ¿cierto?.

—No. ¿Pero te dijo Dante que fue a mi puerta la otra noche? Borró mi recuerdo de eso.

—No, no lo sabía. Pero no entró, ¿no?.

—No. Dante oyó algo en el pasillo. Creo que lo interrumpió. Dante pasó la noche en mi sala de estar para cuidarme.

—Quiero que te tomes unos días libres, Sabrina—, sugirió Tremayne. —Solamente irás a las torres para dejar tu donación. Hazlo durante el día.

—No hay problema—. No había vampiros durante el día —salvo Tremayne.

—Por cierto, Nicolas vuelve esta noche. Es más, estoy esperando su llamada en cualquier momento porque debo ponerlo al día sobre lo ocurrido. Te tiene una sorpresa.

—¿Una sorpresa?.

—Sí. Prometí no decirte nada. Fue su idea. Aún no veo que sus intenciones hayan sido lastimarte. Ha probado tu sangre. Es difícil no volverse territorial. Posiblemente, tal vez solamente haya querido verte antes de ir a Inglaterra.

¿A hacer qué?

—Espero que estés bien—, dije, con la voz llena de duda.

—Sabrina, lo conozco. He confiado en él —aun cuando estuviera yendo a verte a hurtadillas sin que yo lo supiera—. Y borrando todo de mi memoria en el proceso.

Aguanté las ganas de poner gesto de exasperación. ¿Acaso era la única que entendía que el secuestro de Jeanie fue para sacarme de la investigación? El problema era que no lo podía probar. No tenía testigos, no tenía nada. Nunca había visto el rostro de la otra persona —quien quiera que estuviera tratando de hacerse pasar por Vasyl. La única otra persona que sabía que Vasyl había ido a mi casa cuando era niña era Nicolas, que tenía mi sangre. Me detuve. Steve también había tenido mi sangre. ¿Hubiera podido leer mis pensamientos? Cada vampiro tenía sus propias habilidades. Debía preguntarme dónde estaba Steve.

—En fin, debo entregar los poderes de la mitad este del estado de los vampiros a Nicolas esta noche.

—¿Qué hay de la mitad de Erik?.

—Sí—, dijo con una mueca y un gruñido. —La esposa de Erik, Ilona, lo asumirá.

—Entonces, ¿por eso lo hizo? ¿El poder de la autoridad pasa automáticamente al cónyuge?.

—En este caso, sí. No solemos casarnos, en una ceremonia, como los humanos, ni tenemos certificado de matrimonio. Simplemente elegimos una pareja. Si dura, dura, y si queremos ir cada uno por su lado, nos vamos. Muy simple.

—Me parece bien.

—Pero ella no permitiría que Erik se quedara unido a sus otras esposas, hacer que terminaran formalmente todo vínculo legal con su patrimonio en caso de muerte. Ilona recibe su patrimonio y la mitad del imperio vampiro.

—Parece una mujer muy astuta, cazafortunas y hambrienta de poder. Hay que concederles eso.

—Es así—. Hizo una pausa por unos segundos como si sopesara sus siguientes palabras. —Además, una nueva facción quiere volver a cazar humanos.

—No. ¿De verdad?—, dije, asombrada.

—Ilona está detrás de todo este cambio en la legislación actual. Me pone

enfermo.

Me hizo lanzar un suspiro de inseguridad, considerando lo que significaría eso para cualquiera que trabajara en las torres. En realidad, no sabía qué ocurriría con los donantes. ¿Seguirían siendo donantes o los cazarían?

—Sabrina, prométeme que estarás lejos de Ilona—, dijo Tremayne, con una mirada oscura y la voz seria y profunda.

—No te preocupes, así será—, dije, confiada en que así sería.

—No estés en la misma habitación con ella jamás.

—¿Por qué?—. Era extraño. —Me aseguraré de usar un crucifijo.

—No. Eso no funcionará con ella. Ella no necesita mirarte a los ojos. Solamente debe estar en la misma habitación contigo.

Lo miré sin poder entender.

—Es lo que se conoce como una vampiro psíquica.

—¿Psíquica? ¿O sea que puede leer mi mente?.

—Eso, sí. Pero puede sacarte la energía. Se sabe que así es como roba el alma de una persona, y hasta puede matarla al fina. Es extremadamente peligrosa. Quiero que entiendas esto antes de que yo——, se quebró y desvió la mirada de mí. Parecía que debía recomponerse, parecía un poco borroso. —No sé qué me va a ocurrir, o mi patrimonio. Solamente espero que Nicolas lo hará como siempre lo he hecho. Pero Ilona... si armó todo, si hizo que Toby matara a Letitia y a mi hermano, no se sabe qué hará para tomar toda la Asociación Norteamericana de Vampiros para ella.

—¿Puede hacerlo?—, pregunté, poniendo mis manos sobre los brazos; me dio piel de gallina y los vellos del brazo se erizaron. De haber sido un gato, se me estaría erizando el pelaje. Quemaba por dentro. —No puede ser que perderás el control tan fácil—.

Se encogió de hombros. —No sé qué va a ocurrir—. Su mirada volvió a recorrer la habitación. —Me he puesto aquí. No puedo salir. Ni me darán un donante. Solamente sangre —de alguna manera. Me han dicho que ni un humano ni un vampiro puede entrar acá. Solamente un demonio.

—¿O sea que vas a estar ahí hasta tu juicio, sea cuando sea?.

—Sí. Ahora—, parecía que iba a empezar un nuevo tema y presté atención. —Heath y Leif deben quedarse para cuidarte esta noche.

—Bien—. Asentí. Dante estaba en el hospital. Alguien debía cuidar al interés amatorio de Tremayne, después de todo.

—En la mañana, bajen al garaje. Vayan al ala A. Ahí estará mi mecánico para mostrarte el auto.

—¿Te volveré a ver alguna vez —así o en persona?.

—En verdad, no lo sé—, dijo sombrío. —Duerme bien, Sabrina.

—Igualmente—, dije calladamente, y lo vi pasar a negro. Con el control remoto apagué el televisor, que parpadeó. Respiré profundamente, firmemente porque quería llorar, pero no sabía por qué. Estaba confundida por mis sentimientos por Tremayne, y mi profunda atracción hacia Dante, y también por mi cuestionable dilema por Nicolas. Mi atracción por Nicolas se había derrumbado rápidamente porque no confiaba en él.

Además, estaba Vasyl. Fuera lo que fuera lo que buscaba, era mi otro dilema, y realmente quería respuestas, rápido. Muy rápido. Los *por qués* aumentaban.

Recordé que había invitado a Nicolas a mi casa. ¿Qué lo hubiera mantenido afuera si realmente hubiera querido visitarme alguna noche? La sola idea hizo que mi corazón se acelerara. Esa era una razón, tal vez, por la que Tremayne había sugerido que Heath y Leif fueran mis guardianes. Dante volvería, cuando saliera del hospital.

Golpearon la puerta y eso me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué?.

Leif asomó la cabeza desde el pasillo. —¿Estás bien, amorcito?.

—Nada que un analgésico, un baño y un trago no curen.

Ambos vampiros entraron, cerraron la puerta con llave, luego se pasearon por mi apartamento como si vivieran ahí.

—¿Qué podemos servirte? ¿Vino? ¿Una jarra de algo? ¿Manhattan?—, preguntó Leif, acercándose a la cocina. Era gracioso, nunca les dije que entraran, y ahí estaban los dos, hurgando en mi refrigerador.

—Vino.

Leif sacó una botella de vino y buscó con qué abrirla en los cajones.

—Oh, ¡sabías que veníamos! ¡Qué cordial!—, dijo Heath, al abrir las dos botellas Real Red, y las metió en el microondas. Estuvieron listas en segundos.

—Sírvanse, chicos—, les dije. Bueno, se lo habían ganado de sobra, creo.

Leif encontró finalmente un sacacorchos en un cajón y puso manos a la obra con la botella de vino. El corcho salió saltó fácilmente. El microondas sonó, y sacaron su sangre caliente, chocaron botellas en un brindis silencioso y sorbieron con cuidado pues las botellas estaban calientes.

—Los vasos están en el repostero —sírvanse—, dije. Así lo hicieron y vertieron Real Red y mi vino en vasos, con tanta alegría como puede tener un vampiro. Vi que sus colmillos salieron. Carajo. ¿Me acostumbraría alguna vez a eso?

—Prepararé el baño—, anunció Heath, y con su vaso de sangre en la mano se dirigió al baño, con movimientos humanos normales. Bueno, casi corrió.

Volví a suspirar, recordando que debía llamar a Crimmins. Rebusqué en mi

bolso, saqué su tarjeta y marqué el número.

—Crimmins—, respondió una voz sombría al segundo timbrado.

—Oh, eh, hola, señor Crimmins. Soy Sabrina Strong—, dije, mirando a Leif que se acercaba a mí.

—Sí, señorita Strong, entiendo que quedó herida en la refriega en el restaurante—. Crimmins dijo. —Espero que esté bien.

Leif se puso delante de mí, me entregó el vaso de vino. Lo tomé agradecida.

—Oh, sí. Y espero que no le importe que hagamos esto por teléfono.

—No, claro que no, señorita Strong.

—Bien, antes que nada, ¿puedo preguntarle si a Toby le encontraron un celular?.

—No sé, ¿por qué?.

—Porque me preguntaba cómo sabía Toby que íbamos al restaurante. Creo que puede haber estado en contacto con alguien. ¿Puede mirar su teléfono y ver a quién llamó y quién lo llamó?.

—Muy buena sugerencia. Veré qué podemos encontrar. ¿Lo que usted dice es que estaba trabajando con otra persona?.

—Oh, definitivamente—, dije.

—¿Quién?.

—¿Alguien sabrá lo que le diga?.

—Lo prometo, señorita Strong, la unidad de investigación trabaja independientemente de la asociación de vampiros. Tenemos nuestras fuentes. Lo que me diga será confidencial.

—Bien—, dije. Levanté la mirada y vi a Heath aparecer en el pasillo. Tenía dos frascos.

—¿Burbujas o sales?.

Tapé el teléfono. —Burbujas—. Luego se me ocurrió que no todas las noches, una mujer tiene a un vampiro que le prepare un trago, el otro un baño mientras tiene una conversación con un demonio por teléfono.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Supe que algo no estaba bien cuando me desperté y me estiré en mi cama, de vuelta en mi casa en Sonata Road. Me volteé y vi el reloj. Los dígitos rojos anunciaban que eran 1:39 de la tarde. *Se fue la mitad del día*. Era el dicho favorito de mi padre cuando se levantaba después de las 7:00 a. m.

Para empezar, no tenía dolor, cuando sabía que debería doler. La punzada en mi cadera, y el dolor de mis rodillas de esa noche horrorosa ya no existía. Me moví un poco para probar, y lo sentí normal. Vaya, parecía que el analgésico funcionaba.

Había evitado una situación cercana a la muerte con apenas golpes, raspones menores y un gran corte en mi dedo gordo. Debería estar contenta por eso, pero en realidad estaba furiosa de no haber tenido la visión hasta que fue muy tarde.

En segundo lugar, había soñado con mi madre que estaba en nuestro jardín trasero a mis diez años. Solamente que, en ese sueño, definitivamente tenía mi edad actual y vi cosas que antes no había visto claramente. O tal vez había olvidado. Es gracioso cómo cuando creces entiendes el mundo diferente. También te vuelves un poco menos crédulo —ojalá— y un poco más hastiado porque sabes cómo funciona el mundo.

Había algo *muy* importante que había olvidado de cuando tenía diez años. En mi 'sueño' había visto al vampiro con largo cabello ondulado parado en algún lugar detrás de mi madre con el rostro y parte del cuerpo en las sombras, mirando el intercambio. Pero en un momento de descuido lo vi —lo vi todo. Ahora lo entendía. Le había permitido ese momento para que se despidiera de mí. Luego, esa misma noche, me había mordido, para reclamarme en algún momento cuando creciera.

Los rasgos regios de Vasyl, hermosos, sus ojos grandes y hasta santos —algo contradictorio en un vampiro— vinieron a mi mente. Él había sido el vampiro misterioso que aparecía en mis sueños. Me había enamorado de su rostro. Había sabido toda mi vida que algún día lo encontraría.

Lo *había* encontrado, pero en circunstancias muy extrañas y terribles. Necesitaba respuestas. Era imperativo tenerlas porque sabía que mi vida estaba a punto de cambiar drásticamente —más de lo que había cambiado a ese punto— y él tenía las respuestas que necesitaba para seguir sobreviviendo. ¿Quién debía ser yo? ¿La sibila? ¿Por qué los vampiros estaban tan interesados en la sibila? De verdad necesitaba entender por qué Vasyl me había marcado y se había

llevado a mi madre. *Ahora,* no la siguiente semana.

Una aguda sensación de rabia se cernió sobre mí cuando me metí a tientas al baño. Traté de despertarme totalmente, y la sensación aumentó en mí y hasta quedó callada. Tambaleándome, entré al baño, y encendí las brillantes luces alrededor del espejo. Dejé correr agua fría y me salpiqué el rostro para despertarme. *¿Por qué no había pedido tocar algo de Steve?* me gritaba mi cerebro. Di un puñetazo al lavabo con frustración.

Eso me estaba molestando. De haber pedido algo que Steve hubiera usado, un anillo, un zapato—algo— hubiera podido descubrir quién estaba detrás del secuestro de Jeanie. *Ya era muy tarde.* Estaba segura de que ya habría desaparecido.

Era raro, pero mi mordida de vampiro me daba comezón esa mañana. No lo había sentido desde la noche que vi a Vasyl. *Qué raro.* Y seguía sintiendo que me faltaba algo, algo importante. Algo que me faltaba, pero ¿qué? ¿Cuál era la pregunta y cuál era la respuesta? ¿Era una de esas dichosas fórmulas de álgebra, como x + y=? Era muy mala en matemáticas.

Examiné mis mordidas de hombre lobo/vampiro. Rojas, con un poco comezón, como si las mordidas estuvieran peleando entre sí para sobresalir. *Grandioso.* Tenía dos problemas a falta de uno.

Heath había comentado la noche anterior que mi aura había cambiado ligeramente. Dijo que estaba ligeramente más oscura alrededor de los bordes. En ese momento, no pensé nada al respecto. Pero ahora que me miraba al espejo —el cabello por todos lados, mis ojos inyectados en sangre— lo supe. Supe qué me estaba pasando, ya no lo podía negar. El veneno del hombre lobo seguía en mí y había cosas ocurriendo dentro, en ese preciso momento.

Tomé una toalla, me sequé la cara y gesticulé mientras los pensamientos caían en su lugar, uno por uno. ¿Cómo se me había escapado esto?

Con las células cerebrales funcionando al 75 %, regresé a mi habitación y me puse una ropa ancha. Recién ahí me di cuenta de que el dedo gordo tampoco me dolía.

Levanté el pie. El ángulo estaba mal. Me senté en la cama y alcé el pie para ver la parte de abajo del dedo. La vendita casi se había despegado completamente. Le terminé de despegar. Esperaba que doliera y sangrara. No fue así. No había corte. Era una línea roja y estrecha, un verdugón.

¿Qué es esto? ¿Acaso había soñado que caminaba sobre vidrio roto y que unas enfermeras duendes me habían vendado?

Revisé mis rodillas. Sabía que tenían cortes. Recordaba haber inspeccionado los varios cortes en la tina, la noche anterior —en medio de burbujas (Heath se había excedido con el baño de burbujas). Estaba hecha un

desastre.

Ahora, al examinar mis piernas, no encontré cortes ni golpes. Me había curado de la noche a la mañana. Como uno que cambia.

O un hombre lobo.

Mi aura *había* cambiado, no ligeramente. *Mucho*.

Necesitaba café, y lo necesitaba ya. Me puse de pie y caminé más rápido que un momento antes, bajé las escaleras de mi propia casa.

La noche anterior había convencido a Heath y Leif de permitirme tomar mi auto y que me dejaran conducir a casa. Heath llevó mi nuevo auto conmigo, y Leif siguió con el suyo. Insistieron en que debían vigilarme durante la noche. No discutí, pero mi casa se sentía más segura, sin importar quién estuviera ahí conmigo.

Mientras esperaba el café, fui al refrigerador y miré por la ventana. Había un pequeño auto vivaz en mi entada. Era rojo con el techo negro de tela, de dos asientos, y entraría en el más pequeño estacionamiento que estuviera disponible. Mi nuevo auto, el Solstice. Me pareció lindo y sexy a la vez.

Nicolas viene esta noche, mi memoria indicó.

El corazón me latió fuerte unas veces contra las costillas al recordar la llamada telefónica de Nicolas la noche anterior, antes de decidir irme a casa. Tuve que recordar lo que Tremayne y yo habíamos conversado. Puse una pausa a todo lo que quise decirle —porque se lo quería decir a la cara. Lo dejé hablar y yo simplemente respondía con monosílabos.

—Sab*rrr*ina—, había dicho Nicolas.

—Hola—, contesté, y un escalofrío me recorrió mientras sostenía el celular en la oreja.

—Iré a tu casa mañana en la noche para darte un regalo—, me dijo. Su voz rugió suavemente, como si nada fuera incorrecto, y me recordó cómo me hacía sentir, hacía tiempo. Ya no, ya no confiaba en él. Pero me hice la tonta y accedí a verlo.

—Estaré en casa—, dije. Nos despedimos y colgamos.

Y estaría lista.

Después de comer rápido una tostada y café, subí a mi habitación y abrí mi bolsa y ubiqué algo importante de la noche anterior. Lo tomé con una mano enguantada y lo estudié. Necesitaba tornillos que encajaran. Era básicamente una honda.

El sol se pondría en tres o cuatro horas. Se me acababa el tiempo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Mi munición era simple, y no difícil de conseguir, por cierto. Mi padre tenía un taller de madera en un pequeño cobertizo atrás, y en su tiempo libre había trabajado mucho con madera. Quedaban muchos trozos de madera, y sobras, pero mi interés estaba en los tarugos que había usado en algunos trabajos. Elegí los más estrechos. Solamente necesitaría uno, pero por si acaso, afilé cuatro. Usé un afilador de lápices eléctrico, pues eran del mismo tamaño de un lápiz. En menos de dos minutos, tenía tornillos hechos a mano —mortales si se apuntaban al corazón de un vampiro.

Debajo de todos los aromas conocidos del otoño, esa noche había un cierto sabor en el aire. La sensación de tierra húmeda me dio de lleno, seguía mojada por la lluvia. Todo olía diez veces más de lo que recordaba.

Podía agradecer a mi hermano por ser un ávido cazador y campista, porque había puesto una fila de luces encima del Jeep, y los apunté hacia el patio trasero donde estaba. Cuando llegó la oscuridad, las encendí —nunca pensé que las usaría—la luz lo inundó todo, y reveló mi patio trasero, más allá de los tres árboles erguidos y majestuosos a unos 400 metros.

Percibí un nuevo olor y levanté la cabeza. Reconocía el olor a vampiro cuando lo sentía. Este olor individual era a cuero y heno dulce —me hizo pensar en un establo de caballos. Un rápido destello de su imagen, lo que recordaba de mi niñez y de la otra noche, me golpeó. Me asombró. El corazón me latió más profundo, previendo su llegada.

Me hubiera gustado decir que no sabía por qué mis sentidos estaban al tope —pero por supuesto que lo sabía. Nicolas no había extraído todo el veneno del hombre lobo. En realidad, había pensado en eso la noche anterior. No sé cuántos minutos habían pasado desde el momento en que me había mordido hasta que Nicolas succionó el veneno —y mucha sangre mía— de mi brazo. ¿Cinco? ¿Diez minutos? No lo sabía. Probablemente mucho tiempo para que entrara en mi torrente sanguíneo. Ya no importaba. El daño estaba hecho.

—¿Hola? ¿Vasyl? Aquí estoy—, dije con voz normal. No tenía que gritar. Sabía qué había sido ese aleteo en mi ventana, no había sido un pájaro. A decir verdad, supe qué había sido todo el tiempo.

Lo oí —un sonido silbante, circular, como alas enormes. La piel me pinchaba por su cercanía familiar —había un zigzagueo en la atmósfera. Una sombra oscura me pasó por encima; el aleteo se hizo más fuerte, más distintivo, y me arrastré cuando silbó muy bajo y aterrizó en los rayos de luz. La forma

oscura de un hombre, con enormes alas, como las de un pterodáctilo, aterrizaron fuera del perímetro de la luz. Las alas se plegaron contra su cuerpo, luego se desvanecieron.

—*Ma 'tite fille*—, la melodiosa voz masculina me causó escalofríos que bajaron por mi columna porque se sentía como si estuviera a mi lado y al mismo tiempo dentro de mi cabeza.

—Las luces, *mon enfant*, me lastiman los ojos. Apágalas, *s'il vous plait*.

—Debemos hablar—, dije.

—Apaga las luces, te ruego—. Me tocaba con su mente, lo podía sentir. No me pude hacer más que cumplir.

Llegué al Jeep, moví el interruptor para las luces y dejé las luces ámbar —después de todo, tenía que ver y la luz del jardín no llegaba a esta parte. Me volteé y lo vi parado en la luz ámbar —tenía el pecho desnudo, usaba ceñidos jeans descoloridos y estaba descalzo. Cabello de ébano contrastaba con su piel de marfil, se me hacía difícil mirarlo. Era una criatura magnífica. Estaba perfectamente esculpido, desde su pecho a su estrecha cintura. Arrojó la cabeza hacia atrás para sacudir las onduladas hebras negras de su rostro, bajó la cabeza lentamente y me miró. Sus hermosos ojos totalmente abiertos. Ojos santos —tan engañosos. Tuve una ráfaga sexual por esa mirada, me intoxicó.

Después de un momento, encontró un nivel diferente a su seducción, como un voltaje inferior. Lo estaba haciendo difícil. Tenía todo un repertorio de trucos de vampiro.

—¿Por qué me llamaste, *mon enfant*?— preguntó excitado, con su duro acento que apenas podía entender.

—Debo hacerte unas preguntas que me he hecho toda la vida—, dije con la voz llena de determinación.

—Pregunta—. Lanzó la mano como una invitación.

—Dime cómo supiste que Jeanie estaba en esa casa.

—Como te dije, lo supe por el vástago de Jason. Vino a mí por su propia voluntad.

El labio me tembló mientras me corrían las lágrimas. —Cometí un terrible error e hizo que la convirtieran.

—Lo que pasó con su cuerpo es *peu important*—no es importante. Lo que es importante es que su alma está con Dios ahora.

Cerrando los ojos, respiré hondo y dejé salir un susurro:

—eso espero.

—Créeme, *ma petite*—.

Me reacomodé, moví las caderas, crucé los brazos en una pose amenazadora, sintiendo la dureza de mi arma en el brazo. —¿Por qué convertiste

a mi madre?.

—Tu madre estaba muriendo. Ella me pidió que la convirtiera.

Respiré hondo, lo dejé salir tratando de calmarme. Había sabido que mi madre estaba enferma, pero nadie había dicho qué tenía ni que no tenía esperanzas de vida. —¡No te creo!.

—Es cierto. Le di un regalo que no había dado en más de un siglo. No quería morir, quería vivir.

—¿Por qué se iría sin explicarme antes de irse? ¿O esa noche, cuando regresó?.

—Tu madre deberá responder esa pregunta—, dijo.

—¿Cómo puedo preguntarle a mi madre si no está?.

—Pero estoy—, la sedosa voz que salió de las oscuras sombras de los árboles me impresionó. Mi corazón se saltó algunos latidos.

—¿Mamá?—. Las lágrimas inundaron mis ojos. —¿Mamá?.

—Sí, Brie, soy yo—, dijo. Vi una forma deslizarse de la oscuridad por el largo césped y hacia las luces ámbar. Su largo cabello brillaba, estaba vestida profesionalmente, con un traje sastre caqui. Solamente podía verla de la cintura para arriba.

—¿Mamá?—. Quería correr a ella y lanzar mis brazos a su alrededor. Pero contuve mis emociones rápidamente. Era un vampiro. —¿Por qué estás aquí? ¿Qué está sucediendo?—. Estaba atónita por este sorprendente resultado.

Me sonrió serenamente. Se volteó hacia Vasyl, se saldaron en francés, y luego se volvió hacia mí. —Acabo de regresar de Europa.

—No entiendo—. Luchaba con esto. —¿Te—?—, pero ella interrumpió antes de que pudiera seguir.

—Nicolas Paduraru me trajo para que pudieras verme una vez más—, explicó. —Se suponía que era una sorpresa—, agregó mansamente.

—¿Nicolas?—. Los vellos de mi cuello se erizaron. ¿Ella era mi sorpresa?

—Sí.

Eso explicaba dónde había estado todo este tiempo. Debía hacer mis preguntas rápido. Sabía que Nicolas llegaría pronto.

—Mamá, ¿por qué hiciste que Vasyl te convirtiera? ¿De qué estabas enferma que debiste hacer esto?.

—Oh, Sabrina—, suspiró pesadamente. —Nunca quise dañarlos. A tu padre, sobre todo. Pero había ido al médico media docena de veces. Tu padre sabía que estaba muy enferma. Era comprensivo, atento, pero no podía hacer nada. El día que el doctor me dio el diagnóstico —mi sentencia de muerte— de que tenía un cáncer incurable, quedé devastada. No quería morir. Esa noche recé, pero no sirvió. No sabía qué más hacer. Pedí que me dieran otra oportunidad. Lo

daría todo —a ti y a Randy, a tu padre, la casa, todo— si pudiera tener vida eterna. En realidad, no sabía lo que estaba pidiendo. Entonces, Vasyl vino.

—¿Cómo? Desapareciste en el día —al menos, eso dijeron.

Soltó un suspiro de culpa.

—Dile, *cherie*—. dijo Vasyl.

—Me vino a buscar tres noches—, empezó. —Oh, ¡fue salvaje, tan maravillosamente salvaje!—. La voz de mi madre se había vuelto emocionada. Apenas podía creer lo que me estaba revelando. Tuve que tranquilizarme con una mano contra el Jeep. —Me había advertido que no podía quedarme. Debía irme, lejos, así no me sentiría tentada a volver a convertirte y a tu padre—. Hizo una pausa, le brillaban los ojos, y siguió. —La abuela estaba acá, los cuidaba esa noche—. Bajó los ojos.

—Te convirtió—, dije. Le había dado su sangre para beber cada una de esas tres noches. Sabía ahora cómo lo había hecho.

—Sí—, dijo, mirando a Vasyl. —Me llevó a un lugar donde podía ascender. Así que, naturalmente, todo pensaron que había desaparecido o que había salido de la casa, al día siguiente cuando en verdad me fui esa noche.

—También recé por su alma, *petit*—, intervino Vasyl.

Agachando la cabeza, la mano de mi madre tomó la de él. La agarró y besó su dorso, no como una amante, sino de forma más respetuosa. Sus manos se separaron.

Un sonido me tomó por sorpresa.

De repente, vi brillar los ojos de Vasyl, los colmillos fuera sobre sus labios. Tenía las alas desplegadas, se alzó sobre la luz ámbar. Hubo un segundo en que *supe* lo que iba a ocurrir —porque ya lo había visto.

Todo pasó a velocidad de vampiro cuando una forma oscura se abalanzó de la nada. Me agaché. Vasyl se alzó con un zumbido de sus alas y cayó delante de mí, con las alas afuera que me bloqueaba parcialmente la vista —y mi blanco.

Apunté al suelo, a mi lado, y tomé impulso con la honda de Toby bajo el borde ondulante del ala de Vasyl. Apreté el gatillo. El tornillo crepitó por el aire. Nicolas se movió de un modo extraño, ondulante, y el tornillo falló completamente.

—Oh, ¡rayos!—. Luché para ponerme de pie.

Tuve que apartar las alas correosas de Vasyl cuando me paré para enfrentar a Nicolas. Las alas de Vasyl se desvanecieron, como antes. mientras me miraba, con preocupación en el rostro. —¿Estás segura?.

—Sí—, dije, con la respiración pesada.

Los ojos de Nicolas se alzaron y encontraron los míos. No vi a dónde había ido mi mamá.

—Sabrina, ¿por qué?—, dijo Nicolas, que parecía perplejo.

—Estabas a cargo de Steve *y de* Toby—, dije, sacudiéndome tanto que pensé que me caería. —Además, me *mordiste* esa primera noche.

Nicolas sacudió levemente la cabeza, con cara arrepentida. Creo que estaba aliviado de que me hubiera dado cuenta de que me había mordido. —Lo siento, Sabrina. No tenía intenciones de morderte. Fui a tu suite antes de irme para explicarte las cosas, pero Dante se hubiera puesto en el camino.

Asentí. Ahora sabía qué estaba haciendo en mi suite.

—En cuanto Toby, se convirtió en vástago de Ilona. Estuve de acuerdo. Pero no sabía que haría que Toby matara a Letitia y los demás—. Tenía las manos de manera aplacadora.

—Bueno, así fue. Erik está muerto.

Asintió, parecía más en tranquilo. —Llevaré adelante una complete investigación de eso, ahora que soy magnate interno mientras Bjorn está aislado.

—Lo sé. ¿Qué hay de Steve?.

—Está muerto—. Eso me impactó.

—¿Al menos le preguntaste quién le dijo que secuestrara a Jeanie?.

—Alguien lo había matado antes de que tuviera la oportunidad—, dijo Nicolas. —Lo siento terriblemente. En cuanto a los negocios con Solange y Brisco, ambos escaparon de nuestra vigilancia. Aun debemos descubrir quién trata de matarte.

—Vaya seguridad—, mascullé descontenta.

—Haré que alguien te vigile todo el tiempo—, anunció Nicolas con tono formal.

—No eres bienvenido aquí. ¡Nunca!—, gruñó Vasyl, dando un amenazador paso adelante.

—*Carpe noctem*, Vasyl—, dijo Nicolas. —No tengo desacuerdos contigo. Pero ella es mi pupila. Es *mi* responsabilidad.

—Ella tiene mi marca, y pronto recibirá el anillo que indica que es la sibila.

—Veremos—, sostuvo Nicolas, con los ojos brillantes, las cejas arqueadas como dos cortes oscuros.

—Ya estoy bien, Vasyl—, aseguré, mirándolo.

—No estaré lejos—, siseó Vasyl. Sus alas se hicieron visibles de nuevo, las extendió y partió, y se fue como un disparo. El alivio me invadió.

Mi madre surgió de la oscuridad, y se puso al lado de Nicolas.

Me miró y luego a Nicolas. —Gracias por traerme a ver a mi hija—, dijo mi madre.

—No fue nada, fue un placer—. Inclinó la cabeza hacia ella. —¿Volvemos? Se hace tarde, tengo cosas que atender.

—Por supuesto—. Se volteó a mí. —Sabrina, espero que ahora entiendas las cosas.

—Sí—, dije, aunque me sentía algo perdida. —Gracias, a los dos—. Lo decía en serio.

Mi madre se volteó y me dijo:

—Te quiero, Sabrina. No te olvides nunca.

—Te quiero también—, dije, y una sonrisa temblorosa trató de curvar mi rostro.

Nicolas y mi madre desaparecieron de la vista y mis ojos se llenaron de lágrimas. Imaginé que la fiesta se había acabado. Apagué las luces del Jeep y caminé hacia el pórtico.

Preguntas no respondidas pesaban en mi mente. ¿De verdad soy la sibila? ¿Volveré a ver a Vasyl? ¿Debo confiar en Nicholas? ¿Qué ocurrirá con Tremayne? ¿Ilona intentará matarme otra vez? ¿Qué pasará con Jeanie, me perdonará alguna vez?

Sobre todo, ¿cómo está Dante?

El celular estaba en mi bolsillo, vibrando. Respondí, y no me sorprendió leer quién era.

—Ho—, contesté con un suspiro.

—Me dieron de alta del hospital.

—¿De verdad? ¡Qué bueno!—

—Ya me sacaron algunas puntadas.

—Bien. ¿Cuáles?—, pregunté.

—¿Qué tal s vienes y te maestro, dama mía?.

Sonreí. Una pregunta contestaba, faltaban otras.

***

SOBRE LA AUTORA

Lorelei siempre apoyó que Drácula y los vampiros fueran los héroes románticos en los libros y películas mucho antes de que estuvieran —de moda". Es autora de la serie de **Sabrina Strong** y las **Crónicas de Zofia Trickenbod**, una ávida observadora de aves de corazón joven, naturalista y miembro de Escritores de Distracción Masiva. Vive en las praderas en el Medio Oeste con su esposo, con quien tiene casada 26 años, y tres gatos salvajes.

Para leer más sobre Lorelei y sus libros, puedes seguirla en sus blogs: http://loreleismuse-lorelei.blogspot.com

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?

Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com

ÍNDICE

Título
Derechos de Autor
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRo
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
SOBRE LA AUTORA
Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales
¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?